

Se ha señalado con certeza que *La raza triste* es la primera novela que crítica el racismo contra los negros y mulatos en Cuba después de los acontecimientos de 1912, cuando se producen las matanzas de los integrantes del Partido Independientes de Color. Es, además, el primer texto publicado por un cubano en la República que recupera el legado de la cultura aborigen. La obra se adelanta a *El engaño de las razas* (1946), publicado por Fernando Ortiz y que, en palabras de Pablo Guadarrama González, “tendría una marcada connotación para su época tanto en Cuba como en el ámbito internacional”. La presente edición anotada se inserta en el debate que existe en Cuba sobre el racismo y la racialidad, llevado a cabo por la UNEAC.

MSc. LUDÍN B. FONSECA GARCÍA

JESÚS MASDEU REYES (1887-1958) Nació en Bayamo donde cursó la enseñanza primaria e incursiona en el periodismo. Se traslada a La Habana donde colaboró en publicaciones periódicas como *El Día*, *Heraldo de Cuba*, *El País*, *La Discusión*, *Pueblo*, *Excelsior* y *Bohemia*. Fue bibliotecario en la Biblioteca Municipal de La Habana, estuvo entre los fundadores de la escuela de periodismo “Manuel Márquez Sterling”. Logró cierta relevancia como intelectual entre los años 1920 - 1925.

Publicó tres novelas: *La raza triste* (1924), *La gallega* (1927) y *Ambición* (1927). Se cita también la titulada *Reyes sin nación*, pero no ha sido localizada. Ocho novelas quedaron inéditas por Masdeu Reyes, tituladas *La ambición*, *El ensueño de los míseros*, *Lotia* (Diario íntimo de una muchacha), *Mi mujer*, *El miedo y la voluntad*, *La querida*, *Rutanio* y *Los vencidos*, escritas entre los años 1912 - 1927.



JESÚS MASDEU

# JESÚS MASDEU LA RAZA TRISTE

LA RAZA TRISTE



edición anotada  
LUDÍN B. FONSECA GARCÍA

COLECCIÓN  
GUARDARRAYA

## LA RAZA TRISTE



LUDÍN BERNARDO FONSECA GARCÍA (Bayamo, M.N., 1968). Licenciado en Historia por la Universidad de Oriente y Máster en Historia Regional y Local, Instituto de Historia de Cuba. Investigador y Profesor Auxiliar.

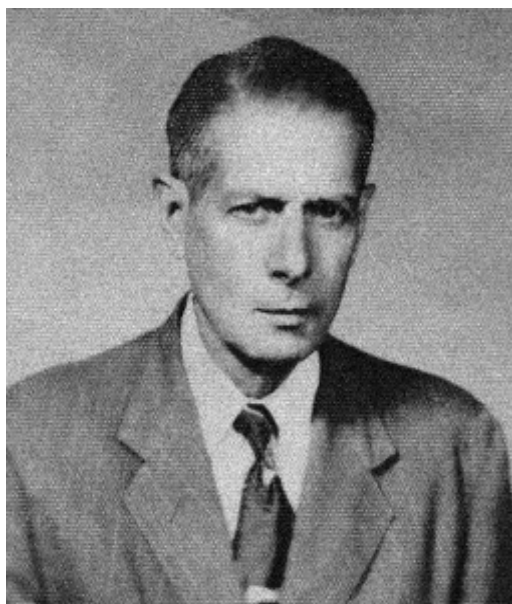
Tiene publicado los libros: *La política española en la región oriental de Cuba* (2003), *Haciendo patria* (2004), *Bayamo en la modernidad. Cementerios y enterramientos* (2005), *Fidel Castro Ruz. Itinerarios por la provincia Granma* (2006), *Francisco Vicente Aguilera. Proyectos modernizadores en el valle del Cauto* (2009), *Bayamo: Oligarquía y poder 1796-1812* (2010, reimpresión en 2012), *José Joaquín Palma, poesías, epistolario y ensayo* (2011), *Elpidio Estrada: vida y obra de un bayamés registrador de la propiedad* (2011) y *Francisco Salgado y el espiritismo de cordón en Cuba* (2015).

Es coautor de: *Estudios historiográficos sociales y de familia* (2003), *José Martí artífice de la nacionalidad y nación cubanas* (2003), *La personalidad y la historia* (2004), *Francisco Vicente Aguilera. El Padre de la República de Cuba* (2007), *Bayamo: formación y desarrollo identitario* (2008), *Historia regional y local. Las ciudades su historia y su proyección en la región* (2008), *La nacionalidad y nación cubanas* (2009), *Casa de la Nacionalidad Cubana. Entre la utopía y lo posible* (2009), *Memoria y destino* (2010), *Síntesis Histórica Municipal Bayamo* (2011), *Bayamo: la construcción de su identidad* (2011), *Crecencio Pérez Montano y La Guerra de Liberación Nacional* (2011), *Cuba en el movimiento independentista nuestro americano* (2012), *De la opinión al verso* (2013) y *Los indoamericanos en Cuba. Estudios abiertos al debate* (2014).

Ha realizado las ediciones anotadas de *Bayamo* (2009 y 2016), *Cuatro Siglos de Historia de Bayamo* (2010), *Crónica y tradiciones de S. Salvador de Bayamo* (2011 y 2016), *Las familias de Bayamo 1512-1775* (2012), *Bayamo. Toma, posesión y quema 1868-1869* (2013) y *La raza triste* (2016). Coordinó los anuarios: *La historia en la palabra y Memorias del Crisol* entre 2001-2011. Tiene artículos en las revistas *Ventana Sur* (integra su Consejo Editorial), *Del Caribe y Honda*.

Ha merecido los premios “La Filarmónica” (2006), “José Maceo Verdecia” (2010), “Moneda del Año Internacional de la Paz” (2010), el “Escudo de la Ciudad de Bayamo” (2011), y “Bayamo” (2012). Es miembro del Consejo Provincial de las Ciencias Sociales, de la Sociedad Cultural José Martí, la Unión de Historiadores de Cuba, la UNEAC y Miembro Correspondiente de la Academia de Historia de Cuba. Fue Director de la Casa de la Nacionalidad Cubana e Historiador de la Ciudad de Bayamo entre 2001-2011. Desde 2012 es Historiador de la Ciudad de Bayamo.

JESÚS MASDEU  
LA RAZA TRISTE



LUDÍN B. FONSECA GARCÍA  
Edición anotada

COLECCIÓN  
GUARDARRAYA

Edición y corrección: *Sergio Klier Blumes*  
Diseño y composición: *Carlos H. Bruzón*  
En cubierta: Arte digital de *Carlos H. Bruzón*

© Primera edición, 1940  
© Edición anotada: Ludín B. Fonseca García, 2016  
© Sobre la presente edición: Ediciones Bayamo, 2016

ISBN: 978-959-223-268-6

Ediciones Bayamo  
Centro Provincial del Libro y la Literatura, Mármol # 113  
entre Maceo y Ave. Francisco Vicente Aguilera,  
Bayamo, Granma,  
Cuba

E-mail: [edsbayamocplgr@crisol.cult.cu](mailto:edsbayamocplgr@crisol.cult.cu)

---

*Homenaje a:*  
*Edalio Cabrera Ramírez, Armandito Estrada,*  
*Juan Odoardo, Enrique Palma, Fabián*  
*Gotario, Ramiro Neyra y Francisco Losada,*  
J. MASDEU

---



## LA RAZA TRISTE: INTERPRETACIÓN DESDE BAYAMO

En la primera mitad del siglo XIX se desarrolla una polémica en torno a la producción poética y narrativa de Cuba que refleja las diferencias ante el proceso de formación nacional. El español Jacobo de la Pezuela resume la posición del grupo integrista afirmando, en el prólogo de su *Diccionario...*: “La fecunda Cuba hasta una época reciente, solo ha sido estéril en trabajos literarios, y sobre todo en los que se referían á su geografía, su estadística y su historia, muy raros, incompletos y pobrísimos hasta hace algunos años”.

El independentista Carlos Manuel de Céspedes refuta esta aseveración manifestando, en el prólogo de *Ecos de la selva* de Úrsula de Céspedes Escanaverino: “Hace mucho tiempo que se está repitiendo hasta la saciedad que la inteligencia de los hijos de la isla de Cuba es más a propósito para la poesía que para los demás ramos de literatura y aún menos para las ciencias. Este juicio se debe al gran número de composiciones poéticas”.

Alega el futuro Padre de la Patria que dicha inclinación se debe a que Cuba es un pueblo joven y que los grandes trabajos literarios, así como el desarrollo científico, son producto de “edades más avanzadas y que sólo pueden nacer y cultivarse donde ya la civilización y la riqueza están en apogeo”.

En la segunda mitad del siglo XIX se publican las primeras novelas en Bayamo, entre ellas las de Tristán de Jesús Medina y Avelina Correa, quien en 1894 imprime en la Habana *La perla hereditaria*. Con todo, la segunda villa es símbolo del pensamiento independentista, y resulta un escenario poco atractivo para ambos escritores, porque sus obras van dirigidas a un mercado favorable a la dominación española.

En la década que Avelina escribe su novela llega a Bayamo, procedente de Barcelona, Alejandro Masdeu Also, que contrae matrimonio con la bayamesa Fe Reyes Guerra. El 19 de noviembre de 1887 nace de esta unión Jesús Masdeu Reyes, cuya infancia y juventud se desarrolla en un medio urbano. Cuando Bayamo es capital provisional de la Revolución, Céspedes firma, en diciembre de 1868, el decreto de



la abolición de la esclavitud. El recuerdo de los 85 días en que convivían blancos, negros y mulatos alcanza las dos primeras décadas de República y son recogidos por José Maceo Verdecia en *Bayamo*.

En 1924 Jesús Masdeu publica su novela *La raza triste*, donde describe el lento proceso de recuperación urbanístico y demográfico de Bayamo. Es el primer libro que expone el tránsito a la modernidad, antecedendo a José J. Román Rivero en *Bayamo en 1935* (1935). El autor señala la necesidad de introducir los adelantos científicos más importantes que ocurren en el mundo para mejorar la situación paupérrima de las grandes masas de población marginadas en Cuba.

La obra relata la discriminación racial que padece el médico mulato Miguel Valdés, especialmente por Armando Reyes, quien disputa el amor de la joven blanca Gabriela Estrada. El historiador Jorge Ibarra escribe con razón que el regreso de Miguel coincide con el surgimiento de una nueva actitud racial en la burguesía terrateniente, cuando comienzan a quebrantarse los vínculos solidarios surgidos durante treinta años de guerra por la independencia nacional.

El escenario de explotación azucarera en la década de 1910, siempre propenso a la discriminación, tiene muy poco que ver con lo que está ocurriendo en los campos de Bayamo, donde predomina la ganadería. En esta fecha no se han construido aun los modernos centrales Río Cauto (1913) y Mabay (1919).

El racismo que describe la novela se aleja del pensamiento de la generación que inició la conflagración en 1868. El autor pasa por alto que los moradores viven bajo la dominación de una élite racista pro-española llegada antes de la contienda y fortalecida después de la quema de la ciudad. Su dominación se afianza en estos años al establecer enlaces con el linaje bayamés.

Los descendientes de las familias independentistas son fieles al legado antirracista. La guatemalteca Ana Eugenia Cintrón Palma nos ha comentado que José Joaquín Palma entrega carta de libertad a su esclava antes de partir de Cuba a cumplir una encomienda de Carlos Manuel de Céspedes, pero aquella decide continuar junto a él. La esposa del poeta fallece en Jamaica y la sierva contribuye en la educación de los niños (en la escuela se preguntaban cómo le podían decir mamá, si era negra, y ellos blancos y rubios).

La hija de Palma contrae matrimonio y va a vivir a París y lleva consigo a la antigua esclava, la cuida hasta su deceso y paga el depósito de sus restos en un cementerio de esta ciudad. El amor existente entre los descendientes del autor del himno nacional de la tierra del Quetzal y su antigua esclava es algo más que un “pago de gratitud”.

Se ha señalado con certeza que *La raza...* es la primera novela que critica el racismo contra los negros y mulatos en Cuba después de los acontecimientos de 1912, cuando se producen las matanzas de los integrantes del partido Independientes de Color, movimiento de escasa repercusión en Bayamo. Es, además, el primer texto

publicado por un cubano en la República que recupera el legado de la cultura aborigen. Nos explica el arqueólogo bayamés José Manuel Yero Masdeu que en la década de 1920 se iniciaban importantes investigaciones y exploraciones por extranjeros, y aparecían publicaciones, muchas de alto valor para el futuro de esta ciencia en el territorio. En tal sentido a *La raza...* solo la antecede la obra del norteamericano Harrington (1921).

La novela es posterior a la discusión que genera *De la igualdad de las razas humanas. Antropología positiva*, del diplomático haitiano Anténor Firmin y que, según escribe Jean Maxius Bernard, llega a conocerse en Cuba por haber sido “comentada por los miembros del Partido Independiente de Color, distribuida a líderes políticos, a oficiales y a diplomáticos acreditados en Cuba”. El texto se adelanta a *El engaño de las razas* (1946), publicado por Fernando Ortiz y que, en palabras de Pablo Guadarrama González, “tendría una marcada connotación para su época tanto en Cuba como en el ámbito internacional”.

La presente edición anotada da continuidad al *Proyecto Memoria* y se inserta en el debate que existe en Cuba sobre el racismo y la racialidad, llevado a cabo por la UNEAC.

MSc. LUDÍN B. FONSECA GARCÍA  
Historiador de la Ciudad.  
Bayamo, M.N., 3 de mayo de 2016



## LA RAZA TRISTE O LA AVENTURA PRECURSORA DE JESUS MASDEU

### 1

#### *La raza triste, novela insólita escrita por un bayamés*

En 1924, cuando el periodista bayamés Jesús Masdeu decidió publicar su insólita novela de personajes y ambientes, *La raza triste*, algunos acontecimientos de importancia estremecían la vida política y cultural de la nación, tales como el Movimiento de Veteranos y Patriotas o la elección de Gerardo Machado a la presidencia —régimen con el cual de alguna forma el escritor se vería comprometido años después. En el plano literario, el manzanillero Luis Felipe Rodríguez publicaba *La conjura de la ciénaga*; Carlos Loveira, *La última lección*; y el prolífico don Fernando Ortiz, su *Glosario de afronegrismos*.

Con cierta frecuencia, tras haber leído *La raza triste* y meditado en torno a su estructura y contenido, suelo preguntarme por qué extrañas motivaciones un escritor blanco, descendiente de españoles por línea paterna, periodista y maestro rural desde su temprana juventud, aislado de los grandes centros de creación literaria y desde un medio absolutamente provinciano, escribiría una novela sociológica, de intención antisegregacionista, primera novela escrita con ambiente y paisaje netamente bayameses. Con la excepción de Tristán de Jesús Medina, a mediados del siglo XIX ningún otro natural de la Ciudad Monumento había tenido el arrebato de escribir una novela, solo que las escritas por el eximio sacerdote y poeta fueron concebidas y publicadas en su totalidad fuera de Bayamo, y ello —por factura y extensión— en forma de relatos, como *Un joven alemán*, *María Marosini*, *Misterios de la Habana*, *Mozart ensayando su réquiem*, y otras que respondían a las exigencias del folletín, generalmente con personajes y ambientes de carácter exótico.

El 29 de febrero —si el presente año fuera bisiesto, que no lo es—, se hubieran cumplido 57 años del fallecimiento del ensayista, narrador y periodista bayamés Jesús Masdeu Reyes, y en este propio 2015 *La raza triste*, la más paradigmática de sus novelas, alcanzaría los 91, tras su publicación en La Habana, en la Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cía.

Maestro rural en su juventud, trabajador en ingenios azucareros, muy amarga debió ser la experiencia de quien compartiera penurias en barracones y cañaverales con peones y cuadrilleros itinerantes, y sobre todo con hombres negros a quienes llegó a considerar sus hermanos: “Hombres negros eran mis amigos —declara Masdeu en la palabras introductorias. La miseria y los sentimientos de postergación nos hermanó.” Escuchando a sus camaradas de infortunio ideó esta obra, con intención de desahogar sus tristezas de galeote, de paria rebelado, e impugnando un orden social que relegaba a esos hombres a la condición de escoria humana.

Fruto de íntimas y apasionadas reflexiones, negado a exponer de forma pública las congojas de aquellos a quienes denominara *ilotas*, durante años ocultó Masdeu los manuscritos, sin pretensión de publicarlos. Replegado en su yo, tal actitud de pudoroso respeto hacia un sector discriminado, sometido a continuos vejámenes, le haría adoptar una posición nihilista, de negación del entorno en que se encuentra: “Ni la patria, ni la religión, ni el bien, ni el mal, mueven el más leve entusiasmo en mi mentalidad: son significaciones de valores relativos que cambian con el tiempo y las circunstancias históricas y que no me preocupan” —escribe en el pórtico de su novela. Criterios que no fueron óbice para que la obra fuese publicada más tarde, en otra etapa ya de franco desarrollo personal y reconocimiento público a sus dotes como escritor.

## 2

*Narrativa antiesclavista, segregación racial y tratamiento del tema negro en la novela cubana durante la colonia y en los primeros años de la pseudo-república*

Si bien existe una tradición nacional bien estructurada en cuanto a la narrativa social desde el primer tercio del siglo XIX, la cual se encargó de examinar y desarrollar el delicado tema de la esclavitud y la segregación racial en Cuba como uno de los problemas más sensibles y dolorosos de nuestra historia —hombres tan preclaros como Del Monte, Saco y otros pensadores y estudiosos de nuestra realidad dedicaron grandes esfuerzos en denunciar tan degradantes e infames condiciones de vida—, no siempre la temática racial fue abordada con suficiente claridad, espíritu de justicia ni un ponderado análisis de sus causas y consecuencias. Tales desenfoques y extravíos no fueron ajenos al tratamiento del fenómeno racial por parte de poetas y narradores en tiempos de la colonia, y aún después, con el advenimiento de la república, como puede constatarse tras una somera revisión de nuestra literatura de aquellos años. Anselmo Suárez y Romero, Ramón de Palma, Cirilo Villaverde, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Pedro José Morillas, Antonio Zambrana, José Ramón Betancourt, escribieron sus obras desde una perspectiva eminentemente romántica, descriptiva, pero exteriorista, sin percibir ni sufrir desde la propia piel los rigores de una condición estigmatizante. Por consiguiente, y con harta frecuencia, sus relatos

y novelas en numerosos casos carecían de la autenticidad, la pasión o el clamor con que lo haría en su momento el manumitido Juan Francisco Manzano, a través de un vigoroso testimonio autobiográfico. La visión de estos narradores se centraba principalmente en la censura de la esclavitud y en descripciones costumbristas, por demás muy propias de la época y del momento histórico en que fueron creados. Relatos maniqueos y piadosos como el *Francisco* de Suarez y Romero, o *El negro Francisco* de Antonio Zambrana; pinturas netamente románticas e idealizadoras como las de la Avellaneda y su visión del buenazo de *Sab*, hasta relatos contraproducentes y brutales como *El ranchador* de Morillas, hablan de las diferencias en el tratamiento de la cuestión esclavista y la visión, en ocasiones sesgada, acerca de negros y mulatos en la Cuba colonial. Otra y bien distinta será la de Villaverde en *Cecilia Valdés*. Aquí se trasciende los aspectos de la esclavitud como han sido descritos en la literatura cubana, por un lado penetrando la psicología del mulato y del pardo, y por otro trazando un inmenso panorama de la vida colonial, con sus contradicciones, tipos y personajes, lo que prepararía el camino para nuevos perfiles y visiones en los narradores que le suceden (transición entre la colonia y la república). Entre estos cabe destacar los nombres de Jesús Castellanos, Ramón Mesa, Martín Morúa Delgado y sobre todo los de Loveira o el de Miguel de Carrión, antecesores por antonomasia, dentro de nuestra tradición literaria, de esas tendencias que signaron la narrativa cubana de los primeros veinte o treinta años de vida republicana, dotándola de un fuerte acento social y político, en consonancia con los males que aquejaban el país; pero con mayor profundidad psicológica, gran sentido realista y una especial capacidad de reflexión y análisis. Tanto Loveira como Miguel de Carrión, escritores provistos de cierto vigor naturalista, pero que no abandonan el rico acervo de sus antecesores, asumirán con gran escepticismo e irónico gesto, una actitud de desconfianza, de acendrada acritud frente al medio, contra el cual se rebelan, al tiempo que describen la decadencia política y moral que corroe la sociedad.

Tal es el panorama absorbido por Masdeu en su arduo tránsito por la vida republicana, durante su formación como maestro y escritor autodidacta. De estas experiencias y de esta tradición literaria nutre sus impacencias, mientras aguza los sentidos y se proyecta como trabajador y buscavidas itinerante, pergeña notas y acumula vivencias, testigo y protagonista de una realidad que supera en mucho sus expectativas como periodista y hombre de letras.

*Novela precursora, antisegregacionista y tan cubana como las palmas*

Inmersa en el paisaje, subtitulada innecesariamente “Novela cubana”, *La raza triste* no solo es tan cubana como las palmas, sino que discurre dentro del contexto y particularidades más exquisitas del entorno, describiendo situaciones y una idiosin-

crasia netamente bayamesas, lo que de hecho la transforma en un fresco de singular raigambre. Con 310 páginas y 38 capítulos, habitada por seres reales y ficticios —el censo de personajes alcanza niveles asombrosos de recreación en número y versatilidad. Sin alcanzar ribetes de «obra magna», se destaca no obstante por su audacia, la capacidad fabulatoria, la autenticidad en las costumbres y el empleo de un léxico de indiscutible valor patrimonial. La novela inicia sus peripecias con la llegada de don Tomás Estrada Palma a Bayamo, en uno de sus periplos por el territorio a principios de siglo, y se encumbra en el lamentable año 1912, tras la desaparición de los líderes Pedro Ivonet y Evaristo Estenoz, representantes del partido Independientes de Color, una vez consumado el genocidio de millares de víctimas en la desafortunada *Guerrita del 12*, o “Guerra de los Negros”, una de las páginas más sombrías y vergonzosas de la historia republicana. Cuando poco antes de su muerte el mulato y escritor Martín Morúa Delgado, descendiente de esclava africana y padre vizcaíno, llevado de sus veleidades reformistas propuso al Senado de la república un proyecto de ley que prohibía la existencia de partidos políticos con integración monocolor, depositaba en manos de la oligarquía criolla discriminadora, el arma homicida para asesinar a sus congéneres de sangre, instrumento aprovechado por José Miguel Gómez para desencadenar los sangrientos episodios mencionados. El espejismo político de Morúa, a la postre, terminó por cegar al periodista, al narrador que en sus obras solía trazar mordaces retratos de una sociedad colonial decadente, tras el decreto de Abolición esclavista, cuando asevera que los negros no deberían aislarse en organizaciones negras ni exigir derechos como tales sino como cubanos, contrario al criterio de Juan Gualberto Gómez quien recomendaba el establecimiento de instituciones y sociedades negras, y la formación de un frente único de demandas igualitarias.

Con tintas y aguafuertes propios, fiel a su propósito de exhibir un muestrario de individuos y situaciones, con énfasis crítico no exento de relieve caricaturesco, Masdeu no se ciñe exclusivamente a la receta moruista de ridiculizar una clase social que le es ajena sirviéndose del tono hiriente, la ironía negriblanca contra los prejuicios e hipocresía ambiente, en mordaces retratos. Como el autor de *Sofía* y *La familia Unzuázu*, sin escapar a la pasión ni a las deficiencias formales que lastran la narrativa de aquel, consigue hacer patente la idea de la discriminación racial como un fenómeno que subyace en el tiempo y espacio republicanos, ajeno en su totalidad al discurso democrático, a la demagogia imperante.

Excesiva hasta la desmesura, vehemente en la ambición expresiva, por la intencionalidad y cualidades indagadoras, psicológicas, al estilo de la escuela naturalista, la obra ostenta cualidades poco comunes en la narrativa cubana y latinoamericana de principios del XX. Hasta donde conozco, antes de la publicación de este libro ningún otro narrador había explorado con tanta acuciosidad la Ciudad Monumento, haciéndola objeto de una enorme tragedia, escenario de relevantes conflictos,

entre los que descuellan por su trascendencia la discriminación racial y sus secuelas de odio, humillaciones, enajenación y rebajamiento humano. Uno de los méritos esenciales y que le confiere valor documental, convirtiendo de facto *La raza triste* en obra precursora, es la cualidad de enfocar desde los primeros años de la república fenómenos de carácter social, histórico y filosófico, fenómenos que en la actualidad son objeto de grandes reivindicaciones en el ámbito de los derechos humanos, llamémosle la prostitución, el odio de razas, la marginalidad, el hambre, las injusticias, el alcoholismo y otras formas de drogadicción.

A usanza de los grandes dramas literarios, la novela no se empeña solo en narrar la saga romántica, el idilio de quienes anhelan inútilmente la felicidad; es algo más profundo y abarcador en sus proyecciones, en la descripción de una ciudad que se aferra al dolor y permanece impasible frente a la crueldad, indiferente a la insidia, la calumnia, el escarnio. Panorama desolador donde campea la injusticia, ejercida por quienes detentan el poder y no se permiten titubeos en ejercer la violencia. En pocas palabras, la intolerancia y perversidad de un sector social que promueve la desvalorización y desintegración de valores de otro más numeroso en beneficio de intereses espurios. Como nos advirtiera, con cierta aprensión, Masdeu: “La vida en toda su desnudez, la vida tal y como era: risa en unos, lágrimas en otros; omnipotencia en los menos y humildad de servilismo en los más”.

En síntesis, la novela recrea la discriminación de que es objeto el médico mulato Miguel Valdés, desde su más temprana niñez y juventud hasta la muerte, víctima de las intrigas forjadas por su antagonista y perseguidor por antonomasia, el ingeniero Armando Reyes —que es blanco y acaudalado—, e incluso de otros adversarios (algunos de la raza negra, paradójicamente), tan empecinados en su odio como aquel. El doctor Valdés ha de sufrir injurias de una sociedad excluyente y falaz, que lo condenará al fracaso, a la frustración, por el único delito de ser pobre, ¡y por negro! Junto a su amante y amiga de la infancia, la joven Gabriela Estrada, descendiente por contraste de una familia rica, de tez blanca, compartirá el dolor, el infinito dramatismo de esta historia.

“Ni en la desgracia inenarrable del vencido negro, le compadecían los hombres de piel blanca, de pelo lacio, de ángulo facial de cuarenta y cinco grados, de alma negra”, se duele el narrador en el capítulo XXV de la novela. “¡Y Jesucristo fue blanco!”, remacha lapidariamente el enigmático autor de *La Gallega* y *El ensueño de los míseros*.

ARSENIO J. ROSALES MORALES  
Bayamo M. N. 10 de mayo de 2015.





## PALABRAS

Yo escribí esta novela cuando era joven<sup>1</sup>

Vivía en las barracas de los ingenios y trabajaba en los campos de caña. Hombres negros eran mis amigos. La miseria y los sentimientos comunes de postergación nos hermanó. ¡Fuimos hermanos! Jamás la sinceridad humana se me ha mostrado tan espontánea y transparente.

Oyendo las confesiones de mis compañeros de trabajo, concebí este libro. Mentiría, si afirmara ahora que lo hice con la intención de publicarlo. Este deseo nació muchos años más tarde, contagiado por el ambiente de vanidad y *snobismo*, privativo de las sociedades modernas, que infunde en los hombres un falso concepto de sus aptitudes.

\*\*\*

Escribí *La Raza Triste*, como otros ensayos que guardo, obedeciendo a impulsos inderivables de mis sentimientos: para desahogar mis tristezas de galeote, de paria vagabundo, rebelado contra la *justicia* que me condenaba a una inferioridad de escoria humana.

Cierta vez, hace más de un lustro, cayó en mis manos una novela cubana. Leyéndola, recordé mis manuscritos, las páginas que escribiera durante las horas que robaba al sueño, cuando peregrinaba con las cuadrillas de peones asalariados.

Aquel pasado de brega obscura y misérrima removió mi voluntad con determinaciones conminatorias, y desempolvé las viejas cuartillas que casi había olvidado. ¡Volví a leerlas, y no pude convencerme de que mi infantilidad quejumbrosa interesara a nadie! Eran cosas íntimas, más de mi temperamento emocional que de las confesiones que había escuchado de camaradas muy queridos.

---

<sup>1</sup>Jesús Alejandro Ponciano Masdeu Reyes nació a las dos de la mañana, del 19 de noviembre de 1887 en Bayamo. Era hijo de Alejandro Masdeu Also, farmacéutico militar procedente de Barcelona y Fe Reyes Guerra, natural de Bayamo. Cuando publicó la novela tenía 37 años. (*Todas las notas, salvo indicación de lo contrario, son de Ludín B. Fonseca García*).



Guardé los cuadernos; los devolví al fondo del baúl con el mismo gesto definitivo del delincuente que arroja “una pieza de convicción”.

“No, —me dije—; no seré yo quien exhiba por el mundo el llanto inconsolable de los que aún lloran su esclavitud; no daré a la curiosidad el espectáculo de mi asombro ingenuo en presencia del *vía crucis* que sufren los que carecen de coraje para morir en la barricada... o conquistar la plenitud de sus derechos”.

\*\*\*

¡Los años han transformado mis concepciones ideales!

Hoy, existen muy pocas cosas que me interesen, y ninguna me apasiona.

¡Ni la patria, ni la religión, ni el bien, ni el mal mueven el más leve entusiasmo en mi mentalidad: son significaciones de valores relativos, que cambian con el tiempo y las circunstancias históricas, y que no me preocupan!

¡Sólo el dolor me conmueve: el dolor de los que gimen uncidos a la carroza de los que mandan; el dolor de los que mañana añorarán su poderío bajo el látigo vengativo de los que en estos momentos sufren; el dolor de la eterna inconformidad de los hombres!

\*\*\*

Para la justicia clásica... éste no será un libro justo. Para los hombres de ideas herméticas, yo realizo una alevosía imperdonable.

¡Mejor!

Prefiero mi sinceridad agresiva a la sonrisa benevolente de los que disponen... del poder de “gracia y perdón”. Prefiero el recuerdo cariñoso de los que conmigo vagaron por los feudos de Cuba, sin más fortuna que sus brazos ni más esperanzas que las que mentían las fermentaciones alcohólicas.

Habana, septiembre 25 de 1920.

El Autor.

## CAPÍTULO I

—Estudiar... estudiar... ¡rediez! —gritó don Nicasio Calleja, el viejo maestro de la aldea,<sup>2</sup> dando tumbos entre los bancos de la escuela.

Don Nicasio iba a su mesa, desde el fondo del aula, fijando la vista en cada uno de los niños “comprometidos a pronunciar un discurso” en la Plaza de la Revolución,<sup>3</sup> a la llegada de don Tomás,<sup>4</sup> el primer presidente de la “república cubana”.

Y los ojos grandes y enrojecidos del raquítrico maestro, parecían esforzarse por impedir que se cerraran, sobre ellos, los párpados gelatinosos: ¡incurable consecuencia de treinta años de alcoholización!

Con la mecánica normalidad del borracho consuetudinario, volvióse y, enarbolando el puño derecho, en actitud amenazadora, increpó a los niños:

—¡Donde me hagáis quedar deslucido, rediez, os daré más bofetadas que repica una parroquia!

Los niños guardaban silencio, atisbando de reojo al maestro para no incurrir en su cólera agresiva. Conocían lo peligroso del momento y qué suerte les esperaba de atreverse a contrariar a don Nicasio, excitado por la efervescencia de ocho vasos de ron. ¡Ni un bostezo, ni un tímido movimiento de las manos o los pies, ni el natural murmullo de los que estudian en voz baja, se oía a lo largo de los bancos!

Don Nicasio paseaba por el pasillo central, deteniéndose en los extremos, para tender una mirada inquisitiva de unos a otros de sus discípulos. A ratos, golpeaba la mesa con una regla y añadía:

---

<sup>2</sup>La ruina arquitectónica y la escasa población durante las dos primeras décadas del siglo XX inducen al autor a calificar a Bayamo como “aldea”, pero desde el 23 de julio de 1837 tenía título de ciudad.

<sup>3</sup>Se llamaba Plaza Isabel Segunda. Cuando las tropas lideradas por Carlos Manuel de Céspedes toman la ciudad el 20 de octubre de 1868 la llaman Plaza de la Revolución. En 1871 cambia su nombre a Plaza Valmaseda y en 1892 a Plaza Cristóbal Colón. En 1899 se restituye el nombre original. Después de 1902 le colocan bancos y la población la llaman también Parque de la Revolución o Parque Céspedes.

<sup>4</sup>Tomás Estrada Palma.



— ¡Silencio...! he dicho. Si oigo una palabra la tunda será jesuítica. ¡Estudiar... estudiar!  
Y, hablando, un *tic* nervioso, casi imperceptible, debajo de la comisura derecha de la boca, agrandaba periódicamente el labio inferior del borracho.

No era un secreto para el pueblo de Bayamo el “cariño” de don Nicasio a las bebidas espirituosas. La administración pública comenzaba a organizarse,<sup>5</sup> y no tuvo reparo en aceptar “provisionalmente” los servicios del viejo *mambí*.

Don Nicasio, español de origen, hizo valer sus méritos de revolucionario y su grado de capitán de la escolta de Rabí,<sup>6</sup> e impuso su nombramiento a las autoridades de Instrucción Pública.

¡Cómo negarle a un libertador lo que pidiera!

Y con tal privilegio, implícitamente reconocido, el borracho llevó a la escuela sus hábitos de hombre de cuartel ambulante, su educación de aventurero y la ruda destemplanza de sus costumbres de soldado. Cruel, pronto al ultraje, gozaba siempre que tenía ocasión de castigar a uno de sus discípulos. Pero su crueldad manifestábase excesiva ahora, exigiendo de los niños silencio absoluto y quietud hierática, para que “ni la respiración molestara a los encargados de hablar en fiesta homenaje a don Tomás”.

La comisión de festejos había contado, a última hora, con don Nicasio y sus alumnos. Olvidó al viejo maestro por la misma razón de escrúpulo porque muchos bayameses dejaban de saludarlo. “Un borracho es cosa desagradable en todo momento, y más en un acto de tanta significación cívica y patriótica como el que realizaría el pueblo de Bayamo, en honor de su ilustre paisano. Pero don Tomás era maestro, había dividido las labores de su vida entre la propaganda revolucionaria y la educación de los niños,<sup>7</sup> y se impuso a los comisionados la necesidad de incluir, en el programa de festejos, un número a cargo de los muchachos de don Nicasio”.

Decidido así, se le notificó veinticuatro horas antes de la llegada de don Tomás.

El tiempo era corto, pero don Nicasio estaba dispuesto a demostrar “su capacidad de maestro”, por el resultado de los niños en la misión que les encomendaría.

Y, resuelto, llamó a Miguel Valdés, Juan Aliaga, Armando Reyes y Edalio Desquiron; sus cuatro alumnos más inteligentes.

—Mañana —les dijo—, a las tres de la tarde, llegará a Bayamo, su ciudad natal, el ilustre grande hombre don Tomás Estrada Palma. Le ha tocado a este montón de ruinas legendarias la gloria de que sea un hijo suyo el que primero ocupe la más alta

<sup>5</sup>Finalizada la dominación colonial española y la intervención norteamericana, el 16 de junio de 1900 se realizan las primeras elecciones. En Bayamo obtiene la alcaldía el general de brigada del Ejército Libertador José Ángel Fernández de Castro, afiliado al Partido Nacional. Asume el cargo el 1 de julio y renuncia el 20 de octubre, porque es elegido a la Asamblea Constituyente.

<sup>6</sup>Mayor general Jesús Sablón Moreno, llamado *Rabí*.

<sup>7</sup>Fue maestro en Bayamo antes de estallar la Guerra del 68. En Central Valley, pueblo cercano a New York fundado por cuáqueros y descendientes de alemanes, estableció durante la Tregua Fecunda una escuela donde estudiaban niños cubanos y de diversas naciones latinoamericanas.



magistratura de la nación, al inscribirse el nombre de Cuba en la lista de los pueblos libres. A última hora, los bayameses, han venido a darse cuenta de que era necesario el concurso nuestro, para mayor lucimiento de los festejos que se celebrarán. ¡No importa! Don Tomás verá que, aquí, hay una escuela, un maestro y niños estudiosos. Tomad: he preparado un pequeño discurso para cada uno de vosotros. A las cinco y media de la tarde me los repetiréis de memoria. ¡Ala... a estudiar en seguida!

Pasaron dos horas de pesado silencio, de atisbo e inquietud ansiosa para los futuros oradores. Leían y releían sus discursos, ensayando repetirlos de memoria, con la mente embargada por el recuerdo de la amenaza del maestro. El temor a las manotadas, a los pellizcos sangrientos y a los cuerazos no les dejaba fijar toda su atención en el estudio, y, a cada momento, les parecía oír la voz de don Nicasio conminándoles al trabajo, profiriendo un nuevo insulto.

A las tres el maestro se cansó de esperar. Era tiempo ya de que los muchachos hubiesen aprendido veinte discursos, y llamó a Juan Aliaga.

Los niños levantaron la cabeza para seguir con la vista a su condiscípulo: un mulato de elevada estatura, simpático, de ojos vivos y andar resuelto.

—A sus órdenes, maestro; —dijo, deteniéndose militarmente a la derecha de don Nicasio.

—Dame el discurso. ¿Lo has aprendido?

—No muy bien, don Nicasio —contestó el niño, mirando de los ojos del maestro a la mesa.

—Has tenido tiempo.

El niño se encogió de hombros.

—Vamos, empieza.

Juan Aliaga tartamudeó, repitió algunas palabras, pero dijo “su discurso”.

El *tic* nervioso de la boca de don Nicasio se hizo más visible al esbozar una sonrisa de satisfacción.

—¡Ya verán ésos... —añadió moviendo la cabeza de uno a otro lado —que no necesitamos de un año para hacer las cosas mejor que ellos! —Y, dirigiéndose al niño: —Está bien, Aliaga; pero estudia un poco más.

¡Ala... vete al banco!

—Miguel Valdés.

Y otro mulato, fino de cuerpo, de mirada serena y continente grave, avanzó hasta el estrado del maestro. Despejadamente, segurísimo de que “también” había dominado “su discurso”, declamó el principio con voz enérgica y ademanes tribunicios. De pronto se detuvo. ¡El comienzo del segundo párrafo había escapado de su memoria!

—¡Qué! ¿No te acuerdas? —le preguntó el maestro.

—¡Lo he estudiado bien, don Nicasio!

—¡Rediez!.. Mereces un coscorrón. ¡Ala... comienza nuevamente!



Lo hizo así el niño, dijo el primer párrafo, pasó el escollo del segundo, se entonaba; ya iba a terminar cuando, ¡otra vez! le flaqueó la memoria. ¡Y en qué momento!: con el brazo derecho en alto y el puño izquierdo en actitud amenazadora. Avergonzado, bajó la cabeza, apartó la vista de los ojos del maestro, y dijo:

—¡No me acuerdo, don Nicasio!

—¡Animal! —gritó el maestro, dando en la mesa con el puño. —Vuelve... vuelve a empezar.

Miguel Valdés, más confundido, recomenzó:

—Señoras, señores y...

—“Honorable Presidente”, ¡marrano, estúpido! —blasfemó don Nicasio. —No puedes negar que eres negro... Marrano, etiópico. Largo de aquí. ¡Y quieren ser libres estos cochinos!

Borbotando injurias y denuestos hizo venir a su presencia a Edalio Desquirón y a Armando Reyes; pero los niños, amedrentados por la actitud del maestro, declararon que no habían tenido tiempo de estudiar los discursos.

—¡Cochinos! —gritó otra vez don Nicasio, abofeteándolos. — ¡Estáis presos, y vosotros también!, —añadió, dirigiéndose a los demás niños.

Era las tres y media de la tarde, y las palabras del borracho vibraron en el salón con la resonancia del trueno que anuncia la tempestad. ¡Siempre había sucedido de igual manera! La voz de don Nicasio se transformaba en profundo aullido minutos u horas antes de formular o cumplir una amenaza. Toda la escuela pagaría la desaplicación de Valdés y sus compañeros; todos eran culpables, conjurados para hacer fracasar la labor y los desvelos del maestro, celoso del prestigio de la educación de la infancia, del porvenir de Bayamo y de Cuba. ¡Mal agradecidos, ingratos; más atentos a las correrías callejeras que a los beneficios del estudio: estúpidos!

Y se paseaba de uno a otro extremo del salón, mirando a los niños y al reloj. A las cinco y cuarto, quince minutos después de la hora de despachar, imaginándose que alguien hablaba, mandó:

—¡Silencio, rediez!

¡Y no se oía una voz! Ningún niño se hubiera atrevido a levantar la vista de los libros. El maestro inspiraba más temor que la proximidad de la noche. Preferían sufrir en silencio el injusto castigo, que atraerse, por un movimiento, una palabra o un gesto, la atención del borracho. Solamente cuando las sombras llenaron las calles y algunos niños, de los más pequeños, lloraban, don Nicasio se decidió a despacharlos. Iba llamando uno a uno a su presencia, los miraba fijamente y, después de sermonearlos, le daba un pellizco a éste, tiraba de las orejas a aquél e insultaba a todos. Al enfrentarse con los cuatro futuros oradores, les dijo:

—No, con vosotros no reza mi clemencia: o estudiáis o dormiréis aquí. ¡Ala, rediez; a los bancos!



Dejó una candileja sobre la mesa y encaminóse a las habitaciones interiores de la casa, en busca de Bacardí.<sup>8</sup>

Los niños, con un instintivo temor a las sombras que ocultaban los rincones, se agruparon en torno de la candileja. Y, silenciosos, estudiaban con ahínco, decididos a no macujar cuando don Nicasio volviera a preguntarles la lección. Pero don Nicasio “libaba”, de sobremesa, “media” botella de aguardiente, olvidando a los niños. Harto de alcohol, viandas y carne, ¿cómo ocurrírsele que sus discípulos tenían hambre? Para él, los desarreglos de las funciones fisiológicas y la injusticia de las penas impuestas, en el caso de sus alumnos, eran palabras. —Sabio Hamlet —decía a veces. Otras: —Mi método es el de la pedagogía clásica: “La letra con sangre entra”...

Y fue preciso la llegada de don Enrique Reyes, padre de Armando, para que don Nicasio pensara en los niños. Más borracho que en todo el día, se levantó, tropezó con una silla, se fue sobre el lado izquierdo, hasta dar con la cabeza en un muro y, escupiendo, con los párpados más abultados y torpes los pasos, llegó junto a la mesa donde esperaban don Enrique y los niños.

—¡Cuánta molestia, don Enrique! —¿Qué le trae por aquí?

Tendió la mano.

—¡No sabía nada de este honor, don Enrique! —añadió. —¿En qué puedo servirle?

—Vengo por mi hijo. ¿Qué ha pasado?

—Verá usted —repuso don Nicasio. —Pero... siéntese. Vamos, ¡rediez! dadle un asiento a don Enrique. Pues... ¡verá usted! No se puede contar con éstos... para nada. A las dos de la tarde les di un discursillo, ¡nada! una hoja escrita y, ¡los muy burros! no saben una palabra. Armandito, el hijo de usted, es el más aplicado; pero, ¡los otros!... He tenido que darle a estos negros un par de discursos. Válgame el vinagre, don Enrique: ¡los negros, oradores! ¡A lo que hemos llegado! Si estos cuatro muchachos fuesen blancos, ya habríamos salido de apuro; pero, ¡no! hay que practicar la “igualdad”, la “fraternidad” y la “democracia”.<sup>9</sup> ¡Nada... sandeces! Dígame usted, don Enrique: ¡los negros iguales a los blancos! ¡Mal comienza Cuba! —Y dirigiéndose a los niños: —¡Ala, rediez, ya podéis marcharos: pero tempranillo aquí mañana, y... ¡ojo! ¡Si me hacéis quedar mal!... Bueno, don Enrique, puede usted llevarse su niño. Es el más inteligente de todos. ¡Ya verá usted cómo se portará mañana!

Y don Nicasio volvió a estrechar la mano de don Enrique, acompañándole hasta la puerta, a la vez que esgarraba y contraía la comisura derecha de la boca.

<sup>8</sup>Marca comercial de la compañía de bebidas alcohólicas fundada por Facundo Bacardí Massó, en Santiago de Cuba en 1862.

<sup>9</sup>La constitución de 1901 establece en su artículo 11 que todos los cubanos son iguales ante la Ley. La República no reconoce fueros, ni privilegios personales.



## CAPÍTULO II

¡Día solemne!<sup>10</sup> La vieja aldea, engalanada con pencas, flores y arcos triunfales, revivía, por unos momentos, su historia de grandeza, para recibir a uno de los más “preclaros de sus hijos”, elevado a las “cumbres del honor nacional” por el voto del pueblo... y la voluntad de los Estados Unidos. Los ancianos, aquellos que estrecharon las manos y oyeron la voz redentora de Carlos Manuel de Céspedes, y sintieron la fuga de la juventud en la cruzada del Sesentiocho, iban por las calles con extrañas lumbres, de recónditos regocijos, en los ojos; o, en las aceras, junto a los muros de centenarias mansiones patriarcales, apoyados en garrotes de *palo bronco*, contemplaban la alegría del pueblo, las cabriolas de los caballos excitados, piafando como a compás de los himnos patrióticos. Había en los ojos de los viejos soldados de la Gran Guerra,<sup>11</sup> la sorpresa de una revelación juzgada imposible. ¡Libertad. República. Ciudadanos! ¡Cómo resurgían del fondo de la conciencia estas voces lejanas, de otros tiempos, de los tiempos de la juventud idealista, enamorada del ensueño y la quimera! ¡Y el ensueño era una realidad! En lo alto de los mástiles flotaba la bandera de la patria; los guajiros cantaban sus “décimas” en las esquinas; reía el pueblo; reía ebrio de libertad y democracia... ¡Ni un uniforme por las calles, ni una huella de rayadillo<sup>12</sup> en los trajes de los ciudadanos! ¡Del pasado...? ¡las ruinas negras y erectas, simbolizando la firmeza del propósito libertario!

—¡Ya está cerca. Se espera por San Juan —gritaban voces callejeras.

Y a San Juan, a la Entrada de San Juan,<sup>13</sup> se dirigían el pueblo, las bandas de música,<sup>14</sup> caballeros e infantes, en manifestación desordenada y bulliciosa.<sup>15</sup>

---

<sup>10</sup>El 23 de abril de 1902 arribó a la ciudad de Bayamo Tomás Estrada Palma y el 29 de abril partió rumbo a Manzanillo.

<sup>11</sup>Gran Guerra o Guerra Grande. El autor se refiere a la Guerra de los Diez Años.

<sup>12</sup>El uniforme del ejército español era rayado.

<sup>13</sup>Llegó por el camino de Holguín. La Entrada de San Juan comunicaba con Manzanillo.

<sup>14</sup>Estaban las bandas de Rafael Cabrera Martínez y la de José Joaquín Batista Ramírez.

<sup>15</sup>El multitudinario acto en San Juan se corresponde con el recibimiento de los restos de Candelaria Palma —madre de Tomás Estrada Palma— el 24 de abril y su entierro en el cementerio San Juan de Bayamo.



Don Nicasio, con sus alumnos presa de la multitud, iba también a San Juan, empeñado, a pesar de la barahúnda, en mantener una disciplina absoluta entre los muchachos. A intervalos, su voz aguardentosa, bronca y fuerte, dominaba el ruido del pueblo, gritando:

—Paso, paso. ¡Rediez! Jun... Dos... Tres... Cuatro. ¡Paso! Jun... Dos... Tres... Cuatro.

Y, cantando el paso, se paraba junto a la cabeza de la columna para verla pasar; y, desde la extrema retaguardia, tonante siempre, vociferaba una orden, empujando a los últimos muchachos o apretándoles los brazos a aquellos que volvían la vista.

La plazoleta de San Juan estaba llena de gente. La muchedumbre rebullía en los alrededores del cementerio,<sup>16</sup> en el patio del Fuerte España<sup>17</sup> y en el borde de las viejas trincheras. Por el camino, hasta un kilómetro de distancia, extendíanse dos cordones de caballería: avanzada de honor, dispuesta por los jefes del Ejército Revolucionario.<sup>18</sup>

En las proximidades de San Juan, don Nicasio y su columna adelantaban con dificultad. La aglomeración de gente y caballos, oponíase al paso del maestro como una barrera incommovible. Indignado, gritó:

—Dejadme pasar.

Como la multitud no se diera por enterada, don Nicasio apeló a los sentimientos paternos:

—Son los niños, señores; son vuestros hijos: abridles paso.

Pasó. Después de grandes fatigas pudo situarse a la vera del “camino carretero”, resuelto a no ceder el lugar ni al mismo alcalde de la ciudad.

¡Y el “ilustre viajero” tardaba! Eran las once de la mañana. Desde las ocho, el pueblo, impaciente, esperaba. Sólo don Nicasio parecía ajeno a la inquietud general. Para él no había más preocupación que la disciplina y silencio de sus alumnos. En pie, rígidos, con los brazos colgando a lo largo del cuerpo, los niños no se atrevían a moverse, temerosos a la manotada del maestro. Durante dos horas guardaron inmovilidad absoluta. Al cabo, uno de los más pilongos cayó pesadamente, tumbado por un vahído. Don Nicasio se llevó una mano a la cabeza para tirarse de los pelos, y dijo:

—¡Rediez... Estos canijos la han de hacer siempre!

Y se acercó al niño desmayado para increparle en voz baja:

<sup>16</sup>Frente al cementerio San Juan estaba la plazoleta del mismo nombre. A inicios de la república ambos lugares estaban en ruinas. El espacio del cementerio era insuficiente para albergar los cadáveres y cuando llovía los restos eran arrastrados por las aguas a lo largo de las calles de la ciudad. Desde el siglo XIX los bayameses se habían empeñado infructuosamente en construir uno nuevo.

<sup>17</sup>En la primera mitad del siglo XIX se ubicaba allí una vivienda con torre, propiedad de Ignacio de Zarragoitia y Jáuregui. Tras su muerte fue abandonada y luego se construyó la fortaleza militar Fuerte España.

<sup>18</sup>En septiembre de 1906 surgen las Fuerzas Armadas en Cuba, y en 1908 se crean tres cuerpos: Ejército permanente, Guardia Rural y Milicia.



—¡Ala... Mocosos! ¡Qué haces en tierra?

Pero el niño, sin conocimiento, no oía la voz ni sentía la garra de don Nicasio estrangulándole un bracito.

La gente, agrupada en torno, hizo presión en el centro de la fila de los muchachos y los dividió en grupos. Exasperado don Nicasio ordenó a unos cuantos de sus discípulos que cargaran con el enfermo, y, a empujones y pellizcos, restableció el contacto entre los que quedaron. Añadió:

—Como os dejéis dividir otra vez ¡so pencos!, os pateo.

De lejos, como el rumor acelerado de una tormenta, avanzaba el trueno de la muchedumbre. El primer grito de entusiasmo, dilatándose de boca en boca, repercutió en una exclamación formidable en lo ancho de la Plaza de San Juan y en las inmediaciones del cementerio.

¡Don Tomás llegaba!

Don Nicasio, como obedeciendo a una corriente eléctrica, dio el frente a sus muchachos y mandó:

—¡Firmes! ¡Ni Cristo se mueva! ¡Ojo!

Avanzaba un piquete de caballería. Detrás, una banda de música lanzaba al aire las notas del *Himno Bayamés*. Seguía una docena de banderas y estandartes. Inmediatamente a retaguardia, dos escuadrones; otra banda; otras banderas; multitud de infantes y, ¡por fin! ¡don Tomás! Vestía de negro el gran patricio. Con la cabeza descubierta, blanca por las cenizas de la vida, saludaba sonriente a “su” pueblo. A cada viva de la muchedumbre, el ojo derecho de don Tomás parpadeaba, parpadeaba insistentemente, como el guiño sempiterno de Sirio.<sup>19</sup> Y sus pupilas, nostálgicas de mirajes de otro tiempo, de la visión lejana, hundida en el fondo de treinta años, llenábanse de lágrimas.

¡El grande de la patria sabía llorar!

Don Nicasio quiso hacer oír su voz en el momento que la volanta pasaba frente a su columna. Pero la gritería ahogó su “viva” y el “hurra” de los niños. Apenas si pudo distinguir la silueta del viajero empotrada en los cojines del vehículo. Don Tomás pasó ante los ojos de don Nicasio como el zigzag de la luz de las centellas en el plomo de las nubes.

El fiasco concitó contra los niños los sentimientos pervertidos del maestro y, a puñetazos, les hizo comprender su deseo... de seguir el rumbo que llevaba la mani-

---

<sup>19</sup>Los griegos observaron que la aparición de Sirio —estrella de cinco puntas y un triángulo— anunciaba los cálidos y secos veranos mediterráneos, y por tanto temían que marchitara las plantas, que debilitara a los hombres y que excitara a las mujeres. Debido a su brillo, la titilación de Sirio era más apreciable en las condiciones atmosféricas de principios del verano, lo cual indicaba, para los observadores griegos, ciertas emanaciones que provocaban su influencia maligna. Las personas que sufrían sus efectos eran denominadas astrobólétos, “golpeadas por la estrella”.



festación. En la Plaza de la Luz<sup>20</sup> se distanció de la muchedumbre y, personalmente, fue dejando cada niño en la puerta de sus casas, a excepción de Miguel Valdés, Juan Aliaga, Armando Reyes y Edalio Desquirón, que los llevó consigo, les dio almuerzo y les hizo repetir, cinco veces, los discursos que les había entregado.

A las dos de la tarde ya estaba en marcha don Nicasio, rumbo a la vieja Plaza de Isabel Segunda, en cuyos cuatro ángulos, junto a unas palmas, la “comisión de festejos” había levantado las tribunas para los niños.

—Esperábamos por usted, don Nicasio —le dijo el alcalde.

—Pues... vamos: estoy listo.

Condujo los muchachos hasta el centro de la plaza.

—¡Mucho ojo! —les dijo. —Quietos y atentos.

Una banda comenzó a tocar el *Himno de Bayamo*. El espacio se llenó de humo y de estampidos. Sonó un “viva” prolongado, de más de cinco mil voces, y don Nicasio subió a la tribuna para anunciar a Miguel Valdés.

El niño, trémulo, con los grandes ojos como dilatados en la contemplación de aquel “mar de cabezas y sombreros”, estaba indeciso, presa del silencio que se extendía hasta los últimos confines de las calles.

—¡Ala...! Empieza —le mandó don Nicasio, pellizcándole una pierna.

Comenzó el muchacho. Vibró su voz temblorosa y débil al principio, sonora a los dos minutos, y enérgica luego. El primer aplauso le transformó, y, seguro ya, sin miedo a las pupilas que le miraban, pudo ver a don Tomás, rodeado del negro Serra<sup>21</sup> y de otros negros, de Márquez Sterling,<sup>22</sup> Gonzalo de Quesada<sup>23</sup> y de los principales personajes de Bayamo. Y vio igualmente, después de pronunciada la última sílaba, que don Tomás, Serra; los blancos y los negros; el pueblo en masa, batían palmas. Oyó los compases de *La Bayamesa*,<sup>24</sup> el ruido de la ovación, formidable y unánime; sintió que don Nicasio le palmoteaba las espaldas, que sus padres le envolvían en un abrazo emocionante y, poseído por el vértigo de “tan grande triunfo”, volvió a darse cuenta de las cosas cuando su condiscípulo Edalio Desquirón, alelado en lo alto de otra tribuna, hacía esfuerzos por recordar su discurso.

Desquirón era un muchacho rubio y escuálido. En sus ojos verdes había una expresión de espanto, y miraban indistintamente a la cara amenazadora de don Nicasio y a la muchedumbre, ya inquieta y propicia a la rechifla y al choteo. Sonó un silbido; cerca de la tribuna, un grito; a lo lejos... “ese no sirve, abajo, fuera”. Y el niño describió un

<sup>20</sup>Contigua a la iglesia de la Luz (actual Sala Teatro José Joaquín Palma) y plaza adjunta.

<sup>21</sup>Rafael Serra Montalvo.

<sup>22</sup>Manuel Márquez Sterling.

<sup>23</sup>Gonzalo de Quesada Aróstegui.

<sup>24</sup>Himno Nacional de Cuba. Su autor, Pedro Figueredo Cisneros, llamado *Perucho*, lo bautizó *La Bayamesa*, *Himno patriótico Cubano*. Era común en los primeros años de República su canto sin marcialidad.



círculo con la cabeza, rompió a llorar y cayó en brazos de su maestro, que lo estrujó en un apretón convulsivo de rabia:

—¡Marrano!

La gritería del pueblo se confundió con los aires de una marcha patriótica mientras don Nicasio dirigíase a otra de las esquinas de la plaza, asido al brazo de Armando Reyes.

—¡Ya sabes, rediez... —le decía al oído. —Acuérdate: “Honorable presidente, señoras y señores. No puedo menos que...” Repítelo.

—No se me olvidará, don Nicasio —repuso el niño, un tanto indeciso.

Y... habló bien Armando Reyes.

Don Nicasio, regocijado, con pretensiones de apostura marcial, situóse a la cabeza de los muchachos y les mandó que siguieran hacia la otra esquina de la plaza: La elocuencia del niño Reyes y los aplausos del público alentaron su esperanza. Aun había oportunidad, con Aliaga, de salir airoso. ¿Cómo no esperararlo así? El *mulatito* era inteligente, despejado, de una gran memoria y, sobre todo, “orador innato”. Sugestionado por estas ideas, don Nicasio recomendó a su discípulo:

—Serenidad y buena pronunciación.

El niño, sin embargo, no estaba de acuerdo con el maestro en aquellos instantes. La muchedumbre, la música, la “imponente solemnidad” del acto, producíanle cierta turbación que no lograba vencer. Caminaba de mala gana. Tenía miedo, miedo al tumulto y a su maestro. Ante la tribuna olvidó el discurso y un sudor frío le inundaba la frente. Pero, obedeciendo al borracho, puso un pie en las escaleras. Vaciló.

—¡Ala! —le dijo don Nicasio, empujándolo.

El niño dio otro paso, quiso bajar, miró en torno y, no hallando otro espacio que el de la tribuna, corrió hacia arriba, saltó desde la plataforma y fue a caer en medio del pueblo que esperaba oírle.

Estalló la rabia de don Nicasio con ímpetus agresivos y ordenó el regreso para vengarse en la escuela, a puertas cerradas, del ridículo que le habían hecho.

Frente a El Liceo,<sup>25</sup> el alcalde lo detuvo con estas palabras:

—Don Tomás quiere felicitar a los niños.

—No merecen la felicitación —repuso don Nicasio.

—Aunque no la merezcan: lo desea el señor Presidente de la República.

Obedeció. ¡Cómo negarse a tan alto requerimiento!

Y el “prócer” tuvo frases de paternal cariño para los muchachos y congratulaciones para el viejo maestro.

Este resultado de lo que don Nicasio había creído un desastre, le hizo cambiar de parecer. A la postre, el fracaso no era suyo sino de los bayameses, incapaces de

---

<sup>25</sup>El 10 de enero de 1910 se fundó el Liceo de Bayamo, institución con fines culturales y sociales donde se agrupaba la oligarquía blanca ganadera. Su primer presidente fue el Lic. Elpidio Estrada Estrada. Estaba ubicado frente a la Plaza de la Revolución.



engendrar hijos inteligentes. ¿Qué más daba? Lo hecho por los muchachos ¿valía la pena de privarse de un vaso de ron o de champán en el corro de los prohombres de la República? Se detuvo.

—Párense —mandó a los niños. —Les perdono porque hoy es un día de fiesta, pero a ese truhán de Aliaga y a este marrano de Desquirón los he de reventar a puñetazos. Ya lo sabéis ¡rediez! Y... ¡Ala: de rumba todos!

### CAPÍTULO III

De la fiesta celebrada en honor de don Tomás quedó, en Bayamo, un franco regocijo, propicio a los florecimientos de la democracia y a la confraternidad más cordial; también, la certeza de la preponderancia de Bayamo y sus hijos en los nobles empeños de libertad y cultura, mantenidos con tesón, por las dos últimas generaciones de bayameses. Para probar este motivo de orgullo regional, los ancianos citaban nombres y hechos. Y la juventud aldeana empezó a saber quiénes fueron Céspedes,<sup>26</sup> Perucho Figueredo,<sup>27</sup> Aguilera,<sup>28</sup> Fornaris,<sup>29</sup> Saco,<sup>30</sup> Zenea,<sup>31</sup> Medina:<sup>32</sup> la legión de patriotas e intelectuales que consagraron a la admiración de Cuba y América, el nombre de Bayamo. Y la vanidad y el sentimiento patriótico de los bayameses, de acuerdo esta vez, llegaron a la conclusión de que había que “sostener en alto la bandera de los antepasados”. Si en la paz patriarcal de los “tiempos de oro” de la más esclarecida ciudad de Cuba, habían nacido y desarrolládose Medina, Fornaris, Palma<sup>33</sup> y otros, y, en el período álgido de la propaganda revolucionaria, se habían revelado Céspedes, Osorio<sup>34</sup> y Aguilera ¿cómo no esperar una mayor contribución a la inteligencia en plena era de libertad, democracia y justicia? ¿No empezaba la edad republicana con un presidente y dos secretarios<sup>35</sup> bayameses? Este principio señalaba la aurora de una etapa no igualada en la vida fecunda de Bayamo. Pero había que hacer algo para que tan brillantes auspicios no quedaran en

---

<sup>26</sup>Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo.

<sup>27</sup>Pedro Figueredo Cisneros.

<sup>28</sup>Francisco Vicente Aguilera Tamayo.

<sup>29</sup>José Fornaris Luque.

<sup>30</sup>José Antonio Saco López.

<sup>31</sup>Juan Clemente Zenea Fornaris.

<sup>32</sup>Tristán de Jesús Medina Sánchez.

<sup>33</sup>José Joaquín Palma y Lasso de la Vega.

<sup>34</sup>Francisco Maceo Osorio.

<sup>35</sup>El Dr. Diego Tamayo Figueredo fue Secretario de Gobernación y Eduardo Yero Buduén de Instrucción Pública.



la historia como un relámpago de grandeza efímera o como el ocaso de medio siglo de hegemonía heroica y cultural. Sin escuelas; empobrecidos los bayameses por la guerra; precarios los medios de subsistencia del presente; sin un superávit que permitiera un dispendio provechoso al mañana, no había otra solución que el concurso unánime de todos; el aportamiento, por lo menos, de cada uno, de entusiasmos y energías y una honrada selección de los niños que debían ir al extranjero a educarse.<sup>36</sup>

La idea, buena para todos los bayameses, tenía sus apóstoles: eran los más viejos y los descendientes de “antepasados gloriosos”, o jefes de familias revolucionarias, emparentados con los “ilustres apellidos de Milanés,<sup>37</sup> Tamayo<sup>38</sup> y Figueredo”.<sup>39</sup> También lo eran los que tenían hijos y guardaban secretamente la esperanza de que recayera la elección en los suyos.

Todos los días, en la tertulia nocturna de El Liceo se hablaba del proyecto. Reuniéndose a deliberar don Antonio Estrada y Céspedes, don Enrique Reyes, padre de Armando; don Epicuro Espinosa, brillante coronel del Ejército Libertador,<sup>40</sup> Aniceto Cadenas, José Urquiaga y otros. Aparentemente reinaba la más absoluta armonía entre todos. Se convino, primero, que serían dos los niños que Bayamo enviaría a estudiar.

—Uno blanco y uno de color —propuso don Antonio Estrada y Céspedes.

—Los negros son para cargar agua —contestó don Enrique Reyes.

—Yo creo que hay algunos negros que sirven para algo más, don Enrique —repuso Epicuro Espinosa, el joven coronel revolucionario.

—Además —añadió don Antonio Estrada y Céspedes, eso... de negros y blancos se acabó en Cuba. Hoy todos somos ciudadanos de la democracia cubana.

—De acuerdo —dijo Aniceto Cadenas.

—Lo democrático y fraternal —intervino José Urquiaga— es que sean un niño blanco y otro de color.

<sup>36</sup>En 1899 el superintendente Alexis E. Frye invitó a maestros cubanos a viajar a la Universidad de Harvard, en Estados Unidos.

<sup>37</sup>Este apellido llega a Bayamo en 1512. El primero fue D. Jácome del Milanés, natural de Florencia, en Italia; se casó en Bayamo con Dña. Juana Ponce de Guevara.

<sup>38</sup>Este apellido llega a Bayamo en 1512 con el matrimonio de D. Rodrigo de Tamayo y Dña. Inés de la Jardina, naturales de Ávila, España.

<sup>39</sup>Este apellido llega a Bayamo en 1657 y procede de Jamaica; el primero fue D. Blas de Figueredo, se casó con Dña. Ana de la Torre y Coba, natural de Puerto Príncipe y por segunda vez con Dña. María Guerrero.

<sup>40</sup>La alusión a Elpidio Estrada Estrada es ostensible. Elpidio fue un niño recogido por Esteban Estrada y criado por la esclava Eulogia Ortiz, se graduó como licenciado en Derecho en la Universidad de La Habana, integró las tropas del Ejército Libertador, alcanzó el grado de coronel y fue jefe de estado mayor de Jesús Rabí. En la república ejerció como registrador de la propiedad. Una de sus leyendas cuenta que falleció en un duelo con un esposo ofendido. No se casó ni tuvo hijos. Distribuyó su fortuna (\$ 747 493.40 ½) antes de fallecer entre sus allegados. Fue benefactor de la ciudad de Bayamo, donó un teatro y un hospital para pobres, entre otras obras.





Don Enrique Reyes, viejo esclavista, revolucionario de la Guerra Grande, acostumbrado a imponer su voluntad, demostró su desagrado, dirigiéndose a José Urquiaga y a Aniceto Cadenas:

—Ustedes no tienen voto aquí. Los *arrempujaos* deberían estar metidos en sus casas.

Los aludidos, temerosos todavía de las represalias de los revolucionarios, y en todo su apogeo el predominio de los hombres de la guerra, no se atrevieron a contestar. Lo hizo don Antonio Estrada y Céspedes:

—La República “es con todos y para todos”,<sup>41</sup> don Enrique.

Con todos y para todos los buenos y patriotas, pero no para los traidores. Aun hay quien *jiede a sicote*.<sup>42</sup>

—Nosotros lo hemos respetado siempre a usted, don Enrique —repuso Aniceto Cadenas.

—Se acabó eso... —añadió, conciliador, don Epicuro.

—No estamos aquí para pelear. ¿Qué es lo que desea don Enrique?

—¿Yo...? ¡*na!* Allá ustedes —contestó el viejo esclavista poniéndose en pie.

—Óyeme, Enrique —le dijo don Antonio. —Siéntate. Si nosotros, que somos los obligados, no le abrimos los brazos a los negros, que nos ayudaron a hacer la independencia, y a todos los cubanos que no pudieron ir a la guerra, pero que nos han de ayudar a la solidificación de la obra revolucionaria, nos pondremos a la misma altura que los malos patriotas.

—Sí —contestó don Enrique, sentándose: lo que tú quieras; pero mis canas deben respetarse.

—Pero ¡si nadie le ha ofendido, don Enrique! —añadió don Epicuro. —La cuestión se reduce simplemente a elegir dos niños, uno blanco y otro negro. Esto es todo.

—Así pienso yo, don Enrique —se atrevió a decir Urquiaga.

—No... A mí no me hables tú. Tú quieres que sea un negro porque tienes unos cuantos mulatos con una negra. ¿Cómo se ha de igualar un hijo mío a un sarnoso negro?

—Nadie ha pensado en su hijo, don Enrique —arguyó don Epicuro, soliviantado también.

—Y ¿a quién van a mandar? ¿Quién hay en Bayamo como mi hijo Armando? Ustedes, se largan a la porra. Yo no necesito de nadie para educar a mi hijo. ¡Ya verán cómo lo mando, y no a la Habana, no; a *Guasinton!*

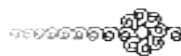
Y, recogiendo los hombros hacia arriba, se alejó, despacio y colérico.

—Con ese viejo *malcriao* no voy yo a ninguna parte —dijo José Urquiaga.

---

<sup>41</sup>José Martí, héroe independentista, en un discurso en el Liceo Cubano en Tampa el 26 de noviembre de 1891 concluyó con la frase: “Con todos, y para el bien de todos”.

<sup>42</sup>Frase despectiva para referir a quienes apoyaban la dominación española.



Y agregó Aniceto Cadenas:

—No le di una *bofetá* porque es un viejo *cañengo*.

—¡Un intransigente! —comentó don Epicuro.

—¡Viejos resabiosos! —añadió don Antonio Estrada y Céspedes. —Pero porque él se haya disgustado no vamos a abandonar nuestra idea. Persisto en que sean un negro y un blanco los que vayan a estudiar.

—Soy del mismo parecer —dijo don Epicuro.

—Pues yo no me ocupo más del asunto —repuso Urquiaga.

—Ni yo —concluyó Cadenas.

Y abandonaron el corredor de El Liceo. Solo don Antonio Estrada y Céspedes, murmuró:

—Pues si van, uno ha de ser negro.

Así terminaron las conferencias de confraternidad provocadas por el orgullo patriótico. Más poderosos los odios de razas y los rencores de familia que los sentimientos altruistas, los “notables” de Bayamo no volvieron a hablar de los niños, ni de las glorias bayamesas, ni de las tradiciones históricas. “¿Para qué?”, pensaban algunos. “¡No será posible nunca poner de acuerdo a los intransigentes de siempre, a los que se creen con derecho a todas las preferencias. ¡Mejor es olvidar tan bello ensueño!” Pero don Antonio Estrada y Céspedes, enamorado del antiguo esplendor intelectual de su pueblo,<sup>43</sup> no quiso abandonar la idea, y, firme en ella, habló a unos y a otros, al alcalde, al juez, a los más ricos y a los más pobres; reunió a sus amigos varias veces; determinó y sostuvo una campaña periodística para evitar que “mal entendidos privilegios” hicieran imposible el proyecto acariciado, y citó la cantidad con la que contribuiría a la realización de la esperanza de todos. Irían a estudiar dos niños, pero dos niños representativos: uno blanco y otro negro, el más inteligente de los negros y el más culto de los blancos. Y don Antonio pensaba que bien podía ser Armando Reyes, el hijo de don Enrique, y Miguel Valdés, el mulatito orador, discípulo de don Nicasio.

Don Antonio conocía a Miguel y a su familia desde que los emigrados cubanos comenzaron a volver a la patria,<sup>44</sup> después de la Guerra Grande. En la calle Comercio, luego General García, estaba el hogar de los Valdés. Era un viejo caserón con ventanas de madera y anchos muros de mezclote y piedra caliza: una de las pocas casas que habían escapado al incendio del Sesentiocho.<sup>45</sup> En ella nacieron Anacleto

<sup>43</sup>Las décadas del 1850-60 son de esplendor en la cultura bayamesa, especialmente por sus aportes en el campo literario.

<sup>44</sup>En febrero de 1878 finaliza la Guerra de los Diez Años. El gobierno español intenta conciliar intereses con los independentistas para evitar nuevos estallidos insurreccionales y permite el retorno de los deportados.

<sup>45</sup>La quema de Bayamo se inició en horas de la madrugada del 12 de enero de 1869 para no ser entregada intacta la ciudad al conde de Valmaseda. Un padrón de 1870 arrojó la existencia de 1 174 casas, de ellas 1 014 quemadas.



Valdés, padre de Miguel, y éste. Tradicional en la familia el oficio de carpintero, éralo Anacleto, y Miguel lo aprendía en las horas francas de la escuela.

Frente a los Valdés vivía don Antonio Estrada y Céspedes y su familia: doña Carmen Céspedes de Estrada y la pequeña Gabriela. Gabriela era una niña de diez años, “muy inteligente”, según doña Carmen, y de unos “ojos azules lindísimos —lo más lindo de ella”—en apreciación de don Antonio.

—En mi hija —decía doña Carmen a su esposo, con la pequeña sobre las piernas— se han aunado todos los rasgos y cualidades distintivas de nuestra raza. Con Gabriela resurgirá la vieja aristocracia bayamesa.<sup>46</sup>

Gabriela era el orgullo de sus padres y de todos los Estradas y Céspedes de Bayamo, como Miguel constituía el motivo de vanidad de Anacleto, su esposa y la mayoría de los hombres de color del barrio de San Juan. No obstante, el mejor amigo de don Antonio era Anacleto, y la mejor amiga de Tomasa Baldoquín, la madre de Miguel, era doña Carmen. Vieja amistad, acendrada con el trato íntimo de veinte años de mutuos favores y de recíprocos consuelos. Juntos emigraron y juntos volvieron a la patria. Anacleto y Tomasa, a su viejo caserón de gruesos muros; doña Carmen y don Antonio, a su más vieja mansión patriarcal, reedificada y reformada después del “Noventicinco”.<sup>47</sup> Don Antonio hizo derribar algunas paredes, levantó otras, añadió nuevas habitaciones y completó la transformación de la casa, con un jardín y un enverjado hasta la calle. Y, entre las flores, y junto a los estantes de la biblioteca, jugaban y leían Gabriela y Miguel. Doña Carmen y Tomasa charlaban en los comedores. Los dos padres, engolfados ante el tablero de ajedrez, en el saloncito de fumar, hablaban del porvenir de Cuba, de la confraternidad de los cubanos y de la era de cultura de Bayamo, un poco distante en el pasado; pero fácil de resucitar a medida que fueran levantándose los muchachos de la nueva generación.

—¡Ya verás, ya verás! —decía don Antonio a su amago. —Deja que empiecen a volver del extranjero los hijos nuestros.

—¿Y será posible la realización de su proyecto?

—¡Sí, hombre! Eligiremos cuatro niños o, por lo menos, dos; e irán, sí; e irá también tu muchacho, que es mi candidato.

—¿Usted lo cree, don Antonio?

---

<sup>46</sup>Después de la quema las familias oligarcas partieron, muriendo unas en los campos como resultado del hambre, las penurias y la persecución de las tropas españolas; otras emigraron. Se creyó que regresarían instaurada la república en 1902, mas no fue así. Venir a Bayamo suponía enfrentar un proceso de reconstrucción que muy pocos estaban dispuestos a afrontar.

<sup>47</sup>A partir de 1902 Bayamo inicia el lento tránsito a la modernidad. Uno de los síntomas es el cambio en el estilo arquitectónico, que se torna ecléctico. Quienes no podían asumir una inversión desde los cimientos mantenían las paredes y la estructura internada de la vivienda, pero la fachada demostraba el estilo en boga.



—¿Y por qué no? Miguel es inteligente y muy formalito. ¿Quién puede aventarlo entre sus paisanos?

—¡Caramba!

—Nada. Tú no desconoces que yo sé apreciar la diferencia que existe de lo malo a lo bueno, y, como en el asunto de que venimos hablando, me impulsa un alto ideal de cultura, te confieso que sacrificaría el cariño que tengo a tu hijo y a tí, y prescindiría de él, si no fuera una gran probabilidad intelectual. Tratándose de Bayamo y su grandeza soy inflexible: tú lo sabes.

Anacleto movió dubitativamente la cabeza.

—Ya verás —repuso don Antonio. —Te muestras incrédulo porque has oído opiniones aisladas. Son discrepancias insignificantes: en el fondo, hay buen deseo.

—Pero, don Antonio, ¿los bayameses elegirán a mi hijo? Acuértese de lo sucedido en El Liceo. Y... como los blancos son los que tienen algún dinero en Bayamo, y... mi hijo es de color.

—¡Bah... lo de siempre! Eso de negros y blancos era en tiempos de la esclavitud, pertenece a lo que debemos olvidar. Hoy somos hermanos. Nos hermanó la guerra y los sacrificios comunes. No creo que haya ninguna diferencia entre los sentimientos y los ideales de blancos y negros. Yo sólo acepto una diferencia: la que existe de lo bello a lo feo. En esto soy también inflexible. Lo feo, sea blanco o negro, me repugna. ¡Y hay tantos blancos horribles! Y evidente está la tendencia de blancos y negros a contraer matrimonio. Ahí tienes a José Urquiaga y a tantos como tú conoces en Bayamo, que si no son casados, viven con mujeres de color y tienen con ellas sus hijos. Esto es hermoso.

—Son españoles y algunos cubanos de ínfima condición social.

—¿Y Urquiaga, Anacleto?

—Urquiaga no tiene más abolengo que unos pocos miles de pesos. Pero... usted ¿dejaría casar a Gabriela con un negro?

—¡No! Pero... oye... Sí, sí. ¿Por qué no? Si el negro no es feo la dejo casar con él. Pero como tú comprenderás, mi hija no se ha de enamorar de un negro.

—Y ¿si se enamora?

—¡Si se enamorara! La dejaría en libertad de hacer lo que le gustase. Pero éste no es el caso que te interesa. Lo importante es que no repararán los blancos en el color de tu hijo para mandarlo a estudiar. Además, tu hijo es casi blanco, casi tan blanco como yo. Si no fuera por el pelo, algo encrespado, podría pasar por un español trigueño. Sus facciones son finas, correctas, proporcionadas. ¿No te has fijado tú?

—Sí. Creo que tiene razón usted.

## CAPÍTULO IV

Era tema de los corrillos de El Liceo la pretensión de don Antonio Estrada y Céspedes. ¡Nada menos que un mulato en representación de la sociedad bayamesa! ¡Como si no hubiera más niños que el hijo del carpintero Anacleto! ¿Qué pensarían los yanquis? Estaba errado don Antonio. Conforme que los más pudientes del pueblo se sacrificaran en beneficio de la “futura grandeza” de Bayamo; pero el favor no podía hacersele a un negro que, después de todo, era negro y “enemigo natural” de los blancos.

Así se expresó don Enrique en la primera ocasión que tuvo, y añadió, dirigiéndose a don Antonio, en voz bien alta para que lo oyeran cuantas personas estaban presentes:

—Y no se crea que busco para mi hijo la protección de ustedes. Armando irá a los Estados Unidos, enviado y pagado por mí.

—Nadie te dice que no lo hagas —contestó don Antonio. Tú puedes y tienes dinero; pero, con tanto, no has de oponerte a que yo entienda, y conmigo muchos, que sería más hermoso y más fraternal proteger, entre todos nosotros, a los dos muchachos más inteligentes del pueblo: Uno de estos muchachos puede ser tu hijo; el otro, un hijo de la raza de color; Miguel Valdés, por ejemplo.

—Yo estaría de acuerdo contigo si los dos muchachos fuesen blancos, pero lo que tú quieres es darle alas a los negros. Y los negros nos han de causar muchos dolores de cabeza. Acuérdate de Aponte.<sup>48</sup> Tú sabes que en plena esclavitud intentaron degollarnos; pues ¿qué no harían en posesión de medios poderosos y abusando de nuestra tolerancia?

Don Antonio Estrada y Céspedes fue convenciéndose, poco a poco, de que el entusiasmo y anhelo fraternal que exteriorizaron los bayameses a raíz del recibimiento a don Tomás, no había pasado de una efímera sugestión circunstancial: ambiente de una hora que resbaló sobre los prejuicios seculares de una sociedad, anestesiándo-

---

<sup>48</sup>José Antonio Aponte lideró en 1812 una de las conspiraciones independentistas más importantes en Cuba. La sacarocracia lo demonizó, y algunos términos despectivos referidos a él alcanzaron el siglo XX, como “más malo que Aponte”.



los un minuto, para resurgir con todos sus bríos en el momento oportuno. ¡Ni los mismos blancos pudieron ponerse de acuerdo para elegir uno de sus muchachos! Mientras los menos sostenían la bandera del hijo de don Enrique, los más oponíanse, porque siempre se habían opuesto a toda tendencia o idea de la familia Reyes: dinastía de caciques y árbitros de Bayamo por más de un siglo. “Y los tiempos de la tutela, del vasallaje y de la obediencia habían pasado, para ceder su autoridad a la hegemonía democrática”.

El temperamento levantisco e individualista de la raza, refractario a toda concurrencia cooperativa, irguió sus fueros una vez más, entre los bayameses, en contra de la resolución puramente regional. Los idealismos revolucionarios de las generaciones extinguidas, el ansia de ciudadanía de la que sostuvo la última “guerra de independencia”, fueron fórmulas convencionales de una necesidad común, conminatorias de soluciones afines, en un momento histórico. La unanimidad en la defensa del “ideal” tuvo todas las apariencias de la concentración que realizan los animales, en un alto del terreno, empujados por las inundaciones de los valles y las praderas. Vuelta el agua a sus cauces, y los animales dispérsanse como se unieron, sin más razonamiento que la presencia del peligro, primero, y después por la necesidad de comer. ¡Así la historia de los cubanos! Del ideal de libertad, queda el recuerdo explotable, la invocación de los “sacrificios” en el instante decisivo de un negocio, que escudan el “honor nacional”, el “nombre de la patria” o los “intereses regionales”.

Don Antonio Estrada y Céspedes tropezó con estas realidades disolventes del idealismo, y confesó su fracaso.

—Hay un límite para todo en la vida, Anacleto. Desde ahí la lucha es estéril.

—¡Dios dirá, don Antonio!

Pero Anacleto, que se había encariñado con la idea de ver a su hijo en una universidad, recibió la noticia con el estoicismo suicida de su raza, pronta al silencio y a la resignación. Y del cielo de sus ensueños de padre fueron cayendo las estrellas; y la noche, la eterna noche donde se extinguen las razas vencidas, se hizo impenetrablemente oscura, en el instante de dilatarse el imposible, con el mañana; ¡el mañana que no llega nunca!

—La tralla ha cambiado de mano y de nombre, don Antonio; pero sigue flageándonos —murmuró amargamente Anacleto Valdés. —Siempre habrá esclavos y amos. Imperios, monarquías, repúblicas, democracia, aristocracia: todo es lo mismo. Son formas expresivas. La substancia no ha variado. Es una, eterna y activa: es ley de armonía y de equilibrio. Como en las máquinas, el vapor es el que empuja, y el émbolo el que cede; en los hombres, unos son vapor y otros émbolos: mi raza es el émbolo.

La pena que produjo en Anacleto la imposibilidad de enviar a Miguel al extranjero, le hizo más reservado que de costumbre. Esta reserva, por un extraño fenómeno



que él no se explicaba, era más terminante con sus amigos de la misma raza. Tan “incomprensible actitud”, en opinión de los hombres de color, resucitó, pasado algún tiempo, el ya olvidado proyecto de enviar dos niños al extranjero.

—Sin la intransigencia de Anacleto —se comentaba en la vieja Plaza de Isabel Segunda— tendríamos estudiando uno de nuestros muchachos.

Pronunció estas palabras uno de los negros que formaba el grupo de Pepe Jerez, Anastasio Méndez, Andrés Pérez, Anselmo Batista y Pedro León.

Estaban sentados en uno de los bancos de la plaza, y al columbrar a Anacleto Valdés, que se acercaba, guardaron silencio.

Anacleto detuvo sus pasos junto a otro banco y habló breves momentos con los jóvenes “pardos” Edmundo Casanova, Rafael Also y Suitberto Escalante. Después se dirigió a la glorieta.<sup>49</sup> Al pasar frente al grupo de los negros, dijo Pepe Jerez, señalándolo:

—¡Ahí va ese...!

—Es un renegado —comentó Pedro León. —Se cree blanco. ¿Advirtieron ustedes cómo saludó a Edmundo y a sus amigos, y a nosotros ni nos miró?

—¿Y se creerá blanco el perro-mulato ese?

—¿Que si se cree? Y reniega también de su raza.

—Pero ¿cómo no ha de renegar —añadió Anastasio Méndez— si está entregado a los blancos?

—El se considera blanco —ratificó Anselmo Batista.

—A mí me ha sostenido —repuso Andrés Pérez— que descende de indios.

—Su odio a nosotros le hace decir que si no fuera por los negros aun existirían los indios.

—¡Ya se *fuñirá!*

Anacleto, acompañado de su hijo, volvió a pasar frente a los negros. Estos suspendieron la conversación breves segundos, y fijaron sus pupilas, con marcado encono, en los dos artesanos.

Comentó Pepe Jerez:

—*Arrollao* como está es orgulloso, pues si le mandan el hijo a estudiar ¿quién lo aguantaría?

—Ahí voy yo.

—Óiganme —repuso Pepe Jerez; —si hubiéramos enviado un muchacho a los Estados Unidos, no habría sido el hijo de él, que es casi blanco, no; nosotros hubiéramos propuesto un negro.

—Sí, señores.

—¿Qué se ha creído él?

---

<sup>49</sup>Plazuela que se ubicó en el centro de la Plaza de la Revolución después de colocados los bancos y construidos los jardines a inicios del siglo XX.



—¡Estos blanquitos!

Anacleto, en una de sus vueltas por la plaza, advirtió que los negros hablaban de él, y se detuvo nuevamente cerca de sus amigos para lamentarse de las censuras de que era objeto.

—No les haga caso —dijo en voz alta Casanova, para que le oyeran sus vecinos.

—Así predicán la unión ellos —añadió Rafael Also.

—Nosotros estarnos condenados a perecer —sentenció Suitberto Escalante.

—Nos despedazamos como fieras.

Anacleto, más apesadumbrado que de costumbre, se alejó de la plaza, tomando la resolución de darle carrera a su hijo, aun a costa del más grande de los sacrificios.

—¡Es necesario!

Encontró a Tomasa charlando con doña Carmen.

—Traes cara de enfermo —observó don Antonio, mirando fijamente a su viejo amigo.

—Me siento bien, —respondió Anacleto, forzando una sonrisa; —y en disposición de jugar una partida de ajedrez.

—Y la jugamos.

Se sentaron ante el tablero. Poco después llegó Miguel, saludó a doña Carmen y encaminó sus pasos a la biblioteca para encontrarse con Gabriela.

—¡Cómo has tardado! —exclamó la jovencita. —Ya tengo aprendida mi lección de historia.

—¿Y qué hora es?

—Las nueve. Estaba impaciente porque tengo que decirte una cosa.

—¿Muy importante?

—Regular.

—Pues ya te oigo.

Gabriela era ya una mujercita. Ya, sus ojos se fijaban con insistencia en los paisajes y en los labios de sus amigas. Se alargaba, se le abultaban los senos: era una mujercita.

—¿Y qué? —preguntó Miguel, observando que su amiguita guardaba silencio.

Le sorprendía que Gabriela no le hubiera reñido, como otras veces, cuando tardaba en llegar. ¿Por qué? ¿Estaba ofendida? Quiso justificar su tardanza:

—No pude venir antes, Gabriela. Papá me pidió que le acompañara. ¿Estás brava conmigo?

—No.

—¿Y es verdad que estudiaste tu lección?

—Sí.

—¿Y el libro?

—En su puesto.

Miguel quiso cerciorarse de lo que le decía Gabriela, e insistió:





—¿Quiénes eran los cartagineses?

—No sé.

—¿Ves? ¡Me has engañado! Tú no has abierto el libro.

—¿Cómo iba a estudiar, Miguel, si me he pasado el tiempo esperándote?

—Bueno; ya estoy aquí. ¿Para qué me esperabas?

—Me voy mañana —murmuró bajando la vista.

—¿Te vas, dices?

—Sí.

—¿Adónde?

—Papá me manda a la Habana.

Miguel abrió mucho los ojos y fijó su mirada interrogadora en las pupilas azules de Gabriela. Luego, con movimiento de cansancio, se sentó sin pronunciar una palabra.

—¿Y no dices nada, Miguel?

—¿Qué voy a decir?

—Pero ¿tú irías, tú irías a la Habana?

—¡Figúrate!

Gabriela estaba sentada en un sillón, junto a la mesa de lectura y, con un lápiz, distraídamente, como pudiera haberlo hecho una mujer acostumbrada a darle interés a las actitudes, comenzó a trazar figuras sobre un papel. Al cabo de unos minutos, preguntó:

—¿En qué lugar estudiarás cuando yo me vaya?

—En mi casa.

—¡Ah...! Óyeme —exclamó Gabriela muy interesada: —cuida mis matas de azucenas. Riégalas todos los días. ¿Lo harás?

—Sí.

Miguel, visiblemente apesadumbrado, púsose en pie.

—¿Te vas?

—Sí.

—¿Y no estudiamos?

—No tengo ganas de estudiar.

—¿No estudiarás más?

—Sí, en mi casa.

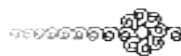
Miguel echó a andar sin despedirse. Y la sombra de su cuerpo fue deslizándose como furtiva sobre los muebles y los cristales de la estantería.

—No te vayas, Miguel —le rogó Gabriela. —Óyeme. Anacleto y Tomasa están conversando con mis padres. Ven: vamos a estudiar un poco.

—No, no quiero.

—¿Estás bravo conmigo?

—No.



—¿Y por qué te vas?

No contestó. Estaba parado en el umbral de la biblioteca, con la cabeza inclinada encima del hombro izquierdo, y mordía nerviosamente un pedazo de papel.

—¿Tú quieres pelear conmigo?

—No.

—¿Y por qué te vas?

—No sé.

—Bueno: ¡vete!

Miguel volvió los ojos para mirar a su amiga; pero Gabriela había bajado la cabeza y agujereaba el vestido con un lápiz.

¿Lloraba su amiguita? ¿Por qué? Siguió andando. En la puerta de la calle le detuvo don Antonio, preguntándole si se iba.

—Sí, señor —dijo Miguel mordiendo ahora el ala del sombrero.

Doña Carmen quiso saber si había reñido con Gabriela.

—No, señora.

—Pero ¿no has estudiado?

—No, señora.

—¿Y por qué te vas? —insistió don Antonio.

El jovencito apretó con más fuerza las mandíbulas.

Don Antonio llamó a su hija.

La niña, compungida, detúvose ante su padre.

—¿Qué has hecho a Miguel?

—Nada, papá; nada.

—Ustedes han peleado.

—No. ¿Hemos peleado nosotros, Miguel? —preguntó Gabriela a su compañero.

—No.

—¿Y por qué no estudian? —insistió doña Carmen.

—Miguel se ha negado. Le dije que me iba mañana para la Habana, y... ¡eso es todo!

Don Antonio le preguntó al muchacho si quería ir también a la Habana.

Sí, sí quería ir.

—De algo parecido pensaba hablarle —intervino Anacleto.

Y narró lo que había oído en la plaza, las censuras que le dirigieron y la resolución que había tomado con respecto a los estudios de Miguel.

Añadió:

—Me parece, don Antonio, que con un gran esfuerzo de mi parte podría costearle una carrera a mi hijo. He pensado detenidamente esto, y estoy resuelto a hacerlo.

—Y yo te ayudaré —agregó don Antonio.

## CAPÍTULO V

Al día siguiente, por la mañana, emprendió viaje Gabriela. Iba a uno de los mejores colegios de la Habana. Don Antonio tenía el propósito de no escatimar recursos en la educación de su hija. Quería que fuera una mujer culta, a “la moderna”; que supiera dos o tres idiomas, música, *sports*: una digna progenie de la vieja sociedad bayamesa.

Pronto llegaron cartas de la capital, dando cuenta de que Gabriela estaba “perfectamente instalada” en el colegio. Entonces don Antonio y Anacleto empezaron a preparar el viaje de Miguel. No iría a la Habana el muchacho. La Habana era cara, algo turbulenta y llena de vicios. Miguel, rodeado de niños de su misma edad y condición, perdería tiempo y quizá si llegaba a extraviarse. Mejor que fuera a los Estados Unidos. Se decidió el viaje. A su pronta realización contribuyó don Epicuro, el “Don Juan” bayamés, “famoso” por sus conquistas, sus “dispendiosas prodigalidades” y su protección a periodistas, literatos y obras de beneficencia pública.

Mientras se hacían los preparativos del viaje, Miguel rendía una ruda labor en el taller de su padre. Trabajaba hasta horas avanzadas de la noche, empeñado en reunir doscientos pesos: cantidad que le serviría para el pupilaje de los primeros meses y adquisición de ropa apropiada para soportar la temperatura norteña. Y, todos los días, como prometiera a Gabriela, iba al jardincito que ella tanto amaba y regaba las cepas de azucenas. Las regó durante cuatro meses.

Una tarde, vestido como un hombre, de pantalones largos, risueño y feliz, se despidió de sus padres y de Bayamo.

—¡Dios te guíe, hijo mío! —rogó su madre sollozando.

La misma noche de la partida de Miguel, don Epicuro llevó la noticia a El Liceo.

—Pidieron mi ayuda —dijo. —¿Y qué iba a hacer? Es un bayamés, un muchacho inteligente y una obra buena ayudarle.

Don Enrique protestó:

—Todo el mundo es inteligente para tí.

—No será tanto como... su hijo Armando, pero entiende las cosas.



—¿Qué va a entender! ¿Quién ha visto negros con entendederas?

—Oí, Enrique; *mirá* que *San Blá* fue negro —bromeó don Pancho.

Don Pancho era un bayamés a la antigua usanza: el único de los viejos bayameses que no había querido sustituir la clásica guayabera por el “moderno” saco, la “modernísima” camisa y la “última” corbata. Alto, barrigón, con sesenta años de edad, teñíase el bigote y la cabeza. Hablaba de sus conquistas amorosas con autoridad de maestro que da lecciones. Feliz en el juego, malicioso, “cucarachón de banca”, cachazudo en la espera de su “oportunidad”, ganaba siempre. Y las ganancias de toda su vida le hicieron rico. Ahora jugaba “por sport” y prestaba dinero al quince y veinte por ciento sobre prendas, ganado vacuno y fincas urbanas. Don Pancho era el archivo histórico de los bayameses. Sabía la historia de todos sus paisanos, y la repetía frecuentemente a sus contertulios. Para don Pancho no había mujer como la mulata, ardiente y frenética en el espasmo. Tenía un defecto don Pancho: se ofendía cuando le recordaban que había abandonado a su primera mulata, cargada de hijos. Mientras no le citaban esta mácula, la “única”, según él, era el más feliz y socarrón de los hombres. Esta socarronería indignaba la patriarcalidad de don Enrique, y respondió el viejo esclavista:

—Y a mí ¿qué me importa San Blas?

—Pero *vo* ¿no creei en *San Blá*, Enrique?

—¿Si creo o no creo, son cuentas mías!

—No... Perdóname: no *e* para *pleito* —dijo don Pancho, pasándose la mano derecha por la barriga.

Todos callaron. Don Epicuro se miraba un grueso brillante que lucía en un dedo, movía la cabeza de uno a otro lado, buscando la uniforme presión del cuello y sonreía levemente con un temblor general de la mandíbula inferior.

Don Enrique Reyes esgarró, cruzó una pierna sobre la otra y dijo:

—Mañana sale Armando para los Estados Unidos. Volvieron todos la cabeza, y Urquiaga comentó:

—Armando es muy inteligente.

—Ya lo creo —confirmó don Epicuro.

—Sí, sí —añadió Aniceto Cadenas.

—Y ¿*vo* lo *dudai*? —preguntó don Pancho a don Antonio Estrada y Céspedes.

—No he dicho esta boca es mía.

La mandíbula movable de don Epicuro, cubierta de una barba negrísima, tembló fuertemente.

—Don Antonio tiene su opinión.

Las miradas se dirigieron a don Enrique, que volvía a esgarrar y se echaba sobre el respaldo del balance, para responder:

—Antonio quiere que los negros sean como Armando.



—*Sabei* ¿por qué, Enrique? —repuso don Pancho.

—Antonio cree en *San Blá*.

—No aticen, señores —dijo don Epicuro.

—Es lo mejor —agregó don Antonio. Dejen a Enrique con su Armando y a cada uno con su manía.

Don Enrique protestó:

—A mí nadie me ha *cojío*. ¿Por qué me van a dejar? —Y agregó, dirigiéndose a don Pancho:

—*Mirá* quienes van allí.

Eran las hijas abandonadas de don Pancho. Guardó silencio el viejo prestamista, visiblemente contrariado.

—Don Enrique es un perverso —comentó al oído de don Epicuro, Aniceto Cadenas.

—Es que está chocheando ya.

—¿Y cómo no chochea para ofender?

—¡Manía de viejo! —dijo distraídamente don Epicuro, con la vista fija en el rostro de una mujer que acababa de entrar en la plaza. Y, olvidándose de don Enrique, don Pancho y sus cosas, se puso en pie, reparó si el pantalón le caía naturalmente sobre la bota, si tenía bien puesta la corbata, bien ajustado el saco, blanco y sin mancha ni polvo el cuello, retorcidas las guías del bigote y fue al encuentro de la dama.

Don Enrique señaló con un dedo a don Epicuro y dijo:

—Ahí tienen ustedes un benefactor, filántropo y amigo de proteger a los “muchachos inteligentes”.

Y añadió Cadenas:

—Es canallesco lo que está haciendo don Epicuro.

—Es escandaloso —replicó José Urquiaga.

—Epicuro es un bribón —añadió don Enrique, satisfecho del calificativo. —No lo quiero por mi casa.

—Ni yo —dijo Cadenas. —Desea hacer un serrallo de Bayamo.

—¡Y es honorable, y hombre de bien, y de influencias!

—Ese es un bribón —repitió don Enrique. —Si le ha ayudado a Antonio en el asunto del negrito Valdés, ha sido preparando el terreno para cuando Gabriela sea mujer.

Don Antonio halló muy mal la suposición de su viejo amigo, y se levantó sin decir una palabra.

## CAPÍTULO VI

Don Antonio, celoso de la dignidad de su nombre y prestigio de su familia, dejó de ir a El Liceo. Para no aburrirse, en su casa, de noche, entretenía el tiempo, jugando al ajedrez con Anacleto. El día lo empleaba en el fomento de una nueva finca ganadera, a caballo siempre por los potreros y caminos vecinales, por lo que apenas sí se enteraba de los chismes de la aldea. No sabía que don Epicuro constituía la actualidad de todos los días y de todos los meses. Cuando el pueblo iba olvidando uno de sus escándalos y esperaba que se corrigiera, el joven coronel acometía otra aventura. Hoy era con una parienta; mañana, con una muchacha de quince; después, con la señora de Fulano. El “Terrible don Juan” no se daba reposo y su sola presencia en una casa era suficiente para desacreditarla. Ahora se trataba de algo “gordo, muy gordo”; “tan gordo” que, don Antonio, siempre atento a sus negocios, se había enterado.

—Un escándalo —repetía don Enrique.

Y el escándalo y delito de don Epicuro aparecían de tal magnitud que obligaron a don Antonio a volver a El Liceo, después de dos años de ausencia. En estos dos años habían sucedido muchas cosas. Una de ellas: el matrimonio de Aniceto Cadenas con Norberta de la Tapia, la “muchacha más bonita de Bayamo”; el éxodo a los Estados Unidos de todos los jovencitos que pudieron reunir la cantidad necesaria para el pasaje, y las “bochornosas” aventuras de don Epicuro, cuya última “indignidad” pasaba los límites de lo que podía soportar la tolerancia de la “aristocracia” bayamesa.

—¡Miren que para atreverse con la señora del juez, se necesita descaro! —argüía Cadenas, pensando en la seguridad... de su “linda” y joven esposa.

—¿Y usted cree que sea cierto eso, don Pancho? —preguntó Luisito Amado, un joven de veinte años, aspirante a Tenorio y jugador de oficio.

—Ya *vo querei* saber cómo sucedió la cosa —dijo don Pancho.

—Usted sabe algo, don Pancho: cuénteme eso.

—Sí debe saberlo —agregó Cadenas.

—Yo lo cuento, pero uno de ustedes tiene que pagarme el café.

—Yo se lo pago —dijo Luisito Amado. —Muchacho —agregó, llamando al sirviente: —tráele una taza de café a don Pancho.



Urquiaga, Cadenas, don Antonio, don Enrique, Luisito, todos los que estaban en el corredor formaron corro junto al “viejo verde”.

—No se apuren —repuso don Pancho, enderezando el busto para apoyar el brazo derecho sobre el bastón. —Déjenme tomar el café.

Tomó “su” café don Pancho, saboreó el último sorbo, pasose el pañuelo por la boca, y dijo:

—Yo lo cuento, pero con la condición de que ustedes no se den por enterados. Es un secreto que me confió Epicuro, y quiero guardarlo.

—Sí, sí —contestaron algunos: —es un secreto.

—Pues. . . oigan. . . El sábado *pasao* encontré preocupadísimo a Epicuro, dando vueltas por la plaza. “*Oime, vo ¿qué oj pasa?*” le pregunté. —“Venga acá, don Pancho”, me dijo. Y nos sentamos en la glorieta. Eran las nueve de la noche. Epicuro vestía un traje claro; traía un brillante en la corbata,<sup>50</sup> otro en un dedo; un botón de rosa en la solapa, y olía a Mimí Pinsón.<sup>51</sup> ¡*Me gujto!* Si yo hubiera *sio* mujer, aquella noche me lo hecho de *querío*.

—Bueno. . . ¿Y qué, don Pancho? —preguntó impaciente Luisito.

—*Ejperao*. Si *querei* oír, me *dejai* hablar, si no *oj vai*.

—Está bien: hable.

—Nos sentamos. ¿Ya dije ésto?

—Sí, ya.

—No: es que hay que ir por orden.

—Bueno. Siga, don Pancho.

—Nos sentamos. “*Mirá que vo ejtai* oloroso esta noche”, le dije. “Un grave compromiso, don Pancho, me contestó. “Verá usted: tengo una cita con Micaela”. ¿Ya ven ustedes lo gordo y *pesao* que soy yo? *Puej salté*. “¿Con Micaela, Epicuro?” —repuse. “¿Con Micaela, la *ejposa* del *aminijtrador* de *jajtisia?*” “Sí”, me contestó. “Hace tiempo que buscamos una oportunidad para encontrarnos a solas, y ésta va a llegar *horita*. El juez salió esta mañana para Cacocúm. Micaela me espera; pero tengo miedo, don Pancho, a no quedar como todo un hombre. ¿Usted me comprende, don Pancho? Es que he abusado mucho de la “naturaleza”, y si mi virilidad no responde en el momento crítico ¡figúrese usted lo que esa mujer pensara de mí! ¿Qué debo hacer? Dígame. Usted, que la ha corrido tanto, que tiene tanta experiencia de estos lances, aconséjeme. “*Oí* —le dije. “*Andá al café. Tomao doj*

---

<sup>50</sup>El Solitario de brillante fue tasado en \$1.500,00. El valor de la joyas de Elpidio Estrada es tomado de la división de bienes realizada tras su fallecimiento en 1918 (cuando el valor no aparece en el presente texto es porque no se lo consigna en el documento citado).

<sup>51</sup>Mimí Pinsón es un personaje de la novela homónima que publica en 1845 el escritor francés Alfred de Musset. La señorita Pinsón, como gustaba que la llamaran, era una “griseta” (muchacha generalmente modestilla, de vida independiente, pero sin costumbres licenciosas) que ha servido de inspiración a artistas y cineastas. En 1907 se elabora en París un perfume que llevará su nombre.



copita de *chatré*;<sup>52</sup> al cuarto de hora *oj bebei* un vasito de menta, y cuando *salgai pa* allá, *volvé* a beber otro poco de menta, pero un poco grande. Y, *oíme*; mañana *oj ejpero* aquí *mijmo* para que me *digai* cómo *oj portajte*".

—Y ¿volvió, don Pancho?

—*Vo ejtai* muy *presiso*, Luisito. ¿Quién *oj* hubiera *puejto* allí. *Figurao* que Micaela...

—¡Sip... sip...!

—¡Don Epicuro!

—*Puej, sí*, —continuó don Pancho. —Cuando yo era joven *susedían toaj ejta* cosas; pero *loj tiempo cambean*.

—Buenas noches, señores —saludó don Epicuro. —¿Qué dice don Pancho?

—Aquí: recordando *loj tiempo viejoj*. ¿En qué *andai*?

—Paseando. Ahora acabo de darle cien pesos a una comisión que recoge para los jardines del "parque".

—¿*Pa* qué "parque"?

—Para la plaza. ¿No se llama "parque" ahora?

Cadena murmuró al oído de don Enrique:

—Este hombre no tiene más misión que decir que le dio dinero a Fulano, que le prestó a Zutano: todo lo dice.

—Epicuro es un bribón.

—¿Cómo van esas vacas, don Antonio? —preguntó el registrador.

—No muy bien: la seca me ha muerto unos cuantos terneros.

—Eso mismo me sucede a mí. No tengo ni una mata de yerba verde, y si no llueve pronto, la cosa se va a poner muy mala. ¿Y qué milagro por aquí, don Antonio?

—¡Adiós...! Vine a saber de tí. Dicen que estás hecho un Tenorio. Cuéntame.

—Pero usted ¿le hace caso a la gente, don Antonio? ¿Y Gabriela?

—Ayer me escribió. Está en el segundo año de piano, y ya sabe francés.

—Debe estar hecha una mujer.

—Sí, cumplió dieciséis años el mes pasado.

Cadenas se acercó a Luisito, y le dijo al oído:

—Debe estar preparando el terreno para comérsela también.

—¡Que bah! Esa... es para mí si vuelve. ¡Y, única heredera!

—¡Haberme casado yo!

—¿Te arrepientes?

—No, no me arrepiento. Es que después que uno se casa se da cuenta de la oportunidad que ha perdido para hacerse rico.

Luisito no oyó las últimas palabras de Aniceto Cadenas. Impaciente por saber el resultado de la aventura de don Epicuro, púsose en pie y llamó a don Pancho al interior del salón.

<sup>52</sup>Es uno de los vinos más caros del mundo. Château Margaux es un viñedo de la región de Burdeos, en Francia.





—¿Qué *querei*?

—Óigame.

—*Ejperao*.

—Venga, que es una cosa que le conviene.

—Ya me la *direi* luego; ahora, no.

—No es una broma, don Pancho. Usted sabe que yo lo respeto a usted.

—Voy, porque tengo *sé*, no ha *oío* a *vo*.

Apoyó las dos manos en el bastón, inclinó el tronco sobre las rodillas y se levantó poco a poco, con movimientos de paquidermo.

—Aquí me *tenei* —dijo a Luisito.

El aspirante a la fortuna de Gabriela abrió los ojos de contento, suplicando con voz melosa:

—¿Y qué... don Pancho? ¿Qué hizo don Epicuro? ¿Sucedió algo...?

—¿De qué, Luisito? ¿Qué *traei vo*?

—¡Oh... don Pancho: no se haga el desentendido! ¿Qué hizo don Epicuro?

—Y *¿pa* eso me *llamai*?

—¡Sí... don Pancho: dígame!

—No; así, no: *tenei* que darme algo.

—¿Y qué quiere usted?

—*Mirá*... Ahora tomara yo un poquito de sidra. Comí un ajiaco esta tarde, y lo *ejtoi erutando*.

Luisito mandó a servir la sidra.

—¿Adonde quiere usted que se la pongan?

—*Pa* allá... Adentro.

—En la secretaría ¿estaremos bien?

—Sí.

—Bueno, vamos.

Se fueron a la secretaría. Don Pancho, con un sibaritismo petulante para Luisito, sorbía, trago a trago, la sidra, elogiando la calidad de la marca. Iba ya a empezar nuevamente el relato de la aventura de don Epicuro, cuando entró Aniceto Cadenas.

—¿A qué *vení vo*? —le preguntó don Pancho.

—A oír.

—¡Jum...! Me *parese* que *somój muchoj*. Epicuro ¿se fue?

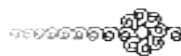
—Se irá.

—No se ocupe de Epicuro ahora, don Pancho —dijo Luisito. —Venga eso.

—¡Muy *presiso ejtai*!

—Se va el tiempo, don Pancho; vamos.

—*Puej, oí*: Epicuro *hisó to* lo que yo le dije, y fue. A *la sonse ejtaba* en la puerta de... Don Enrique apareció detrás de Cadenas, y don Pancho suspendió la narración.



—Me *parese* que *vamoj* siendo *muchoj* —repitió. —¿Tú también *vienej* a oír, Enrique?

—Sí. Dime en qué quedó eso...

—Mira que *ej* un secreto, Enrique.

—Tú ¿desconfías de mí?

—No. Pero prométeme que tu boca será un baúl. ¡Ni una palabra!

—Yo sé guardar un secreto.

—*Puej*, a *laj sonse*, *ejtaba* Epicuro en la puerta de Micaela. Miró por la rendija *antej* de tocar. No vio a nadie. Pero... ¡mejor será que yo repita lo que él me contó! Óiganlo a él: “Yo estaba emocionado, don Pancho, me dijo; ¡emocionadísimo! Micaela había sido la pesadilla de mis noches. La veía alta, alta como es ella; blanca; de muslos fuertes; de ojos pardos; de pelo negro; cimbreante la cintura, dirigirse a mí, abrazarme y, estrechados los dos, caer sobre el colchón de una cama que no era mía. Con estos recuerdos de mis sueños, miré a través de una rendija de la puerta. No vi nada. Di unos cuantos pasos y observé por las celosías de la ventana. La alcoba estaba envuelta en una penumbra de crepúsculo. Al fondo, columbré la cama: una cama grande, ancha, con cojines en la cabecera y cubierta por una colcha rojiza. Miré mucho. Quise oír alguna voz, algunos pasos, un ruido. ¡Nada! En aquella habitación gravitaban el silencio y una discreta invitación al beso blando, largo, silencioso; a la caricia de unos dedos finos, de una mano suave, de un cuerpo ondulante y flexible; a la serena interrogación de unos ojos, como los de Micaela, grandes, pardos, obsesionantes. No me atrevía a tocar. Pensaba en el Juez, en mi amigo, en el compañero de estudios y de carrera. ¿Habría vuelto? ¿Estaba allí, junto a la puerta, con el revólver en la mano, esperándome? Sentí pasos a lo lejos, por la calle, y me deslicé a la esquina próxima. Pasó un hombre, creo que un policía, y no me vio. Decidido, volví a la puerta y toqué. Dentro, en el fondo de la casa, se movió algo, que hizo ruido, un ruido casi imperceptible, como el crujir de una sábana bajo un cuerpo dormido. Después, a los dos minutos, percibí las pisadas de unos pies descalzos, que se hundían en la felpa de una alfombra. Sonó la cerradura, y la puerta fue abriéndose sigilosamente”.

—¡Sorprendidos! —exclamó Urquiaga, apareciendo en la puerta de la secretaría.

—¡Jum...! Me parece que *vamoj* siendo *muchoj* —repitió, como un ritornelo, don Pancho.

—Uno más o menos, es lo mismo —repuso Urquiaga.

—Y ¿a qué *habei venío vo*?

—A saber también.

—Don Pancho —intervino Luisito, —deje a José y siga su cuento.

—Pero... *mirá* que *vo ejtais presiso*.

—No lo crea, don Pancho; pero es tarde.



—Sí, acaba Pancho —añadió don Enrique.

—“Un vaho tibio y perfumado me batió el rostro —continuó don Pancho, repitiendo las palabras de don Epicuro. —Ansioso, sin acordarme ya del juez, ni de mi amigo y compañero, besé los labios de Micaela. Espérate me dijo cuando quise abrazarla. Siéntate aquí. Me senté en un balance. Ella entró en la alcoba; la sentí caminar en distintas direcciones, y cuando la sospecha de una traición me asaltaba, apareció en el lumbral de la habitación, completamente desnuda”.

Don Pancho reparó que don Antonio escuchaba desde la puerta de la secretaría, y cortó la narración.

—No cuento *maj na* —dijo, poniéndose en pie.

—Un momentico, don Pancho —suplicó Luisito.

—No, no; esto se va a saber, y yo no quiero *lioj*.

—Si lo sabe el pueblo entero —replicó don Enrique.

—No. Esto es un secreto que me confió Epicuro.

—Nosotros no diremos ni una palabra, don Pancho —insistió Luisito.

—Sí, don Pancho —dijo Cadenas. —Tenga usted la seguridad. Somos hombres de honor. No se sabrá nada.

—¿Lo juran?

—Sí, jurado.

—No, así no. Hay que jurarme por la *cruj*.

—Y por la Santísima Trinidad juro yo —expuso Luisito.

—Sí, don Pancho —agregó Urquiaga.

Se sentó. Empuñó el bastón con las dos manos, y dijo, repitiendo palabras de don Epicuro.

—“Quedé deslumbrado. Micaela, como si hubiera previsto el efecto que me produciría su aparición, en aquella forma, se detuvo. Quería gozar el espectáculo de su propia fascinación. Con los brazos abiertos, el pelo tendido sobre la espalda, descalza, blanca, fascinadora, me miraba con sus ojazos de hechicera, de taumaturga, y me lancé a ella con ímpetus de bruto. La alcé en mis brazos, corrí con mi carga a la cama que había visto por la celosía de la ventana y...”

—¡Don Epicuro, don Epicuro! —murmuró José Urquiaga.

—... y así fue como pudimos *enlasar* el toro —continuó don Pancho, alzando la voz para que don Epicuro le oyera.

—Está en su apogeo, don Pancho —dijo el registrador, deteniéndose en la puerta de la secretaría.

—Contándole a Luisito cómo se *enlasaban antej loj toroj*.

—Usted ¿será un maestro en eso?

—¡*Figurao*: ese fue mi primer oficio!

Don Epicuro miró en torno, buscando, con la mirada, la mesa de monte.



—No hay banca esta noche, don Epicuro —le informó Luisito, deseoso de que el joven coronel se alejara cuanto antes.

Don Epicuro se despidió.

—Yo me voy también —dijo don Pancho.

—Es temprano todavía —protestó Luisito. —Díganos en qué quedó eso.

—*Puej...* eso... En lo que paran *toaj* esas cosas.

—Sí; pero ¿qué fue lo que pasó en la cama?

—¿*Querei* que *oj* diga una cosa, Luisito? *Vo soij* muy curioso.

—¡Adiós... en don Pancho! Pero si lo mejor se lo guarda usted.

—No. Lo mejor se lo guardó ella.

—¿Quién?

—Micaela. ¡*Vo hubieraj dao* algo por ser ella!

—No, no; eso... si no me gusta, don Pancho.

—¡Bah...! Ahí lo tienen. *Empeñao* en saber lo que pasó, y como *loj únicoj* que lo saben son Micaela y Epicuro, no quiere ser ninguno de ellos. ¡*Mirá, Lui*; me voy!

El grupo se deshizo. Don Pancho, don Enrique, don Antonio y Luisito tomaron calle arriba. Cadenas, digiriéndose al “parque”, decíale a Urquiaga:

—Ese rufián es un canalla. Hay que buscar la manera de eliminarlo de la sociedad. Yo estoy dispuesto a pedir, a la directiva, que lo expulse de El Liceo. ¿Cómo, mi señora, podrá frecuentar una sociedad a la que pertenezcan indecentes como ese Epicuro? ¡Ya tú verás lo que haré en cuanto se reúna la directiva!

## CAPÍTULO VII

El último escándalo de don Epicuro levantó oleadas de murmuraciones y protestas privadas en toda la ciudad. Los epítetos más denigrantes y soeces cayeron sobre el nombre del registrador, cuando éste no podía oírlos. El más “indignado” de los murmuradores era Aniceto Cadenas, el esposo de la “linda” Norberta de la Tapia. Cadenas estaba dispuesto a presentar una moción, en la primera junta que celebrara la directiva de El Liceo, pidiendo la expulsión de don Epicuro.

—Sí —repetía todas las noches a sus contertulios de la sociedad; —yo presentaré esa moción y explicaré, en un largo preámbulo, los motivos que tenemos para tomar tan radical medida. Don Epicuro deshonra nuestros hogares y esposas.

Estas “indignaciones” de Cadenas no le impedían acercarse a don Epicuro y pedirle dinero y apoyo para lograr un destino en el ayuntamiento. Para la moral de Cadenas, “una cosa era la conducta en sociedad y otra la conveniencia política”. Podía aceptarse a don Epicuro político, influyente, rico, revolucionario y filántropo; pero no como miembro de una institución social, compuesta por las “honradísimas” familias bayamesas. Como hombre de sociedad, don Epicuro no pasaba de ser un rufián, un quídam, una cosa abominable.

Tan enérgica y contundente fue la propaganda de Cadenas, en contra de las aventuras amorosas de don Epicuro, que éste llegó a enterarse. Detractor y detractado se encontraron una mañana. Don Epicuro estaba serio, y contestaba con monosílabos a las preguntas, adulaciones e incienso en que pretendía envolverlo Cadenas: indicios inconfundibles de la “picada” que no tardaría en llegar. Y llegó.

—Necesito diez pesos —dijo Cadenas. —Tengo uno de esos apuros inaplazables que acosan a los hombres, de cuando en cuando, y he pensado en usted: en su generosidad nunca desmentida. Y... ¡créame! el día primero se los devolveré.

—Me sorprende —repuso don Epicuro. —Me sorprende que vengas a pedirme dinero después de lo que has hablado de mí.

—¿Yo... don Epicuro?



—Tú, sí; me lo han asegurado personas muy serias.

—Pero usted ¿cree tamaña calumnia? ¿Yo, que no tengo de usted más que motivos de agradecimientos? Usted bromea, don Epicuro.

—No, no es broma. Han venido varios amigos a decírmelo.

—Pero usted ¿cree eso, don Epicuro? ¡Usted me conoce! ¡Usted sabe mi temple de hombre! ¿No será que alguien quiere que usted y yo dejemos de ser tan buenos amigos?

—Ya te lo he dicho. Yo no he inventado nada.

—Le juro, por mi fe de caballero, don Epicuro, que le han engañado.

Tanta maña se dio Cadenas que obtuvo de su “gran amigo” los diez pesos y la confesión de que todo había sido una burda trama. Pero inconforme aun de tan señalado triunfo, y dispuesto a patentizar su “lealtad incommovible”, al día siguiente se apareció en la casa particular de don Epicuro, acompañado de Norberta.

—He venido con mi esposa, don Epicuro —explicó Cadenas, —para que ella, que tanta estimación siente por usted, sea quien le informe mi proceder.

Don Epicuro estaba en su gabinete, contestando algunas cartas. Vestía una pijama color café, con solapas de terciopelo azul, y se cubría la cabeza con un gorro galoneado de oro.

—¡Dichosísimo! —dijo, estrechando las manos de “Norbertica”. —Siéntate.

—¿Y su mamá, don Epicuro?<sup>53</sup> —interesó Cadenas.

—Está bien.

—¿Puedo verla?

—Sí. ¿Quieres que la llame?

—No la moleste —repuso Cadenas. —Yo iré a encontrarla. Cuídeme a Norberta, mientras vuelvo.

Norberta era una linda mujer rubia, ancha de caderas y de espaldas, y “famosa” en Bayamo por su elegancia.

—Tú siempre encantadora —la flirteó don Epicuro, al quedarse solo con ella, mirándola insistentemente.

—Es lo que tú sabes decirme.

—¡Te lo diría toda la vida!

La “linda rubia” ladeose un poco en la butaca, al cruzar una pierna; y, de la cintura abajo, hasta la rodilla, el moaré del vestido, que la cubría, dibujó una línea de suave ondulación, dejando adivinar una piel blanca, un muslo torneado, fuerte, hecho para el dominio del hombre al arrullo de los besos.

---

<sup>53</sup>Elpidio Estrada fue criado en su infancia por Eulogia Ortiz, mayorala y esclava de Esteban Estrada. El registrador mantiene relaciones con la familia Ortiz y declara como una de sus herederas a Ana Ortiz, hija de Eulogia. Los beneficiados en contubernio con las autoridades de Bayamo declaran a Ana su madre, para evitar que la fortuna pase al estado cubano, por no tener Elpidio ascendientes ni descendientes.



—¡Te comería a mordiscos! —dijo don Epicuro enseñando los dientes.

—Oportunidad tuviste para casarte conmigo —murmuró lánguidamente Norberta.

—¿Aun piensas en eso?

—Algunas veces, como ahora.

La barba negra del registrador temblaba, y en sus ojos relampagueó el deseo de aquella mujer que había sido su novia; ¡una de sus novias!

—Óyeme —le dijo, acercándose—: te besara en los ojos y en la boca.

—¡Epicuro! ¿Olvidas que soy una mujer casada? Aquello... nuestro, murió hace tiempo.

—¡Uno, nada más! —insistió él, rodetándole el cuello.

—¡Qué atrocidad, Epicuro! No me beses, no. —Y entregó la boca a los dientes voraces de su ex-novio.

Sonaron pasos, unos pasos reposados, de hombre que no tiene prisa, y Norberta, colorada, anhelosa, dispúsose a simular que leía.

Don Antonio Estrada y Céspedes apareció detrás de la mampara del gabinete.

—¿Se puede? —dijo don Antonio.

—Pase.

—¡Oh...! ¿Qué dice Norbertica? —exclamó don Antonio, y agregó, dirigiéndose a don Epicuro: —¿Habré sido inoportuno?

—¡Nunca!

—¿Y Gabriela? —preguntó Norberta.

—Muy bien. Pronto estará aquí, de regreso.

—¿Cuántos años hace que está ausente de Bayamo?

—Va para cuatro. En Junio termina sus estudios, y la traeré en seguida.

Norberta, dueña de sus nervios, se levantó y dijo a don Epicuro:

—¿Quedamos en que usted se ocupará del asunto con el alcalde?

—No tenga cuidado. Me empeñaré en ello.

—Recuerde, don Epicuro, que nos hace mucha falta.

—Lo prometido es deuda.

Se despidió de don Antonio, con recuerdos para Gabriela, y fue en busca de su esposo.

—A sus órdenes, don Antonio —dijo don Epicuro, sentándose al lado del viejo patricio.

—Vengo a darte un picotazo, Epicuro. Seré uno más de los que solicitan tu protección.

—O de los que me dispensan un alto honor, don Antonio. Vamos a ver qué clase de picotada es esa.

—¿Te acuerdas de Miguel Valdés?

—Sí. ¿Estudió siempre?



—Está al concluir la carrera, y de él vengo a hablarte. Le falta un año para graduarse. Su padre, trabajando noche y día, ha podido, hasta ahora, sostenerlo. Pero el pobre Anacleto está viejo y enfermo; es una ruina, y desespera de la esperanza de ver a su hijo doctorado en medicina. No tiene un centavo para pagarle la matrícula del último año. ¿Comprendes?

—En seguida, don Antonio. ¿Cuánto necesita usted para eso?

—No sé. Quizá cuarenta o cincuenta pesos.

Don Epicuro Espinosa se dirigió al escritorio, abrió una gaveta, y, al minuto, volvió a sentarse junto a don Antonio, con unos cuantos billetes en las manos.

—Tome. Aquí tiene doscientos pesos.

—Esto —repuso don Antonio—, lo he venido haciendo yo hasta ahora. Pero el precio de los toros ha bajado mucho; la seca me ha muerto más de cien reses, y los negocios del pueblo no marchan muy bien. Además, he tenido que hacer gastos extraordinarios, preparando la casa para el regreso de Gabriela.

—Debe estar hecha una mujer.

—¡Uf...! En casa tengo su último retrato. ¡Ha cambiado tanto!

—¿Y por qué la trae a Bayamo, don Antonio? En la Habana podría casarla ventajosamente.

—Yo la dejaría allá; pero me cuesta una fortuna. Pienso tenerla en Bayamo uno o dos años, mientras redondeo una renta de mil doscientos pesos mensuales. Me parece que ella no ha de ponerle atención a ninguno de los muchachos de por aquí, que no saben más que jugar, emborracharse e ir de rumba con las mujeres de la vida.

—Nuestra juventud es una calamidad, don Antonio. La mayoría de los pollitos de Bayamo se fue a los Estados Unidos, y ha vuelto más bruta y corrompida que antes. Creo que Armando, el hijo de don Enrique, es el único que anda por allá.

—Me lo escribió Miguel el año pasado. Estaban juntos en un colegio y separáronse porque los catedráticos se enteraron de que Miguel era mulato. El, apenas si lo parece, pero Armando lo denunció.

—¡Estos Reyes, don Antonio, son malos: es una familia perversa!

—No digas nada. Don Enrique tiene la culpa de que, entre todos los bayameses, no hubiéramos enviado dos muchachos a estudiar.

—Miguel ¿habrá pasado mucho trabajo en los Estados Unidos?

—¡Infinitos! En su última carta me decía que ha estado en veintidós colegios. Lo han ido expulsando de unos y otros, a medida que se enteraban de que era mulato. Armando lo denunció en todos. Hoy estudia en un colegio de negros, en Atlanta.

—¿Estará muy decepcionado?

—No lo creas. En sus cartas hay un franco optimismo, y me promete estar aquí el año entrante, con su título.





—Me gusta esa decisión, y merece que se le ayude. Cuente con la mía, don Antonio.

—Tú no sabes cuánto te agradezco esa promesa.

—No tiene que agradecerme nada, don Antonio. Yo cumplo con mi deber ayudando a todo el que lucha, y más si los que luchan son jóvenes enamorados de un ideal. Cuantas veces usted necesite dinero, para asuntos como el que hoy lo ha traído aquí, me encontrará dispuesto sinceramente.

Se despidieron.

## CAPÍTULO VIII

El hogar de los Estrada y Céspedes estaba de fiesta. Lo estaba “toda” la sociedad bayamesa.

Gabriela, encantadora doncella de dieciocho años, había vuelto. Tan feliz acontecimiento lo celebraban, don Antonio y doña Carmen, con un baile que “hiciera época en la historia social de Bayamo”. Expresamente para la fiesta, don Antonio había traído un dinamo y una instalación eléctrica.<sup>54</sup> Y toda la casa y sus contornos aparecían deslumbrantes y como tocados de hechicería aladinesca. La mejor banda de música de Bayamo iba a deleitar a los invitados.<sup>55</sup>

Eran las ocho de la noche. Gabriela, luciendo un traje perla, apareció en el salón del brazo de don Epicuro.

—¡Qué mujer más linda! —murmuraron algunos curiosos.

Y el enorme gentío, que había acudido a presenciar la fiesta, se estrechaba a lo largo de los corredores, de los pasillos y el jardín, buscando con la mirada la figura simpática de la primogénita.

Gabriela, blanca, sonrosadas las mejillas, alta, con una gentil y fascinadora negligencia en los movimientos, iba saludando a los invitados.

—¡Qué mujer! —exclamaba la multitud apiñada en la calle.

Y Bayamo entero estaba allí, atraído por la celebridad de la belleza de Gabriela.

Repartidos por el salón, comentaban el acontecimiento don Enrique Reyes, don Pancho, Aniceto Cadenas, José Urquiaga y otros.

Luisito Amado, en un ángulo, solo, no apartaba la vista de Gabriela. Seguía de uno a otro lado, velando una oportunidad para saludarla. Y fue “tan dichoso”, que “quiso” Gabriela sentarse a su lado, entre él y Norberta de la Tapia. ¡Qué felicidad! Se enderezó en el asiento, puso un pie junio al otro, tirose del saco por las solapas, y musitó:

---

<sup>54</sup>El 23 de abril de 1907 Philip Brundage Windsor fue autorizado para instalar una planta eléctrica en Bayamo; el servicio solo alcanzaba las seis horas diarias.

<sup>55</sup>Dirigida por el maestro Rafael Cabrera Martínez.



—¿Ya usted no me conoce, Gabriela?

Y advirtió Luisito que los ojos “grandes y dulces” de Gabriela, lo miraron durante unos segundos; miráronlo, “soñando en el pasado”, cuando niños, los dos, se tuteaban y reían al salir de la escuela.

—No se olvida una muy fácilmente de los amigos de la infancia —repuso Gabriela—; pero no recuerdo su apellido.

—Luis Amado. ¿Se acuerda usted cuando salíamos juntos de la escuela?

No. Gabriela no recordaba haber visto ni una sola vez a Luisito; pero deseosa de complacer a cuantas personas la interrogaran, contestó:

—No lo he olvidado.

Guardaron silencio. Luisito no tenía nada más que decir, y no se perdonaba tanta torpeza, precisamente en aquellos instantes ¡tan propicios a las confesiones íntimas! ¿Qué mejor oportunidad podría presentarse en la noche? Pero ¿qué decirle? No se le ocurría una idea. ¡Qué torpe! ¡Ah... la invitaría a bailar! Sí. Se enderezó otra vez, ¿Cómo la diría? ¡Era tan educada, tan fina, tan...! Pero... ¡Don Epicuro se dirigía a ella! Se decidió Luisito, y dijo:

—Gabriela, ¿ha comprometido usted todas las piezas?

—Todas. Y usted ¿desea bailar conmigo?

—Sería una gran felicidad para mí.

Llegó don Epicuro, y Luisito no supo cómo insistir.

Volvióse hacia él Gabriela y, señalando al Registrador, le dijo:

—Si don Epicuro le cediera a usted una de las dos piezas que me ha comprometido, yo le complacería a usted.

—Es un sacrificio —protestó don Epicuro.

—Un sacrificio más, cimentará sólidamente su reputación de cumplido caballero.

—¡Quién se resiste a un ruego de tus ojos!

—Está usted complacido, señor Amado. Será la cuarta. ¿No es la cuarta nuestra segunda pieza, don Epicuro?

—Sí.

—Gracias, —murmuró Luisito, puesto en pie para inclinarse.

Solo otra vez, se regocijaba interiormente de su triunfo. ¡No era poco! ¡Nada menos que arrebatarle una pieza a don Epicuro, al “ídolo de las mujeres bayamesas”. “Entiéndase: de las bayamesas vulgares, no de las de la categoría y educación de Gabriela, no”. Gabriela sabía distinguir. Entre el Registrador, “plantado en los cuarenta hacía muchos años, algo giboso, decidido ya a *tumbarse* su famosa barba, para ocultar las canas que la matizaban, y él, joven, “elegante”, apuesto, “buen mozo” —como le decían sus novias—, la elección no era dudosa para Gabriela. Probábalo el empeño que ella había tomado para bailar con él, privando de un doble privilegio a don Epicuro. Sus viejos cálculos resultaban: Gabriela sería para él. ¡Lo



había dicho! Y ¿a quién mejor le “cuadraba” una heredera de la fortuna de Gabriela? Y, mientras así pensaba, sus ojos perseguían tenaces la figura esbelta de Gabriela. Dos o tres veces, su mirada se cruzó con la de ella. ¡Qué mundo de promesas en los ojos “dulcísimos” de la más linda hija de Bayamo! No podía engañarse él, no; tenía la seguridad de que Gabriela se había enamorado de su figura, de su “pose”. ¡Un triunfo, un triunfo!

—Luisito —le dijo Norberta de la Tapia: —parece que don Epicuro y Gabriela se entienden. Yo no sé qué atractivos pueden hallarle las mujeres al vejancón ese. Mírelos, mírelos: van como embebidos.

La observación desconcertó a Luisito. Las palabras de Norberta le aguijonearon muy adentro; pero, fresco aun su triunfo sobre don Epicuro, repuso:

—No lo crea usted. Gabriela no le hace caso a don Epicuro. El ideal de ella es otro.

—Usted, por ejemplo.

—¡Quizá! —contestó Luisito, contoneándose.

—De todos modos, es de mal gusto presentarse por primera vez en un baile, dándole el brazo a un hombre tan corrompido como don Epicuro.

—Exigencias sociales, Norberta.

—La sociedad no puede exigirle a ninguna mujer que se deshonne, aceptando la compañía del hombre más funesto de Bayamo.

—¿Y qué ha de hacer Gabriela?

—Despreciarlo. A los hombres como don Epicuro se desprecian

Aniceto Cadenas hizo su entrada en la casa y se dirigió a su esposa. En medio del salón encontró a don Epicuro y a Gabriela, y los aduló:

—¡Ideal, la parejita!

Sonrió don Epicuro con un movimiento tembloroso de la mandíbula inferior.

—Buenas noches, Luisito —saludó Cadenas, sentándose entre su esposa y el aspirante a la fortuna de Gabriela.

Cuando don Epicuro iba lejos y no podía oír, agregó Cadenas en secreto al oído de Luisito:

—¡Qué vergüenza para don Antonio! ¿Cómo permite que su hija baile con un hombre de la calaña de don Epicuro? Si yo hubiera sabido que iba a encontrar aquí a ese rufián no traigo a Norberta.

Dieron las nueve. La música comenzó a tocar un danzón, un viejo danzón del “Ochenticcho”, resucitado a ruegos y “costas” de don Antonio. La juventud, plena de alegría y entusiasmo, anegó de parejas el salón.

La gente de la calle estrechó el frente de las puertas y ventanas. El “pueblo” quería presenciar de cerca aquel baile y la belleza celebradísima de Gabriela.

A empujones y codazos, los más fuertes se apoderaron de la puerta principal.

Luisito, que presumía de buen bailaror y que buscaba siempre la proximidad del



público, para “lucirse”, tropezó con un curioso, y estuvo a punto de caer. Indignado, llamó a un policía y le mandó:

—Haga el favor de echar a esos intrusos.

El policía empezó a cumplir la orden, pero dirigiéndose nada más que a los hombres de color. Los blancos, bien vestidos, no fueron molestados.

—Todos somos curiosos, policía —protestó Pepe Jerez.

—Usted se calla —repuso el vigilante en tono amenazador.

—No es esa la forma de tratar a un caballero —observó Edmundo Casanova.

—¡La ley debe ser pareja! —agregó otro hombre de color.

—Vamos, *pa...* atrás —ordenó el policía a Pepe Jerez, empujándolo.

—Sin atropellarme, policía.

—Está usted acusado. —Y levantó el *club*, dispuesto a descargarlo sobre las costillas del primer “perro negro” que se atreviera a desobedecerle.

—Pepe Jerez, vámonos, —dijo Rafael Also. —La culpa es nuestra, porque no debemos venir a ningún baile de blancos.

—Sí, vámonos.

Y se fueron. Los que abandonaran la puerta del baile eran unos treinta individuos. Formando un solo grupo se dirigieron, por la calle García, hacia el parque, donde comentaron lo sucedido.

—La culpa es nuestra, —repitió Edmundo Casanova.

—Tenemos que darnos cuenta de lo que somos, del concepto que tienen los blancos de nuestra raza, y para evitar bochornos y vergüenzas como los de esta noche, lo mejor es no ir por los lugares donde un blanco halle oportunidad de zaherirnos.

—Y ¿adónde nos metemos? —preguntó Andrés Pérez.

—En nuestras casas, en nuestras fiestas, en nuestras cosas, —dijo Edmundo.

—Nos tacharían de racistas, Edmundo —replicó Suitberto Escalante.

—Y ¿qué hemos de hacer? Ustedes saben que no es verdad. Por lo menos, yo no soy racista.

—Ni yo —dijo Rafael Also.

—Ni yo.

—¡Es bien triste esto! —lamentó Suitberto Escalante.

—¡Esta es la realidad, hermanos! —dijo Pepe Jerez.

—Pero ¿por qué no hemos de poder presenciar, desde la calle, un baile de blancos, cuando ellos se meten en los nuestros y nos bailan nuestras mujeres?

—Porque no quieren —respondió Edmundo. Nosotros somos de la calle, de los burdeles, del arroyo.

—Sí, Convézanse, hermanos añadió Pepe Jerez.

—Sí.

—¡Es verdad!



Y sobre este montón de hombres “veteranos” e hijos de “veteranos” que cayeron en los campos de batalla, defendiendo la independencia, la libertad y la igualdad de los cubanos, gravitó la pesadumbre que sienten los esclavos y los parias del mundo, más honda y triste para aquellos que saben ¡cuán grande es la tierra, cuán anchos los horizontes y cómo sobra aire para todos; y con cuánta sevicia metódica se les niega a los que han resultado vencidos, por la selección o el contrato de los que se llaman mejores, más aptos, más cultos y más bellos!

Y el grupo, convencido del desprecio que inspiraba, se deshizo. Solos y tristes, como huérfanos desamparados, estos hombres más blancos unos, más negros otros, se perdieron por las callejas oscuras. Y, en la sombra de los ocho árboles del parque, vagó la queja doliente y plañidera de la raza triste y humillada.

Al otro día, a las nueve de la mañana, Pepe Jerez compareció ante el juez correccional, acusado de “faltas a un agente de la autoridad”.

—¿Qué tiene usted que decir a esto? —le preguntó el juez.

—El policía miente, señor juez.

—Tiene usted cinco pesos de multa por lo que acaba de hablar. Un policía no miente nunca.

—Señor juez: el policía me ha atropellado.

—Cállese usted y conteste a la pregunta. Yo no entiendo de negros catedráticos. ¿Qué le hizo o le dijo usted al policía?

—No le he hecho nada, señor juez.

—¿No tiene usted nada más que agregar?

—Pero ¡si no he cometido ningún delito! —protestó el acusado.

—¿Tiene usted testigos?

—Sí, señor.

—¿Quiénes son?

—Los señores Pedro León, Anastasio Méndez, Anselmo Batista, Andrés Pérez, Edmundo Casanova, Rafael Also y Suitberto Escalante.

—¿No hay más?

—No, señor.

—Hubiera podido traer al pueblo entero.

—Los señores citados son los que presenciaron el atropello de que fui víctima.

—¿Quiénes son esos señores...? —preguntó el juez en tono despectivo.

—Los que he nombrado.

—¡Señores! ¿Usted sabe lo que es un señor?

—Cualesquiera de mis amigos.

—¿Usted está seguro de lo que dice?

—Sí, lo estoy.

—Quiero ver a esos “señores” —dijo el juez. —Policía, hágalos pasar.



—Los siete hombres se colocaron frente al magistrado.

—¿Ustedes son los *señores* a quienes alude el acusado? —les preguntó el juez.

—Sí, señor.

—¿Ustedes son sus testigos?

—Nosotros.

—¿Ustedes vieron cuando el policía atropelló al acusado?

—Sí, señor.

—¿Cómo hizo el policía?

—Empujó por el pecho al señor Jerez —contestó Edmundo Casanova.

El juez repitió la misma pregunta a los demás testigos, y añadió:

—Tienen bien aprendida la lección. Son ustedes aprovechados y habrán obtenido sobresaliente en todas las asignaturas. Me felicito de tratar con unos “señores” de la aplicación de ustedes, y para que sigan por esa senda, este tribunal calificador se honra multando con cinco pesos a cada uno de “su señoría” y, al alumno eminente, señor Jerez, lo destina a un descanso de treinta días a la más comfortable de las villas de recreo.

Horas después, *El Demócrata* publicó la siguiente noticia:

“Según rumor público, que corre de boca en boca, anoche, mientras se celebraba el suntuoso baile en la morada de don Antonio Estrada y Céspedes, varios hombres de “color” trataron de vejar a la sociedad bayamesa.

“Dispersados por la policía, se reunieron, como a las once, debajo de los históricos árboles del “parque” de la Revolución, donde tomaron acuerdos francamente racistas.

“Acusados al correccional los comedores de blancos, fueron castigados a multas unos, y a cárcel otros, por el dignísimo y correcto juez, señor Alayo Menocal.

“Felicitemos al señor Menocal por su enérgica actitud, y llamamos la atención de la sociedad bayamesa sobre el motivo de este suelto, aconsejándole se prevenga y viva alerta”.

## CAPÍTULO IX

Miguel Valdés y Armando Reyes volvieron a Bayamo el mismo día. Uno llegó por el camino de Manzanillo y el otro por el de Holguín. Ambos llegaron graduados: Armando Reyes, de ingeniero civil; Miguel Valdés, de doctor en medicina. A recibir a Armando fueron los Estradas, los Reyes, los Céspedes, todos los apellidos “ilustres” de Bayamo y una gran cantidad de pueblo. Recibieron a Miguel Valdés don Antonio Estrada y Céspedes, acompañado de su esposa e hija, Edmundo Casanova, Rafael Also, Tomasa Baldoquín y Anacleto, ya cansado y enfermo; pero plena el alma de emoción al estrechar a su hijo: su ensueño de anciano que ha luchado mucho, ha vivido más y se siente próximo a la muerte. Tomasa sollozó largos minutos, con sus mejillas y sus labios juntos a los de aquel hombre “tan gallardo”, que era su hijo. Lo abrazó, separóse de él para mirarlo bien, y volvió a echarle los brazos, sollozando siempre. ¡Su hijo, su Miguel!

Y lloró también doña Carmen. Y don Antonio, para que no le vieran una gruesa lágrima que le surcaba el rostro, conmovido ante la escena de la madre y el hijo, se retiró a un rincón, hasta que pudo presentarse tranquilo.

Miguel fue dejándose estrechar por los brazos amigos que allí se abrían para recibirlo. Sí, todos eran amigos; todos; lo recordaba bien: doña Carmen, don Antonio, Edmundo, Rafael y... se detuvo, cohibido en presencia de aquella señorita que abría también los brazos para estrecharlo. ¿Quién era? No, no la conocía.

—¡Soy Gabriela! ¿No me parezco a tu vieja amiguita?

—¡Ah...!

Y se abrazaron, y sollozaron los dos un mundo de confesiones.

¡Blanca!

¡Negro!

—¿No me reconocías, Miguel? —pregunto luego ella.

—No. Si estás o está usted tan cambiada.

—¡Mírenlo: tratándome de usted! No quiero. ¿Sabes? ¡No!





—La costumbre, Gabriela. No te trataré más de usted.

—Pero ¡cómo has cambiado!

—Y tú.

—Yo era una niña cuando me fui para la Habana.

Don Antonio le preguntó si estaba cansado.

—Mucho. He recorrido dieciséis leguas a caballo, después de siete años de no hacerlo.

Lo dejaron para que descansara. Miguel quedó solo con sus padres y, amorosamente, como quien vuelve del destierro, fue mirando los objetos y las viejas paredes que le eran familiares en la niñez. ¡Y qué íntima felicidad al dejarse caer sobre el bastidor de su cama, hundido y destrozado por el tiempo: la cama de sus primeros años de inocencia, de sus inquietudes de mocito despertando a las ilusiones de la juventud!

Durmió hasta las nueve de la mañana.

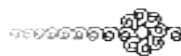
Por la noche asistió al banquete que, en honor suyo y de Armando Reyes, daban los profesionales de Bayamo; al día siguiente, a la fiesta que prepararon los hombres de su raza. Después almorzó, un día, con un amigo; otro, con un compañero de colegio, y por la noche, concurría a la tertulia de la casa de don Antonio, no tan íntima como antes, ya que, unas veces los amigos, y siempre los admiradores de Gabriela, invadían la casa desde las primeras horas del crepúsculo hasta las doce. A ratos, sin embargo, él y Gabriela daban sus escapadas a la biblioteca, para comunicarse una idea o recordar viejas impresiones. Hablaban, confidencialmente, contentos de sentirse cerca, solos, entregados a sí mismos.

Decía Miguel:

—Los primeros días de mi estancia en los Estados Unidos fueron tormentosos y difíciles. Me era imposible acostumbrarme a no ver a mi madre, a papá, a don Antonio, a tí, a todas las personas que me eran conocidas. Mi primera gran tristeza me la ocasionó la primera expulsión de un colegio, por negro. Después, también me acostumbré a esto. Me expulsaban de una universidad y me iba a otra. Estuve en veintidós colegios, para concluir la carrera. Aquí me tienes. Soy médico. En Cuba, el negro es un compañero... del blanco; en los Estados Unidos, el negro es un perro.

Gabriela había sido el mejor amigo de Miguel, cuando los dos eran niños; ahora, mimada ella por la sociedad bayamesa, admirada y solicitada por la juventud más rica del pueblo, seguía siendo también, su mejor amigo. Él prefería, a todas las satisfacciones y atractivos que le proporcionaran sus hermanos de raza, un rato de charla con Gabriela, media hora de tertulia en la biblioteca, hojeando libros, leyendo novelas o, simplemente, hablando de las flores del jardín, de las azucenas que ella había plantado y él cuidado.

—¡Qué dulce melancolía en el recuerdo del pasado! —murmuraba Gabriela, luego, sonriendo, con los ojos adormidos, como si contemplaran el cuadro infantil, allá... lejos, lejos en los años, entre jazmines y azucenas.



—Cuando no hay ningún pesar en el presente, el alma evoca lo que ha vivido para sentir la nostalgia de las cosas que no existen.

—Y yo creo —contestaba Gabriela— que la emoción provocada por el recuerdo de lo que hemos vivido bien. A su lado iba Armando Reyes, “joven, ingeniero, rico, elegante: un espléndido partido”. A la izquierda de la amiga de Gabriela, Luisito Amado le daba vueltas, entre las manos, a una caña de la India.<sup>56</sup>

Miguel y don Epicuro se cruzaron con Gabriela y sus amigos.

—¡Qué mujer más famosa! —exclamó don Epicuro, y se detuvo para verla pasar.

—Es la mujer más bonita de Bayamo, don Epicuro.

—¡Si fuera la más bonita, solamente!

—Muy culta, muy educada —añadió Miguel.

—Mira, Miguel —dijo don Epicuro—, si yo no fuera *machorro*<sup>57</sup> me casaría con Gabriela. Óyeme... yo daría mi fortuna por esa mujer. Así, con mis cuarentas, con toda mi bella independencia, me la disputaría con el más varón. Pero... ¡no he tenido hijos, ni los tendré nunca! Es casi seguro que Gabriela se casará con Armando. Armando es joven, ingeniero, rico, de buena familia y está enamorado de ella; hasta me atrevería a asegurar que se gustan los dos.

A la vuelta siguiente, cuando se cruzaron por segunda vez con Gabriela, Miguel reparó que su amiga prestaba “muchacha” atención a lo que la decía el ingeniero. Tan interesaba iba Gabriela, oyendo a Armando, que dio cuatro vueltas sin mirar una sola vez a su “amigo de la infancia”. Y, lentamente, por grados, como marea que sube poco a poco, Miguel fue sintiéndose triste: una tristeza inexplicable y honda, y tan intensa que no pudo resistirla en presencia de nadie y se despidió de don Epicuro.

---

<sup>56</sup>Nombre vulgar que designa la especie *Costus speciosus*, de la familia de las zingiberáceas.

<sup>57</sup>Estéril (Nota de Jesús Masdeu Reyes, en lo adelante N.J.M.)

## CAPÍTULO X

—Después de todo —pensó Miguel, franqueando la puerta de la casa de don Antonio—, no tengo razón ¡ni para pensar de una manera equívoca! Es lógico que Gabriela tenga amigos, pasee, charle con ellos, los atienda y sienta preferencias por alguno. Lo de anoche no tiene importancia. ¡Me he impresionado como un sensiblero neurótico!

Curado... mentalmente, sin aceptar la probabilidad de un sentimiento afectivo de otro orden a aquellos que ligan en estrecha amistad a los hermanos y a los amigos, saludó a don Antonio y a doña Carmen.

En un ángulo del salón, sentados en un sofá, hablaban Gabriela y Armando Reyes. Gabriela, de espaldas a la puerta, no advirtió la presencia de Miguel. Oía a Armando y se hincaba la rodilla derecha con la punta de un dedo. Oía la vehemente declaración de amor que el ingeniero la repetía por décima vez.

Armando hablaba despacio, con la serenidad del que está seguro de lo que dice. A ratos, sin embargo, exasperado por la tenaz resistencia de Gabriela se llevaba el pañuelo a la frente, enjugábase las comisuras de los labios y, con parsimonia de contenidas contrariedades, volvía a comenzar el discurso, a vestir la idea y pensamiento con más sugestivas imágenes, intercalando metáforas efectistas, citando nombres y soluciones amatorias, consagrados por la literatura de todos los siglos.

En tanto, don Antonio se interesaba por los asuntos de Miguel.

—¿Cómo va esa clientela? —le preguntó.

—Poca. Somos cuatro los médicos de Bayamo.<sup>58</sup> Mis compañeros han acaparado el pueblo. No he asistido trescientos enfermos desde que me gradué. La mayoría de los pacientes que solicita mis servicios es gente pobre, infelices negros de la orilla<sup>59</sup> que me consideran obligados a servirles gratuitamente.

<sup>58</sup>Los cuatro médicos eran: Dr. José González López, Médico-Cirujano, quien tenía su gabinete en la calle Donato Mármol; Dr. José Manuel Álvaro, Médico Municipal-Forense (calle Aguilera, No. 6); Dr. Guillermo Serrano Rojas, Médico-Cirujano (calle Mercedes No.6, luego José Joaquín Palma); y Juan M. Zambrano, Cirujano-Dentista (calle Donato Mármol).

<sup>59</sup>Suburbios donde viven familias humildes, principalmente negros. (*N.J.M.*)



—¿Y en qué paró el nombramiento de director del hospital civil?

—En nada. Entre los reparos que me pusieron figura el de mi color. “El director del hospital civil —dijéronme— ha sido siempre un médico blanco”. Y la tradición, la costumbre, el concepto que de estas cosas tienen enfermos y autoridades, opónense resueltamente a que un hombre de “color” lo desempeñe mientras no se cambie de modo de pensar.

—Pero es un absurdo, Miguel.

—Y ¿qué quiere usted?

Llegaron don Epicuro y Luisito Amado. Miguel cedió su asiento a uno de los visitantes, y se dirigió a la biblioteca.

—Voy a estudiar un poco —dijo.

Luisito Amado, sorprendido por la confianza con que don Antonio trataba a Miguel, quiso saber si el médico vivía en la casa.

—Casi, casi. Lo tenemos como a un hijo. Siempre ha estudiado en mi biblioteca. Niños, él y Gabriela, aprendieron juntos a leer aquí.

—Se querrán mucho... él y Gabriela.

—Como hermanos.

Don Epicuro miraba insistentemente a Gabriela y a Armando. Se le descubría en los ojos una curiosidad extremada por saber lo que hablaban los jóvenes.

—¡Mírelos... don Antonio! —dijo, imposibilitado de contenerse más tiempo.

—¡La edad de las ilusiones!

—Pero ese *ganapán* no se merece a su hija.

—Armando es un buen muchacho, Epicuro.

—¿Oíste, Armando? —dijo en voz alta el Registrador.

El ingeniero levantó la cabeza y preguntó distraídamente:

—¿Qué fue?

—Te he *descuerao*.

—Es lo que tú sabes hacer.

—Declino mi defensa en Gabriela.

—¿Y si le condeno, don Epicuro? —contestó ella.

—Nunca será penoso el castigo impuesto por la más linda de las mujeres.

—Don Epicuro, está usted mortificando a Armando.

—¡Bien pensaba yo! Este Armando es un alma que ora.

Gabriela se puso en pie para dejarse estrechar las manos por don Epicuro.

—A los pies de vuestra majestad.

—“A galante y generoso nadie le gana...”

Don Epicuro, con la mano derecha de Gabriela en una de las suyas, se dirigió a don Antonio y le dijo:

—¡Si tuviera veinte años menos!



—¡Y más cordura! —añadió don Antonio.

—Y yo me casaba con usted, don Epicuro, —le dijo Gabriela riendo alegremente. Don Epicuro se volvió hacia Armando.

—Esto, no lo has oído tú.

—¿De qué se trata?

—¿Oíste?

—No.

—Pues me lo callo, porque no deseo batirme.

Armando Reyes se levantó pesadamente, pidió su sombrero y bastón y, contrariado, con visible disgusto en el rostro, se despidió.

Gabriela ocupó un espacio, en el sofá, entre Luisito y don Epicuro. Charló con ellos hasta las nueve. Luego, cuando hubo despedido al último que la visitara aquella noche, preguntó:

—Miguel ¿no ha venido?

—Hace más de una hora que está en la biblioteca —le dijo don Antonio.

¡Efectivamente, Miguel estaba en la biblioteca!

¡Qué casualidad, no haberlo visto al entrar!

—No sabía que estabas aquí, Miguel.

El médico leía. Sentado en una butaca, con el libro abierto sobre las piernas, seguía el enredo de una novela. Levantó la cabeza al escuchar la voz de Gabriela y, gravemente, como por cortesía, respondió:

—Sí: leo.

—¿Y qué lees?

—Un libro.

—¡Vaya una gracia! No ibas a leer un reloj.

—Todo es leer.

Y volvió a bajar la cabeza, para seguir leyendo o aparentar que leía.

—Miguel, ¿te interesa más el libro que mi persona? ¿Por qué esa indiferencia?

—No lo creas, Gabriela; o ¿quieres reñirme?

—¿Yo?

—¡El imperativo de los tiempos, Gabriela!

—Pero ¿qué dices? Desde cuándo ¿así?

—Desde hoy —contestó Miguel con tono apesadumbrado. —Hoy, no reparaste cuando yo entré. Mañana, me verás entrar y, como la costumbre es otro imperativo, vendrás, hablaremos un minuto... ¿Después...? si yo siguiera viniendo, vendría solo. Y, solo aquí, con tus libros, con tu recuerdo, con mi pena, añoraría que fuimos niños, que yo regaba tus flores, que tú te fuiste, que yo me fui... Después de todo... Gabriela, no podemos ser ilógicos. Si no sucedieran las cosas como yo pienso y te las digo se alteraría la ley de los contrastes. No podría haber felicidad si no existiera la



desgracia. ¿Tú no ves qué logismo, qué ordenada compensación de los extremos? Tú, blanca; yo, negro. La primera batalla que libraron el primer blanco y el primer negro, la ganó el blanco. Los vencidos son esclavos. ¡Natural que yo sea un siervo tuyo!

Gabriela abrió los ojos, sus ojos de ensueño y amor y una acuosidad, como de lágrimas que quieren desprenderse, le nubló las pupilas. Y cuando Miguel dejó de hablar, y su voz seguía temblando, como un sollozo eterno, en el aire y en la confianza de la habitación, Gabriela cruzó los brazos ante la frente y sollozó.

## CAPÍTULO XI

Pasó el tiempo. Miguel, resuelto a suprimir sus visitas a la casa de don Antonio, inventaba diariamente “un caso apremiante”, “un enfermo grave”, “una cita inaplazable”.

—¿No habrá alguna mujer de por medio? —decíale don Antonio cuando se encontraban en la calle. —Tú estás en condiciones de seleccionar: no lo olvides.

Y el médico le respondía reticentemente, con gestos ambiguos, dándole a las palabras una entonación afirmativa.

—Me parece que Miguel se nos casa uno de estos días —dijo don Antonio mientras cenaba.

—Sería una locura —protestó doña Carmen. —¡Ahora me explico por qué no viene por aquí!

Gabriela no dijo nada, no hizo un movimiento, no levantó la vista para mirar a sus padres; pero no pudo seguir comiendo. Abandonó la mesa y se fue a la cama. Durmió mal. Por la noche tenía el aspecto de un convaleciente grave. No se bañó, no regó las flores, no visitó el jardín. Se encerró en la biblioteca y, sentada, inmóvil como una esfinge, vivió la pesadumbre de su vida sin ilusiones, rota, inútil.

En tanto Miguel, decidido a que el tiempo se encargara de ir echando en el olvido su vieja amistad con Gabriela, evitaba toda ocasión de encontrarse con su amiga. Miguel pensaba que esta conducta convenía a su porvenir y a la dicha de Gabriela. Tarde o temprano, la ruptura se impondría. ¿Por qué retardarla? Cuanto antes, mejor. Así, él dispondría de más tiempo para el estudio, y ella, desligada de tan “onerosa amistad”, no se vería precisada, por la costumbre, por la fuerza del hecho repetido durante tantos años, a perder dos o tres horas en la biblioteca, hablando siempre de lo mismo; repitiendo, con iguales o diferentes palabras, lo que habían hecho cuando eran niños, cuando volvieron a verse, la última vez. Ahora, que pensaba así, se daba cuenta de la displicencia con que lo trataba Armando Reyes. Gabriela había abandonado, con frecuencia, al ingeniero, para ir a la biblioteca a incubar sueños de imposible... realización, sueños generosos que no cristalizarían nunca. No... Mejor



era terminar, terminar de una vez y decirle adiós a la esperanza. Así no correría el riesgo de una nueva persecución de Armando.

Pero ¡sentía tanta pesadumbre al llegar a su casa, comer, sentarse en la sala con sus padres, salir y, ni siquiera detenerse junto a la reja del jardín que tanto amaba!

Para sustraerse a la pena que esto le producía dejó de transitar por la calle que separaba su hogar del de Gabriela.

¡No más ilusiones, ni esperanzas, ni luchas del corazón!

Entraba y salía de su casa por el fondo del traspatio, por la puerta que daba a la calle de Martí.

Acostumbrado a estudiar en la biblioteca de don Antonio, con la sensación de que a un metro de distancia leía también Gabriela, se asfixiaba en la soledad de su gabinete. Sus ojos no descubrían, en torno, más que una mesa de operaciones; un escaparate donde brillaban espéculos, tenazas: instrumentos de cirugía; un estante con ácidos, sales, drogas y sueros, y las paredes blancas, y el piso reluciente, y una atmósfera cargada de ácido fénico, y, en todo, el alma sollozante de los que habían gemido con una pierna rota, con una úlcera en la cara, con un cáncer en el estómago: ¡hostil el ambiente! No podía estudiar allí. Faltaba a aquellas cuatro paredes blancas el perfume indefinido y sutilísimo que dejaban tras sí el cuerpo y el aliento de Gabriela, la inconsútil espiritualidad que sugería su voz, la sensación tibia que emanaba de sus ademanes, de sus movimientos. Y para no aburrirse, comía y se iba. Se iba a visitar un enfermo, a charlar con sus amigos... al parque o a la casa de Andrés Pérez.

Andrés Pérez vivía en el Callejón sin salida, en unos cuartos estrechos y largos, restos de edificios devorados por las llamas. Andrés Pérez y su esposa, Juana Pantoja, se “honraban con la amistad del *doctor*”. Y Miguel Valdés, huyendo de las calles céntricas, se refugiaba en aquel hogar de gente de su raza, para decir lo que sentía y pasar el tiempo.

Al lado de Andrés Pérez vivía Inés, *La Larga*, una mulata vieja, fea y larga, con tres hijas: Paula, Sofía y Librada. Cada una de estas muchachas tenía un padre diferente, y habían crecido en medio de una espantosa miseria. Eran largas, escuálidas y flacas como su madre. Paula, la mayor, de unos quince años, tuvo un novio y tres queridos. El último de estos, Luisito Amado, la dejó con un muchacho en la barriga. Sofía estaba “alquilada”, para cuidar un niño, y Librada, la más pequeña, había sido sorprendida dos veces realizando actos deshonestos con algunos viejos. Don Pancho la inició en esta perversidad, como había iniciado a otras niñas de ocho a doce años. Sentado en la puerta de su casa, don Pancho vigilaba el paso de sus víctimas. Interrogaba a unas, seguía a otras, hablaba con los padres de ésta, interesaba a aquella, hasta lograr su intento.

Colocaba de criadita a la escogida y, de noche, a altas horas de la noche, consumaba el delito.





El pueblo de Bayamo le conocía dos violaciones a don Pancho. La última la realizó en el cuerpo escuálido de Librada. La niña escapó de la muerte por los esfuerzos de Miguel, que la asistió a ruegos de Andrés Pérez.

Y este delito, como otros delitos, como todos los que había cometido el seductor de niñas, quedó en silencio. Unos cuantos pesos bastaron para que La Larga no abriera la boca. ¡No la hubiera abierto de ninguna manera! ¿Para qué? ¿Castigar a don Pancho? ¡Bien sabía ella que no sucedería tal cosa! Don Pancho era hombre de influencias, hombre rico, ¡blanco! ¡Quién se metía con los blancos!

La Larga era lavandera. Lavaba porque iba siendo muy poco lo que obtenía vendiéndose a negros viejos y a borrachos consuetudinarios. Se entregaba en un cuartucho dismantelado, reducidísimo, sobre un catre negro de mugre. Se entregaba delante de sus hijas; a veces, borracha, ¡hasta con una vela encendida!

Con este espectáculo ante los ojos, una y otra noche, habían crecido sus hijas. Para las bastardas no había pudor; no sentían vergüenza de mostrarse desnudas a los hombres que se acostaban con su madre. ¡Era tan natural lo que hacía La Larga, lo habían visto tantas veces, estaban tan acostumbradas a ello que, Paula, no se escondió mucho para imitar a su madre. La primera vez que se entregó fue en un solar; la segunda, en el patio de su casa, y la tercera, echó una de sus hermanas sobre la barra del catre y le abrió las piernas al hombre que la iba a poseer. Solamente con Luisito Amado no pudo hacer lo mismo. Luisito la llevó a un hotel, la hizo bañar y la tendió en una cama. Después, la botó. De esta aventura, la mejor y más decente de Paula, le quedó un grato recuerdo y el embrión de una nueva vida en la matriz.

Las historias de Inés, *La Larga* y sus hijas, dejó una impresión de abatimiento en el ánimo del doctor Valdés. No creía él que sucedieran tales cosas y, para convencerse, visitó el mísero cuartucho que habitaban las desgraciadas.

La Larga estaba borracha e intentó besar a Miguel. No se enfadó el médico y repartió diez pesos a las muchachas para que compraran zapatos.

La Larga lanzó la noticia del socorro a sus hijas. Bastó ésto para que Miguel se viera asediado continuamente por los pedigüeños del barrio. Una pandilla miserable le esperaba, de noche, junto a la puerta de Andrés Pérez: una mujer le pedía una limosna; un hombre, una recomendación; una madre le invitaba a visitar a un niño enfermo. Y Miguel vaciaba sus bolsillos e iba de uno a otro cuartucho como el de Inés, *La Larga*, refugio de enfermedades y miserias, repartiendo dinero y recetas. Y, en todas partes, ¡borrachos, poliandria, hambre e ignorancia! La obra de la escuela, en los niños, quedaba anulada por el ambiente del hogar, por el ejemplo de los padres, entregados al alcohol y al concubinato más abyecto.

Miguel Valdés intentó hacer algo en beneficio de los suyos, y citó, para una reunión, a los hombres más “caracterizados” de la raza de “color”. Acudieron unos cuantos, se discutió un poco y, al cabo, tropezaron con la falta de recursos pecuniarios para afrontar una resolución.



Al día siguiente, *El Demócrata* publicó:

“Anoche se ha celebrado una misteriosa reunión por los negros de esta ciudad, presidida por el doctor Valdés.

“Según rumores públicos, se tomaron acuerdos de un carácter eminentemente contrarios a la confraternidad que debe existir entre negros y blancos.

“¿Surgirá el racismo en Bayamo?”

Miguel leyó el suelto de *El Demócrata* en la casa de Andrés Pérez, y no pudo contener un gesto de protesta. Su temperamento enérgico y violento algunas veces, se manifestó en aquel instante, dominando el hábito y la educación.

—Esto es indigno —dijo. —Yo no soy racista ni permito que se me califique de tal.

—¡Envidia, doctor! —observó Andrés Pérez.

—Envidia ¿a qué?

—A su talento. Eso... debe ser maniobra de los médicos.

—Averiguaré quien es el osado que se atreve a suponer que yo aliente odios racistas.

Se despidió.

Era domingo. Miguel encaminó sus pasos al parque y, a poco de dar una vuelta, pudo advertir que varias personas le miraban curiosamente.

—¿Será cierto —pensaba— que el pueblo de Bayamo me considera racista e instigador de odios raciales?

En la “glorieta”, junto a la banda de música, encontró a Iluminado Pantoja, director de *El Demócrata*.

—Le buscaba. Dígame, ¿cómo supo usted que los negros se reunían “misteriosamente”?

Pantoja quiso evadir una respuesta categórica.

Dese cuenta —insistió Miguel— que yo necesito exigir una reparación pública.

Comprendió Pantoja la gravedad de la demanda y habló claro.

—Esto es un asunto de Armando Reyes —dijo. —El llevó al periódico el suelto tal y como ha salido.

Miguel bajó la cabeza y se dirigió a los bancos exteriores del “parque”. Llevaba la mente llena de meditaciones rencorosas. Se sentó. Mataría a Armando. Sobraba uno de los dos. Pensó mucho para concretar la resolución homicida. Al cabo de una hora de lucha interior, el análisis, frío y lógico, se le impuso ¡No podía ser de otro modo! En la infancia, él había sido el obstáculo con el que tropezaron don Enrique Reyes y otros para que Armando fuera a estudiar subvencionado por la sociedad bayamesa. Armando sabía de este incidente, en el que los dos habían sido actores involuntarios. El ingeniero no lo olvidaba. ¿Intentaría otra venganza? ¿Estaría condenado él a girar, siempre, en la órbita de los desmanes de la familia Reyes, y a caer cada vez que quisieran empujarlo?



Así meditaba el médico, cuando don Epicuro y Armando pasaron frente a él.

—¿Quieres venir? —le dijo don Epicuro.

No, no tenía deseos de moverse en aquel momento. No podría dar dos pasos al lado de su eterno enemigo.

—Estiramos las piernas, ven —añadió Armando.

—Ahora, no; quizá más tarde.

Miguel sintió que una oleada de fuego le inundaba el rostro.

—Estrangularé a ese canalla —pensó.

Y saltó del banco, tomando una dirección contraria a la que seguía su cruel enemigo, decidido a romperle el cráneo. Dio cinco vueltas y no encontró a Armando.

—Volverá —se dijo, sentándose en otro banco. —Volverá y nos veremos la cara. Será la última vez que nos veamos.

Armando volvió; pero no solo: ¡acompañado de Gabriela!

—¡Ah... Gabriela!

¡Cuántos meses sin verla!

Olvidó el agravio. Aquietáronse sus rencores. Se sintió triste. Y el mundo de los recuerdos, esos sedimentos que acumulan sobre la vida, los días y las horas que se van, llenaron su pensamiento y su corazón. ¡Qué lejos el pasado! ¡Qué distancia de una a otra mañana! ¡Ya, él era otro! ¿Y ella?

Pasó Gabriela. Iba callada, como distraída. Armando, serio, más serio que otras veces, hablaba despacio, con parsimonia de inglés atacado de *spleen*: ¡aparente tranquilidad que ocultaba un profundo disgusto! Observándolo Miguel, sintió que algo se le alborozaba en lo profundo de sus intimidades. Le duró poco esta alegría. Gabriela, al volver a pasar, miraba a los ojos del ingeniero; le miraba con ojos cariñosos y dulces.

—Soy un niño que llora y ríe —se dijo Miguel, restituido a su estado de ánimo anterior. Y, con los minutos, con la sucesión de la vida que pasa, su pesadumbre fue intensificándose. Todo le pareció detestable, insufrible: La música rajaba los oídos; la gente hablaba vulgaridades, sandeces; ¡ni un hombre culto con quien departir, ni una mujer educada, para unos minutos de alta sentimentalidad artística! ¡Todo monótono, igual, triste: sin objeto la vida!

Llegaron Edmundo Casanova y Rafael Also. Se sentaron al lado de Miguel.

—¿En qué piensas, “doctor”? —le preguntó Casanova.

—En nada. Mi cerebro está vacío.

Rafael Also quiso saber si Miguel había leído el suelto publicado por *El Demócrata*.

—Sí, y lo que siento es que no sea verdad lo que anuncia. Hace falta una revolución, un cataclismo.

—Ese periódico se ha empeñado en fomentar el racismo en Bayamo.

—¡Ojalá y acertara! —dijo Miguel. —Hace falta que nos matemos unos pocos. Hay exceso de hombres y exceso de odios. Esta noche le diera un tiro a uno. Tengo



ganas de ver sangre, de cortar una pierna, un brazo; ¡de ver sangre! Con sangre se abona la tierra, y la tierra está cansada.

Rafael y Edmundo se despidieron, y el médico volvió a quedar solo. Solo estuvo hasta la terminación de la retreta. Diez, quince, veinte veces vio pasar a Gabriela y al ingeniero. Cuando no los vio más se puso en pie y encaminóse, por la calle García hacia su casa. Era la hora del retiro, y las familias, los novios, los esposos, cansados de dar vueltas, volvían a sus hogares, en busca de la cama o de un beso prometido. En torno de Miguel: delante, detrás, a los dos lados, caminaban unas cuantas personas. Sonaba el grito de un muchacho, obligado a velar hasta aquella hora; el siseo de dos novios, apretujándose al amparo de las sombras; la charla de dos esposos, caminando despacio, seguros de que, tarde o temprano, la misma cama les esperaba. Sonaba un rumor de colmenar, síntesis de todas las voces, de todos los pasos, de todos esos ruidos monótonos y peculiares de las muchedumbres en movimiento. Según Miguel se alejaba del parque, eran menos las personas que le acompañaban; algunas se iban quedando en las casas que encontraban; otras, doblaban a la derecha; otras, a la izquierda; las menos, rezagadas, comentaban en voz alta la última noticia.

La casa de Miguel estaba casi al extremo de la calle. Estaba más arriba de la Plaza del Noy, a cuadra y media de la entrada del pueblo. Miguel no tenía sueño ni prisa por llegar. No sentía cansancio; sí, mucho aburrimiento, mucho *spleen*, muchas ganas de detenerse, de irse hundiendo, como tragado por arenas movedizas, y acabar, sí; ¡acabar! Y caminaba despacio, muy despacio, más despacio que todos los que llenaban la calle. Se iba quedando solo ¡Solo! “Si no hubiera más mundo que la soledad” —pensó. ¡Imposible! Aún sonaban pasos a su espalda. Se acercaban. Lo alcanzarían también. Y él detrás, siempre detrás: ¡como su raza, como los esclavos, como los vencidos!

—¡Ese es Miguel! —oyó una voz.

¡Gabriela! Lo había reconocido, Gabriela. ¿Cómo? ¿Tan oscura la noche? ¿A veinte pasos de distancia?

—¡Miguel, Miguel! —oyó otra vez.

Era la voz de don Antonio. Se detuvo.

—Buenas noches, —dijo.

—Pero ¿adónde te metes, que no vas por casa?

—Trabajando, don Antonio.

—No te creo, Miguel —añadió doña Carmen.

—Alguna vez ¿le he mentado, doña Carmen?

—Nunca.

—¿Por qué engañarla ahora?

—No he querido decirte mentiroso, Miguel. Pero, por mucho trabajo que tengas, ¿no has de disponer de un minuto para ir a vernos? No vivimos tan lejos.



—¡Lo que yo he dicho! —sentenció don Antonio. —¡Miguel está enamorado!

—Lo creo —añadió doña Carmen.

—Eso ¿es verdad, Miguel? —quiso Gabriela que “él mismo” le dijera.

—Sí: me hace falta contraer matrimonio.

Doña Carmen tropezó con una piedra y se lastimó la punta de un dedo.

Miguel intentó llevarla a una farmacia para curarla.

—No es nada —dijo ella. —¡Pero estas calles están muy oscuras!

—¡Ni un farol en las esquinas!

—Yo no sé qué hacen el ayuntamiento y el alcalde —censuró don Antonio— que no gestionan la instalación de una planta eléctrica en Bayamo. ¡Aunque fuera por su historia únicamente!

Guardaron silencio. Doña Carmen, mortificada por el dolor que sentía, se apoyó en el brazo de su esposo. Inadvertidamente, Miguel y Gabriela se encontraron caminando uno al lado del otro, a tres pasos delante de don Antonio y doña Carmen. Gabriela metió el pie izquierdo en un “canarreo” y topó con una mano el brazo derecho de Miguel. El médico la asió fuertemente, para evitar que cayera:

—¿Se lastimó, Gabriela?

—Nada. ¡Qué calles más infernales!

—No se puede salir de noche.

—Óyeme —dijo en voz baja Gabriela, casi rozando con la boca el oído de Miguel.

—¿Por qué me tratas de usted?

—Se me olvidaba, Gabriela.

—No se te puede olvidar una cosa que has hecho siempre.

—¡Qué sé yo!

—¿Por qué no vas a casa? Todas las noches te espero.

—Me sorprende lo que me dices, Gabriela. ¿Esperarme a mí? ¡Si fuese a otro...: a una amiga o amigo tuyo!

Llegaron. Gabriela no pudo contestar a Miguel, y le rogó, a nombre de sus padres, que volviera al día siguiente.

—Vendré.

Se iba.

—¿Quieres tomar un ponche, Miguel? —le propuso doña Carmen.

—No, señora. Acabo de comer. Hasta mañana.

Se fue.

## CAPÍTULO XII

Miguel se levantó muy temprano. Dijo a sus padres que tenía que realizar un viaje al campo, y abandonó la casa.

Aun los rayos del sol no habían esparcido su fuerte claridad por los ámbitos de la tierra bayamesa. Sólo la aurora, una aurora de amarillo intenso, coronaba el perfil de las lejanas montañas. Las calles estaban desiertas. Algún carro, a lo lejos, reparando pan, subía, deteniéndose a la puerta de las casas. Miguel siguió calle arriba, y el fresco mañanero saturado del perfume de los montes, le batió en la cara. Se detuvo a la salida del pueblo. Por la carretera avanzaban dos caballos cargados de viandas y una carretilla de leche. El disco del sol, rojo mate, emergía de entre celajes y cumbres de la tierra. Una tiñosa hendió el aire, agitando las alas acompasadamente. Del cementerio ascendía un vapor blanquizco. Lentamente, de todas partes, la vida de las cosas fue animándose. Y un hombre atravesó la calzada; una mujer hacía astillas junto a las “peñas” de un fogón, en una vieja cocina de guano; un chiquillo, con pantaloncitos sucios y cruzados los brazos sobre el pecho desnudo, se dirigía a la puerta de una “tienda”. Despertaban los aldeanos. Del inofensivo... letargo del sueño, los bayameses volvían a su monótona actividad, a sus intrigas, a sus pasiones. Miguel dio vuelta al cementerio, bajó por Martí, hasta la Plaza de Santo Domingo<sup>60</sup> y desayunó en el café El Louvre.<sup>61</sup> Tenía que ver un enfermo; después, visitar un amigo; ir por ahí... ¡pasar el tiempo! Y las horas se sucedían lentas, largas. Por la noche, arribó a la casa de Andrés Pérez.

Conversaba con su amigo cuando oyó chillidos, chillidos, gritos agudos.

---

<sup>60</sup>En los primeros años de la república se llamó Plaza Plana, en honor a Manuel Plana y Rodríguez del Rey. En 1912 cambia a Plaza Francisco Maceo Osorio, nombre que lleva en la actualidad. Se conoce además, como Parque de los Coches, por haber estado allí durante muchos años una parada de este medio de transporte.

<sup>61</sup>Propiedad de Evaristo Gómez Sánchez. Estaba ubicado en la calle General García, esquina Sol (Candelaria Figueredo Vázquez, llamada *Canducha*). Era café y restaurante. Inició sus servicios el 7 de febrero de 1914.



—Es Paula que se queja de dolores de parto —le informó Andrés Pérez.

—Reconózcala, doctor —le rogó la esposa de su amigo.

Mientras cumplía este ruego, Librada, la más pequeña de Las Largas, se le introdujo entre las piernas e intentó una desvergüenza.

—Sal de aquí —le gritó Miguel, apartándola enérgicamente.

—Y mamá ¿no lo hace? —repuso la chiquilla.

Paula, amenazada de aborto unos cuantos días, volvió a sus andanzas tan pronto se sintió libre de dolores. Tenía necesidad de comer, y para comer se entregaba al primer postor en los solares, en las calles oscuras o en el catre donde dormía con Librada.

—¡Y qué hacer! —exclamó el médico, convencido de que “aquello” era irremediable, como su “mal”: ¡como el “mal” de su raza!

Comprometido a visitar a Gabriela y a concurrir a una reunión de los “suyos”, para tomar acuerdos de “carácter defensivo”, había faltado a las dos citas. Las dos eran inconvenientes... No estaba dispuesto a realizar el más insignificante acto que sirviera de pretexto a los blancos para tacharlo de racista y, menos provocar otra conspiración de Armando y su familia.

Durante unos cuantos días sostuvo este criterio, pero no llegaba a conformarse. No podían sus razonamientos dominar la rebelión que se agitaba en el fondo de su sensibilidad emotiva.

Estas luchas de sus potencias esenciales lo convirtieron frecuentemente en un autómeta. A veces iba a donde no quería ir o llegaba tarde a la llamada de un enfermo. Este automatismo lo condujo al parque, una noche de retreta. Rebosaba de juventud y alegría el paseo aldeano. Miguel, uno más de la muchedumbre gozosa, dio vueltas en torno de la música. Luego, insensible al contagio, se sentó. La multitud, más densa, más contenta, pasaba, ante su vista, indiferente y monstruosa, como las aguas turbias de un río.

¡Y pasaron Gabriela y Armando!

La “compañera de ayer” levantó un brazo y saludó a su amigo.

El médico, emocionado, dilató las pupilas y... ¡nada más!

—¿Con quién tan afectuosa, Gabriela? —le preguntó Armando.

—Miguel. ¿No lo has visto?

El ingeniero palideció un poco.

—Yo no me explico —dijo gravemente, —¿qué atractivos tienen los negros para usted?

—El de la amistad.

—Pues “su” grande amigo no le ha contestado el saludo.

—No me vería.

—Sí, la vio; me consta.

—¡Es lo mismo!



—Recuerde que “su” buen amigo es racista.

—No creo eso.

—Defiende usted con demasiado calor a Miguel. No olvide que es mulato, y ciertas defensas perjudican.

—Es mi amigo, señor Reyes.

—Una mujer como usted ¿amiga de un hombre como el mulato Miguel?

—Siempre lo he sido, y le distingo más que a muchos blancos.

—¿Se casaría usted con él, señorita Estrada?

—Sí.

El ingeniero no contestó una palabra. Tenía encendidas las orejas y miraba rencorosamente en torno suyo. Gabriela, pálida, erguida, desafiando “todos los prejuicios”, alzaba a ratos, una mano y se recogía un rizo sobre la frente.

Miguel los vio pasar otra vez. Los vio solos, callados, graves, “de acuerdo ya”. Se casarían pronto: matrimonio previsto por la sociedad bayamesa y esperado por don Antonio y doña Carmen.

—¡Novios!

—¡Gabriela!

Se levantó. ¿Para qué seguir allí? ¿Qué le importaban la música, las luces, la alegría de la gente? Echó a andar en dirección a una de las puertas del parque. Frente a los corredores de El Liceo se detuvo. Quería *verla* otra vez. ¡*Verla*! ¡Contemplar sus ojos, su boca, su belleza, y alejarse luego! La distinguió a treinta metros de distancia, por encima de un montón de cabezas. Se miraron. Observó Miguel que Gabriela sonreía, que le buscaba, que deseaba hablarle. Frente a frente, le dijo ella:

—Quiero que vayas a mi casa, mañana. ¿Irás?

—Iré.

Armando, vacilante entre agredir al médico o insultar a Gabriela, optó por el insulto.

—¡Negrera!

Y, parsimoniosamente, como si el despecho no le devorara las entrañas, se dirigió a El Liceo. Ocupó un balance en medio del grupo de sus íntimos y dijo:

—Gabriela, la distinguida, la honesta, la hidalga, vive en concubinato clandestino con el mulato Valdés.

—¡Armando! —protestó una voz anónima.

—Se acuesta con el negro —ratificó el ingeniero.

—Lo pensaba yo —dijo José Urquiaga.

—¡Qué coincidencia: Norberta me lo aseguró ayer!

—Ahora mismo acaba de darle una cita a Miguel para mañana —prosiguió Armando. —Y es tan descarada que no respetó ni que iba conmigo.

—¿No lo *querei* creer? —chanceó don Pancho. —A *laj blancaj* también *lej gujtan loj mulatoj*.





Pero ¿una mujer como Gabriela? —repuso Aniceto Cadenas.

—Y ¿qué *querei vo?* A *laj blancaj* también *lej gujta* eso...

—Pero es un descaro inaudito —continuó Armando— que esa mujer se roce con nuestras familias, y pase por señorita y honrada. El Liceo tiene que tomar una determinación en este asunto.

—*Ejperao. ¿Vo ejtai* seguro de lo que *desí*.

—Segurísimo. Gabriela vive con el mulato Valdés.

—Yo ratifico lo que afirma Armando —agregó Cadenas.

—Estos son asuntos delicados, y hay que ir con tiento —observó Urquiaga.

Llegó don Enrique.

Cadenas le sopló al oído:

—Ahí tiene, don Enrique: la educadísima y distinguidísima viviendo con un negro.

—¿De quién se trata?

—Que se lo diga Armando.

—¿Quién es, Armando?

—Gabriela.

El viejo miró a los circunstantes y quedó pensativo. Después, sus ojos se fijaron insistentemente en las pupilas de su hijo.

—Sí, papá; Gabriela vive con el mulato Valdés.

Al cabo de un rato, y respondiendo a reflexiones laboriosas, murmuró don Enrique:

—Lo dije yo: esa es saltadora.

### CAPÍTULO XIII

Amaneció.

—¿Acudiré a la cita?

Estaba inquieto, nervioso, desasosegado. Esperaba la noche y la temía. A veces observaba que la sucesión de las horas tenía la lentitud de los siglos; otras, que la tierra había decuplicado su velocidad, robándole el tiempo preciso para tomar una resolución. ¿Iría? Sonaron las siete. Miguel se estremeció.

—¡Gabriela!

¡Habían pasado tantos meses desde la última entrevista a solas! ¿Qué se dirían? ¿Qué confesiones le arrancaría a su corazón la dulzura suplicante de Gabriela?

¡Terrible dilema!

Así, como había vivido durante los últimos tiempos, una apacible esperanza se removía, de vez en vez, en el fondo de su enorme pesadumbre, compensando sus largas meditaciones, sus soliloquios nostálgicos. Extinguida la débil llama, ¿qué esperar? Y, sí... ¡No, no... imposible! Tal solución le llenaría el alma de tan tiernas emociones que, ni la realidad de los más inverosímiles sueños, las superaría. Pero... ¿y los hombres blancos, y la sociedad representativa de El Liceo? ¿Y por qué él era negro y Gabriela blanca? ¿Y si eran diferentes, si alguna cualidad esencial de los sentimientos, de la inteligencia, de la organización anatómica, los separaba, les marcaba un límite irrebasable, ¿por qué se atraían, se habían querido desde niños, se recordaban en la ausencia, y ella, rompiendo con las preocupaciones de raza, se detenía a su lado en el parque y le daba una cita para la biblioteca que los dos amaban tanto?

Sonaron las siete y media.

Miguel, sobresaltado, se dirigió a la calle. Una densa oscuridad envolvía los contornos. Pasó un transeúnte. Lejos, en Pueblo Nuevo, el sonido de un *bongó* se expandía sobre la ciudad. ¡Ningún otro indicio de vida! De una de las ventanas de la casa de don Antonio salía un poco de luz e iluminaba trechos del jardín. ¡Nada más! El silencio lo llenaba todo. ¡Ni una voz, ni el ruido de un mueble, ni la metálica sonoridad del piano! ¿Habría supuesto



algo don Antonio? Cuando la zozobra empezaba a asaltarlo, la bella figura de Gabriela se destacó en el marco de la puerta. Vestía de blanco. Una muselina transparente, finísima, envolviéndola el busto, permitía admirar, a través de su tejido, el bordado del corpiño interior, cuyo escote hasta mitad de los omóplatos, descubría, a los ojos de la noche, la piel sonrosada y tersa de Gabriela; esa piel de la que gustan las misteriosas bocas que esconden las sombras y se posan imperceptiblemente, besuqueadoras.

Gabriela miró a la puerta del viejo caserón de Anacleto.

—¡Ah...! ¿Estás ahí? —exclamó, reconociendo a Miguel.

Fue a su encuentro y le asió de una mano.

—Ven.

Y mientras caminaban, Gabriela apretaba dulcemente los dedos finos y fuertes del médico.

—Aquí lo tienen —dijo a sus padres soltando a Miguel en mitad del salón.

—Eres un tunante —le reprochó doña Carmen. —¡Ni si te hubiéramos *achujado* los perros!

Don Antonio protestó de la larga ausencia de Miguel. Era incalificable su conducta para con ellos que le querían tanto.

—Estoy muy ocupado —dijo Miguel. —Me levanto a las cinco y vuelvo a mi casa después de las once.

—¡Imposible! —replicó Gabriela. —¡Si te vemos a cada momento!

—¿Conque te casas, Miguel? —le preguntó don Antonio.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Tú mismo. ¿No te acuerdas?

—Eran bromas mías.

—¡Bromas!

—Sería una gran equivocación tuya, Miguel, le dijo doña Carmen. —En Bayamo no hay ninguna muchacha que te convenga. Yo, en tu pellejo, me iría a un pueblo donde nadie me conociera, y me casaría con una mujer blanca y rica. Porque tú más pareces blanco que de color. En esto de los matrimonios, Miguel, hay que sacrificar los gustos a las conveniencias. Fíjate en nosotros. Hemos preparado las cosas de tal manera, que será un hecho el matrimonio de Gabriela y Armando. Armando es el mejor partido de Bayamo y, además, muchacho rico, educadísimo y de excelente familia. Tú, ¡no seas bobo! no te cases con ninguna de esas mulaticas pelandrujas que te saltan delante. Envíalas a comer mangos.

Gabriela, sentada cerca de su madre, se movía nerviosa, dispuesta a protestar del arreglo en que se la incluía.

—¡Qué torpe el seco corazón de los viejos! —pensaba.

El proyecto de doña Carmen produjo aplanamiento en Miguel. ¡Natural que quisiera lo mejor para su hija! Y ¿quién como Armando?



Entraron Tomasa y Anacleto.

—Aquí está el hombre —les dijo doña Carmen, señalando a Miguel.

El médico cedió el balance que ocupaba a su madre.

—No te esperaba ya, Anacleto —dijo don Antonio.

—Y que vengo por el desquite.

Un criado les trajo la mesita de ajedrez, y comenzaron a jugar.

Pronto, Tomasa y doña Carmen se engolfaron en una “interesante” conversación. Hablaban de las cosas de Bayamo: del último chisme, de la ruptura de un compromiso amoroso, del rapto de la señorita X. ¡Hablaban de las cosas de Bayamo!

Y Miguel y Gabriela, frente a frente otra vez, se interrogaron con los ojos.

—Ven —le dijo ella, decidiéndose.

Se dirigió a la biblioteca. El médico la siguió despacio, como si una fuerza interior lo sujetara. Las palabras de doña Carmen habían intensificado su disgusto, el pesimismo que le corroía las entrañas. “Armando es el mejor partido de Bayamo y, además, muchacho rico, de excelente familia”. Sí, la verdad era una y se imponía. Llegó a la biblioteca. ¡Cuánto tiempo que no entraba allí! Y allí había algo del pasado, que le acariciaba el corazón y la inteligencia: los estantes, las butacas, la mesa larga cubierta de felpa gris, los libros y como el alma de todos los que han sentido el dolor de los humildes, las ansias de los esclavos y esa inconformidad que nace del análisis, cuando la afirmación del hábito sale al paso y ordena obediencia y resignada mansedumbre.

Gabriela ocupó una butaca. Y lo hizo con un movimiento de abandono, como si diera principio al descanso del cuerpo, mucho tiempo ajetreado, o distendiera los nervios, siempre en tensión expectante, a caza de una normalidad del espíritu, esperada indefinidamente.

—¡Cuántos meses que no venías! —murmuró.

—Y pensé no volver.

—¿Quién te ha prohibido que vengas?

—La realidad de las cosas.

—¿Y antes?

—¡Antes! Antes, tú eras una niña y, yo, un muchacho. ¿Qué de ofensivo tenía? Hoy, ¡no somos niños! Yo he llegado a hombre y a hombre con algo de oriundo de África en las venas. Aunque mi color es blanco, la herencia me clasifica entre los que no pueden caminar libremente, ir adonde quieran y sentir y pensar como la mayoría de los hombres de la tierra. Si reanudara mis visitas a tu casa, la “plebe” hablaría de ti, y yo, Gabriela, yo no quiero que de tí murmure nadie. No tengo hermanas, y siempre te he considerado como a una hermanita... como a mi pequeña Gabriela. ¿Te acuerdas? Aquí estudiamos los dos; juntos regamos tus flores; yo cuidé tus azucenas; uno al lado del otro íbamos por las calles. ¡Nos queríamos tanto! Pero... éramos niños, y los años nos han transformado en mayores. Ya tú no eres mi Gabriela,



mi pequeña hermanita. Aquella niña, con la que yo jugaba y corría, es la señorita Gabriela Estrada y Céspedes, la más bella, culta y elegante mujer de Bayamo. ¡Qué distancia entre los dos! ¡Cómo se hunden, en el pasado, la niña Gabriela y el muchacho Miguel! Sí... ¡ya lo sabes, ya está dicho!

Gabriela lo miraba con fijeza imperturbable. Había en sus ojos esa honda admiración que sienten los grandes por los grandes; confesaban tan íntimos sentimientos, hacían tales confidencias, que el médico bajó la vista como si no quisiera ver que los labios de Gabriela eran de púrpura, y azules sus ojos, y castaño su pelo, y ondulada la línea que bajaba de sus hombros al tobillo. Miguel no quería ver nada.

—¿No tengo razón? —dijo al cabo, para terminar “aquel momento que se hacía peligroso”.

—¡Quizá! Pero por encima de todos los motivos, de todas las consideraciones, de todos los prejuicios, estás tú y estoy yo. ¿Comprendes?

—Recuerda lo que dijo tu madre hace algunos minutos.

Yo no me casaré con Armando —repuso resueltamente, Gabriela.

—Lo desean tus padres.

—¿Y qué?

—No puedes romper así con él, porque tú quieras.

—Es que no soy novia de Armando. No lo he pensado. No lo seré nunca.

—¡Ya ves si tengo motivos para no volver! Si don Antonio se enterara de esto que hablamos, creería que hago uso de su confianza para frustrar sus deseos.

—¿Contra mi voluntad, Miguel?

—Es tu padre, y nadie te ama como él.

—Conforme; pero no quiero casarme con Armando, no quiero. ¿Sabes? ¡No quiero!

—Me interesa que sepas que no trato de inmiscuirme en ese asunto, pero convén, conmigo, que si dejaras, dos veces nada más, las visitas que acuden a tu casa, para venir a este lugar a verme, sufriría tu conducta de señorita honrada y correcta. ¡Solo yo sé lo que es para mí tu compañía, verte, hablarte, saber que estás a mi lado! ¡Cuánto diera yo porque estos momentos no terminaran nunca! Acaso ¿sabes tú cuánto sufro? Pero... ¡Basta: me voy!

Se fue.

Gabriela no pudo ni llamarlo. Cuando pensó hacerlo ya Miguel había desaparecido.

## CAPÍTULO XIV

Dos días después de la visita de Miguel, don Antonio recibió el siguiente anónimo:

“Su benevolencia con los negros le ha de costar muy cara. Vigile a Gabriela, vea lo que hace con Miguel en la biblioteca. Mientras usted juega al ajedrez con el negro Anacleto, el hijo de éste traiciona la protección y amistad que usted le dispensa.

Ya se arrepentirá de lo que ha hecho”.

Un Blanco.

Don Antonio soltó una carcajada y llamó a su esposa y a Gabriela.

—Vengan, vengan a ver.

Les enseñó el anónimo.

—¿Qué les parece? Pero ¡qué pueblo más malo, este, de Bayamo! ¿Qué dices tú, Gabriela?

Gabriela, pálida, parpadeó vencida por la mirada de su padre. Después, domi-  
nándose, sonrió también.

—¿Qué le importarán estas cosas a la gente?

—Pues ¡bueno estaría que no pudiéramos tener amigos negros! —lamentó doña Carmen.

—No haga caso, mamá.

—Sí —dijo don Antonio; —es lo mejor.

Y rompió el anónimo.

Transcurrieron las horas de la tarde. Gabriela, atenta a lo que sus padres hablaban... pudo convencerse de que habían olvidado... el “papelucho delator”. Pero llegó la noche y, con ella, don Enrique. Hacía más de dos años que el padre de Armando no daba su “vueltecita” por el barrio de San Juan.

Lo recibió doña Carmen.

—¿Qué milagro es ese, don Enrique?

—Vengo a tratar un asunto con Antonio. ¿Está?

Doña Carmen llamó a su esposo.



El viejo esclavista, de pie en medio del salón, apoyaba las manos en el puño de un *coco-macaco*.<sup>62</sup> Estaba más serio que de costumbre, y sus ojos miraban con brillantez colérica.

Sonaron los pasos y la voz de don Antonio, acercándose:

—¡Compadre! Yo creí que habías olvidado el camino.

—Tenemos que hablar —repuso gravemente don Enrique.

—¡Qué! ¿Te has encontrado alguna *botijuela*?<sup>63</sup>

—No.

—¿De qué se trata? Vamos a ver.

—Quiero que hablemos en un lugar reservado, porque es muy serio lo que te diré.

—Ven —le dijo don Antonio dirigiéndose a la biblioteca.

—Aquí estaremos seguros —añadió, señalándole una butaca a don Enrique.

Después preguntó por Armando.

—Hace unos cuantos días que no nos visita —dijo.

—Ni vendrá más.

—¿Por qué, Enrique? Le hemos tratado siempre muy bien.

—Ustedes, sí; pero Gabriela, no.

—¿Qué dices, Enrique? Si me ha dicho él que piensa casarse con Gabriela. ¡Hasta tengo entendido que son novios!

—Gabriela lo ha engañado.

—¡Fíjate en lo que hablas!

—Gabriela engañaba a mi hijo, y le pesará —contestó a íntimas reflexiones don Enrique.

—¡Enrique!

—Tú eres el único que no lo sabes.

—Pero ¿qué es lo que yo no sé?

—¡Ah...! ¿No lo sabes? Pues... hasta los muchachos callejeros lo dicen.

Don Antonio pensó en el anónimo. ¿Sería verdad? Su hija, su Gabriela ¿traicionándole con Miguel? Palideció. Sus ojos, de mirada naturalmente bondadosa, brillaron duros y agresivos. Pero no dijo una palabra. ¡Temía tanto que la verdad cristalizara en los labios senectos de don Enrique! ¡Bah...! —pensó enseguida, como si quisiera arrancarse del corazón la garra que lo apretaba. Presunciones: exceso de cariño. ¡Su hija, su Gabriela! ¡No, de ninguna manera: imposible!

—Lo sabías y callabas también —murmuró malignamente don Enrique.

---

<sup>62</sup>Bastones que en su empuñadura tenían la imagen de un chimpancé.

<sup>63</sup>En esta época era común hablar de la aparición de botijuelas en Bayamo. El hallazgo más comentado ocurrió en la finca Cabaniguán: al pie de una caoba fueron encontradas por unos trabajadores, a flor de tierra y en cantidad considerable, prendas y alhajas de plata enterradas por los familiares de Francisco Vicente Aguilera Tamayo en la Guerra del 68.



Don Antonio no pudo más y se puso en pie, para golpear la mesa con las manos abiertas.

Pero ¿qué es lo que tú hablas, que no te entiendo? Acaba —mandó imperativamente.

—No te *sulfures*. Yo recibí también el mismo golpe, y me callé. Cuando mi hijo, llorando, me contó la historia, sin omitir el menor detalle, se me frunció el corazón más de lo fruncido que lo tengo; pero ¿qué podía hacer sino conformarme? Haz tú lo mismo. Después de todo, la culpa es tuya. Tú cogiste al negrito ese, lo metiste en tu casa y lo mandaste a estudiar. ¿De quién es la culpa? Que sea ahora el querido de tu tija ¿a quién lo debes?

—¡Enrique, Enrique! —replicó indignado don Antonio, moviéndose amenazador.

—No te *sulfures*, te he dicho ya. Tú tienes la culpa.

—Eso es mentira y calumnias a mi hija.

—Llámalala, llámalala, para que veas que no podrá negar en mi presencia.

Y esta amenaza consternó a don Antonio. No, no; todo, menos llamar a su hija; todo, menos hacerla pasar por la vergüenza de una humillación delante de Enrique.

—¡Ya ves: lo sabías! —insistió el viejo acusador. —Ahora eres doblemente culpable, porque entre tú y tu hija engañaban a Armando.

Don Antonio cayó sobre la butaca abrumado por la pesadumbre.

—¡No! ¡Yo no sabía nada! —murmuró.

La íntima satisfacción de don Enrique transformóse en saña vengativa. Vengaba, en el viejo amigo, el desprecio de Gabriela a su hijo.

—Tú lo sabías —añadió. —Tú sabías que, en esta biblioteca, *ellos* hablaban, se besaban, escarnecían la caballerosidad de mi hijo. Y tú callabas, callabas para que Armando tapara el hoyo que el negro había abierto. Tú tienes más culpa que Gabriela y que el perro negro ese... Pero no te saldrás con tu gusto. ¡Ya el pueblo sabe quién es tu hija y quién eres tú!

Chispeaban los ojos de don Enrique. Una tenue sonrisa le plegaba las comisuras bucales en un rictus satánico. Estaba excitadísimo don Enrique. Se puso en pie y dirigióse a la puerta.

—Enrique, ven acá —balbuceó don Antonio. —Déjame hablar. No sé nada.

—¡Anda...! —replicó sarcástico el viejo. —No mereces que las personas honradas pisen tu casa. Me voy porque si continuara aquí me deshonoraría.

—Te lo suplico, Enrique —rogó don Antonio tratando de alcanzar a su viejo amigo.

—¡Anda...! ¡Ya sé quién eres!

Siguió. Atravesó la sala y se fue.

Don Antonio se apretó las sienes y apoyó los codos en la mesa. Sentía bajo el cráneo un dolor indefinible. ¿Qué había pasado, qué había oído, qué era aquello, tan terrible, tan insólito? ¿Su Gabriela, su hija? ¿Diría verdad el anónimo? ¿Era cierto que





allí, en aquella biblioteca, “ella” y “él” habían pisoteado su honor? Empezó a sentirse enfermo, atacado de un malestar inexplicable. Le estallaba la cabeza. Se moría. Gritó.

Acudieron todos: Tomasa, Gabriela, Anacleto, doña Carmen, los criados.

Encontraron a don Antonio tirado sobre la alfombra. Tenía los ojos abiertos, enrojecidos, con la cabeza como desarticulada. No miraba a ninguna parte.

—¡Papá, papá! —jimiqueó Gabriela.

—¡Antonio, mi Antonio: Dios mío. Se muere mi Antonio.

Se tiraba del pelo doña Carmen. No sabía qué hacer.

—Corre por un médico, Anacleto —dijo Tomasa.

—¡Papá, papá! —seguía clamando Gabriela, llorosa, rebosante de angustia.

—¡Un médico, por Dios; un médico!

Y, don Antonio, inmóvil, con la cara abotargada, parecía sumido en el profundo sueño de la muerte.

Los gritos alarmaron al vecindario, y la gente llenó la casa. Acudieron los curiosos de todas partes. Miguel supo la noticia en el hospital y llegó jadeante. Había corrido seis cuadras. Se acercó al enfermo y después de examinarlo, recetó un purgante de “aguardiente alemán”.

—Manda a desalojar la casa —le dijo a Gabriela. —Necesito silencio absoluto.

La cabeza de don Antonio ardía. La fiebre le devoraba. A ratos contraía un brazo, o una pierna, o la mandíbula inferior.

—¿Cómo comenzó esto? —quiso saber el médico.

—No sabemos. Hablaba con don Enrique en la biblioteca. La conferencia duró más de una hora, y no debió ser muy cordial, porque, don Enrique, cuando se fue, tenía la cara colorada y no nos saludó ni a mamá ni a mí. Dos minutos después oímos gritos y encontramos a papá así, como tú lo ves.

—¿Qué les dijo?

—Nada.

—¿De qué hablaron él y don Enrique?

—No sé.

Y Gabriela bajó la vista, dominada por la muda interrogación de los ojos del médico. Luego, como respondiendo a un examen interior, añadió:

—¡No, no sé nada!

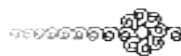
Miguel le dio el purgante al enfermo.

—¿Está muy grave? —preguntaba a ratos Gabriela, interrumpiendo la atención del médico, fija en el rostro de don Antonio.

—No, no está grave —respondía distraídamente.

Doña Carmen, sentada en una silla, junto a los pies de la cama, sollozaba, apretando un pañuelo con los dientes.

Los amigos de la familia seguían llegando. Tomasa se hizo cargo de atender a las visitas.



A las doce de la noche, en una mesa larga y cubierta de hule negro, dos criados llenaron de café cincuenta tazas “bolas”. En varias fuentes y bandejas estaban las galletas, el queso blanco picado y los tabacos. La gente se lanzó a la mesa y acabó con las provisiones a la vista. Después, la charla alegre y festiva, el dicharacho grotesco, pronunciado en voz baja, hicieron del “velorio” lo que eran todos los “velorios”, cuando había comida, café y ron: regocijado festín, donde los viejos contaban historias picarescas y los jóvenes reían. Pasadas las doce, la concurrencia se dividió en grupos. Había corrillos de viejas chismosas, “despellejadoras” del prójimo, y de beatas devotísimas. “Las señoras principales”: las “de Cadenas”, “de Urquiaga”, “de Reyes”, formaban la “élite” del “velorio”. Ocupaban la parte principal y más iluminada del salón. Hablaban a media voz y tan circunspectas, que nadie hubiera sospechado, viéndolas allí, que Norberta, la “de Cadenas”, se entregaba a don Epicuro veinticuatro horas antes de que Aniceto hiciera al Registrador la infalible visita para pedirle cincuenta pesos prestados, “hasta el treintiuno de Febrero”. Los negros viejos invadían la cocina, hacinados en torno del fogón y de los sacos de galletas; los mestizos y los negros jóvenes, discutían en los corredores, en las habitaciones penumbrosas, discretamente apartados del núcleo principal de los familiares e íntimos.

A veces se oía el vuelo de las mariposas alrededor de las lámparas, o una carcajada, o un grito comprimido, o ese rumor peculiar de las multitudes que se empeñan en hacer silencio.

Se hablaba y pensaba en todo, menos en el motivo aparente que los reunía allí. Que don Antonio muriera o no, ¿que podía importarle a nadie...? Lo positivo eran los tabacos, el café, las galletas y, más que todo, el “sobajeo”, la “tactología”.

Simuladores del sueño, apoyaban la cabeza y las manos en lugares del cuerpo femenino, no muy del dominio público.

A las dos de la mañana, Tomasa volvió a servir café y ron. La concurrencia se despachó con más franqueza. La mayoría no se satisfizo comiendo cuanto pudo, llenó también los bolsillos. Después comenzó el destile. ¡Habían cumplido con su deber! Quedaron unas veinte personas: Norberta y don Epicuro, en un ángulo de la biblioteca, casi a oscuras. ¿Dormitaban...? Don Enrique y Armando charlaban cerca de la habitación del enfermo. Aniceto Cadenas dormía en un sofá. Los otros, en la cocina, comían hasta llenarse.

Don Antonio continuaba gravísimo. Los esfuerzos de Miguel resultaban inútiles, para obtener una franca derivación. En pie, junto a la cama, con la muñeca izquierda del enfermo en su mano derecha, espiaba ansiosamente el momento que le permitiera concebir alguna esperanza. A las tres de la mañana, agobiado de cansancio, dejó a Gabriela en la cabecera del lecho y salió en busca de algún alimento. Saludó a don Enrique y a Cadenas, que se habían desperezado, y tomaban café.

—¿Cómo sigue? —le preguntó Armando.

Igual.



—¡Y se morirá! —añadió don Enrique. —¿Qué sabe este estúpido de medicina ni de enfermos?

—Tiene razón usted, don Enrique —dijo Cadenas.

—Gabriela debió haber llamado a otro médico —indicó Armando.

—¿Para qué? —repuso don Enrique. —Otro médico salvaría a Antonio; y lo que quieren Gabriela y Miguel es que muera, para que nadie les estorbe. A la vieja Carmen, la matarán también.

—Pues nosotros no lo permitiremos. Es un crimen que debemos evitar, don Enrique. Veamos a otro médico.

—No. Así, no. Vean a Carmen. Díganle que el mulato no es médico y que matará a Antonio.

Aniceto Cadenas no se atrevía a resolver por sí solo y quiso consultar el caso con don Epicuro.

No estaba en la biblioteca don Epicuro. El y Norberta habían desaparecido.

Cadenas se dirigió a la cocina, siguiendo el mismo rumbo que habían tomado el Registrador y Norberta.

—¡Qué! ¿Se producirá la catástrofe? —pensaban los curiosos, observando a Cadenas. —¿Iría hasta la ducha a sorprender *infraganti* a los “traidores”?

¡No! Cadenas regresó al comedor, pidió café y galletas y se dispuso a comer. Comía despacio. Quería dar tiempo a que volviera don Epicuro. Al cabo de veinte minutos, cansado de esperar, se dirigió al salón.

—No he encontrado a don Epicuro —informó al viejo esclavista.

Armando aseguró que Epicuro no se había marchado y recomendó que lo esperaran.

Miguel pasó cerca de los tres conspiradores, de regreso a la alcoba del enfermo. Preguntó a Gabriela:

—¿Ha sucedido algo?

—Nada.

Tomó el pulso a don Antonio y sentóse al borde de la cama.

—Acuéstate un rato —le rogó a Gabriela.

—No tengo sueño, Miguel.

—No importa: acuéstate. Yo debo descansar mañana y tú me sustituirás.

Gabriela accedió a los deseos de su amigo. Al pasar por la sala encontró el “cónclave” reunido. Don Enrique, Armando, don Epicuro y Norberta deliberaban. Querían que fuera don Epicuro el encargado de advertir a doña Carmen del peligro que corría don Antonio en manos de Miguel.

—Yo creo —dijo don Epicuro, negándose a ser cómplice de la conjura— que el doctor Valdés es un buen médico y está interesado en salvar a don Antonio.

La negativa de don Epicuro dio por terminada la gestión en aquel momento, y



don Enrique y Armando se retiraron. Siguiéronlos Norberta y Cadenas. Don Epicuro esperó la aurora para marcharse.

A las nueve de la mañana, la casa estaba llena otra vez de nuevos amigos, y se iniciaba una casi imperceptible mejoría en el enfermo. Miguel, advirtiéndolo, renovó sus esfuerzos, y a las diez don Antonio intentó levantar un brazo.

—¡Ya! —suspiró Miguel. —Ahora es cuestión de tiempo el progreso de la mejoría. —Y dirigiéndose a Gabriela, añadió: —vela un poco, tú.

Y, en un balance, cerca de doña Carmen, se tiró a descansar.

En tanto, don Enrique y Armando y sus amigos de El Liceo, acordaban llevar dos médicos a la cabecera del enfermo. Obraban así porque “don Antonio había sido envenenado”. “El rumor público propalaba que Gabriela y Miguel habían convenido el envenenamiento”.

—Más de diez personas me lo han asegurado —insistía diabólico don Enrique. ¡Y bastó esta sentencia!

Media hora después, Bayamo “entero” sabía que Gabriela y Miguel habían envenenado a don Antonio.

*El Demócrata* tiró un suplemento dando detalles del crimen y excitando al pueblo a linchar a Miguel.

Intervino la policía para dispersar los grupos callejeros que comentaban la noticia, y a las tres de la tarde, don Enrique, Armando, Cadenas y dos médicos blancos, llegaron a la casa de don Antonio.

Don Enrique se encaró a doña Carmen y le dijo:

—El pueblo y la prensa de Bayamo afirman que Antonio está envenenado, y como hay la seguridad... ¿entiende usted?; como hay la seguridad de que en manos de Miguel Valdés morirá, nosotros, familiares y amigos de Antonio, traemos dos médicos científicos para que lo curen, si es que ya tiene cura.

Doña Carmen no comprendió bien. ¿Parálisis, intoxicación, fiebre cerebral? ¡No, no comprendía! Lo único que no escapó a su atolondramiento, fue la presencia de los médicos. Y, como dos son más que uno, supuso que quizá hicieran lo que no había hecho Miguel. Esperanzada, condujo los galenos a presencia del enfermo. Los médicos conferenciaron con Miguel, examinaron a don Antonio, hablaron entre sí, después; y, al informar, a puertas cerradas con don Enrique y doña Carmen, dijo uno de ellos:

El tratamiento seguido por el doctor Valdés, no nos satisface. Es necesario variarlo.

—Morirá Antonio en manos de ese veterinario —añadió don Enrique. —Eso... no es médico ni nada, ¿Qué sabe un negro de curar enfermos?

Atribulada la anciana ¿qué otra cosa podía hacer que aceptar el consejo de don Enrique? Y, ni el compañerismo, ni la justicia, ni el deber y escrúpulo de conciencia fueron suficientes razones para los dos médicos blancos. Su interés era suplantar a Miguel, y demostrar que un negro no tenía facultades para redimir a un enfermo



de la muerte. Y, con esa arrogancia de superioridad que se atribuye la raza blanca sobre todas las demás razas del mundo, los dos médicos comenzaron a actuar sin ocuparse de Miguel.

—¿Y qué hago yo? —pensaba el “mulato”, en presencia de la actitud de sus compañeros; pero ignorante de la calumnia que rumiaba el pueblo.

¿Se iría? Pero ¿quién podía tener más interés en salvar a don Antonio, a su amigo y protector? ¡No, no abandonaría el puesto! Allí, junto al lecho, permanecería, vigilando a sus “compañeros...”, al paciente, a su obra de hombre de ciencia, puesta en entredicho. Y, sentado en una silla, dormitando a ratos, meditativo siempre, permaneció hasta las tres de la mañana del día siguiente: momento en el que se acentuó, de una manera vigorosa, la mejoría del enfermo. Entonces, vencido el período peligrosísimo para don Antonio, tuvo tiempo de pensar en lo que se le había hecho. ¡Y se sintió vencido! Dirigióse a la biblioteca con paso de sonámbulo, con una nueva tristeza en el corazón. En la biblioteca lo encontró Gabriela, tirado en una butaca, la barba apoyada en una mano, el brazo derecho colgando. ¡Lloraba! Por el rostro, hermoso y varonil, le corrían las lágrimas: ¡lágrimas silenciosas, sin un sollozo, sin un parpadeo, sin un gemido!

—¿Tú, Miguel? —exclamó Gabriela.

La aflicción acabó de vencerlo. Le cayó la cabeza sobre el pecho, cerró los ojos y un sollozo se le escapó del alma.

—¡No, no; no llores tú; tú, no, Miguel!

Le envolvió la cabeza con sus brazos, lo atrajo a su seno y le inundó la frente de lágrimas.

Y, así, como una madre que le disputa su hijo a la muerte, o como sueñan sus amores los poetas melancólicos, lloraron los dos el infortunio del hombre que se sabe perseguido por el “delito” de tener antepasados negros.

Y, así, estrechados, entregados a las confidencias del corazón, viviendo eternos minutos de pesadumbre, los vio quien quiso verlos.

Y cuando vino el nuevo día y, a la casa del enfermo, la ineludible visita de “los amigos”, se habló del “abrazo”, de los “besos” y de las “caricias” que habían “gozado” los dos “amantes criminales”.

¡Cómo dudar de su delito! ¿Quién se atrevería a desmentir la noticia “entregada” a la circulación? “El negro, enamorado de la blanca heredera, había envenenado a don Antonio”. La “nueva prueba” sirvió para otro suplemento de *El Demócrata*. Decía el periódico:

“Es imperdonable la indiferencia de la sociedad bayamesa hacia lo que de viva voz se comenta en círculos y corrillos.

“Y nos preguntamos nosotros ¿puede permitírsele el ejercicio de una profesión tan delicada, como la de médico, a un individuo que no tiene escrúpulos en emplear



criminalmente la facultad que la ley ha vinculado en él, para llegar a fines egoístas? El poder judicial ¿no tomará cartas en este asunto?

“Es necesario que nos fijemos en cierta campaña que viene haciendo determinado elemento étnico, tendente a destruir por cuantos medios sean posibles, la hegemonía de los únicos capaces de interpretar los privilegios de la civilización.

“Seamos duros, si es preciso; pero que no llegue el momento de las lamentaciones inútiles.

“Esta es nuestra última advertencia, pueblo de Bayamo: no te fíes de ciertos médicos, que hacen uso de su santo apostolado con tinos racistas. ¡Alerta!”.

## CAPÍTULO XV

Miguel perdió su escasa clientela en quince días. Quedó solo, solo y casi sin amigos. Pepe Jerez y los suyos, se negaron a saludarlo, porque “no querían verse envueltos en luchas de raza”.

—No queremos —decían— que se sospeche de nuestra lealtad a los blancos. Si Miguel quiere fomentar una guerra racista, que lo haga solo; pero que no nos tome de instrumentos.

Y Miguel, odiado por los blancos y temido por la mayoría de los hombres de su raza, sintió el vacío en torno de su nombre y de su persona. Cuando, en horas de hondas luchas interiores, encarado a las tempestades de su cerebro y a las congojas de su corazón, enumeró los amigos que le quedaban, no pudo completar media docena con ellos.

Edmundo Casanova, Rafael Also y Suitberto Escalante, atrevidos, ingenuos de propósitos, jóvenes y fervientes admiradores del “talento” del médico, se agruparon alrededor suyo, para testimoniarle una sincera y profunda estimación.

Andrés Pérez, maduro de años, racista iracundo en el fondo; pero servil adulator de los blancos, dijo al médico, una noche:

—Yo te quiero mucho, Miguel; pero la situación tuya y la de todos nosotros ha llegado a un extremo que conviene, tanto a tí como a mí, reunirnos lo menos posible.

Claramente, Andrés Pérez no quería recibir más a Miguel; no quería que los blancos —“sus distinguidos amigos”— sospecharan que, en su casa, “en la casa de todos sus amigos”, se podía conspirar.

¡Y Miguel añadió esta nueva decepción a su corta y envejecida juventud!

Le quedaba otro amigo al médico odiado: ¡Gabriela! Le quedaba la blanca ilusión que cristaliza en noche de tinieblas o en aurora brillante; pero que, al fin, como todo lo humano, no tiene más forma ni más perspectiva que la penumbra de un crepúsculo monótono y largo. ¡Eterna monotonía de la vida siempre igual, siempre uniforme: la misma ayer, hoy, mañana, siempre, siempre!



Acosado por los blancos, diferenciado por los suyos, Miguel volvió a la casa de Gabriela.

Ya estaba un poco mejor don Antonio, pero privado del habla y de movimiento en el brazo izquierdo. Fue una sorpresa para el médico el estado del enfermo. Lo creía restablecido.

Cuando Miguel entró, don Antonio estaba sentado en una butaca. A su lado, con un periódico en las manos, doña Carmen leía en voz alta. Recibieron fríamente a Miguel. Doña Carmen lo miró un segundo, menos aun don Antonio. El médico se inmutó. Había concebido la esperanza de que la “bondadosa matrona”, al verlo, trataría de disculparse, de darle alguna excusa por lo sucedido; pero... ¡nada!

—Siéntese —le dijo alguien.

Se sentó Miguel. Y por hablar, por concluir con algo enojoso y molesto que flotaba en el ambiente, preguntó:

—¿Cómo está usted, don Antonio? Lo suponía completamente restablecido.

Las pupilas del patriarca se iluminaron y, al fijarse en la boca y en los ojos del médico, lo hicieron dilatadas de odio y desprecio.

¡Fue la única respuesta del enfermo!

Miguel quiso seguir hablando, enterarse de cómo había progresado la convalecencia; pero tuvo que desistir de su empeño a la tercera pregunta. Doña Carmen le respondía “sí” o “no”, o con un movimiento de cabeza, forzado y ambiguo, cuya interpretación echó nueva bruma sobre el alma del médico. Como si no se diera por enterado aún, o quizá abrazándose a una última esperanza, preguntó:

—¿Ya juega al ajedrez don Antonio?

—No.

—¿No puede?

—No tiene con quien jugar.

—¿Y papá?

—Ya no viene aquí.

Y mientras hablaba, Miguel sentía y veía la mirada de don Antonio. Los ojos duros del enfermo, como petrificados en lo hondo de las órbitas, lo miraban con una sañuda hostilidad y fijeza, que no pudo resistir, y se fue.

“Ya no viene aquí” —murmuró Miguel, caminando, sin rumbo, por las calles. Ya, hasta su padre no iba allí; hasta su padre había dejado de ir a la casa que fue como la suya, como la de todos. Y ¿adónde ir ahora, adónde ir?

Caía la tarde. Algunos chiquillos jugaban en el arroyo, con trompos y bolas. Venía un coche; detrás, un guajiro, con un caballo “enjalmado”; otro coche; más chiquillos. Dos perros ladraban y corrían dando saltos y volteretas. Miguel dobló una esquina y avanzó hasta la calle Martí. ¿Adónde ir? Vacilante, tomó hacia arriba. Lejos, en lo último de la calle, alzabase la entrada del cementerio. Miguel reanudó la marcha.





Con ese paso tardo e irregular de los pensativos, de los que viven del cráneo hacia adentro y cruzan cerca de los hombres sin reparar en ellos, el hombre triste iba alcanzado la puerta del cementerio.

Cuatro muros, sobre un cuadrado regular, se levantaban a seis metros. En lo alto, rodeando una cúpula, los vértices de las paredes simulaban pequeñas torrecillas. En una de ellas, una tiñosa parecía meditar con los ojos fijos en el fondo de una sepultura.

La entrada del cementerio era lo único que quedaba de la vieja iglesia de San Juan. Durante la guerra, los españoles cerraron, con ladrillos, el hueco de los arcos, la dividieron en dos pisos y aspilleraron las paredes para vigilar los movimientos de los “insurrectos” que se acercaran al pueblo.

El musgo crecía en sus paredones agrietados y en ruina, y las lechuzas y murciélagos ocupaban totalmente el piso alto.

Debajo, junto a la puerta de la calle, sentado en una silla, inmóvil como una momia, Mestro Angulo,<sup>64</sup> el sepulturero, meditaba, ¿meditaba?

Mestro Angulo era un negro viejo, alto, enjuto, sin carnes, encorvado por los años. Tenía la cabeza blanca, el labio inferior abultado y caído sobre la barbilla: ¡era el sepulturero!

—¿Se puede pasar, maestro? —le preguntó Miguel.

—Pase usted, caballero.

Mestro Angulo se puso en pie, con el sombrero en las manos, en actitud de respetuoso saludo.

Miguel avanzó hasta la calle central del cementerio y tendió la vista hacia las últimas sepulturas. ¡Y recordó, recordó al “coco”! Allí vivía el terrible fantasma que le había amedrentado en sus noches infantiles: el fantasma de cuencas fosforescentes y largos brazos blancos.

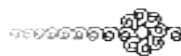
¡Qué lejos todo!

Y el cementerio estaba solo, solo como un cementerio, si los muertos no son nadie. Y esta soledad en plena tarde, reprodujo en el médico la misma impresión que había sentido otras veces, en aquel lugar. Sintió, más que de fuera hacia dentro, de adentro a la periferia, la promoción reminiscente de dormidas sensaciones, quizá el despertar de estados de consciencia que esperaban aquella oportunidad para vivir la huella que el pasado deja en nuestra psiquis.

Fue un momento nada más. ¡Brusca sacudida, que la representación del panorama lejano impuso de sorpresa! Y quedaron el cementerio y el hombre, tal como eran: uno, sumido en aparente y eterna inercia; el otro, triste, meditativo, con una secreta ansiedad en las pupilas, por descubrir, al margen de los nichos, en los intersticios de la tierra fecunda de las sepulturas, en las calaveras de los osarios, algo palpitante,

---

<sup>64</sup>El 23 de julio de 1906 el ayuntamiento de Bayamo nombró guarda custodio del cementerio San Juan a Manuel D. Estrada Angulo.



que, calladamente, con esa gravedad que reviste el misterio, diera cuenta de la redención que reserva la muerte al hombre que ha pasado por la vida sin alegrías, sin esperanzas y esclavo del hombre.

¡Nada!

¡Ni un movimiento, ni la sacudida de una hoja, ni un pequeño ruido de ultratumba: quieto todo!

Miguel miró en torno. A su izquierda, muy cerca del viejo campanario, el tiempo destrozaba una cruz de madera. En unas letras del *albayalde* aun podía leerse:

“Aquí yace el primer soldado español muerto en combate, a las tres de la tarde, del 24 de Febrero de 1895”.<sup>65</sup>

¡La primera víctima de la guerra. Así comienzan todas las guerras! Al primero que cae se le levanta una cruz y se le consagra héroe. Los otros se entierran en zanjas y los devoran las auras, y ¡todos se olvidan!

¡También el recuerdo muere!

Miguel reanudó sus pasos por el pasillo central. A uno y otro lado desmoronábanse las ornamentaciones y los mezclores de tumbas anónimas. La obra del tiempo se iba cumpliendo en las losas de muertos sin deudos ni amigos. Había grietas profundas disimuladas bajo la yerba, donde habitaban las lagartijas y los sapos. En algunos enrejados, crecían rosales y claveles, y en todo el cementerio, como producto exclusivo de la muerte, “las maravillas” blancas, rojas y matizadas, alzábanse llenas de savia y de perfume.

Miguel vagó silencioso y despacio en todas direcciones y, cuando la melancolía del crepúsculo se intensificaba en los osarios y en lo hondo de las sepulturas recién abiertas, encaminó sus pasos hacia el pueblo.

Se iba como consolado, como trasmutado a la idea de una compensación lejana, en otra esfera del dinamismo eterno de la vida universal.

Y otro día, en busca de una situación de ánimo semejante, volvió al cementerio. Llegó a ser una necesidad suya, de sus sentimientos y de su pesimismo intelectual, la diaria visita a las tumbas que no tenían amigos, que se desmoronaban lentamente.

Siempre se detenía algunos minutos a charlar con Mestro Angulo. El viejo “zacatecas” usaba, en las conversaciones, una terminología macabra, impuesta por el trato continuo con las cosas de los muertos. Miguel, para oírle, y a veces, por la impresión que le causaba la radical filosofía del viejo sepulturero, le hacía hablar, le preguntaba por la vida de cada uno de aquellos, que allí, “adonde todo termina y se nivela”, se descomponían bajo suntuosos mausoleos; o se hacía acompañar por él,

---

<sup>65</sup>El primer militar español enterrado en el cementerio San Juan de Bayamo después de iniciada la contienda de 1895 fue el soldado de la sexta compañía del Batallón peninsular número tres Niceto Flores Panti; su deceso ocurrió a las cuatro de la madrugada del 30 de mayo de 1895 a consecuencia de un disparo de arma.



para que le indicase adonde descansaban... viejos conocidos suyos, condiscípulos alegres y juguetones: todos aquellos que se habían ido. De algunos, una cruz señalaba su lugar de reposo; de otros, una lápida o un enrejado, recordaban sus nombres; de los más, de los que en la vida formaron en el montón, no había nada, ni el recuerdo del lugar donde se hundieron.

¡Hasta en el cementerio existía el montón!

Y sus soliloquios monótonos, como la monotonía sugerente del cementerio, se animaron una tarde, presenciando una escena que se le grabó indeleblemente en la memoria: Una mujer de su raza, una pobre mujer vestida de negro, envuelta la cabeza en un chal ¡negro también!, de rodillas sobre un montón de tierra, removida el día anterior, clavaba una pequeña cruz. Y en el brazo de la cruz, con una letra irregular y tosca, la madre había escrito: Mi hija. ¡Nada más: ni un nombre, ni una fecha: “Mi hija”, escuetamente!

“¿Quién era su hija?” —se preguntaba el anatómico. —¿Por qué no había un nombre en aquella cruz; por qué faltaba... una fecha, un indicio, algo que hiciera presente a los curiosos, que, allí, tal día, a tal hora, había sido enterrada la niña Fulana? No pudo comprender nada el médico. El, que había sondado analíticamente en la profundo de las vísceras lesionadas, no lograba desentrañar la onda de ternura y amor que vivía en aquel letrero tan sencillo. Sin embargo, al entrar al cementerio, todos los días, su primera mirada era para la humilde crucecita, para la mujer del chal negro, que, a la misma hora, una y otra tarde, se arrodillaba junto a la tumba de su hija, y sembraba flores y regaba las que ya habían prendido.

En los días sucesivos, su mayor encanto consistió en sentarse en un banco y contemplar la amorosa dedicación de aquella madre cuidando las flores de la tumba de su hija. Y la costumbre, la repetición metódica del hecho consumado, hizo germinar en su corazón un indefinible afecto a la tumba de “Mi hija”. Y cuando pronunciaba esta frase, tan sencilla, tan común, tan repetida, sentía íntimos estremecimientos, que le emocionaban el alma.

“¡Mi hija!” ¡Qué música en la modulación de la voz, qué extrañas concordancias con recónditas vibraciones de su ser!

Una tarde, a la hora de costumbre, no estaba en la tumba de “Mi hija”, la pobre madre enlutada. Pasaron algunos minutos, pasó una hora y la “madre” no vino. Y Miguel sintió que algo sollozaba en lo profundo de sus sentimientos; algo, muy de las cosas inviolables del alma, se le removió y le empujaba hacia la pequeña crucecita; y fue y, con el mismo cuidado que lo había visto hacer a la mujer de su raza, regó las flores, sacudió el polvo que le quitaba brillantez a los pétalos de las rosas y empezó a arrancar las hierbas que crecían en torno.

En esta tarea le sorprendió una voz muy conocida.

¡Qué emoción!



—¡Miguel!

—¡Gabriela! ¿Tú?

Iban a abrazarse, y solamente se estrecharon las manos. Cuánto tiempo que no se veían: él estaba más triste; ella, más delgada, más bella.

—¿Y a qué has venido? —le preguntó Miguel.

—A verte.

—¿Sabías que yo estaba aquí?

—Ayer lo supe. Me lo dijo tu madre. La casualidad quiso que la encontrara en la calle. Al verla, no pude resistir la tentación y le pregunté por tí. ¡Qué contenta tu pobre madre! ¡Me abrazó, me besó; lloraba de alegría! ¡Hacía tanto tiempo que no nos encontrábamos! ¡Ella tampoco va por mi casa! “Mi hijo” —me informó; —“mi pobre hijo, anda por ahí. Creo que pasa las tardes en el cementerio”. Yo quiero mucho a tu mamá, Miguel. Me abrazó y me besó otra vez. La prometí verla frecuentemente y nos despedimos. Y tú ¿a qué vienes aquí?

—No sé. Aquí, ni molesto ni los muertos me injurian.

—Y ¿qué hacías ahora?

—Ya ves: regaba estas flores.

—“¿Mi hija?” —leyó Gabriela. —¿Hija tuya, Miguel?

Y en el rostro de Gabriela se dibujó una expresión de pena y sorpresa.

—No te alarmes, no es hija mía. Es de una pobre madre que no ha dejado de venir más que hoy ¡Quizá esté enferma! Y como ella regaba estas flores todas las tardes, me dio pena que se marchitaran y las regué yo. Acababa de hacerlo cuando tú llegaste.

Gabriela vestía de piqué blanco. Un sombrero de ala ancha, adornado con plumas de garza, le cubría la cabeza. En la mano derecha sostenía una sombrilla que no había abierto.

Miguel la miraba atentamente. ¡Gabriela! Sí, era Gabriela; pero un tanto cambiada, con algo de pesadumbre en el semblante y en la inflexión de la voz. Más bella, sin embargo.

Le preguntó:

—Y ¿tu papá?

—Casi bien. Ya habla.

—¿Ha querido saber de mi?

—No.

Se miraron. Los ojos del médico interrogaban, querían saber lo que ocasionara la enfermedad y lo que había pensado don Antonio. Estaba seguro el anatómico de que su persona o su nombre habían jugado papel principalísimo en lo sucedido al convaleciente. Suponía algo: una calumnia o simplemente una revelación. Volvió a preguntar:

—¿Tú sabes lo que ocasionó la enfermedad de tu padre?



—No, no sé nada.

Resistía Gabriela. Meditaba Miguel; y, los dos, ya con deseos de hablar de otra cosa, de lo que siempre llevaban en el pensamiento y no habían querido decirse, olvidaron al enfermo.

—¿En tu casa saben que has venido al cementerio? —preguntó el médico.

—Sí: lo dije.

—¿Y qué me verías?

—No.

—¿Y si llegan a saberlo?

Gabriela se encogió de hombros.

—¿Y si los chismosos nos denuncian? —añadió Miguel.

—Los chismosos. ¿Y qué le importa a nadie lo que tú y yo hagamos?

—¡Hablarían de tí, Gabriela!

—¡Tengo tantas ansias de que hablen de una vez!

Y se miraron para confesarse recónditos anhelos. Después, satisfechos, hermanos o novios ideales, echaron a andar. Miguel llevaba en las manos la sombrilla de Gabriela; ella, el sombrero de Miguel. Así, muy juntos, a veces; separados, luego, recorrieron el cementerio. Cogían una flor en una tumba; leían un letrero en una cruz; se detenían al lado de las fosas llenas de huesos; o Miguel explicaba un detalle de anatomía, con una calavera en las manos; o ella se esforzaba por dar una idea de las impresiones que recibía mirando una inscripción o una losa rota. Después sentáronse en un banco de cemento, al borde de un enrejado. Alrededor de la reja crecían rosales, “maravillas”, copetuas y arbustos de jardín inglés. El paseo central les quedaba a la espalda, y la entrada a unos diez metros a la izquierda. Y, allí, sentados, indiferentes a cuanto no fuera ellos mismos, dejaron pasar las horas. Cuando el crepúsculo se les echó encima, Gabriela, inquieta, se puso en pie, para marcharse.

—¿Volverás mañana, Gabriela?

—Sí.

—¿Nos veremos aquí mismo?

—Sí, adiós.

## CAPÍTULO XVI

A las cinco de la mañana tocaron a la puerta de la habitación de Miguel.

—¡Alguna novedad! —pensó el médico desperezándose rápidamente.

Se encontró con Librada, la más pequeña de las hijas de Inés, *La Larga*.

—¿Qué ocurre?

—Mamá, le manda a decir que vaya allá, porque Paula está pariendo.

Miguel hizo un gesto de asombro. ¿Había alguien aún que recordara que él era médico? ¿Aún lo llamaban para asistir a un enfermo? Pero... ¿a quién podía acudir Inés, *La Larga*, en el trance apurado de su hija?

—Mamá me dijo que fuera pronto —añadió la niña.

—Sí, en seguida —repuso el médico, cogiendo el sombrero y un pequeño maletín.

¡Qué impresión al entrar en el mísero cuartucho del Callejón sin salida! Paula, con las piernas abiertas sobre el mugriento catre, se desangraba fatalmente.

—¡Me muero, doctor! —exclamó la infeliz. —Hace dos días que estoy así. No puedo más. ¡Por Dios, me muero!

Miguel, rápido, apreciando la gravedad de la enferma, reconoció la posición del feto.

—¿Quién *parte* a esta muchacha? —preguntó al cabo de cinco minutos de reconocimiento y mientras examinaba unos coágulos que tenía en la mano.

—Nila Josefa, —informó *La Larga*. —Desde ayer estamos luchando, y vea...

Nila Josefa era una negra alta, vieja, asquerosa; una negra que no se bañaba nunca. Tenía las uñas largas, duras, curvas como pico de buitres: nauseabundantemente sucias. No sabía leer y ¡parteaba! La miseria de la gente pobre del pueblo la había impuesto como partera. Su misión se limitaba a “extraer el muchacho”, a sacarlo vivo o muerto; pero a sacarlo. Cuando se presentaban dificultades, ella las vencía, y las vencía ¡sacando el muchacho!, aunque, con el muchacho, sacara la vida de la madre. “Estaba escrito” —murmuraba la gente. —“Iba a morir de parto”, ¡la víctima de la ignorancia y la miseria! Pero el caso de Paula era de tal naturaleza que todos los



esfuerzos de la partera resultaron inútiles. El “muchacho” se presentaba atravesado, y aunque de tanto tirar le había desprendido un brazo y la sangre de la madre brotaba a torrente, el muchacho no salía y se pensó en un médico.

¡Qué espectáculo! Las paredes vaginales de la infeliz mujer estaban desgarradas; las uñas de la partera habían arañado insistentemente, tratando de despedazar la envoltura del feto, y la sangre salía, salía... ¡Y ni un poco de algodón, ni una estopa: nada!

—¡Ay... Me muero, mamá! —sollozaba Paula.

El médico, casi convencido de lo estéril de sus esfuerzos, salió a escape, en dirección de la botica más próxima, en busca de medios para contener la hemorragia. Fue inútil todo: a las dos de la tarde, Paula expiraba, se hundía en la muerte, asesinada por su condición de negra.

Andrés Pérez y el médico costearon el velorio, y, al otro día, en una humilde caja forrada de negro, cuatro hombres de color llevaron el cadáver al cementerio. Enterraron a Paula a las ocho de la mañana. Y cuando el cortejo fúnebre cruzaba las calles, el pueblo, viéndolo pasar, murmuraba:

—Dicen que a esa mujer la mató el médico negro.

—Y matará a María Santísima.

Y la creencia de que el médico mataba a los enfermos arraigó profundamente en la conciencia de los bayameses.

Miguel, inocente del nuevo cariz que iban tomando las cosas en contra suya, se dirigió al cementerio a la hora de siempre.

—Ayer no vino usted, doctor —le dijo Mestro Angulo.

—No pude. Estuve ocupado todo el día con esa muchacha que han enterrado hoy.

—La señorita Gabriela le esperó hasta las seis. ¿Es su novia, doctor?

—No, no... Es una amiga. Nos queremos mucho. ¿Usted creía que éramos novios?

—¡Sí...! ¡Me preguntó tantas cosas, ayer; me habló tanto de usted, que yo la creí su novia!

—Pues, no. Somos amigos nada más. Y ¿usted sabe si viene hoy?

—Sí. Me dio el encargo de que le avisara a usted.

Mestro Angulo quedó pensativo. Parado frente al médico, con el sombrero en las manos, parecía en actitud de observar el fondo de una fosa. Al cabo de una laboriosa meditación, añadió:

—Gabriela es muy bonita.

—¿Se ha fijado usted en ella, Maestro?

—Sí, señor. Yo la conozco desde que nació; pero ha crecido tan pronto que si ella no me hubiera dicho quien era, no la habría reconocido. ¡Mírela: allí viene! —agregó Mestro Angulo, señalando a Gabriela, que subía por la calle Martí.

Desde la puerta del cementerio, Gabriela semejaba una de esas mujeres que no se sabe donde nacen, de donde han venido, qué nacionalidad tienen; pero que se en-



cuentran en todos los círculos de los millonarios y de la aristocracia cosmopolita: una de esas mujeres que pasean en landó<sup>66</sup> por el Bois de Bologne,<sup>67</sup> ocupan los mejores palcos en el “Metropolitan Opera House”<sup>68</sup> y aparecen en las planas de honor de las grandes revistas universales. Vestía una muselina gris flotante que, al impulso del viento, se adhería a la línea mórbida de los muslos. En vez de sombrero, envolvía su cabeza una gasa del mismo color del vestido. Botas grises también, le aprisionaban los pies hasta mitad de las pantorrillas. Según se acercaba iba siendo más preciso el detalle de su rostro. Ya Miguel distinguía sus ojos, su boca, el sonrosado de sus mejillas: ¡su espléndida belleza de mujer incomparable!

—Buenas tardes, Maestro —dijo, sonriendo.

—Buenas, las tenga usted, señorita. ¿Cómo está usted?

—Bien, bien. Creí que el hombre no vendría hoy —añadió confidencialmente.

—Está aquí hace rato.

—Con su permiso, Maestro —intervino Miguel tomando por un brazo a Gabriela.

El sepulturero se inclinó reverentemente mientras la pareja se alejaba cementerio adentro.

Iban muy juntos, enlazados los brazos, mirándose al fondo de los ojos.

—¿Por qué no viniste ayer? —preguntó Gabriela.

—No pude.

Miguel contó lo sucedido, y ambos se dirigieron a la tumba donde descansaba la infeliz muchacha.

—Dicen por ahí que tú la mataste, Miguel.

—¿Y lo crees tú, Gabriela?

—¿Yo? Si fuese a creer todo lo que dicen de tí, creería que intentaste envenenar a mi padre.

—Y eso ¿se dice, Gabriela? —preguntó Miguel con voz de indignación y separándose a alguna distancia para mirar a los ojos de la joven.

—Pero ¿tú haces caso de lo que murmura el pueblo?

—Sí. Es una pretensión vanidosa negarle importancia a lo que dice la gente. Por lo que “se dice” comienzan las popularidades o el descrédito de los hombres. Dí, tú, una cosa hoy; repítela mañana; afirmala después, y la dirás tantas veces que, al poco tiempo, el pueblo asegurará, no que es una mentira tuya, sino que lo ha visto, o lo ha oído, o lo palpó. Y cuando el rumor crece y la maledicencia se hace cargo de

<sup>66</sup>Coche de caballos descapotable y con dos asientos en su interior, uno frente al otro.

<sup>67</sup>El Bosque de Boulogne o de Bolonia es un parque parisino. En la parte norte está el Jardín d’Acclimatation con atracciones y una reserva de animales; también era conocido por los servicios de prostitución en la noche.

<sup>68</sup>El Metropolitan Opera fue fundado en abril de 1880 y abrió sus puertas el 22 de octubre de 1883. Está ubicado en el Lincoln Center de Nueva York





destruir la reputación de un hombre, este hombre está fatalmente condenado. Pero ¿por qué vengo yo al cementerio, Gabriela: por qué huyo de los que antes fueron mis amigos? Yo no sé lo que dice el pueblo, pero no es nada bueno. Si fuera en bien mío, tendría los amigos de siempre y los que buscan a las personas que encumbra la popularidad. Los primeros se han ido, y los segundos me desprecian o no me advierten. Tu amistad, Gabriela, me ha de ser fatal. Hace tiempo que lo es. Pero tú eres mi único amigo. Mientras la murmuración dice que yo envenené a tu padre, tú no quieres creerlo. Mientras algunos afirman que maté a Paula, su familia sabe que no es verdad. Yo creo que soy un buen médico. He estudiado a fondo, conscientemente mi carrera. Pero desciendo de negros, soy mulato, y la profesión de médico, no solamente ha sido un privilegio de los blancos, sino de los blancos más distinguidos, de las familias “ilustres”. ¿Cómo, un hombre que tuvo esclavos entre sus abuelos, por un esfuerzo de la inteligencia, de la perseverancia y el estudio, ha de saltar esa barrera, límite secular de dos razas, que se consideraron, por muchos siglos, superior una e inferior la otra? Es un dogma de la ciencia antropológica la inferioridad intelectual de los hombres que no miden cuarenticinco grados de ángulo facial. Yo desciendo de la raza, cuya mayoría no alcanza la proporción antropométrica que consagra capaz a los hombres. Latente ese prejuicio, asociado a la idea de esclavitud que ha sufrido mi raza ¿cómo he de convencer de lo contrario a la sociedad cubana de mi tiempo?

—Yo no comparto ese criterio —se atrevió a decir Gabriela.

—¿Tú? Tú vives bajo la sugestión de un sentimiento anormal, puesto que lo fija y te lo sugiere la fuerza de una costumbre que no has podido vencer. Cuando crees que razones, no haces más que dejarte dominar de simpatías afectivas. Todos los factores que actúan en pro o en contra de lo que crees tú conveniencia, son puramente ideales, metafísica de los sentimientos. ¡Y los sentimientos, Gabriela, producen grata sensación interior, adormecen como el soplo del vampiro! Cuando se despierta a la serenidad absoluta de la reflexión ¡qué hondo el abismo adonde quisimos hundirnos; qué lejos de lo que es la vida, del perfecto equilibrio que regula el ingreso y egreso del tesoro individual! Porque la vida es eso, Gabriela: compensación de gastos y rentas.

Gabriela arrancó un ramo florecido de “Jazmín de Persia” y golpeo con él la boca del médico.

—No hables más de eso —le dijo. —Que seas blanco o negro, me da lo mismo. Si ha de llegar la hora que tú presentes, que llegue: es igual. En tanto, huele estas flores. ¡Qué perfume más delicado!

El médico, dolorido, rota la prudencia que le ataba la lengua, intentó continuar su argumentación; pero, en vez del ramo de flores, fue la mano de Gabriela la que amordazó suavemente su boca.

—¡Ni una palabra más, Miguel!

—Sea. No hablaré.



Pero en los ojos del médico siguió, por muchos minutos, titilando la dolorosa decepción que había querido desahogar. De vez en vez, mientras Gabriela meditaba, Miguel se llevaba el pañuelo a la frente para enjugarse el sudor. Y la tarde estaba fresca. Un aire, venido de las sabanas, movía la *pajilla* y las *gejiras* prendidas en las grietas del viejo campanario. Oculto el sol, cerca del poniente, por unos nubarrones, la atmósfera refrescaba más y más. Gabriela y Miguel, envueltos en la soledad... sugerente del cementerio, se entregaron a íntimas meditaciones. De pronto Miguel hizo un movimiento y exclamó:

—“¡Mi hija!”

—¿Tu hija? —repuso sorprendida Gabriela.

—Sí: la pequeña sepultura que te enseñé ayer.

—¡Ah... sí! —murmuró Gabriela. —Vamos a regarla.

Fueron. Pero la madre de la muerta estaba allí. Cuando advirtió la presencia de la pareja púsose en pie y dijo al médico:

—¿Usted es el doctor Valdés?

—Servidor suyo, señora.

—Yo lo soy de usted: Agustina Pele, para lo que quiera mandarme. Tengo mucho que agradecerle, señor. Mestro Angulo me informó que usted es el caballero que riega las flores de mi hijita. Yo no sé cómo pagarle ese favor; pero si en algo puedo serle útil, mándeme usted.

—¿Cómo se llamaba su hijita? —preguntó Gabriela.

—María.

—Yo hubiera puesto su nombre en la cruz.

—Y ¿para qué, señorita, si solamente yo he de acordarme de ella?

—¿Y su papá?

—Mi hijita no tuvo padre.

Gabriela movió la cabeza de arriba a abajo, exteriorizando la pena que le producía la confesión de la madre infeliz y añadió:

—¿Usted no ha reparado que Miguel piensa también en María y cuida las flores de su tumba?

—¡Ah... sí; pero el doctor es muy bueno! ¡Y eso que me han asegurado que era un hombre malo; que mataba los enfermos!; pero yo no lo creo, doctor; no puede ser malo un hombre que riega las flores de la tumba de mi hija.

Gabriela y Miguel se miraron, y en los ojos del médico se acentuó la pesadumbre que había en ellos.

Agustina Pele creyó que sus palabras habían mortificado al médico y agregó humildemente:

—Yo no he querido ofenderle, doctor.

—No, de ninguna manera. Al contrario: le doy las gracias por su franqueza.



Era casi de noche, y las montañas lejanas iban hundiéndose en una bruma de sombras. Del viejo campanario empezaron a salir los murciélagos, y una lechuza, posada sobre la cúpula, lanzó su chillido lúgubre y agorero.

—Vámonos —dijo Gabriela.

—¿Volverás mañana?

—Sí. Vendré mientras te encuentre aquí.

## CAPÍTULO XVII

Miguel empezó a preocuparse de su situación económica. La carrera no le producía un centavo. Y era necesario, a todo trance, sostener determinada apariencia para estar listo a cualquiera llamada y mientras pasase la fiebre de la conjura que se había tramado en contra suya. Si descendía estaba perdido; sí, arrastrado por la pena que le corroía el alma, se abandonaba al acaso, no podría hacer otra cosa que suicidarse o ir a engrosar el montón de los vencidos de su raza: a trabajar de carpintero o peón de albañil.

Con estos pensamientos se lanzó a la calle. En el Parque de la Revolución encontró a Edmundo Casanova y a Rafael Also. Sus dos buenos amigos estaban recostados en un banco: uno, con un codo apoyado en el respaldo y la cabeza en una mano, y el otro, con las piernas y los brazos cruzados, y los dos, meditativos y callados. Respondieron afectuosamente al saludo del médico y le hicieron espacio para que se sentara.

—Y ¿qué hay? —preguntó Miguel.

—Aquí... Mirando —dijo aburridamente Casanova.

Bullía en el cerebro del médico un cumulo de ideas. Todas sus preocupaciones, sentidas interiormente, se exaltaban en aquel momento, sin una manifestación exterior. ¡Cómo le pedía un desahogo el corazón: hablar, hablar mucho! Necesitaba hablar, como la madre, de rodillas delante del cadáver de un hijo, necesita llorar. Con palabras se consuela la inteligencia y con lágrimas el corazón. Llorar y hablar es el recurso de todos los que sufren, de todos los que piensan, de todos los que aman. ¡Y él amaba, sufría, pensaba! Su pensamiento lo veía todo con ese matiz de indefinible aberrantez que los pintores nortños ponen en sus paisajes marinos, cuando el sol no es más que una última visión de luz crepuscular. En su amor había como un nebulismo abstracto, en cuyo fondo, la magia invisible del pensamiento precisaba un rasgo, unos ojos... otra nebulosa. Y su dolor, perenne, íntimo, real en las sensaciones del alma, preciso en las ideas, no le permitía descubrir ningún horizonte sin nubes: ¡el horizonte de su raza y de los esclavos!



—¿En qué piensas? —le preguntó Rafael Also, después de un largo silencio. Miguel levantó los hombros, prolongó el labio inferior en una mueca inexpresiva y no dijo nada.

—¡Cómo se aburre uno! —exclamó Edmundo cambiando de posición.

—Ahora —añadió Rafael—, me iría por ahí, lejos... Tomaría el camino de Santiago y caminaría hasta cansarme.

Edmundo prefería un litro de ron.

—No conviene beber —observó el médico.

—¿Y qué hacemos? —protestó Edmundo.

—¡Ni un teatro,<sup>69</sup> ni un círculo de recreo, ni nada! —dijo Also y, añadió: —Trabaja todo el día como un burro, acuéstate, levántate; trabaja otra vez; ven al parque; vuelve a tu casa; haz lo mismo todos los días; hazlo sin esperanza de que la cosa cambie, a ver ¿quién resiste, quién no se aburre, a quién no le da ganas de morir o de matar? ¡Vamos, que esto es inaguantable!

Guardaron silencio. Rafael levantó un pie sobre el banco y abrió los brazos en forma de cruz. Los álamos del parque, agitados por una corriente de aire, producían un ruido de cascada lejana. De vez en vez, un murciélago pasaba revoloteando cerca de los jóvenes, y sonaba el chasquido de la deposición de una tiñosa, al aplastarse en los ladrillos de la glorieta.

—¡Verdad... que es aburrido ésto! —exclamó desconsolado Miguel.

—No; así, no: ven todas las noches, como venimos nosotros, y tú sabrás...

—Pero es que no hay adónde ir —repuso Also. —Al menos, tú, Miguel, tienes tu entretenimiento.

—¿En qué me entretengo?

—Con tu novia.

—¿Yo?

Edmundo se inclinó sobre el oído derecho del médico, y, en voz baja, como si conspirara, le dijo:

—¿Y Gabriela?

—¡No, hombre! ¿Estás loco?

—Pues nosotros lo hemos creído siempre —repuso Rafael Also.

---

<sup>69</sup>En esta época existía el cine-teatro Oriente, ubicado en una casa frente a la Plaza de la Revolución, aunque no poseía las características constructivas exigidas por este tipo de institución. En la Revista *Hojas y Flores* del 9 de marzo de 1912 aparece el siguiente comentario en el artículo titulado "Teatro Oriente": "La empresa Santiesteban Casate, deseosa siempre de complacer al ilustrado público bayamés, dio el jueves una despampanante función dedicada al bello sexo. Nuestro teatro, hallábase esa noche repleto de mujeres lindas y hermosas. Veremos si hoy sucede lo mismo, los atentos empresarios, nos participan que para hoy han combinado un programa sublime. La mayoría de las proyecciones que pasarán por el lienzo, son estrenos y dramas de gran sensación. Al teatro esta noche, á ver lo que Gil nos prepara."



—¿Y quién les ha dicho “eso” a ustedes?

—Se dice por ahí.

—¡Ah...! pero porque se diga por ahí, ¿ha de ser verdad? ¡Se dicen tantas cosas también!

—Y tú ¿no andas siempre con ella? —preguntó Edmundo.

—No. Yo no voy a su casa hace muchos meses. Su familia y la mía están disgustadas.

—Tú quieres mentir, Miguel —replicó Edmundo. —No olvides que hay personas que te ven con Gabriela, de tarde, en el cementerio.

—¿Y qué?

—Que dicen que es tu novia.

—No es cierto. Y ustedes no deben repetirlo.

—Si no lo decimos nosotros, Miguel; lo dice el pueblo. Es más... asegura la gente que el disgusto de tu familia con la de ella, tiene su origen en el noviazgo de ustedes.

—El pueblo puede hablar y creer lo que quiera, pero ustedes deben creerme a mí: no soy novio de Gabriela.

¿Quisieron creer la afirmación de Miguel sus dos amigos? No se habló más del asunto. Como antes, el silencio volvió a dominar sobre los tres, y el recuerdo de Gabriela, de la “señorita blanca”, de aquella mujer que podía inspirar, como una musa, las estrofas de un poeta; que podía ser el ideal de un romántico, la Dulcinea de un idealista y el sueño y la ilusión de todo hombre enamorado de la belleza, de la forma, de la educación, revoloteó en el pensamiento de cada uno de los amigos, como esas sutilísimas sugerencias que produce en el ánimo de los niños la narración de una leyenda árabe, de varitas mágicas, de princesas rubias, de hadas taumaturgas. ¡Tan lejos, tan irreal para sus ansias de hombres, como todos los hombres, veían a Gabriela!

—¡Cómo duele la vida! —exclamó Edmundo, con los ojos fijos en una visión de imposibles, creyendo que solamente era suya.

—Y ¿por qué todos los hombres no hemos de ser blancos? —preguntó Rafael.

—O negros —dijo el médico.

—No, no: blancos —replicó Rafael.

—Sí... —murmuró Edmundo. —¡Blancos, blancos!

—Si tú fueras blanco, Miguel —dijo Also— estarías en condiciones de querer y obtener lo que otro, sin más dificultades que las relativas a toda realización de índole igualitaria.

—¿Quién podría oponerse a que te casaras con Gabriela? —repuso Edmundo.

—Nadie.

—¡Pero eres de color!

Esta realidad volvió a sumirlos en silencio meditativo. “¡De color!” Es decir, de los incapacitados, de los despreciados, de los esclavos, de los vencidos. Eran de una



orilla, ellos; Gabriela, de la otra. Por la “otra”, eran “otros” los hombres que reían, y gozaban, y besaban labios como los labios de Gabriela. Ser de los “otros”, saltar a la orilla opuesta y asomarse al fondo de las pupilas azules ¡qué humano... y qué hermoso!

Murmuró Rafael Also:

—¡Blanco, médico, rico, joven y Gabriela de compañera! ¿qué más querrías tú, Miguel?

—¡Gabriela! —suspiró el médico.

Edmundo, violentamente, como si hubiera querido dejar detrás de sí pesadumbres, desigualdades y preocupaciones, saltó del banco y propuso beber ron.

Rafael Also se levantó también dispuesto a imitar a su amigo.

—El ron es veneno —advirtió Miguel. —No tomemos ron.

—Tú haces lo que yo quiera —replicó Edmundo. —Vamos. Aquí nos estamos mortificando y haciendo más penosa nuestra situación. El alcohol alegra la vida, destruye las penas y mata poco a poco. Vamos. Tú tienes razón. Miguel: el ron es veneno. ¡Envenenémonos!

Se dirigieron al café El Louvre. Sentáronse en la última mesa del largo reservado y pidieron cerveza. Después de haber apurado unas cuantas copas, Edmundo pidió un pollo para los tres. Bebían con deseos de aturdirse. Medio borracho ya, Miguel vio pasar a don Epicuro, Luisito Amado, Armando Reyes y Aniceto Cadenas.

—¡Magnífico! —exclamó don Epicuro, tocando en un hombro a Miguel. —Hay que divertirse. Nosotros vamos también a tomar unas copas.

Se sentaron cerca, en la mesa inmediata. Armando, de espaldas a los “negros”.

—¡Ya están borrachos! —siseó Cadenas.

—Es el oficio de ese... —contestó el ingeniero, significando a Miguel.

Don Epicuro pidió *champagne*.

—Bebida de dioses —exclamó Luisito.

Bebieron sedientamente. Después de la tercera copa, don Epicuro charlotteaba como un loro; Aniceto Cadenas, reía; reía Luisito, y Armando “arrebataba” la palabra al Registrador para referir una “aventura galante”.

La conversación de Miguel y sus amigos, sostenida en voz alta, interrumpía con frecuencia el discurso de Armando.

—No puedo avenirme a este exceso de democracia —protestó el ingeniero.

—Aquí —añadió Luisito, —como en los Estados Unidos, debiera haber hoteles para blancos y hoteles para negros.

—Nos evitaríamos estos espectáculos —dijo Cadenas.

Armando continuó:

—Y que los negros no saben más que emborracharse y dar escándalos.

—Óiganme, óiganme una cosa —dijo don Epicuro inclinándose sobre la mesa. —¿Será verdad que Miguel es novio de Gabriela?



—Eres un memo —replicó Armando.

—Memo ¿por qué?

—Porque el pueblo tiene olvidado eso que preguntas con tanto sigilo.

—Pues no lo sabía.

—¡Uf...! —exclamó Cadenas. —Hace tiempo que se entienden.

—¡Qué lástima! —lamentó don Epicuro.

—Ella para él: se completan —subrayó Armando.

—¡No, compadre! Gabriela es una real hembra, una mujer lindísima.

—¿Esa...? Esa es una... cualquier cosa. “A todo trapo le llamas camisa”. Fíjate de quién es novia y podrás juzgar su precio.

—Tú no pensabas así cuando la enamoraste.

—Sigues siendo memo. Yo la quería para tenerla de querida un par de meses, y lo conseguí.

—¡Armando!

—¿Tú quieres dormir con ella esta misma noche?

Se oyó un golpe seco, y el cuerpo de Armando, hecho un montón, rodó bajo la mesa.

—Las mujeres se respetan, canalla —rugió Miguel, dándole aún en las posaderas con la puntera de los zapatos.

Aniceto Cadenas quiso lanzarse sobre el médico y tropezó con el cañón de un revólver que le apuntaba a la cabeza. Luisito, dando saltos sobre las mesas, huyó a la calle.

Intervino don Epicuro, ayudando a levantarse al ingeniero.

Acudieron los curiosos. Un policía preguntó:

—¿Qué ha pasado aquí?

—Nada: unas botellas rotas —contestó don Epicuro. El policía se retiró. ¡Allí no había pasado nada! ¡Lo decía don Epicuro!

Miguel y sus amigos abandonaron el café.

—Necesito aire —exclamó el médico.

Tomaron un coche.

Don Epicuro pidió alcohol para frotar el cuerpo de Armando, que presentaba una magullación en la mejilla derecha y una pequeña herida en la nariz. Estaba furioso:

—Lo mataré como a un perro —decía.

—Pero ¡qué cobarde! —comentó Cadenas.

Luisito, que volvía de la calle, seguro de que el peligro había pasado, dijo:

—Y te dio por la espalda, Armando.

—Tú has visto a ningún perro negro dar el frente.

Don Epicuro propuso a Armando que enviara los padrinos a Miguel.

—Yo no me deshonro batiéndome con un negro. Haré una denuncia al juzgado correccional y hablaré con el juez para que le meta treinta días de cárcel.





Luisito halló muy acertada la idea de Armando, sí; a la cárcel con el negro.

Armando se encaró a don Epicuro y le dijo:

—¿Negarás ahora que Gabriela es una meretriz?

—No tanto, Armando.

—Sí, Gabriela no es más que una meretriz envenenadora.

Don Epicuro rogó a Armando que callara, que el café estaba lleno de gente y no era cuerdo ni caballeroso dar motivo para comentarios desfavorables. Terminó la recomendación de cordura ordenando al mozo que sirviera más *champagne*.

La borrachera les hizo olvidar muy pronto el incidente y, a las once de la noche, tomaron un coche para dirigirse a la zona de tolerancia.<sup>70</sup>

Bailaban las prostitutas. Bailaban y bebían. Armando pidió un *sedazo* y Luisito *champagne*.

A las doce, completamente borrachos, disponían y mandaban como si les perteneciera la fiesta.

Cuando más álgida era la orgía, aparecieron en la puerta Miguel y sus amigos.

—A ese... lo mato yo —gritó Armando, abriéndose paso hacia el lugar donde estaba Miguel, con el revólver la mano.

Una meretriz intentó detener al borracho y cayó sobre el pavimento, derribada de un puñetazo.

—¡Auxilio...! ¡Ay...! —gritó la mujer.

Un chulo saltó delante del ingeniero con una navaja en la diestra. Sonó un tiro. Oyóse el astillamiento de una silla al caer en medio de la sala. Oyéronse más gritos, carreras, bastonazos: ¡un tumulto! La casa quedó vacía y en tinieblas. Minutos después, la pareja de ronda encontró solamente un coche, a don Epicuro y a sus compañeros.

—¡Ah...! exclamó el jefe de la escolta, reconociendo a don Epicuro. —Perdone usted. Creíamos que su coche estaba ocupado por alguno de los que formaron el escándalo.

—Han querido asesinar al ingeniero Reyes —dijo Cadenas.

—¿Quién?

—El negro Valdés y una partida de borrachos. Por ahí van huyendo, en un coche.

No necesitaron más informes los policías. Echaron a correr a lo largo de las calles; dieron varias vueltas al pueblo y, al cabo, dirigieron a la casa del médico.

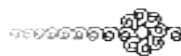
—¿Qué desean ustedes? —preguntó el viejo Valdés, abriendo la puerta.

—Necesitamos al médico, para un enfermo gravísimo.

Miguel salió.

---

<sup>70</sup>El 12 de abril de 1909 quedó demarcada la zona de tolerancia de Bayamo. Las casas de lenocinio se podían establecer entre la calle Pío Rosado, entre Parada y Francisco Vicente Aguilera, y esta última, hasta la callejuela de Ramírez (a encontrar con la de Cisneros en su prolongación hacia la calle Rojas —cacique Guamá—, donde termina.



—¿Quiénes andaban con usted? —le preguntó un policía.

—Unos amigos.

—¿Cómo se llaman?

—¿Para qué me lo preguntan?

—Conteste.

—Díganme qué desean de mis amigos.

—Lo que a usted no le importa. ¿Quiénes son?

—¡Ah, no sé!

—Pues está usted detenido. Lenocinio

—¿Por qué?

—Cállese.

El médico, rebelado súbitamente, quiso escapar.

—No trate de huir. Puede costarle la vida.

Y lo arrastraron en dirección a la cárcel.<sup>71</sup>

Conducido de tan sorprendente manera, a través de las calles, sintiendo en las muñecas la presión de las esposas, Miguel recordó las narraciones de sus padres, evocando noches como la suya, cuando los “guerrilleros” llegaban a las casas de los cubanos, tocaban, amarraban a los patriotas y, sin consejo de guerra, sin tomarles declaración siquiera, los colgaban de una “guácima”.

Como sus mayores, él durmió aquella noche en un calabozo oscuro, húmedo y lleno de ratones y cucarachas.

Por la mañana, quiso entrevistarse con un abogado para encargarlo de la defensa.

—Está usted incomunicado —le dijo el alcalde.

A las nueve, Rafael Also y Edmundo Casanova fueron arrojados al mismo calabozo.

—¿Por qué nos traen aquí? —preguntó Edmundo.

—Hay una razón suprema: ¡Somos negros!

No hablaron más.

A las once, comparecieron ante el juez Alayo Menocal.

—Me parece —les dijo el representante de la justicia, al despedirse —que en buenos años, ustedes no tendrán oportunidad para otro escándalo. ¡Yo me cuidaré de impedirlo!

---

<sup>71</sup>El edificio, ubicado frente a la Plaza de la Revolución, era de dos plantas desde la etapa colonial. En la primera estaba la cárcel, en la segunda el ayuntamiento. En este inmueble Carlos Manuel de Céspedes estableció el Gobierno Provisional en octubre de 1868 y firmó el Decreto de abolición condicionada de la esclavitud. A inicios de la república su estado constructivo era malo y se trasladó la cárcel, pero se mantuvo el Ayuntamiento y Administración municipal, la Jefatura Cuartel de de Policía municipal y la Junta municipal Electoral hasta abril de 1913, cuando se trasladan a una casa alquilada a Elpidio Estrada por \$100.00 mensuales.

## CAPÍTULO XVIII

La noticia del escándalo y de la detención de los tres “mulatos” fue conocida a hora temprana por el pueblo, y llevó una numerosa concurrencia a El Liceo desde las últimas horas de la tarde.

Los comentarios y las suposiciones sucedíanse en todos los corrillos calificando de insoportable la conducta de Miguel y de los otros negros que le secundaban.

Don Enrique, como siempre, halló oportunidad de destacar su intransigencia.

—Ese negro —decía— debe morir. —Si no lo echan a presidio ahora, habrá que darle un tiro; velarlo, si es posible, al salir de su casa y, allí mismo, delante de sus padres, dejarlo frío. ¿No quieren alas los negros? ¡Antonio, Antonio es el culpable! No está muerto prodigiosamente, pero el veneno lo tiene medio loco.

Luisito fue el encargado de informar a cuantos pedían detalles del escándalo.

—Yo no recuerdo exactamente lo que pasó —dijo a un grupo que le asediaba. —Sé, sí, que el mulato agredió a Armando, por la espalda, con una manopla. Esto sucedió en El Louvre. Luego, allá... en la casa de las mujeres esas... al pasar nosotros por allí, Miguel intentó otra vez, realizar el escándalo. Como no pudo lograrlo, atropelló a una mujer. ¡Qué sé yo: un escándalo tremendo!

—¡Ese mulato, ese mulato! —murmuró don Enrique.

—¿Y si se le ocurre envenenar el acueducto?<sup>72</sup>

—Y lo hace.

—¡Que si lo hace!

—Yo creo que ese es su plan —añadió don Enrique.

—Ese mismo —repuso Luisito, preocupado.

Urquiaga quiso saber de qué se hablaba.

---

<sup>72</sup>El acueducto de Bayamo fue construido por la jefatura de Obras Públicas del Distrito de Santiago de Cuba y el 12 de septiembre de 1904 fue entregado al ayuntamiento de Bayamo en usufructo para que lo administrara y destinase los beneficios económicos en su reparación y conservación, y el sobrante en mejoras sanitarias de la ciudad. El acta de traspaso se firmó el 21 de octubre de 1904.



- Envenenar el acueducto.  
 —¿Quién?  
 —El mulato Valdés.  
 —¿Qué *desí vo*, Luisito? —preguntó don Pancho.  
 —El acueducto envenenado.  
 —¿Cómo, cómo?  
 —Veneno en el agua del acueducto.  
 —Pero eso es un crimen horrendo.  
 —¿Y qué?

Media hora más tarde, el rumor público aseguraba que el acueducto había sido envenenado.

—¡Un conflicto, un verdadero conflicto!

Alarmados los vecinos abrieron los grifos para que corriera el agua que contenía el veneno.

La alarma alcanzó su grado máximo, cuando *El Demócrata* empezó a circular. A todo lo ancho de la primera plana aparecían los siguientes titulares:

#### ASESINATO FRUSTRADO

“Alteración del orden público. —El mulato Valdés atenta contra la vida del ilustre ingeniero Reyes. —Escándalo en la zona de tolerancia. —La lucha de razas, entablada. —El mulato Valdés acaudilla a los racistas. —Anoche quiso dar el golpe. —¡Alerta, pueblo!”

Más abajo, en la misma plana, insertaba el periódico esta otra noticia:

#### ¡¡ÚLTIMA HORA!!

“El acueducto envenenado. —Así lo asegura el rumor público. —El pueblo acusa al mulato Valdés como autor de este nuevo crimen. —Una comisión de Sanidad está reconociendo las aguas!”

Estos títulos y el texto que le seguía acabaron de excitar los nervios de los buenos bayameses. El juez Alayo, se había constituido en instructor especial de las dos famosas causas y llamaba a declarar a todo el que suponía con deseos de robustecer la acusación que el odio fomentaba en torno de la inocencia de Miguel. Y los testigos, negros y blancos, difamadores gratuitos unos; pagados por el oro de los Reyes, otros, fueron desfilando por el juzgado especial. Hasta las primeras horas de la noche, todas las declaraciones condenaban a los detenidos. Solamente don Epicuro había declarado la verdad. A las nueve, Menocal se trasladó a la zona de tolerancia. Las rameratas ratificaron las palabras de don Epicuro, y la que había recibido las bofetadas acusó tan enérgicamente a Armando, que el juez se vio perplejo. Intensificó esta perplejidad una “hoja suelta” de *El Demócrata* desmintiendo el rumor del envenenamiento de las aguas del acueducto.

El juez pidió el informe oficial a Sanidad y continuó, impertérrito al parecer, las diligencias del sumario. A cada nueva declaración se evidenciaba más la inocencia de



los detenidos. Las prostitutas, los chulos, algunos cocheros y todas las personas que habían presenciado el escándalo acusaban al ingeniero Reyes. Muchos de los testigos ni habían visto a Miguel. A la una de la madrugada, violento el juez, hizo pedazos la mitad de las diligencias y, a las ocho del día siguiente, convocó a una reunión a los “notables”.

—Nos hemos tirado una gran plancha —dijo. —Los mulatos son inocentes.

La noticia sorprendió a muchos de los “notables”. ¿Inocente el médico envenenador?

—¿Y qué hacemos?

—Nada —contestó don Enrique. —La cosa no tiene remedio. Hay que continuar el sumario y condenar a esos bandidos

—Me opongo a tal medida —repuso don Epicuro. —Yo no permitiré nunca que se condene a un inocente.

—Pero ¿no quiso matar a mi hijo?

—No hay pruebas de ese intento en el sumario —informó el juez.

—¿Y en qué situación queda mi periódico? —preguntó Iluminado Pantoja, director de *El Demócrata*.

—Desmienta las noticias —propuso el juez.

—No, no estoy conforme. Antes de anoche se dio un escándalo, se atropelló a una mujer, se dispararon dos tiros, intervino la policía; el pueblo sabe que esto es cierto, que hay culpables y que el juzgado actúa. Entiendo yo —continuó Iluminado Pantoja— que lo mejor es condenar al médico. El público cree que Miguel Valdés es el autor del escándalo, que nosotros estamos sobre la pista verdadera de lo ocurrido y, condenando al médico, no hacemos más que robustecer la creencia popular, consolidando, a la vez, nuestra reputación. Porque ¿cómo nos las arreglamos con los tres hombres detenidos? ¿Los soltamos? Ellos nos preguntarán ¿por qué nos detuvieron? ¿Dónde están los autores del delito que se nos imputa?

—Esos negros no son nadie —dijo don Enrique.

—Menos discusión y al grano —repuso el juez. —Pongámonos de acuerdo.

—Me opongo a la proposición de Iluminado —intervino don Epicuro. —Miguel y sus dos amigos son inocentes y el Dr. Menocal debe disponer su inmediata libertad. Y *El Demócrata* está en la obligación de rectificar.

—No rectifico porque hay un culpable. Si no es el médico, es otro.

—El culpable —dijo Cadenas—, según las declaraciones de las meretrices, es Armando.

Todos fijaron la mirada en el ingeniero.

—El intentó asesinarme —protestó Armando.

—Con discusiones —añadió el juez— no hacemos nada. Hay que tomar una resolución. O Miguel o Armando va a la cárcel, o todo queda en silencio y no volvemos a hablar del asunto.



—Que se condene a Miguel —dijo la mayoría.

—Sí, que se condene, ratificó don Enrique Reyes. —Es una medida que nos evitará días de sangre y luto. ¡Que se condene! Hay que hacerles a los negros lo que se les hizo a los indios.

—Resueltamente me opongo a lo que ustedes quieren —protestó don Epicuro, poniéndose en pie. —Yo fui a los campos de la revolución a morir por la libertad de mi patria y de mis conciudadanos; me lancé a la guerra para luchar por la democracia y la igualdad ante la justicia; los negros me recogieron más de una vez herido en los campos de batalla; negro fue mi jefe:<sup>73</sup> negros, mis mejores compañeros de arma; negro, el hombre que más esforzada y vigorosamente combatió por la libertad de los cubanos blancos.<sup>74</sup> Con los negros obtuve el grado de coronel, que me honra y me enaltece; con ellos, con los negros, con mis esclavos de ayer, consolé mis tristezas de patriota; con ellos soñé el mañana de mi patria, que ustedes quieren mancillar: un mañana enaltecido por la libertad, la justicia y el derecho; los negros me mataron el hambre, partiendo conmigo un boniato; bajo un mismo rancho nos guarecimos de la lluvia y del frío. Los negros son la mitad del pueblo cubano. Démosle ejemplos dignificadores y ellos serán dignos; enseñémosle cómo se respeta la justicia, y ellos serán justos; hagamos porque vean en nosotros a sus hermanos, sus compañeros y sus amigos, y ellos nos querrán. Yo ayudé a Miguel en su carrera; yo estoy dispuesto a ayudar a todos los negros de talento y a todos los hombres honrados; y en mi presencia, con mi consentimiento, no se condena a un inocente, no. Háganlo ustedes. Yo me voy.

Las últimas palabras no pudo casi pronunciarlas. Le temblaba violentamente la mandíbula inferior, y la emoción le ahogaba la voz.

Armando le salió al paso, reprochándole que con su actitud precipitaba a Menocal a proceder contra él.

Se detuvo pensativo el Registrador. No había tenido en cuenta tal posibilidad. El dilema no admitía la menor interferencia: o Miguel o Armando iba a la cárcel.

—Sí, el dilema es ese —dijo Iluminado Pantoja.

—Así mismo —ratificó Luisito Amado.

Don Epicuro dirigió la vista a cada uno de los “notables”, como consultándoles una solución salvadora.

—No hay otra salida —contestó Cadenas.

—Mira, Epicuro —dijo Armando. —Si los negros estuvieran en la situación de superioridad nuestra, y tú detenido y acusado, como se halla el mulato Valdés, no habría ninguno de ellos que se levantara a defenderte como tú acabas de hacerlo. La desgracia ha de ser para alguien. ¿La quieres para tí?

<sup>73</sup>El Mayor general Jesús Sablón Moreno, llamado *Rabí*, era de ascendencia aborígen.

<sup>74</sup>Mayor general Antonio Maceo Grajales.



—No.

—¿La quiero yo? ¡Tampoco! Si a alguno ha de tocarle, y en nuestras manos está el poder de determinar la persona que fatalmente ha de sufrirla, lo justo es que sea un individuo extraño al círculo de nuestros afectos y consideraciones. ¿No es ésta la disyuntiva?

—No le demos más vueltas —agregó Cadenas.

—Además —dijo don Enrique; —un negro vale menos que un perro. ¿Qué nos importa a nosotros que el mulato Miguel vaya a la cárcel? Lo importante es que el juez y *El Demócrata* queden bien.

—Hagamos una cosa —propuso don Epicuro: —no condenemos a nadie. ¿Es posible este arreglo, Alayo?

—Si todo queda en silencio, sí.

Iluminado Pantoja se revolvió en la silla visiblemente disgustado.

—¡Yo no puedo conformarme con tal solución —dijo. —O Miguel o Armando va a la cárcel. Es de la única manera que quedo bien con el público. ¿Y los gastos que he hecho desde ayer? Si me callo, mañana perderé de vender trescientos o cuatrocientos números.

Armando se puso en pie para dirigirse a la secretaría del juzgado. Llamó a Pantoja y le preguntó:

—¿Cuánto has gastado?

—Unos cincuenta pesos, y cincuenta o cien más que perderé de ganar hoy; total: doscientos pesos.

—Me parece que exageras.

—¿Que exagero? ¿Y los repórter; el papel; y la tinta; y las declaraciones que he tenido que comprar; y los jornales y extraordinarios a los cajistas? ¿Doscientos pesos? ¡Si me he quedado corto!

Armando terminó la discusión entregando un check por doscientos pesos a Iluminado.

—Pantoja y yo hemos arreglado el asunto del periódico —informó Armando a los “notables”.

—Sí —ratificó Iluminado Pantoja.

—¿Concluido todo? —quiso saber Cadenas.

—¡Por mi parte...! —añadió el juez.

—Ya se arrepentirán de lo que han hecho —vaticinó don Enrique, apoyándose en el *coco-macaco* para levantarse. —Cuando el mulato mande a cortar cabezas de blancos, se acordarán de mis consejos. ¡Allá ustedes!

Los “notables”, menos Armando, abandonaron el juzgado. El ingeniero tenía un asunto que resolver y llamó al juez para preguntarle:

—¿Cuándo es el juicio contra Miguel?



—¿Qué juicio es ese?

—El de la agresión que me hizo.

—¡Ah...! ¡Ni me acordaba! Lo señalaré para mañana.

—¿Qué pena le impondrás?

—Una multa.

—Es decir, ¿que cualquier mulato puede darme una bofetada y salvar la responsabilidad con pesos más o menos?

—Puedo imponerle también un arresto. Pero se trata de una persona de alguna consideración.

—¿Consideración con un bandido, Alayo? Me parece que ha de existir alguna diferencia entre el mulato Valdés y yo. Y esta diferencia debe patentizarse, condenándolo a días de arresto.

—No te creas que defiendo el punto porque difiera de tu criterio, no. Lo hago porque la costumbre ha sancionado como legal, la multa, en el caso que nos ocupa.

—Rompe con la costumbre. Dame el gusto de verle en la cárcel.

—Lo haré únicamente con la condición de que tú pruebes en la vista del juicio que Miguel utilizó alguna arma para agredirte.

—Sí. Eso corre de mi cuenta.

Se entendieron. Armando Reyes salió del juzgado convencido de que el mulato sería condenado a días de arresto.

A las nueve de la noche, un policía abrió la puerta del calabozo y dijo a los detenidos:

—En libertad.

Rafael Also, amedrentado por la detención, al verse libre otra vez, saltó de alegría.

Edmundo murmuró:

—Aun hay Dios en el Universo.

Miguel no dijo nada, y al pasar cerca del policía fue detenido por un brazo, para que firmara la citación que le conminaba a comparecer ante el juez al día siguiente. A las diez franqueaba el umbral de su casa. Tomasa, de rodillas ante una imagen de Jesucristo, lloraba, corriendo las cuentas de un rosario.

—¡Qué hemos de hacer, mamá: la vida es así! No llore.

—¡Mi hijo. Qué tormento! ¿Qué ha sido eso? Cuéntame.

Lo ineludible, lo fatalmente predestinado. Yo mismo no sé nada. No llore, mamá. Guarde sus lágrimas. Días vendrán más difíciles.

—No, hijo mío.

—Sí, mamá.

Tomasa se enjugó el llanto y besó a su hijo.

—Aquí ha estado esa pobre muchacha preguntando a cada momento por ti.

—¿Qué muchacha, mamá?





—Gabriela. ¡La pobre!: las dos rezamos cinco Padrenuestros, pidiendo tu libertad.

—¡Gabriela! —murmuró el médico con voz que parecía un sollozo.

Y con el recuerdo y la imagen de Gabriela en el corazón, lo condenó a treinta días de arresto, el juez Alayo Menocal.

Armando probó que el médico le había dado con una manopla.

## CAPÍTULO XIX

Era un día opaco, de rachas intermitentes y frías. Una neblina espesa y plomiza se interponía entre la vista y la linde de los bosques más cercanos. ¡Ni un trozo de cielo en toda la extensión del horizonte! En vez del azul profundo de las alturas, cúmulos de nubes negras, ebullentes, en rápida procesión hacia el norte. A intervalos, una llovizna cernida humedecía las aceras y las hojas de los árboles, que el viento secaba en seguida. Una tiñosa, a caza de un mortuorio, intentaba luchar contra las rachas y, vencida, viraba en ángulo agudo, arrastrada por la corriente.

Era la hora de la nostalgia del día, cuando la vida de la luz parece que presiente su cesación e intenta aferrarse a las cumbres de los montes y a las veletas de los campanarios. En las ramas de los árboles, débiles pajaritos resistían la fuerza de la ventolera. Miguel, por la calle Martí, sombrero en mano, llevaba rumbo al cementerio. A ratos, deteníase para mirar el paso de las nubes o a alguna golondrina hendiendo la atmósfera a velocidad de proyectil. Caminaba despacio el médico, como si no tuviera prisa o no le preocupara la amenaza de la tempestad. Agua, viento o sol era igual para él. La noche misma, en parajes solitarios, en medio de los montes o en la inmensidad de los mares, no le hubiera impresionado. Vivía ese momento de taciturnidad enigmática que tienen todos los hombres una o muchas horas en su vida.

Es el momento de los héroes y los suicidas, de la fortuna y de la muerte súbita. Se va por ambas rutas sin preguntar adónde conducen. ¿El final? ¡Qué importa! ¡Todo es lo mismo!

Miguel llegó a la puerta del cementerio y saludó a Mestro Angulo.

—Buenas tardes, señor —contestó el sepulturero con íntima satisfacción. — Había pensado que usted no volvería a visitarme.

—Yo me acuerdo siempre de los muertos y de usted, Maestro.

—Le echaba de menos, caballero. Estaba acostumbrado a verle todos los días y, de pronto, dejó usted de venir.

—Me hallaba en la cárcel.



—¿Preso?

—Sí, Maestro.

Una nueva incertidumbre contrajo el rostro del sepulturero. Sus ojos miraron curiosamente al “caballero”, lo miraron de pies a cabeza, como si no llegaran a comprender que aquel “señor” “tan correcto, tan fino, tan educado” pudiera ir a la cárcel. La sorpresa de Mestro Angulo fue tanta, que Miguel la advirtió. Por decir algo, expuso:

—Hay amenaza de temporal, Maestro.

—Sí, señor.

—Hacía como un mes que no andaba por aquí.

—Sí, señor. ¿Y todo ese tiempo ha estado usted preso?

—Hoy me soltaron.

Y los ojos del sepulturero miraban al médico como queriendo descubrir en él el rasgo fisonómico de los hombres de presidio. Al cabo de un minuto, asociando ideas, agregó:

—La señorita Gabriela no ha venido tampoco.

—¿Ni hoy?

—No, señor. ¿Sabía ella que estaba usted preso?

—Sí. Fue una vez a verme.

—¿No vendrá más al cementerio la señorita Gabriela?

—Creo que sí. Mañana, probablemente.

—Yo recuerdo siempre a las personas que vienen aquí todos los días. En esta semana no ha venido nadie, ni un cadáver, y ¡me aburro!

—Y la señora que regaba las plantas de la tumba de su hija ¿ha dejado de venir?

—Está enferma.

Se hacía de noche. Una racha golpeó, con fuertes goterones, los flancos de los muros.

—Me parece que va a llover mucho —dijo Mestro Angulo.

Miguel miró por la puerta interior del viejo campanario y vio la tempestad avanzando por los límites cercanos.

—Vamos a tener mucha agua —murmuró.

Otra racha, más poderosa, silbó en las aspilleras de las murallas y derribó algunas cruces.

—Aquí nos mojaremos, caballero —dijo Mestro Angulo, evidenciando deseos de marcharse.

Miguel se lanzó al arroyo. Los goterones arreciaban. Un perro, desde una acera, aullaba con el hocico en alto. ¡No había nadie más en la calle!

—Abrebé, que se moja —le recomendó Mestro Angulo.

La ventolera le arrebató el sombrero de las manos y lo abatió sobre una pared, arrastrándolo luego a una distancia inaccesible.



Llegó a su casa chorreando agua y con algo de las sombras de la tempestad en la cabeza.

Llovió toda la noche. Seguía lloviendo al amanecer. Sin viento ya, el agua caía perpendicularmente.

El médico, desde la ventana de su habitación, observaba la calle, los árboles, los contornos a doscientos metros.

El interior de la casa de don Antonio tenía ese aspecto de desolación y tristeza que se advierte en los edificios abandonados, en los conventos de los jesuitas y en las naves espaciosas de las basílicas cristianas, donde la vida se petrifica y detiene, para vivir la angustia del pasado. A la paz sosegada y dulce de otro tiempo, había sucedido el silencio taciturno que solemniza la quietud de las almas heridas de muerte.

Y bajo el vendaval desatado, en aquel día cuyas horas eran iguales, iguales en opacidad y en melancólica quejumbre, la mansión de las alegrías infantiles de Gabriela, iba como alejándose de la realidad dinámica de la vida para hundirse en la anestesia preliminar de la muerte. Así la veía Miguel, horas y horas, desde la ventana de su habitación. En la sala, llena de penumbras, no había un alma. A veces la atravesaba un criado o doña Carmen. Ni Gabriela ni don Antonio aparecieron una vez ante los ojos del médico. ¿Qué cosas habían ocurrido en aquella casa desde que él dejó de visitarla? ¿Y don Antonio, y su viejo amigo? Entre los dos, ¿qué conflicto tan extraño e inesperado!

Y seguía lloviendo. El temporal tenía ese pertinaz isocronismo de la catalina de una máquina en continuo movimiento. Uniforme, inalterable durante muchos días, el agua inundó las calles y los montes.

Una mañana, las nubes se esfumaron en la profundidad del cielo y el sol, más bello que otras veces, irradió sus fulgores sobre, las campiñas y los tejados. ¡Qué contento en los rostros infantiles de los chiquillos, al chapotear por el fango de las calles! Piaban los polluelos y corrían los perros. Los viejos de la aldea, contaban sus impresiones de los días de lluvia. ¡Qué largos, qué monótonos!

Miguel esperó las cuatro de la tarde para salir. En su rostro no había la misma expresión de contento que se observaba en las demás personas. Para él, con los días bonancibles volvía el problema de su vida. Otra vez la realidad del dualismo de la existencia, las dos orillas definidas: en el medio, el mar invadeable eternamente.

Rompiendo con su costumbre, no salió por la calle Martí. Un irresistible deseo de ver a Gabriela, lo arrastraba hacia García. Se detuvo en la acera para ver el jardín que había regado en otro tiempo, ¡en otro tiempo! Miró todo aquello que era de su espíritu y de sus sensaciones, y echó a andar. Las calles estaban “oreadas”, y los árboles, más verdes, resurgían a una vida lozana y fresca. ¡Ni una nube empañaba el azul intenso de la atmósfera!

Miguel llegó a la puerta del cementerio. Había ido hasta allí, sin darse cuenta de la dirección, de sus pasos. Se encogió de hombros, como respondiendo a consideraciones



interiores. El cementerio u otro lugar era lo mismo. ¿Y adónde ir? La costumbre había hecho de *cicerone*, conduciéndole por lugares conocidos. Pero, sin voluntad para decidir una orientación, frente a todos los caminos que no había andado nunca ¿qué hacer? Volvió a encogerse de hombros. La puerta del viejo campanario estaba abierta. Y, allí, como siempre, Mestro Angulo vigilaba en actitud de tiñosa en acecho. Y frente al sepulturero parecía vigilar también un ataúd destartado, carcomido, sucio: el ataúd de los parias del mundo. A la izquierda, pegado a la pared, un crucifijo y, debajo, una mesa de autopsias. Miguel tendió la mirada sobre aquellos objetos y la dilató después hasta el fondo del “camposanto”. Sus ojos apenas si pudieron hallar algo conocido: la yerba lo invadía todo. Las cruces pequeñas estaban cubiertas por “bosques” de “maravillas”. Todo desaparecía bajo la exuberante vegetación. El médico se dirigió a la tumba de “Mi hija”. ¡Qué pena! La diminuta crucecita no se distinguía entre los bledos. Los rosales y claveles, plantados por Agustina Pele, vegetaban agobiados por las guaninas. Del pequeño jardincito no quedaba nada. Miguel contempló durante algunos minutos aquel herbazal intrincado y volvió a reunirse con Mestro Angulo.

El sepulturero, inclinado sobre una fosa llena de agua, se lamentó de lo duro de su oficio.

—Esto es demasiado —dijo. —El temporal ha hecho crecer muy aprisa la yerba, y la gente es tan desconsiderada que no ha querido esperar el buen tiempo para morir. En estos días de tempestad he tenido que enterrar una mujer y un niño. Y, todo, abrir la fosa y echarle la tierra encima al cadáver, por dos pesos. ¿Usted cree que con dos pesos se paga mi trabajo? ¡Pues no me han dado ni un medio más! ¡Y cuide usted los muertos, siembre flores y arranque la yerba! Ya usted ve: esta sepultura la abrí ayer, y ahora tengo que sacarle el agua.

Y se inclinó nuevamente sobre el fondo de la fosa para reanudar su labor. Al cabo de algunos minutos, murmuró:

—No le esperaba a usted hoy. El agua y el fango no dejan dar un paso.

—No tenía adonde ir, Maestro.

—¡Verdad! El cementerio es el único lugar que tiene algo que ver. ¿Y la señorita Gabriela?

—No la he visto.

—Ni yo. No ha vuelto más. ¿Se ha ido de Bayamo, doctor?

—No. Me parece que no.

—¿Se habrá ido? —pensó Miguel. —¿La habrán enviado fuera de Bayamo, a la Habana o al extranjero? No había pensado en la posibilidad de tal medida. Inquieto, asaltado de un vago temor, quiso comprobar cuanto antes si Gabriela estaba o no en Bayamo, y se despidió del sepulturero. Llegó a su casa al oscurecer.

El sol había desaparecido del horizonte y en algunas casas brillaban las lámparas de petróleo. Desde la acera, Miguel observó el hogar de don Antonio. No había luz en el interior, no había una ventana abierta, no se percibía el menor indicio de vida.



—¿Sabría algo Mestro Angulo?

Preocupado seriamente entró en su casa para interrogar a su madre.

—¿Desde cuándo no ve usted a Gabriela, mamá?

—¡Oh...! Hace días.

—¿Se habrá ido de Bayamo?

—No sé. ¡Quizá! Me parece que don Antonio tenía la intención de comprar una casa en la Habana.

Miguel guardó silencio y, algunos minutos después, sin haber comido, salió. ¿Habría marchado Gabriela? Y ¿para qué país, para qué ciudad? ¿Se habría ido sin decírselo a él, sin una carta, sin un recado? Para no pensar más en Gabriela, para “acabar ya...” entró en una tienda y pidió un vaso de ron. Dos cuerdas más abajo volvió a beber. Y el ron, en vez de aturdirlo, como esperaba, intensificó la lucidez de su inteligencia, ahondó más en su tristeza, le hizo más dolorosa la vida. Llegó al parque. El timbre del cine Oriente era el único ruido en aquellos contornos. Ni un coche delante de los hoteles, ni un errante vagabundo, ni otro triste perseguido, en los bancos. En el corredor de El Liceo balanceábanse, callados, cinco “socios”. Dentro, unos cuantos mocitos jugaban al billar. Miguel contempló la casa de los “blancos” y en sus ojos relampagueó esa certidumbre de vencimiento que expresan todas las pupilas que han nacido esclavas y saben que lo seguirán siendo durante la vida. Anonadado por esta reflexión, se encaminó lentamente hacia El Louvre y pidió un vaso de coñac.

Repitió cuatro veces la copa y se fue. Se dirigió al Callejón sin salida. Le pedía el alma confiarse a alguien, a alguien que supiera oírle, aunque fuera un desconocido. Pero ¿quién mejor que Andrés Pérez? Tocó.

—Bienvenido —le dijo Andrés.

Miguel tropezó en el quicio de la puerta y cayó.

—¡Si no pudiera levantarme jamás!

—Está herido —dijo la esposa de Pérez, señalando la frente del médico.

—No se ocupen —repuso Miguel. Y su aliento impregnado de alcohol, inundó el rostro de Juana.

—¡Borracho! —murmuró la mujer al oído de su esposo.

—¡Era su fin!

Y la certeza de que el médico estaba borracho acentuó la prevención de los esposos.

—No estoy borracho —replicó Miguel.

Ni Andrés ni Juana contestaron. Apartados a cierta distancia, no podían ocultar el deseo de que el médico se marchara. Lo comprendió así Miguel y, súbitamente, con toda la energía determinada por la excitación alcohólica, increpó a Pérez:

—Eres un mal hombre y, tu esposa, una mala mujer. Los dos sois malos.

—No te hemos ofendido.



—Sí. Me veis que llego a vuestra casa, como acosado de todas partes y, en vez de acogerme, de intentar saber lo que me pasa, cuál es mi pena, me decís que estoy borracho.

—Estás equivocado.

—Yo no digo mentira, y os veo en la cara que me estáis llamando borracho. ¡No podéis negarlo! Os denuncia la expresión del rostro. Y eso es maldad. ¿No pensáis que cuando un hombre como yo se emborracha, algún dolor muy grande debe agobiarle el corazón? Pero... ¡no! Vosotros no podéis comprender mi pesadumbre. ¡Ojalá no podáis nunca llegar a comprenderla! Si yo fuera malo, querría para vosotros, la tristeza que llevo en el alma, la visión de las cosas que vive en mi cerebro. ¿Sabéis vosotros lo que os digo? Si lo supieseis me habrías acogido cariñosamente, con más amor que los primeros cristianos acogían a los suyos en desgracia, porque ¡después de todo! los cristianos tenían fe en su redención; yo, no. Yo y vosotros estamos condenados, fatalmente condenados. ¡Y ojalá no os llegue el momento de comprender lo que os digo! Adiós.

## CAPÍTULO XX

Huyó.

En su huida cruzó cerca de una niña que lloraba. No quiso detenerse o no pudo hacerlo; pero los sollozos de la afligida le dieron alcance a veinte pasos de distancia, y regresó.

Era Sofía, la hija de Inés, *La Larga*. Había sido expulsada de la casa de Norberta de la Tapia de Cadenas acusada de hurto de una sortija.

—¿Y por eso lloras? —la preguntó Miguel.

—Sí, señor.

—¿Pero tú cogiste la sortija?

—No, señor. La señora Norberta vendió la sortija, y ahora dice que yo la he robado.

Miguel la prometió visitar a Norberta en tanto que se acercaban a la casa de la niña. Estaba vacío el mísero cuartucho. La llama de un fósforo permitió al médico observar la habitación y la niña. Sofía estaba descalza, sucia y vestida de harapos. Seguía sollozando con el brazo derecho cruzado ante los ojos. En el cuarto estaban los catres donde había muerto Paula y dormía sus borracheras Inés, *La Larga*. Por el suelo descubriéndose unos cuantos trapos negruzcos y, en un viejo baúl abierto, un zapato roto. ¡Nada más había en la abandonada pocilga! Ni una sábana, ni un plato, ni una olla. El médico, impresionado por tanta miseria, preguntó a Sofía:

—¿Y tu mamá?

—Está en el hospital.

—¿Y tu hermanita Librada?

—No sé.

—¿Y a qué vienes aquí?

—No tengo otro lugar adonde ir.

Y continuaba sollozando. Cada vez que la llama de un fósforo se extinguía, ella apretábase convulsa a las piernas del médico, huyéndole a las sombras invasoras.





Parecía presentir la horrible soledad que le esperaba, sin familia y sin pan, bajo aquel techo donde había muerto su hermana Paula, se emborrachaba su madre y la miseria se hospedaba comoda y terrible.

Miguel estaba verdaderamente impresionado. No concebía la desgracia metódicamente su obra, ordenando sus víctimas, cebándose con saña implacable en los que no tenían culpa del mal de todos. Sofía, inocente, trabajadora, la única de una familia que no había sido prostituida en su cuerpo ¡lanzada a la calle, descalza, sucia, sin ropa; lanzada a mendigar un poco de comida para no morir de hambre! ¿Qué podía hacer la niña infeliz en aquel cuarto misérrimo, sentina del vicio y de la desvergüenza?

—¿Quieres venir a mi casa? —la propuso.

—¿A su casa?

—Sí. Mi madre te cuidará y querrá mucho. Vamos.

Atravesaron el Callejón sin salida, los solares de la calle de Céspedes y tomaron rumbo a San Juan.

—Aquí tienes, mamá —dijo Miguel a Tomasa. —Encontré esta niña en la calle, llorando. Trabajaba en una casa y la botaron. Su madre está en el hospital. Tiene una hermanita que anda por ahí... Me conmovió su llanto y verla abandonada, y decidí traerla.

La niña se tranquilizó, solícitamente atendida por Tomasa. Las palabras cariñosas del médico y de Anacleto, la produjeron grata impresión y confiése a ellos, contándoles detalladamente lo que le había pasado. Norberta la despidió como había despedido a otras niñas, una semana antes de cumplir el mes de trabajo. Así le habían referido a ella otras criaditas que trabajaron en la casa de Norberta. Norberta no le pagaba a ninguna. Cuando la fecha del pago estaba próxima, simulaba un robo, culpando de ladrona a la niña que tenía en la casa. Así había obrado siempre, así mantenía su apariencia de señora acomodada.

El procedimiento de Norberta y la situación en que había sido expulsada Sofía, indignaron al médico. El iría a reclamar el dinero de la niña, a obligar a Cadenas a que pagara. Salió.

Aniceto y Norberta vivían en la calle Sol, a cuadra y media del parque. Habitaban una de las casas más modernas y bonitas de Bayamo, y vanagloriábanse de poseer un mobiliario de “primera”.

Norberta leía a *Naná*<sup>75</sup> cuando Miguel tocó.

—Pase —dijo ella sin volverse.

Miguel dio unos cuantos pasos por la sala.

—Buenas noches, señora.

---

<sup>75</sup>Novela del escritor francés Émile Zola publicada en 1880. *Naná* —apelativo de Anne Copeau— era una célebre actriz de variedades. La carga en las insinuaciones sexuales de la obra hizo que fuera denunciada como pornografía.



Norberta púsose en pie; pero, al reconocer a Miguel, volvió a sentarse.

—¿Qué desea usted?

—Vengo a hablarle de la niña Sofía.

—¿Qué niña Sofía es esa?

—La que usted acaba de despedir.

—¿Se refiere usted a mi criada?

—Sí, señora.

Norberta palideció un poco y, dejando el libro sobre una mesita, recriminó la conducta de la niña.

—Es una ladrona que me ha robado una sortija. No he dado parte porque esa carne con ojo no merece la molestia de escribir diez palabras.

—Pero, si le ha robado, señora, lo natural es que usted denuncie el robo, porque la niña tiene el propósito de reclamar su salario por la vía judicial.

—Yo no le debo nada —replicó Norberta golpeándose el pecho con los extremos de los dedos. —¿Esa ladrona dice que yo le debo? Pero si es muy infeliz ella, es muy desgraciada para que yo empañe mi reputación quedándole a deber un centavo. ¿Usted no se da cuenta de quién es ella y de quien soy yo? ¿Y usted viene a reclamar lo que esa infeliz dice que yo le debo?

—Sí, señora.

En ese momento llegó Aniceto Cadenas, y, Norberta, al ver a su marido, levantando la voz, lamentóse:

—¿Tú ves, Aniceto? Este hombre ha venido a insultarme. Dice que yo no le pagué a la pelleja que me robó la sortija.

—Señora, usted se equivoca —repuso Miguel. —Yo no la he insultado.

—Tenga usted en cuenta que ésta es una casa respetable y no es ningún burdel —dijo Aniceto, mirando de arriba a abajo al médico, como si por primera vez lo hubiera visto.

—No he ofendido su casa, señor Cadenas.

—Es que ustedes creen que todos somos iguales, y hay que colocarse cada uno en supuesto.

—¿Quiénes son ustedes, señor Cadenas? Creo que usted está hablando conmigo y yo soy uno.

—¡Ustedes...! —contestó Cadenas alzando la cabeza en un gesto despreciativo, al mismo tiempo que daba la espalda a Miguel.

—Aclare lo que dice, señor Cadenas. Le exijo una aclaración.

—Hemos terminado. Está usted de más en mi casa.

Miguel apretó las manos, y el ala del sombrero sonó bronca al romperse bajo la presión del puño. Replicó:

—Tenga en cuenta que está hablando con un caballero y le exijo una reparación.



—Lárguese de aquí, le he dicho. Lárguese o llamo a la policía. Usted es un quídam. Miguel cogió un balance para tirárselo al deslenguado.

—¡Mi revólver, mi revólver! —gritó Cadenas lanzándose a la alcoba.

—¡Auxilio! —vociferó Norberta corriendo para la calle.

Miguel se detuvo en medio de la sala sin saber qué partido tomar. ¿Qué era lo que le estaba pasando; qué celada se le tendía? No tuvo tiempo ni de reflexionar. La casa se llenaba de gente y Norberta seguía gritando.

Un vigilante, revólver en mano, se abrió paso hasta el interior de la sala.

—¿Qué ha sucedido aquí? —preguntó al médico.

Miguel no salía de su asombro. ¿Qué decir?

—¿Qué ha pasado? —repitió el policía.

—Ese canalla que ha venido a insultar a mi esposa —gritó Cadenas con el revólver en la mano.

—¿Yo? —repuso el médico.

—¡Ese hombre, ese hombre! —dijo Norberta. —Ese hombre me ha insultado.

—Está usted detenido —le notificó el policía.

—Pero si yo no he hecho nada, señores —protestó Miguel dirigiéndose al público.

—Camina *pa lante*.

Se rebeló:

—No. Yo no voy y suélteme. —Yo no he hecho nada y no voy.

El policía le apuntó con el revólver.

—Levanta las manos.

—Mátenme, pero no voy.

Llegó otro vigilante.

—Ponle las esposas a ese... —dijo a su compañero el que apuntaba con el revólver.

El médico se dejó esposar. ¡Era la segunda vez! Y en medio de una multitud que le miraba hostilmente, la policía lo empujó a la calle.

Los hechos se habían sucedido con tal precipitación que no había podido seguir el curso de los acontecimientos. ¿En qué laberinto de emboscadas había caído; cuál su delito para ir, ahora, esposado por las calles, objeto de la curiosidad del público? Frente al parque encontró treinta o cuarenta personas, que salían del cine para enterarse de la alarma.

—¡Ah...! —oyó exclamar. —Es el mulato Valdés.

“El mulato Valdés”. ¿En qué concepto lo tendría el pueblo; qué pensaría de él la gente, cuando tan poca sorpresa causaba su detención? ¡El consenso público le condenaba sin tornarse el trabajo de suponer lo menos malo!

Con estos pensamientos fue arrojado al mismo calabozo que ocupara antes. Poco después dos médicos certificaron que estaba borracho. Protestó Miguel.



—Cállese —le mandó un escolta.

—Deseo que un juez me escuche.

—Mañana hay tiempo —le respondió el alcalde.

A las once oyó la voz de su padre que hablaba en el despacho del jefe de la cárcel. Le oyó discutir y rogar, y esperó. Esperó hasta las doce. Quería ver a su padre para llorar con él, para convencerlo de lo inútil de la lucha, de lo desesperado de cualquier intento.

Cuantos más esfuerzos hicieran él y los suyos, más motivos tendrían los “otros” para “defenderse”. ¡Cuestión de supervivencia, y natural que los más fuertes, ricos y numerosos triunfaran!

## CAPÍTULO XXI

Eran las siete de la noche, y era una noche tibia. Gabriela acababa de llegar del cementerio.

—¿Por qué no habrá ido? —se decía.

Paseaba por el corredor a cortos pasos, con un cuje de guayabo en las manos. A ratos deteníase pensativa y, al reanudar el paseo, se golpeaba fuertemente las piernas y contraía el entrecejo en un gesto de impaciente disgusto.

—¿Dónde estará Miguel? —pensaba.

Nunca había sentido tantos deseos de ver al médico. Mestro Angulo no había podido darle razón de su amigo, y vigilaba una oportunidad para atravesar la calle hasta la casa de Tomasa. Disimuladamente fue acercándose a la verja del jardín, y observó que su padre, desde una ventana, la miraba. Gabriela partió el cuje en dos pedazos y lo tiró al arroyo.<sup>76</sup>

—La noche está muy bonita, papá —dijo.

Y fijó la vista en el cielo. Luego, entretuvo su impaciencia contando los barrotes de la reja. En este pasatiempo la sorprendió el repartidor de *El Demócrata*. No le era simpático el periódico.

Esta opinión la fortalecía el mismo *Demócrata* con sus *chantajes*. Gabriela no podía olvidar las acusaciones calumniosas que el periódico había acumulado sobre la conducta del médico. Volvió a la sala y leyó:

### ESCÁNDALO VERGONZOSO

“Allanamiento de morada. —Insultos a una distinguida dama. —El mulato Valdés persiste en sus fechorías. —Sorprendido en flagrante delito. —Buen servicio de la policía. —Valdés, preso. —Actuación del juzgado.

“A una fechoría sucede otra, a un escándalo otro mayor: tal es la obra del titulado médico Valdés.

“No conforme con lo hecho hasta ahora, anoche allanó la morada de los distinguidos esposos Tapia-Cadenas, y aprovechó la oportunidad de encontrarse sola la

---

<sup>76</sup>Zanja de desagüe que pasaba frente a la casa.



señora Norberta de la Tapia de Cadenas, para insultarla groseramente y, a no ser por la llegada de su esposo, el caballero Aniceto Cadenas, no sabemos hasta qué punto hubiera llegado la polifagia del nuevo Otelo.

“Felizmente, la eficaz intervención de la policía y la serena actitud de Cadenas evitaron que el mulato Valdés llevara a buen fin sus propósitos erotómanos y el intento de asesinar al esposo de la señora ultrajada.

“Interrogado por el dignísimo juez Alayo Menocal, el mulato Valdés se defiende diciendo que fue a la casa de Cadenas a reclamar el salario de una tal Sofía, de su misma laya moral. Pero es el caso que la tal Sofía es una ladrona consumada, práctica en el oficio de robar objetos de valor en las casas donde ha trabajado, y ayer mismo fue expulsada por la señora Norberta de la Tapia de Cadenas, al sorprenderla robando una sortija de brillantes.

“Nos parece que los subterfugios de Valdés no le darán resultado, como otras veces; pues... “totí que come arroz aunque le corten el pico”. Y el digno juez Menocal sabe a qué atenerse”.

Gabriela no pudo continuar la lectura. Dejó colgar los brazos con el periódico en una mano y, delineóse en su frente esa arruga vertical con que se manifiesta en la epidermis la concentración del pensamiento.

—Esto es canallesco —murmuró al cabo de algunos minutos de silencio, estrujando el periódico entre sus dedos.

—¿Qué ocurre, Gabriela?

—Esto es un libelo asqueroso —y lo tiró a la calle.

Don Antonio recogió el periódico y se puso a leerlo mientras Gabriela se preparaba para salir.

—Aquí tienes —dijo don Antonio a su esposa. —Nuestro protegido ha hecho otra de las tuyas.

Y leyó en voz alta.

—¡El pobre!

—¿Aún lo defiendes, Carmen? ¡Parece mentira! ¿Olvidas sus indignidades?

—¡Ay, Antonio; por Dios!

—Mira: no hablemos más de esto, mujer.

Gabriela apareció en la sala con traje de calle.

Voy a la cárcel —dijo, deteniéndose ante sus padres.

—¿Qué...? —repuso don Antonio.

—Voy a la cárcel.

Don Antonio contempló a su hija con mirada intensa y severa, amenazándola sin palabras.

—Me voy —ratificó ella.

—Venga usted acá —la mandó don Antonio. —¿Qué se ha creído usted? Siéntese en esa silla.



—Tengo prisa, papá.

—¡Gabriela! ¡Habrás visto! Le he dicho que se siente. ¡Pronto!

—Ahora no puedo, papá. Volveré.

—¡Hija mía! —exclamó doña Carmen. —¿Qué tú haces? Obedece a tu padre.

—Pero ¿te rebelas, muchacha? —gritó don Antonio.

—No, papá —dijo dulcemente Gabriela. —Pero es absolutamente necesario que vaya a la cárcel. Miguel no tiene más amigo que yo. Sé que es incapaz de ofender a nadie y, en estos momentos, cuando usted lo acusa y el libelo ese... le llama asesino, y Bayamo entero le señala como a un hombre malo, yo sé que es bueno. Conozco bastante a Miguel y no puedo permitir que la maldad y el odio le hagan su víctima. Yo sabré defenderlo, yo; papá. ¿sabe usted?

Y, airosa, gentilmente soberbia, con las mejillas arreboladas y chispeantes los ojos, se dirigió a la calle.

El viejo caserón de la cárcel estaba inmediatamente después de El Liceo. Gabriela taconeó por los corredores de la “aristocrática” sociedad, indiferente y altiva, cual cuadraba a su belleza y elegancia.

—Paso a su majestad —la piropeó un comisionista de sedería.

—Poeta, veinte años, un millón de pesos y esa mujer ¡qué más para la vida! —dijeron con amarga lamentación los cuarenta años de don Epicuro.

—Pero es muy orgullosa —repuso Urquiaga.

—Así deben ser las reinas, y ella es reina de amor.

—Ahora va a ver a su *querío* —dijo don Enrique.

—Ni si fuera un portento; —replicó desdeñosamente Armando. —Eso es cualquiera cosa. Salgan de Bayamo para que vean mujeres.

Terminaron los comentarios. El “mundólogo” e “ilustre” ingeniero ridiculizaba la admiración que había despertado la linda bayamesa.

Gabriela llegó al despacho del alcalde y expuso sus deseos de hablar con Miguel.

—Imposible, señorita.

—¿Ni cinco minutos?

—Ni un segundo. Si accediera a su ruego perdería mi destino.

—Pero ¿tan grave es el delito del doctor Valdés?

El alcalde encogió los hombros.

—Señorita, no lo sé. Soy un empleado y cumplo órdenes superiores.

Gabriela permaneció unos segundos sin saber qué partido tomar. Insistió:

—¿Y quién puede autorizarme una entrevista con el Dr. Valdés?

—El doctor Menocal.

Gabriela, descorazonada, sintiendo gravitar sobre su ánimo un poco de la pesadumbre congénita que agobiaba a Miguel, llegó a su casa. Desde la verja del jardín advirtió que algo anormal sucedía. La sala y los portales estaban llenos de gente y,



no obstante, reinaba un silencio solemne. ¿Qué había pasado? Corrió hacia la habitación de su padre.

—No pase usted —la dijo un médico.

—¿Por qué? Yo quiero ver a mi padre.

—Le ruego que no pase, señorita. Su padre está casi bien ya y necesita reposo.

Gabriela, adivinando lo ocurrido, volvióse en busca de su madre, y pudo observar que los ojos de la concurrencia la miraban con marcada hostilidad.

—Vas a matar a tu padre —la reprochó doña Carmen. —Ha sufrido un nuevo ataque de parálisis.

Y estrechamente abrazadas, madre e hija, lloraron en silencio el dolor de las dos.



## CAPÍTULO XXII

Alayo Menocal condenó a Miguel a tres meses de arresto.

Produjo alguna impresión, en el pueblo, la severidad de la pena; pues se había llegado a saber el origen del escándalo provocado por Norberta. No obstante, Miguel apareció culpable ante la majestad infalible de la justicia.

¡Justicia de los hombres!

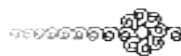
No protestó el perseguido. ¿Para qué?

Durante las primeras semanas de encierro recibió algunas visitas. Edmundo Casanova y Rafael Also iban frecuentemente a la cárcel. ¿Después...? ¿Se cansaron, estaban muy ocupados? ¡Sólo su madre acudía a verlo! La multitud dejó de encontrarlo en la calle, y lo olvidó. ¡Raro que alguien recordara que existía un médico llamado Miguel Valdés Baldoquín y que estaba preso! Tan pronto y radicalmente había caído en el olvido que, cuando cumplió la condena y volvió a la calle, algunas personas preguntaban:

—Y ese ¿adónde estaba?

Había enflaquecido. La meditación y el alcohol empezaban a vencer su robusta complexión física. En el calabozo había consolado su tristeza emborrachándose. Libre ya, no pudo ni quiso abandonar el vicio. Compraba el ron de noche, lejos del centro de la ciudad y, cuando se acostaba, y el panorama del mundo, haciendo presa en su pensamiento, quería obligarle al análisis, empinaba la botella. Y, borracho, de frente a la pared, monologaba el dolor de sentirse negro.

Ya nadie le llamaba, nadie recordaba que él era médico, y Bayamo entero iba considerándolo como una cosa inútil para cualquiera causa noble. Pesaba sobre su nombre el juicio formulado por el pueblo, y no intentaba, tampoco, modificarlo. ¿Para qué? ¡No podía rebelarse contra todo el mundo! Se lucha cuando hay una esperanza y el raciocinio la alienta; pero, cerrados los caminos, en medio de la vida, como en un desierto, sin más horizontes que la línea, siempre igual, de las arenas y el cielo ¡cuánto más pronto se acabe, mejor; cuanto antes sople el *sirocco*, menos



penas contará el corazón! Y si esto era una verdad ¿qué otra cosa podía hacer que emborracharse, que ir envenenándose lentamente, apresurando la hora definitiva? Para él, como para su raza, no había auroras en el mundo; en la lenta y eterna sucesión de los tiempos, no le esperaba a los suyos más que el progresivo anochecer de un ocaso sin resurrección. ¿Para qué luchar? Mejor estaba así: cultivando el microbio que le minaba la existencia.

De sus viejos hábitos, le quedaba uno: ir al cementerio. Todas las tardes, mientras el sol caía en las profundidades del ocaso, Miguel, taciturno, silencioso, con paso igual y lento, se encaminaba a la necrópolis cristiana. No trataba de averiguar qué impulso secreto le dirigía hasta allí. Acaso ¿por caminar, por sentarse en el banco donde había charlado con Gabriela, a mirar las cruces e intensificar su tristeza? ¿Para qué saberlo? De lo que había visto en aquel lugar de la muerte, solo quedaban las sepulturas olvidadas, las que no tenían amigos, las que, como él, ya no eran nada para la vida. En el jardín de “Mi hija”, las yerbas sustituían a las flores. Nadie cuidaba el pequeño jardincito. ¡Estaba enferma la única persona que podía hacerlo! ¡Qué sola la soledad del cementerio! A veces, nadie moría durante semanas enteras; y los vivos, olvidando que la muerte es un pagaré a plazo fijo, ni por curiosidad, ni arrastrados por la fascinación que ejerce lo misterioso, iban a turbar la monótona melancolía de las bóvedas mortuorias. Este abandono proporcionaba buen humor al médico. Y era entonces cuando cambiaba algunas palabras con Mestro Angulo. Para Miguel, el sepulturero era un escapado de las tumbas, que vagaba por los senderos del “camposanto” y sabía el nombre de Gabriela y el de Agustina Pelé, y la historia de todos los que fueron. Era el nexo de lo oscuro de la muerte con el dolor perenne del alma, para hacerla amable a él que ya estaba cansado, que no quería vivir ni un minuto más. Con todo, en los instantes en que la vida protestaba del suicidio lento a que la sometía la voluntad, el nombre de Gabriela hacía sonoro en los labios del médico, y sus ojos la buscaban en la profundidad del cielo o a lo largo de una calle. Gabriela y sus padres habían desaparecido. ¿En qué lugar del mundo estaba Gabriela? ¡Ni saberlo quería! ¿Para qué? Así, lejos uno del otro, irían olvidándose. Ella, en otros países, en otros cementerios y con otros hombres... a la luz crepuscular de tardes parecidas a las de Bayamo, iría desprendiéndose de las nostalgias del pasado, para entregarse a la corriente optimista de la vida que ríe y canta. El, sin ilusiones, sin esperanzas, agobiado por la pena de sentirse negro donde los blancos lo eran todo, también podía ir amortiguando la vibración del recuerdo, hasta hacerlo desaparecer. Sin embargo, cuando su pena era más intensa, le placía llenarse los ojos del panorama de la casa de su amiga. Iba a la reja, cruzaba los brazos y, quieto, inmóvil hora y hora, detenía la mirada en las azucenas, en los lirios y en los rosales. Hizo esto una vez, un día, y luego no pudo dejar de hacerlo. Había algo en el jardín y en la casa de Gabriela que le llamaba con esa fuerza de sugestión que tienen los secretos inenarrables del



alma. Era como la supervivencia del misterio de la vida fluyendo de la soledad, y que solo los poetas y los tristes comprenden e interpretan.

Una tarde —¡qué alegría! —encontró a Agustina Pele. La pobre madre, de rodillas ante la tumba de su hija, arrancaba las yerbas y replantaba las flores. Miguel corrió a ella y la estrechó las manos.

—No creí verla otra vez —la dijo.

—Ni yo a usted. Estoy enferma y creo que pronto me reuniré a mi hija. Es mi más grande deseo. No puedo conformarme a la idea de que ha muerto. ¡Si usted la hubiera conocido! Despertaba siempre primero que yo, y empezaba a pasarme sus manitas por la frente. Ponía su cara encima de mi boca, diciéndome: “Ya, mamaíta, ya; levántate”. Hoy, cuando me despierto y busco a mi pobre hijita, y veo la almohada donde ella descansaba su cabeza, y pienso que está muerta, que está aquí, debajo de la tierra, ¡muerta, muerta!, no puedo consolarme y corro a decirle que me espere. ¿Usted no oye? ¡Oiga... oiga...: me está llamando! Sí, mi hijita: ya voy. Espérate. ¿Usted no la oye? Es su voz. Sí, ya voy, ya voy, mi hijita.

Y rompió a llorar con los brazos echados sobre la cruz. El médico, emocionado, se alejó para no sufrir el contagio de aquellas lágrimas incontenibles.

Agustina Pele reanudó su labor. Con la misma amorosa solicitud que había cuidado a su hija, desmoronaba la tierra y limpiaba de yerbas de los alrededores de la cruz. A veces, suspendía el trabajo y miraba lo hecho, como artista que contemplara su obra. Miguel, observándola desde lejos, advirtió que estaba más vieja, que tenía el rostro marchito y las canas coronaban su cabeza. ¡El dolor obraba destructoramente sobre la vida de la inconsolable madre! Y Miguel se preguntó, por primera vez, ¿qué clase de amor era el que un padre sentía por un hijo, cuando al perderlo, el cabello encanecía, los ojos se marchitaban y el fuego de la existencia apagábase lentamente?

Con esta preocupación llegó a su casa. Quería saber por labios de su madre la magnitud de aquella incógnita.

—¿Oye, mamá —la dijo—, si yo muriese, tú me sentirías mucho?

Y el médico observó que su madre palidecía, como si sufriera una estrangulación interior. Luego, sonriendo, afectando tranquilidad, contestó:

—Tienes salidas de muchacho, Miguel. ¿Por qué me haces esa pregunta? ¿Tú crees que no te quiero?

—No es eso, mamá. Yo sé que tú me quieres. Pero si muriera ¿qué sentirías tú?

—Pero ¿estás loco? —repuso Tomasa algo alarmada. Sonó la aldaba de la puerta de la calle.

—Pase —dijo Tomasa.

Un hombre bajito, lampiño, canoso, regordete, de unos cuarenta años, saludó sonriendo.

—Buenas noches —le contestó Tomasa. —¿Cómo está su familia, don Plutarco?



—Muy bien, ¿y usted? ¿Y el viejo?

—Por ahí anda. Siéntese.

—¡Ah, sí está aquí mi hombre! —exclamó don Plutarco, alargando una mano al médico. —¡Caramba! —agregó. —Se ha vuelto brujo Vd. ¿Dónde se mete que nadie le ve el pelo? Los hombres como Vd. no deben vivir ocultos. Creí no encontrarle. ¡Tanto le he buscado!

—Pues aquí me tiene, don Plutarco. —Estoy a sus órdenes.

—Tengo necesidad de hablarle muy detenidamente.

El médico invitó a don Plutarco a pasar al salón de consulta.

Don Plutarco Hermosilla era el jefe del Partido Liberal en Bayamo, asiduo concurrente a la banca de El Liceo y contertulio de los burdeles, donde sostenía una mulata que le explotaba. En sus mocedades había trabajado tesoneramente, ganando una fortuna, que, en la actualidad, amparaba sus aspiraciones políticas, sus tardíos arrestos donjuanescos y sus prestigios de “punto” fuerte entre los jugadores profesionales. La historia privada de don Plutarco no era de las muy limpias. Decíanse cosas ¡cosas! que, de tanto repetirlas no tenían interés para la congénita chismografía de los bayameses. En política, don Plutarco era el tipo representativo del osado ignorante, que va derecho a un fin, contando con su tenacidad y con la falta de iniciativas, para los empeños esforzados, de la mayoría de las gentes. Preciábase de conocer a los hombres, y en ésto no andaba muy desacertado, porque su sentido práctico, acostumbrado a distinguir lo útil para sí en todo asunto, le había dado una preponderancia que pocos le discutían. Y guiado por ese practicismo, que tan buenos resultados le daba, venía a visitar a Miguel. Para don Plutarco era cuestión eminente ganar las próximas elecciones, y para ganarlas se proponía movilizar todos los recursos que le sugiriera su imaginación. Uno de estos recursos pensaba encontrarlo en el Dr. Miguel Valdés Baldoquín. Mulato el médico, y el único hombre de color con título universitario, en Bayamo ¡bien podía agrupar bajo su dirección todos los negros del “término” y sumarlos a las filas del Partido Liberal! Con este proyecto bulléndole en la cabeza, aceptó la silla que el médico le brindaba.

—Creo —empezó diciendo— que ha llegado el momento para usted. Quiero advertirle que soy rico, que todas mis aspiraciones las he colmado y que al venir a verle no me guía más interés que el suyo. Y como su padre y yo hemos mantenido, en todas las épocas, estrechísimas relaciones, entiendo de mi deber facilitar al hijo de mi amigo, y a uno de los hombres más ilustres de Bayamo, la oportunidad de abrirse paso. Usted está muy apartado de la vida pública de su patria, mira las cosas de la política con una indiferencia inoportuna, y los prestigios... como usted no pueden negarle su concurso al país, máxime cuando los hombres de su raza, por el proceso histórico que usted conoce, no han podido, hasta ahora, desenvolver sus iniciativas en pro de la conquista del puesto que les corresponde en la sociedad cubana. Le toca



esta misión a los más adelantados, a los que han recibido una preparación adecuada, y, en Bayamo, nadie está en mejores condiciones que usted. Si usted entra de lleno en la política, si agrupa a los hombres de su raza bajo una bandera y, con ellos, va a las elecciones, indudablemente que el triunfo coronará los esfuerzos de todos. Fíjese cuál es la situación de los hombres de color en Bayamo. De un lado, los conservadores, los aprovechan en beneficio exclusivo de cuatro o cinco personajes; del otro, del lado de los liberales, apenas si alcanzan a darse cuenta de la utilidad que representan tres o cuatro mil votos negros que hay en el Término. Falta el hombre que coja en sus manos esa fuerza motriz y la dirija. Y ese hombre no puede ser otro que usted. A esto he venido. Si nos ponemos de acuerdo, y usted se dispone a trabajar, con la energía y el talento que le reconoce todo el mundo ¿quién se atreverá a disputarle un acta de representante? ¿No hay muchos negros en el Congreso? Pues... irá usted también.

Miguel oyó el discurso de don Plutarco sin hacer el más leve movimiento. Las palabras del político resonaban en sus oídos como el clamor de las turbas que se sienten libres y envían un heraldo a parlamentar y a proponerse incondicionalmente a las órdenes de un caudillo que desean. Era la voz de la libre posesión de los derechos que han igualado a los hombres de una misma raza y de un mismo medio geográfico. La vida intensa de las pasiones, de la lucha, del triunfo o de la derrota, venía a despertarle la inteligencia y los sentimientos, ya quietos, ya atartalados por el narcótico de una renunciación impuesta conscientemente. ¿Se habría engañado él al juzgar el problema de su raza? ¿No habría sido unilateral, apasionado y falso el estudio que había hecho?

—¿Qué le parece? —insistió don Plutarco. —Me gusta que piense antes de contestar. Ello me prueba que usted no ha estudiado con anterioridad, la brillante ocasión que le ha estado esperando hace mucho tiempo. Piense nada más en lo que puede hacerse con cuatro mil votos. Y cuatro mil electores de color hay en Bayamo. Manejados y dirigidos por usted esos hombres ¿quién le disputará un acta de representante? Y no le hace falta dinero para esto. A mí me sobra. Y con el que yo haga mi campaña, hace usted la suya.

—Esto hay que pensarlo, don Plutarco —repuso Miguel. —Yo no he hecho nunca política; y, aunque hace algún tiempo pensé en ella, como un medio de vida, ya que mi carrera escasamente me daba para comer, luego, meditando la nueva aventura a que me iba a lanzar, deduje de lo que conocía, de lo que me había pasado, que igual me pasaría en política. Pues, para mí, las dificultades no están en ésta o en la otra profesión a que me dedique; el mal reside en mi mismo, va conmigo, me acompaña y no me dejará en la política, como no me ha dejado en el ejercicio de una carrera. Yo, como los míos, solo hemos disfrutado de alguna consideración, en la guerra. Fue nuestro momento culminante. Después hemos ido descendiendo. La pendiente por la cual rodamos es siempre más inclinada, y nadie ni nada nos detendrá en ella. He



sufrido ya bastantes decepciones, don Plutarco. Estoy convencido de que solamente aislado y en mi casa, podré evitar esas represiones de que he sido objeto y que no han tenido más motivo que la casualidad de verme precisado a concurrir a la lucha en un medio que los blancos reputan como suyo exclusivamente. En la política me sucederá otro tanto. ¡Y ya me siento cansado de sufrir, don Plutarco! ¡Fíjese bien en mí: estoy enfermo. Lo sé bien. Piense usted si sabré yo si estoy o no enfermo! Duraré muy pocos años. Y es justo que quiera para mí un poco de tranquilidad antes de morir.

Miguel habló reposadamente, esforzándose por llevar al ánimo de don Plutarco el fondo del pensamiento que inspiraban sus palabras. Cuando terminó cruzó las piernas y brindó un cigarro al político.

—No me convence usted, doctor, porque yo he estudiado lo que más conviene a usted.

—¡Fíjese en lo que está diciendo, don Plutarco!

—Me he fijado, sí. Pero... dígame, para concluir más pronto, ¿y Morúa Delgado,<sup>77</sup> y Juan Gualberto Gómez, y Serra? ¿No son negros estos ilustres cubanos? ¿No tienen toda la consideración del pueblo de Cuba?

—Ellos disfrutaban los honorarios de su obra revolucionaria. ¡Nada más!

—¿Y los puestos que ocupan hoy?

—Es el encadenamiento lógico y descendente de preeminencias que les dio la guerra. De hecho, están descartados de las grandes resoluciones nacionales.

—Si usted se empeña en presentar las cosas así ¡natural que no tengan otro aspecto en su criterio!

—Dígame, don Plutarco ¿cuántos oficiales de color hay en el cuerpo de artillería?

—Ninguno.

—¿Y en el cuerpo diplomático?

—Ninguno.

—¿Y en el cuerpo consular?

—Pero, amigo mío: la artillería, los cuerpos consular y diplomático constituyen la representación genuina del pueblo de Cuba. Es lo que Cuba envía al extranjero, a representarla, y usted comprenderá que no se puede enviar cierta gente.

—¿Y Juan Gualberto Gómez?

—No, no... repuso perplejo el político.

—¡Ya usted ve, ya usted ve, hombre! ¡Si tendré razón yo!

Don Plutarco se llevó las manos a la cabeza y empezó a rascarse violentamente. Luego, porfiado, con su terquedad profesional, dijo:

—La culpa la tienen ustedes porque abandonan el campo. En cuanto un “blanquito zarrapastroso” les abre los ojos, ustedes abandonan el puesto y se meten en sus casas a lamentar haber nacido negros. Luchen y verán. Si uno les grita, griten

<sup>77</sup>Martín Morúa Delgado.



ustedes más fuerte; si otro les pega, métanle un tiro. Háganse respetar de cualquier modo, y les será fácil obtener lo que quieran. Comprométase usted conmigo a luchar por el triunfo del Partido Liberal y yo le aseguro a usted un acta de representante. Piénselo bien, que mañana volveré a saber su decisión.

Se despidió don Plutarco.

## CAPÍTULO XXIII

Dos conferencias más celebraron Miguel y don Plutarco antes de llegar a un acuerdo satisfactorio para el político. El médico, recordando a cada momento las enseñanzas de los años vividos, no se atrevía a presentarse otra vez a la pública expectación de sus paisanos, temeroso de sentir con más vigor que antes la represión de “los” que consideraban suyo exclusivamente lo que era campo abierto a los esfuerzos de todos los hombres. ¡Ya se había resignado, ya estaba vencido! ¿Para qué otro intento inútil? Pero vino a vencer la resistencia el ruego de su madre.

—¡Quizá si en la política puedas ir adelante, hijo mío! Ten en cuenta que habrá quien te defienda. Si es cierto lo que dice don Plutarco, te espera la Cámara de Representantes. A mí me parece que tantas probabilidades tienes tú como otro cualquiera. Y no serán los hombres de color los que te nieguen sus votos. Prueba, hijo mío.

¿Cómo rechazar la esperanza de su madre? Aceptó. Sí. Haría política. Su decisión fue acogida por los “amigos” con grandes muestras de regocijo.

¡Volvía a tener amigos!

—Te haremos representante le aseguró Edmundo Casanova.

Andrés Pérez quiso ser uno de los primeros en felicitar al médico, por haber “dado un paso tan a tiempo”.

—Los negros hemos estado acéfalos en política —le dijo Andrés. —Necesitamos un hombre de tu talento y energía. Cuenta conmigo.

—¿Me habré engañado? —se preguntaba Miguel observando el buen afecto que había producido en el Partido Liberal su decisión de hacer política.

Don Plutarco convocó la Asamblea Municipal a una sesión extraordinaria, para presentar al “nuevo afiliado y futuro representante” por Bayamo.

Los negros le dieron un banquete.

Los blancos liberales, nombraronlo presidente de honor de varios comités de barrio.

Entusiasmado Miguel, comenzó a trabajar. Escribió artículos, pronunció discursos.





sos, montó a caballo para recorrer los campos. Desplegó tal energía y decisión, que hasta el mismo don Plutarco llegó a preocuparse.

*El Demócrata*, con más motivo que antes, por su condición de adversario político, lo atacaba rudamente, recordándole al pueblo el escándalo de la zona de tolerancia, el ultraje a la señora Norberta de la Tapia de Cadenas, la parálisis de don Antonio.

—Es el pataleo de la derrota —decía don Plutarco cada vez que el médico se quejaba de la campaña del periódico. —No le hagas caso.

Sin embargo, Miguel no podía conformarse. Las calumnias de *El Demócrata* eran demasiado criminales para despreciarlas. Comprendía que, más que a su gestión política, el libelo se ensañaba contra el “mulato”, contra el “negro” concurrente a una lucha, que debía ser “privilegio” de los blancos.

Era la vieja cuestión de siempre disimulada por el interés partidarista.

Pesaroso a veces, a veces presa de una agitación febril que lo llevaba a centuplicar sus actividades, le sorprendió la fecha de la celebración de la Asamblea Provincial, para designar candidatos.

La Asamblea se reunió en Bayamo y la ciudad se vistió de fiesta.<sup>78</sup> Un gentío enorme, compuesto por delegados, aspirantes a candidatos y políticos de toda la provincia, llenaba las calles.

Don Plutarco designó el teatro Oriente para las deliberaciones de la asamblea.

Miguel asistió a la primera sesión, que tuvo efecto en las últimas horas de la mañana, para tratar de las actas de los delegados, y salió contento del espíritu de justicia que había animado los debates.

Cambió pronto de parecer. A las dos de la tarde recibió noticias de que los “magnates de la asamblea” celebraban “un cambio de impresiones”, para ponerse de acuerdo...

—¿Acuerdos? ¿Para qué?

Y advirtió que ni él ni ningún otro negro habían sido invitados.

—¿Si cuentan con nuestro concurso —pensaba— por qué prescinden de nosotros?

Evidente la preterición. No obstante, decidió esperar.

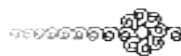
Sonaron las ocho de la noche. El público invadió el teatro, y algunos delegados, negros en su mayoría, ocuparon sus puestos. Miguel se sentó cerca de la presidencia.

Nadie hablaba.

A las ocho y media, dos aspirantes a legisladores, aparecieron en la puerta. Eran negros, y no podían ocultar la contrariedad exteriorizada en los semblantes.

---

<sup>78</sup>Las fiestas se realizaron los días 15, 22 y 29 de septiembre y 6 de octubre en diferentes barrios rurales. La asamblea de Bayamo se celebró el 10 de octubre de 1912, en obsequio al alcalde liberal Manuel Plana y Rodríguez del Rey, y en conmemoración del aniversario 44 del alzamiento en Demajagua de Carlos Manuel de Céspedes.



—¿Qué habrá pasado? —se preguntaba Miguel.

A las nueve llegó el grupo del acuerdo. Don Plutarco se rascaba la cabeza y evitaba mirar a Miguel.

—¿Por qué?

El presidente de la asamblea agitó la campanilla y declaró abierta la sesión.

—Pido la palabra —dijo un negro chiquito, delgado, de bigotes finos y mirada penetrante.

—Tiene la palabra el señor delegado.

El negro estaba nervioso y apenas podía contener la expresión de sus sentimientos.

Comenzó su discurso con un exordio de veneración para los hombres que habían sacrificado su vida por la justicia y el derecho. Recordó la participación de su raza en la libertad de Cuba. Concretó, en breve síntesis, lo que entendía por democracia y republicanismo, y añadió:

—“Bayamo es el altar de la patria cubana; es la ciudad-símbolo de todos los que amamos la bandera que flotó sobre nuestros campamentos revolucionarios; es la primera palabra de la oración que pronuncian los labios cuando el alma se arrodilla y eleva su plegaria al Dios del Universo, con el pensamiento en las generaciones que honraron nuestra historia. En Bayamo todo es santo, todo es grande, todo es noble. Es santo su recuerdo, es grande su historia, es noble su suelo. Fue aquí, entre estas ruinas, en lo estrecho de estas calles, bajo este cielo, que, un gran patricio, sintiendo en su corazón todo el amor que Jesucristo derramó sobre la tierra, en una mañana sin nubes, y señalando a las alturas, dijo a sus esclavos: ‘Sed hombres, hermanos míos. Ayudadme a conquistar la libertad de nuestra patria, para que todos seamos, bajo su bandera, ciudadanos y libres’. Y a esta tierra, señores; a este cielo, que es aquel mismo cielo de Carlos Manuel de Céspedes; a esta ciudad de historia que parece leyenda, hemos venido los liberales, a hacer escarnio de la libertad y de la democracia; a hacerle sentir el yugo del privilegio a una mitad de la familia cubana; a decirle a los negros, con hechos y no con palabras: ‘Conformaos con las migajas que os arrojamos. Vosotros sois de una raza interior y no tenéis derecho a disfrutar de vuestra obra, de lo que hicisteis, de lo que os costó tanta sangre. Conformaos y callad...’”

La campanilla de la presidencia sonaba insistentemente y los gritos de la asamblea ahogaron la voz del orador.

—Eso, es un insulto.

—Cállate.

—Negro catedrático.

El presidente retiró el uso de la palabra al orador y llamó al orden a la asamblea, amenazando con suspender la sesión si “algún otro delegado no respetaba a la mayoría”. Y, en seguida, autorizó diez minutos de receso para confeccionar la “candidatura”.



Ningún delegado se movió de las sillas. Intrigado Miguel por aquella quietud, se dirigió a don Plutarco:

—¿Ya saben los delegados por quienes van a votar?

—Sí. Ya está todo arreglado.

—¡Ah... Arreglado! —murmuró Miguel. —Y esto ¿es una asamblea democrática?

Don Plutarco se encogió de hombros.

Terminado el receso de la asamblea, comenzó el escrutinio. Diez nombres contenía la primera boleta; diez, la segunda; diez todas las boletas. El nombre de Miguel no figuraba en ninguna boleta. En la lista de candidatos que resultaban de aquel escrutinio, no había un solo nombre que no fuera de un personaje blanco. ¡Ni un negro, ni un solo negro!

—¿Por qué tal exclusión? —pensaba Miguel. —¿Por qué tanto privilegio?

¡Se había convencido: los negros no tenían derechos! Le bastaba lo que sabía ya, y se puso en pie.

—¿Adónde va usted? —le preguntó don Plutarco.

—Para la calle.

—Espérese. Ahora se discutirá su candidatura. Faltan dos puestos.

En aquel momento, el presidente de la asamblea ratificaba las palabras del político bayamés.

Los blancos habían acordado ceder dos actas a los negros, para que se las disputaran entre sí.

Miguel no acababa de comprender tanto desprecio.

Desde la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, contempló, rencoroso, el desarrollo de la comedia.

A la una de la madrugada, la asamblea proclamó a los candidatos blancos.

El público defraudado en sus deseos de presenciar animados debates, había abandonado el local.

Algunos repórteres dormitaban, encima de las cuartillas.

¡Reinaba un gran silencio doloroso!

El presidente anunció un nuevo receso para confeccionar la “candidatura negra” y abandonó su puesto. Le siguieron varios delegados. La sala del teatro estaba vacía cuando comenzó el escrutinio.

—¡Natural! —pensó Miguel. —¿Qué interés puede retener aquí a los blancos? ¿Qué les importa quién triunfe? “Para ellos, para los negros, estaban las dos actas. Disputénselas. *Fájense*. Son las piltrafas que les arrojamos a su voracidad. Arrebátenselas a mordiscos. Muérdanse”.

Miguel oyó su nombre, consignado en la primera candidatura extraída de la urna. Saltó:



—Señores —dijo, interrumpiendo la votación: —el trato que hemos recibido en esta asamblea los hombres de color, me autoriza a rechazar todo beneficio que se derive de la política. No quiero ser candidato a nada. No quiero que, con mi consentimiento, se sancione la conducta vejaminosa que se ha observado con nosotros, excluyéndonos del escrutinio general, como si no tuviéramos los mismos derechos que los blancos.

Esta noche se ha hecho gala de una palabrería ostentosa, exaltando los derechos de la democracia. Se han recordado los sacrificios de los negros por alcanzar la libertad de Cuba. Se ha hablado de Maceo, Rabí y Guillermon,<sup>79</sup> con el propósito de halagarnos los sentimientos y el amor que sentimos por esos libertadores; quizá si con el deseo de que no nos diéramos cuenta de lo que se hacía. ¡Desgraciadamente los hechos tienen más relieve que las palabras! Y los hechos los estamos palpando. Se nos han arrojado dos actas para que nos las disputemos, como una manada de cuervos puede disputarse un cadáver. Y, en nuestra disputa, nos dejan solos. Contad los delegados que hay en el salón. No llegan a la mitad del número que integra la asamblea. Legalmente, no hay quórum. Estamos infringiendo la ley fundamental del partido. Pero esto no le preocupa a los blancos. Se han repartido el botín, y les basta. Para nosotros quedan los despojos, el motivo de discordias, de rencillas, de odios. No. Renuncio a la competencia y a la complicidad. Renuncio mis derechos de candidato.

Se puso el sombrero y le dio la espalda a la asamblea.

Don Plutarco quiso detenerlo.

—Tienes el acta en el bolsillo, Miguel.

—No la quiero.

Se fue.

---

<sup>79</sup>Mayor general José Guillermo Moncada, llamado *Guillermon*.

## CAPÍTULO XXIV

—¿No te lo decía, mamá? Acepté la proposición de don Plutarco por complacerte. ¡Ya ves! Nos trataron como a perros, como a perros sin amos, o como a esclavos. La idea de que aun seguimos siendo esclavos, subsiste en la mente de muchos blancos. Un hombre acostumbrado a sentirse amo, no puede aceptar, de momento, la dignificación de su siervo. Aun cuando quiera creer que “su” esclavo ha dejado de serlo, que es hombre como los demás hombres, con sus mismos derechos, con capacidad idéntica, siempre, ¡oye, mamá, siempre! sus palabras, sus hechos, su vida psíquica reflejarán la persistencia de un criterio que impusieron la costumbre, las ideas de su tiempo, el ambiente y las realidades de la vida diaria. Y solo la educación, nuevas ideas y generaciones nuevas lograrán hacer que desaparezcan los prejuicios de veinte siglos de esclavitud. Y cuando esto suceda será tan insignificante el número de negros que haya en Cuba, que nadie se tomará la molestia de considerar su problema social y político. Y, entonces, por el hecho indubitable de su insignificancia, como factor en la evolución nacional, los pocos negros que queden, serán peor tratados que nosotros. Si hoy se nos permite, a regañadientes, matricularnos en la Universidad, es porque aun somos lo bastante numerosos para rebelarnos. Cuando este peligro haya pasado, los negros no podrán ser otra cosa que *grooms*, barberos, pinches: objetos de lujo en los palacios de los millonarios cubanos. Yo estoy convencido, hace mucho tiempo, de esto que te digo. Tú, no, mamá. Tú eres ingenua, sencilla, ignoras como es el mundo de la puerta de la casa hacia afuera. Si todos los negros fuésemos como tu ¡que felices viviríamos! Yo, carpintero; el otro, albañil; este, sastre; aquél, barbero; ignorantes todos; trabajando con entusiasmo las horas del día, para emborracharnos de noche, entre risas y canciones. ¡Y así siempre; así, un día, una semana, un año, una vida! Y nuestros hijos, por el mismo sendero, con idéntica conformidad, con igual alegría embrutecedora ¡hasta la extinción completa de la raza!

Miguel estaba sentado en un sillón, con los brazos caídos sobre las piernas y el pelo en desorden. Su madre, en un balance, al frente, zurría unas medias y escuchaba sin levantar la cabeza. De vez en vez, la tos cavernosa de Anacleto llegaba hasta ellos,



motivando un leve movimiento de inquietud en Tomasa y una atención expectante en Miguel. Después de algunos minutos de silencio, el médico reanudaba sus razonamientos y lamentaciones, en voz casi imperceptible y sin un ademán.

Cuarentiocho horas habían pasado desde las sesiones de la asamblea, y en ese tiempo se operó una completa transformación en el ánimo del anatómico. Nada, ya, de entusiasmos; nada de vivezas espirituales, ni de dinamismo cerebral para la lucha. Todas estas cosas, que intensifican el ritmo de la vida del hombre, habían cesado de actuar en la personalidad Miguel. A ratos sentía ansias de rebelión, de incorporarse y “asir las columnas del templo”, para sacudirlas. Eran relámpagos de su resistencia espiritual al renunciamiento definitivo de esa idealización inconsciente que se agita en la esperanza de un “más allá” de cada hombre. Duraban un segundo o un instante. Después, el abatimiento tomaba mayores proporciones, y los ojos, fijos en el vacío del pensamiento, no decían nada.

En esta actitud lo sorprendió la llegada de don Plutarco.

—Desde la noche de la asamblea no te veía —dijo el político, aceptando una silla que le diera Tomasa.

—No quiero saber más de política, don Plutarco. Ya sé que no puedo esperar nada de ella.

—No tienes razón, Miguel. Yo te había asegurada un acta de representante y la renunciaste, sin consultarlo conmigo.

—Sí, es verdad; pero mejor es así. No sirvo para político, don Plutarco.

—No estamos de acuerdo. El hombre sirve para lo que quiere, y si tú “quieres” llegarás a ser uno de los hombres más influyentes de la provincia.

—¡Conforme! Pero no quiero.

—¿Y me abandonas?

—Sí, señor. Lo siento por usted; pero es una resolución firmísima.

—¡Caramba! —murmuró don Plutarco llevándose una de las manos a la cabeza para rascarse violentamente. —Tu actitud compromete mi triunfo y el de tu partido.

—Yo no tengo partido, don Plutarco.

—Perdóname, pero tú formalizaste un pacto conmigo.

—Suponga que he muerto.

—No. Tu proposición no me conforma. Los compromisos son compromisos.

—Mire, don Plutarco —repuso Miguel en un tono bastante enérgico—, yo no fui a su casa a buscarlo a usted. Usted vino a la mía. Acepté sus proposiciones por complacer a mi madre. Ella está satisfecha, y me basta.

—Lo lamento, porque esa actitud no hace más que empeorar tu situación. Tú no debes olvidar que yo te he escuchado en estos últimos meses, echándome a cuestras tu reputación muy quebrantada.

—¿Y a recordarme ese favor... viene usted a mi casa, señor Hermosilla?

—¡Nunca! —dijo vivamente don Plutarco. —No trato de humillarte. ¡Al con-



trario! Quiero que recuerdes, sí, los lazos de amistad y compañerismo que nos unen, para que sigamos laborando por el triunfo de la democracia y la libertad, que es el lema de nuestro partido.

Miguel volvió a hundirse en el sillón, y contestó:

—No quiero.

—Mira, Miguel, que te juegas tu porvenir.

—No quiero.

—Si he...

—No hablemos más del asunto —le interrumpió violentamente Miguel. —No quiero ¿Lo sabe usted? No quiero.

—¿Es tu última palabra?

—Sí: la última. No quiero.

—Me conformo... Hasta luego.

Salió.

Aun tiene el descaro de venir a mi casa —murmuró Miguel, asiendo fuertemente los brazos del sillón. —Parece que no está conforme con lo que me ha hecho. ¿Querrá seguir engañándome?

Estuvo excitado algunos minutos. Después se abandonó sobre el sillón, y sus ojos, inexpresivos, miraron vagamente a la calle y a la reja de la casa de don Antonio.

—No quiero saber de nada —continuó en voz baja. —No quiero. Cuanto más lejos de la lucha, menos se acordarán de mí. Y, olvidado, iré viviendo mis días, me iré muriendo poco a poco; pero tranquilo, sin preocupaciones, sin nuevos quebrantos espirituales.

Volvió a sonar la aldaba de la puerta.

—¿Será don Plutarco? —pensó Miguel.

Era el cartero. Traía una carta para Miguel.

—¿Para mí?

—Sí, señor; para el doctor Miguel Valdés Baldoquín.

—¿Para mí? —siguió pensando Miguel, mientras recibía la carta.

—¡Ah...! —exclamó al fijarse en el sobre.

—¡Gabriela!

¡Qué emoción! ¡Gabriela se acordaba de él! Su buena amiga no le olvidaba. Rasgó el sobre. Pero, al sacar la carta, sintió la necesidad de leerla donde nadie pudiera oírlo, y se dirigió al gabinete. Cerró la puerta con llave. La carta decía:

“Habana, Columbia, Abril 18 de 19...

Señor Doctor Miguel Valdés Baldoquín

Bayamo

“Miguel: Hace más de un año que no nos vemos. ¿Tú cuentas los días? ¡Quizá no lo hagas: tú eres así! Temo no verte más, porque mis padres no desean volver a Bayamo,



y tú, tú no has de venir. Sin embargo, te espero. Hace más de un año que te espero. De tarde, subo a la terraza y me pongo a observar a los que dejan el tranvía o a los que vienen de “Buena Vista”. Me parece que un día, una de estas tardes, he de distinguir tu figura entre los muchos hombres que se dirigen, por la carretera, al campamento. ¡Qué alegría! Tú lo sabes. A veces, estoy tocando el piano, o leyendo, o matando lo aburrido de las horas, y me asalta súbitamente el presentimiento de que estás cerca, que vienes, que andas por la carretera o por el enverjado que rodea los jardines de mi casa, y corro al balcón, o bajo las escaleras, o subo a la terraza; y, aunque no te veo, y aunque ha sido solamente una sugestión mía, no puedo separarme del lugar en que me sitúo, esperándote, hasta que mi madre o una criada me llama. Cuando esto me sucede, no paso bien la noche; me molesta que me hablen; los ruidos me crispan los nervios, y los hombres, estos hombres que visitan mi casa y me aburren con sus tonterías, me inspiran repugnancia. Los médicos aseguran que padezco de histerismo, y para curarme combaten mis nervios. Tú, que, más que medico, eres psicólogo, sabrías ponerme buena sin medicinas ni masajes. La histeria es una palabra inventada por los médicos para escudar su ignorancia de ciertos estados psíquicos. Esto, te lo he oído algunas veces, y lo recuerdo ahora, porque, si estoy enferma, no es de los nervios, ni de los músculos, ni de los huesos. Mi histerismo es ese estado de alma que incuba la soledad del corazón. Estar sola, sentirse sola, pensar y soñar en la soledad de un alma que ama y desespera de la compañía de otra alma ¡cómo han de comprenderlo estos hombres que vienen todas las mañanas a mi casa, me toman el pulso, me miran los ojos, me preguntan si he dormido, si me fatigo, si cómo, y, en seguida, como si se tratara del diagnóstico de una liebre benigna, recetan, y recetan, y recetan! A ninguno se le ha ocurrido preguntarme si tengo amigos... si espero algo, si los recuerdos pesan en mi pensamiento. ¡Nada, amigo mío! “Está histérica”, oigo que dicen a mi madre. ¡Y tan satisfechos como quedan, con el aplomo que pronuncian la frase! ¡Y estos médicos son las grandes celebridades de Cuba, directores de clínicas famosas y hombres de ciencia!

“Si pudiera imponerme a mi estado de ánimo, estudiaría medicina, para constituirme en la enfermera de “las histéricas”. ¡Revolucionaría ciertos procedimientos curativos, echando a rodar las reputaciones médicas, que tratan y juzgan los afectos del corazón de la mujer como síntomas de debilidad nerviosa! ¡Cuánto bien haría yo! Pero... ¡no puedo! El tiempo no me alcanza para pensar y aburrirme. Nada me satisface. Nada logra distraerme algunos minutos. El piano, los pinceles, los libros, los periódicos, todo me aburre. Y, si el corazón estuviera contento ¡cómo hay, aquí, motivos para alegrar la vida! Verás: vivimos en la entrada del campamento de Columbia.<sup>80</sup> Mi casa

---

<sup>80</sup>En noviembre de 1898 se inició en Marianao la construcción de un campamento para alojar a las tropas interventoras, en su mayoría oriundos del Distrito de Columbia, en Estados Unidos. Al evacuar la isla el ejército de ocupación, fue puesto al servicio de la Guardia Rural. En 1909 pasó al ejército permanente de la República de Cuba.

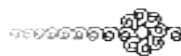




es de dos pisos. Jardines frescos y verdes la rodean. Desde la terraza, el panorama que contemplan los ojos es de una belleza fascinadora. Se columbra el mar, el campo de aviación y el Hipódromo. De noche, el resplandor del alumbrado de la Habana semeja una aurora. Todo esto, que es de una belleza sugerente, no logra distraerme. Tiene, para mí, la aborrecible monotonía de las cosas que no cambian. Es igual a esas carcajadas que la epilepsia arranca a ciertas gentes: siempre es la misma y por el mismo motivo. ¿Habría algo que atormente tanto al corazón?

“Los sábados, de cinco a siete, las visitas llenan la casa. Son “viejos amigos” de mis padres, bayameses en su mayoría, y los eternos aspirantes a las “provincianas... herederas”. Para librarme de estos hombres finjo súbitos mareos, y me retiro a mis habitaciones. Esto contraría a mi padre. El está empeñado en casarme. ¡Si mi padre supiera! ¿No te alegra el corazón esto que digo? ¿Aun vas al cementerio? ¿Y Agustina Pele? ¿Y las flores de la tumba de “Mi hija”? ¿Y todo aquello, todo aquel mundo de mis recuerdos y de tus tristezas, qué se ha hecho? Cuéntame algo. Escríbeme una carta muy larga, muy larga. Escríbeme, sí. No te preocupe lo que tu carta pueda ocasionarme: escríbeme. ¡Ya ves! Lo hago yo. He tardado en hacerlo, pero lo hago. Escríbeme tú. Si, un día de éstos, uno de estos días míos, largos, eternos; uno de estos días que parecen perpetuar la vida en el dolor, te viera aparecer por la carretera; te descubriera en el montón de los que llegan, con tu traje blanco, con tu traje favorito, con el que más me gusta de todos los colores que visten los hombres; mi vista te sorprendiera dejando el tranvía, dar unos pasos después, detenerte, levantar los ojos, para buscar la casa que bosquejo en esta carta y, orientado ya, seguro de tu derrotero, avanzaras por la carretera, buscándome, ¡qué sensación, qué instante, qué dulce la vida! Pero... ¡yo sé que no vendrás, que esto de mi carta es pura fantasía, sueños “neuróticos” o “cosas de histéricas”, como dicen los consagrados de la medicina que me visitan.

“Yo sé que mi carta te ha de alegrar el corazón un momento, pero, después, cuando tu cerebro empiece a maquinarse con el logismo propio de tu inteligencia, lo que en ella te digo ha de causarte más honda tristeza, y ¡quizá sí ni me contestes! ¡No importa! Pero si tú supieras —¡y lo sabes!— qué clase de felicidad me proporcionaría una carta tuya, me escribirías inmediatamente. Hazlo. Cuéntame tus cuitas con la sinceridad que yo te confieso las mías. Cuéntamelo todo. Sé algo de tí, pero quiero saber más. Sé que te emborrachas. ¡Sí, bebe, bebe hasta morir! Así no sufrirás. Y no sufrir es tan difícil en la vida, que renunciar a ella es de aristócratas del espíritu. Yo moriré también. Esta enfermedad mía, que llaman “histeria”, me irá matando, y moriré. Pero antes ¿por qué no vienes? Ven. Aquí, desde esta eminencia que rodea el panorama más lindo de Cuba, los dos, de brazos, como cuando éramos niños, paseábamos por el cementerio y, en silencio, parecía que nos deslizáramos por los senderos que bordean las sepulturas, iríamos a la playa y, de incógnito, como dos grandes duques rusos o dos lords ingleses, contemplaríamos una puesta de sol, o, desde la terraza, en la noche



sin ruido, el centelleo del faro sobre la inmensidad de los mares. ¿Tú no has pensado alguna vez en esto? Piénsalo, ahonda en la misteriosa fascinación de esta leyenda que forja mi espíritu, y te convencerás de que hay momentos que valen el “sacrificio” de la vida, si la vida valiera algo.

.....

“Mi padre empeora cada día que pasa. Ha sufrido dos ataques de parálisis, y del último quedó inútil para caminar. La pierna y el brazo derechos no los puede mover, pero sus ojos son más expresivos que antes. De momento fija sus pupilas en mí y, o se le inundan de lágrimas o se le brillan con una mortificante penetración rencorosa. A veces, pasa algunos días en un quietismo que nos desespera, y, de pronto comienza a hablar de tí y de que tú quisiste envenenarlo. Dos veces intenté defenderte, pero me insultó, acabando por pedirle a mamá que me obligara a retirarme de su presencia. No me enfado, no. Hago ya, como tú: ¡me es indiferente todo!

“Mi padre tiene una idea fija: casarme. Todos sus pensamientos giran en torno de ese punto. ¿Lo conseguirá? Contesta tú. Tú sabes también mejor que yo de estas cosas.

“Nada más. No tengo nada más que decirte”.

Gabriela

Miguel aventó los pulmones en una inspiración profunda, fijó la vista en los cristales de la mesa de operaciones y ¡volvió a leer la carta! A ratos levantaba la cabeza, con los ojos muy abiertos, fijos en la ilusión que describía la carta, y reanudaba la lectura. Horas y horas, con los pliegos en las manos, leyendo y meditando, estuvo encerrado en el gabinete. ¿Qué clase de sensaciones eran las suyas? ¿Qué le había dicho al corazón la carta de su amiga? No era fácil adivinar nada: su fisonomía no había cambiado. Ni un gesto, ni una palabra, ni ese movimiento instintivo que deja prever la intención de una idea: ¡nada! Quieto, silencioso, como hundido en la abstracción que momifica el pensamiento, permaneció mucho tiempo. Al cabo, dobló la carta, la guardó en un bolsillo y abandonó el hogar.

—Dame una botella de ron —dijo al dependiente de una cantina.

Salió. En la calle, de regreso a su casa, al encontrar un conocido, advirtió que andaba en mangas de camisa. Lo advirtió porque quiso esconder la botella debajo del saco. Este descubrimiento, prodújole gran zozobra y le obligó a acelerar la marcha, a mirar a uno y otro lado, a demostrar esa inquietud que sienten los que realizan un crimen o una acción que reprueban “las buenas costumbres”. Para no ser reconocido nuevamente buscó las calles oscuras y entró a su casa con una manifiesta expresión de descontento en los ojos.

Eran las diez de la noche. Anacleto tosía, revolviéndose insomne en la cama. Tomasa, con las medias zurcidas sobre las piernas, roncaba apoyada en el respaldo del balance. Solamente Sofía reparó en el médico.



—Cierra —le dijo Miguel. —Llama a mamá y acuéstate.

Se dirigió a su cuarto. Parado ante la cama, como si deliberara, permaneció durante unos segundos. Luego, encendió una vela que puso sobre la mesa de noche. Se acostó boca arriba, con la carta en las manos. Y, leyendo, quieto, sin pestañear, dejó pasar el tiempo, casi toda la noche. Cuando el pabilo de la vela chisporroteaba, consumido, y la llama languidecía más y más, volvió la espalda a la puerta, puso la carta debajo de la colchoneta y se llevó a los labios la boca de la botella.

## CAPÍTULO XXV

—Parece un sonámbulo —murmuró don Epicuro, señalando a Miguel, que pasaba, calle arriba, frente a El Liceo.

—Ese es un bandido —rectificó Armando.

—Un hipócrita —dijo Cadenas.

—Yo —agregó don Enrique, —ni me acuerdo que existe. Por ahí lo encuentro borracho todos los días, y le dejo la calle para no verlo de cerca. ¡Tanto asco me produce!

¡Ni en la desgracia inenarrable del vencido negro, le compadecían los hombres de piel blanca, de pelo lacio, de ángulo facial de cuarenticinco grados, de alma negra!

¡Y Jesucristo fue blanco!

¡Y el número de los apóstoles que sacrifica su vida buscando el bacilo colérico, el agente trasmisor de la fiebre amarilla,<sup>81</sup> el talón vulnerable del microorganismo de Koch,<sup>82</sup> aumenta cada día!

¿Vale la humanidad el apostolado de un hombre bueno!

¡Y el Cristianismo está en pie todavía!

Miguel se perdió en la sombra a lo largo de la calle. Sonámbulo y triste: así era su vida, así pasaba los días y las noches, como en un eterno ensueño inconsciente. De su casa al cementerio, del cementerio a la ronda nocturna de las calles, mientras llegaba la hora de dormir, para abrazarse a la botella de ron, como al busto... de la mujer amada. ¡Así era su vida! “Borracho”, “bandido”, “hipócrita”, “negro”; le era igual una que otra cosa. ¿Para qué una significación cuando se ha renunciado a todo?

---

<sup>81</sup>En 1881 el sabio cubano Carlos Juan Finlay Barrés descubrió que el mosquito *Aedes Aegypti* era el agente transmisor de la fiebre amarilla, una enfermedad infecciosa aguda potencialmente epidémica que se caracteriza por fiebre de grado variable, ictericia, hemorragias y albuminuria en ocasiones intensa. En 1908 la enfermedad fue erradicada de Cuba.

<sup>82</sup>Robert Koch, médico alemán que descubrió el bacilo de la tuberculosis en 1882; el bacilo del cólera en 1883 y desarrolló los postulados de Koch, que establecen las condiciones para que un organismo sea considerado la causa de una enfermedad. Recibió el Premio Nobel de Fisiología y Medicina en 1905 por sus trabajos sobre la tuberculosis. Es considerado el fundador de la bacteriología.



La carta de Gabriela le retuvo en la casa durante cinco días, sumido en una especie de ensoñación contemplativa. Después, rompió la carta y quiso olvidarla. Y para olvidar aumentó la dosis cotidiana de alcohol. Se levantaba tarde, a las doce o a la una del día, cargada la cabeza de ese marasmo doloroso y embrutecedor que acumula la borrachera en las células cerebrales. Bebía agua, mucha agua, y, antes de almorzar empinaba la botella, la empinaba siempre, obedeciendo a la costumbre o empujado por el determinismo que mantenía latente la fuerza de destrucción y aniquilamiento que le iba matando. De tarde, se dirigía al cementerio y, de rodillas en la tumba de “Mi hija”, regaba las flores. Luego encaminaba sus pasos al banco de cemento donde se había sentado junto a Gabriela y ocupaba el mismo sitio que su amiga le había indicado la primera vez. Allí, con la vista fija en una cruz o en el espacio, esperaba que Mestro Angulo le invitara a salir. Del cementerio iba al parque; del parque, a vagar por las calles, hasta la hora de dormir. Así, todos los días y todas las noches. Ya tenía los párpados hinchados. Ya había torpeza en sus movimientos. Ya el estómago se había acostumbrado a no recibir alimentos. ¡Ni la comida, ni el cementerio, ni la vida eran cosas que preocuparan al “sonámbulo”!

Cuando se “quiere” y se “lucha”, se finge un acomodamiento discreto a las exigencias del mundo, y se atiende a la renovación de las fuerzas físicas e intelectuales.

Pero Miguel no “quería” nada, ya. No quería, porque sus deseos y el de los suyos, jamás alcanzarían la sanción de los hombres blancos. ¿Para qué pensar y vivir?

—Sí —monologaba: —el que está contento, ríe; la risa es una necesidad fisiológica. El que vislumbra una posibilidad de triunfo, lucha; la lucha es la más categórica afirmación de “querer”. Los negros, ni están contentos ni luchan. No quieren nada: unos, porque no habiendo descubierto ni la más leve aspiración en sus padres, creen que ellos no deben tampoco aspirar; otros, conscientemente, por reflexión. Sin embarco, a veces, ríen con carcajadas estruendosas, delirantes o con esa sonrisa que Voltaire<sup>83</sup> subrayaba su ironía.

Y recordaba las veces que, paseando en el parque, había visto los bancos llenos de jóvenes de su raza, callados, graves, como si pesara sobre ellos la pesadumbre de un dolor recóndito. Los había visto dirigirse, en grupos, a las mesas de un café y, sin más motivo que la necesidad interior de no pensar, beber, ¡beber con sed insaciable! Y, ya borrachos, ya inconscientes, presas de la locura del alcohol, coger una guitarra y un coche, para desbordar el corazón en lánguidas canciones, baladas de ensueño y añoranzas, tristes siempre, siempre impregnadas de ese fondo de melancolía congénita de la raza, predestinada a desaparecer. La visión era clara, precisa, inconfundible. Miguel no podía engañarse. Cuanto más ahondaba en la realidad, más dura le parecía, más imposible el porvenir, más pesada la carga. ¡Y con qué poca cosa había para contentar a los suyos! Algo de altruismo, una dosis de

<sup>83</sup>Francisco María Arovet, llamado *Voltaire*.



benevolencia y admitirlos como concurrentes, en una proporción mínima; en tan escasa proporción que sólo los incansables y los de capacidad excepcional podrían llegar a la cumbre de sus aspiraciones. ¡Bien poco bastaba a la conformidad de los suyos! Y así, con este unilateralismo de falsa apariencia, en vez de borrachos, de tristes embrutecidos, de poligamia y poliandria, de miseria abyecta e irredimible, habría hombres laboriosos, tenaces luchadores, un nivel moral más elevado y una confraternidad hermosa y cristiana.

Después de estas largas meditaciones, a solas con su conciencia, el ron tenía para él un grato sabor de elixir que embota la sensación de una neuralgia. Se emborrachaba con el ansia que un hambriento toma un poco de sopa. Sin alcohol se habría vuelto loco en veinticuatro horas.

Los más de los hombres toman por el placer de emborracharse o, porque, demasiado débiles de voluntad, no pueden sustraerse a la fascinación perversa de una tras otra copa. El médico, no: bebía por necesidad, por temor a la locura fulminante, al *krac* de la inteligencia, que lo sumiera en ese abismo de sombras que se descubre asomándose a las pupilas inexpresivas de los que hablan y gesticulan remedando la monotonía inalterable del rezongar de las olas. A veces dejaba de beber una noche, y al día siguiente, en la plenitud de sus facultades, la realidad, los recuerdos, los presentimientos, echábanse de tal manera sobre su corazón de vencido que, borracho de dolor y de tristeza, predispuesto su organismo a la congoja atáxica y al llanto, se tiraba en la cama a llorar, como el niño que llama a su madre y le responden el vacío y la soledad. Y borracho con alcohol, también lloraba. Lloró, un día, que su padre lo sorprendió con la botella en la boca. El reproche paterno le recordó sus ilusiones de niño, la biblioteca de su amiga, sus juegos infantiles: todo el mundo de bellas esperanzas, concebidas al calor del estímulo y cuando la experiencia y esa sonrisa de bondad escéptica que hay en los labios de los viejos, eran solamente *requintintin* molesto de las “gentes mayores”, para impresionar a la juventud. La voz de su padre, solemne y grave, casi sin ruido, le llenó el alma de tan amarga pesadumbre que no supo más que llorar.

Una noche, cuando los gallos cantaban la madrugada, oyó:

—¡Pobre hijo mío!

La borrachera no pudo impedirle que la voz llegara a sus oídos y le agarrotara el corazón. ¡Qué extraño le pareció lo que oía; qué lejos; qué angustia en el alma de la queja! Sentóse en la cama. La estancia estaba iluminada. En un rincón, ante una estampa de la virgen Santísima, ardía una vela. Miguel quiso mantener los ojos abiertos, levantar la cabeza, ver, oír algo más. No pudo. Volvió a escuchar:

—¡Pobre hijo mío, Dios mío, Señor de las Alturas, sálvale!

Miguel se conmovió bruscamente. Había conocido la voz de su madre. ¡No, ni el alcohol, ni la locura, ni la muerte misma podrían impedirle que reconociera aquella



voz, la misma que le arrullara en la cuna y le consolara de hombre! Atontado, sin tino casi; pero, como si una potencia más grande que la de la vida le hubiera levantado, asióse con una mano a la baranda de la cama, con la otra se levantó el párpado del ojo izquierdo y empezó a ver. No se había engañado: allí estaba su madre, su pobre madre, de rodillas ante la cama, con un rosario en las manos, la plegaria en los labios, Dios y su hijo en el corazón, inundada de llanto, blanca de canas la cabeza, doblada bajo el peso de los años. ¡Su pobre madre! Sintió que algo le ahogaba la garganta, que una tenaza le apretaba el corazón, que el alma se le iba, que se volvía loco, que moría, y quiso gritar, con gritos retumbantes, inmensos, estentóreos que, conmoviendo el Universo, llegaran al corazón de aquel Dios que su madre invocaba con el rosario en las manos. Pero... sus labios no se movieron, y cayó sobre la almohada, murmurando:

—¡Mamá, me muero: perdóname!

E, inmóvil, con los ojos abiertos ahora, las pupilas fijas en la llama de la vela, empapó de lágrimas las sábanas. Sintió que la boca que tantas veces lo besara, volvía a besarlo; que las canas adoradas le rozaban la frente: que las manos de suavidad de ternura le apretaban las mejillas.

—¡Mi hijo, mi pobre hijo. No llores. Mírame: yo no lloro!

Y era mentira. Temblaba la voz de la anciana. Su llanto, gota a gota, ardiente, incontenible, caía sobre los ojos inexpresivos del borracho.

¡Noche tormentosa e inolvidable! Miguel, presa de pesadillas horribles, saltaba a ratos como si sintiera botones de fuego en todo el cuerpo; o, con mansedumbre de siervo medioeval, murmuraba:

—¡Mamá, mamá!

Así toda la noche, hasta las primeras horas de la mañana, que se sumió en un sueño profundo y largo.

## CAPÍTULO XXVI

Cuando el sol empezó a levantarse a lo lejos, como la esperanza de los luchadores que presienten la realización del ideal perseguido, era otra el alma que rondaba bajo el techo de la casa de Miguel. Todo, de puertas adentro, zozobraba en un silencio de abandono y quietud incommovible, como si la recrudescencia del dolor milenario de la raza esclava paseara la sombra de un sudario por salas y aposentos. De fuera no entraba más que un poco de luz, que languidecía, penumbrosa, en los ángulos de la sala y en el interior de las habitaciones. Como sola, muy sola, la casa donde se incubaron sueños de reivindicación, parecía querer inmovilizar el aire que la llenaba, para que el olvido sellara la tragedia íntima de sus moradores. ¡Tal la desolación que siguió a la noche angustiosa de Miguel! ¡Tal el silencio, roto, a intervalos, por el vuelo de una mosca, el crepitar del pabito de la vela que ardía aún ante la imagen de la virgen Santísima o el bronco ronroneo del pecho de Anacleto!

Miguel, sentado en un balance, delante de la cama, percibía dificultosamente los ruidos. El embotamiento de su sensibilidad auditiva era más acentuado; pero vigilaba, como para no perder el más insignificante barrunto de vida que se agitara en torno suyo. Estaba a medio vestir, sin medias ni camisa, y el pelo le caía en largos mechones sobre los ojos. A cada golpe de tos de su padre cambiaba de posición y se le iluminaban las pupilas con metalescencias brillantes. De vez en vez levantaba la cabeza para fijar la vista en la puerta que daba a la sala, como si esperara algo: ¡quizá a su madre, quizá esa solución definitiva que ansían los tristes y los enfermos incurables! En actitud expectante unos minutos, erecto el tronco y alerta la mirada, volvía a desmayar el cuerpo tan pronto cesaba el indicio que lo había erguido. Y, lento, con la lentitud de un émbolo oxidado, su cerebro empezaba a batallar por representarse el panorama del pasado, la vida de los hombres que habían podido imponerse al medio, afirmando el triunfo de un propósito, y concluía por tomar la resolución de no emborracharse otra vez.

Estos esfuerzos imaginativos le extenuaban algunos minutos, y, nuevamente, la torpe pesadez de los músculos y de las células cerebrales lo postraban en una sopor-





ridad tranquila, en cuyo estado, el latido irregular del pulso y una leve respiración eran sus únicas sensaciones de vida. Al reanimarse, quería como las veces anteriores, realizar el impulso de ponerse en pie, vestirse, darse un baño y caminar por las calles, por las orillas del río o por los senderos del cementerio, solo, callado, sin más amigos ni confidentes que la inmensa serenidad de la noche. Pero ¡pedía tanto su pensamiento: estaba tan quieto en aquel balance, con la cabeza echada atrás, con los brazos sobre las piernas y el tronco como empotrado en el respaldo, que no podía precipitar el momento resolutivo! En esta lucha le sorprendió la hora del almuerzo y, por no levantarse, no fue a la mesa. No sentía ganas de comer. Agua, mucha agua, un chorro interminable de agua helada, era lo que le pedía el estómago. Para hundir el cuerpo en un tanque de hielo, cuya superficie le quedara a la altura de la boca, sí se habría arrancado del balance. Para satisfacer este deseo, no hubiera pensado un segundo el esfuerzo de ponerse en pie.

—¡Agua! —repetía mentalmente cada media hora. —Agua, agua.

Y, como un autómata, extendió un brazo y cogió una botella que guardaba debajo de la almohada. Se la llevó a la boca y esperó, largo tiempo, el milagro de una gota de ron. ¡La botella estaba vacía! Fracasado en sus deseos de borracho, pensó en el propósito hecho de no beber más. Recriminó su vicio, su debilidad ante la tentación y... lentamente, como otras veces, el sopor le inmovilizó el pensamiento, y cerró los ojos.

A las tres de la tarde descubrió a Tomasa y Anacleto parados frente a la cama. ¡Qué impresión! Quiso incorporar el busto, extender los brazos, estrechar a sus padres; pero, emocionado, presa de remordimientos, cayó sobre las almohadas, sollozando:

—¡Sí, soy malo. No merezco compasión ni cariño. Lo sé, lo sé hace tiempo, y por eso quiero morir. Sí, mamá; yo, ya no sirvo; no valgo nada, madre mía!

Y siguió sollozando, agitado por convulsiones intermitentes.

Después, vuelto a la inmovilidad y al silencio, percibió unos sollozos que no eran suyos y, brusco, de un salto, se incorporó; y sus ojos miraron con esa expresión de idiotismo que sintomatiza la locura.

Su padre, grave, quieto, con las manos cruzadas sobre los riñones, le miraba también con fijeza absoluta. Pero en las pupilas de Anacleto titilaba un dolor recóndito, de entrañas estranguladas.

¡Qué confesión en sus ojos; qué desilusión en su semblante, marchito, cansado, triste; qué congoja en sus lágrimas silenciosas, sin un gesto, sin una palabra, sin un sollozo!

Tomasa ¡sí sollozaba, sí tenía el rostro contraído! En su llanto había esa desesperanza de las madres que ven la muerte rondando el lecho de sus hijos. Había en sus ojos el terror contenido que se sufre, que se siente, que estrangula.

—¡Mi hijo! —murmuraba.

¡Y su cabeza aparecía más blanca; su cuerpo, más encorvado; sus manos, más temblorosas!



—Óyeme, hijo mío —le dijo Anacleto, dominando la emoción que le embargaba: —Yo quisiera que te casaras, tuvieras un hijo y lo vieras en el estado que yo te veo, hoy. Si tú tuvieras un hijo que hubiera dormido en tus brazos, crecido a tu lado y, ya hombre, apto para la vida, realidad de tu esperanza y de tus ilusiones, cayera de pronto, con la rapidez que el huracán derriba casas y destruye bosques, en el estado que tú te encuentras, ¿podrías saber por qué está blanca la cabeza, por qué llora siempre, por qué aún hay lágrimas en los ojos de tu madre! No deseo hablarte de mí. ¡Pero tu madre, tu pobre madre, no quiere ni puede comer! Cuando levanta el cubierto para tomar un bocado, abre la boca y no hace otra cosa que exclamar: “¡Mi hijo, mi pobre hijito!” ¡Y se le cae la comida, y se le caen las lágrimas, y se le cae la vida que te entregó sin pedirte garantía! ¡Tu madre, tu madre, hijo: lo más grande y hermoso del mundo, la única fortuna que no mengua! ¡Ella daría su vida por tu felicidad! Si hubiera una fuerza que redujese el universo a una proporción manejable, tu madre lo precipitaría a los abismos del Infinito por verte dichoso. No seas malo, hijo mío. Compensa a tu madre. ¿Qué menos puedes hacer que compensar el sacrificio que se te ofrece?

Mañana no habrá un pedazo de pan para estos ancianos que lo dieron todo por su hijo. Mañana, cuando tu madre me vea tambaleándome, exhausto, podrá decir: “Yo tengo un hijo que puede dar de comer a su padre; yo tengo un hijo a quien di todos los recursos que pude haber guardado para éstos, mis últimos años. Y mi hijo nos deja morir de hambre”.

—¡Basta, papá! —exclamó Miguel, con las sábanas entre los dientes, para ahogar el grito que le salía del alma.

Un violento acceso de tos conmovió toda la cavidad torácica de Anacleto. Como añoso roble, sacudido por el vendaval, el dolor redujo a nada el *tour de force* que mantuvo erecto al anciano, y cayó sobre el balance para llorar su desventura. Lloró mucho, mucho, tanto que, al levantar la cabeza, la habitación estaba inundada por las primeras sombras de la noche. Se incorporó, acercóse a la cama y, con trémulo acento, dijo a Miguel:

—Es necesario que tú hagas algo porque nuestros últimos días no sean de miseria y hambre. Me parece que puedes hacer lo que te pido. No por mí, sí por tu madre: una visita, un día; una pequeña cura, otro; nada, una insignificancia.

—Nadie me llama, papá —contestó Miguel. —Nadie quiere saber de mí. Dicen que yo mato a los enfermos.

—No, hijo. ¡Cómo han de decir eso! —protestó Tomasa.

Miguel, rendido de sueño y cansancio, escuchaba y respondía maquinalmente, deseoso de estar solo, de no mover un brazo ni oír una palabra.

—Déjenme —dijo—, y se puso una almohada en la cabeza.

En vez de ganas de llorar, experimentaba la necesidad de complacerse en el mal que suplicara a una persona. Hubiera gozado en aquel momento viendo el dolor



retratado en el rostro de alguien, en el de Sofía, o en el de su padre. Sí, que sufrieran, que sufrieran todos: su madre, su padre, Sofía, el mundo entero.

A las siete y media de la noche sus sentimientos habían cambiado. Se sentía nostálgico; le asediaban añoranzas de felicidades remotas, de tiempos lejanos.

Estaba tendido boca arriba, con las pupilas inmóviles y el cuerpo en completo abandono. De pronto sintió impulsos de levantarse, volver al cementerio y apurar una copa de ron. Quedó sentado, quieto, los pies sobre las baldosas y el pensamiento fijo en la visión de la tumba de “Mi hija”.

Luego, poco a poco, como cataléctico que “resucita”, fue dilatando la mirada, alargando las pupilas, y el recuerdo de Gabriela se apoderó de su cerebro. Completamente transformado, vibrante de emoción, parecía acechar el milagro de una luz en medio de las tinieblas que lo envolvían.

Esperó inútilmente. ¡Inútilmente también el pujo de energía epiléptica! Se le aflojaron los nervios, dobló el tronco y, afligido otra vez, rompió a llorar.

—¡Gabriela! —murmuró, tirándose al centro de la cama.

A las cinco de la mañana estaba despierto y en disposición de abandonar el lecho. Sentía menos cansancio, y recordó la escena con sus padres. Apenado hizo nuevo juramento de abstinencia completa; pero, inmediatamente, sin que pudiera evitarlo, sus manos buscaron la botella en la cama. ¡Nada! La botella había desaparecido. Se tiró al suelo y registró los rincones, el armario, las gavetas de la cómoda, la habitación entera.

—Iré a una tienda —dijo, comenzando a vestirse.

Vestido, sintió pasos que se dirigían a la puerta de su cuarto. Corrió a esconderse. Experimentó la misma impresión que asalta a los criminales cuando aun tienen las manos tintas de sangre.

—No, yo no soy —murmuró.

Tomasa lo encontró sentado.

—¿Vestido, hijo mío?

—Sí, mamá.

—¿Y cómo te sientes?

—Bien.

Fijó la mirada en los ojos de su madre, temeroso de advertir en ellos el descubrimiento del acto que iba a realizar. Se tranquilizó. Tomasa le traía café y no intenciones de inquirir las interioridades de su pensamiento. Pero, deseando alejar todo indicio que pudiera dar origen a una sospecha, volvió a comprometerse mentalmente a no beber más ron. No, no bebería ni una gota más. El ron era un veneno. Lo sabía, lo había estudiado; había observado los efectos del alcoholismo en los hospitales y en los cadáveres de estudio.

—No, mamá —dijo, levantando la cabeza para mirar a su madre. —No beberé más.



Y se llevó a la boca la taza de café. Sorbía despacio, cuidando de que el temblor de la mano no vertiera el líquido. No pudo conseguirlo. Varias gotas mancharon de oscuro las sábanas. Contrariado, redobló la atención; pero otro derrame venció su resistencia y la taza se le escapó de los dedos.

Se abrazó a su madre para llorar.

—Estoy muy enfermo, mamá —la dijo. —¿Tú ves cómo me tiemblan las manos? ¡Así comienza el período agudo de la alcoholización! Yo he bebido mucho. Me he consolado con alcohol. Pero no beberé más ¿Sabes? ¡No beberé más!

Se había reanimado un poco, esforzándose por caracterizar la firmeza de sus últimas palabras. Mas, en seguida, por una transformación violenta, volvió a caer en la semi-imbecilidad que era, ya, su estado normal. Y dejó de oír los ruegos de su madre y la tos bronca de Anacleto. Todo, en torno suyo, perdió su significación de vida. Así, embrutecido, estuvo hasta las once de la mañana. Dominado súbitamente por el deseo de emborracharse, dióse a buscar una botella. Un minucioso registro le convenció de que no había una sola gota de alcohol al alcance de sus manos, y se propuso salir a buscarlo. Al franquear la puerta del cuarto se encontró los ojos de Anacleto que le miraban fijamente, con mirada inquisitiva, de análisis. Miguel retrocedió, asustado, temeroso, presa de un nerviosismo aniquilador.

—Ven, Miguel —le dijo su padre, alcanzándole al borde del lecho.

Lo condujo a un balance de la sala.

—Siéntate. ¿Adónde ibas?

No contestó Miguel. No quiso pronunciar una palabra. No volvió a hablar en muchos días.

A veces, de mañana, al abrir los ojos, sentía ansias de beber. Automáticamente, la fuerza de la costumbre lo empujaba a la sala, en busca de la puerta de la calle; pero siempre, uno y otro día, y otra noche, encontraba los ojos de su padre, que le miraban con muda interrogación, y volvía a la alcoba, mohíno y afligido, mirando con recelo hacia la puerta, como si temiera la presencia de las pupilas amenazadoras. Fueron tantas las veces que encontró a su padre, que, al despertar, con la necesidad anatómica de beber alcohol, acudía a su mente la mirada escrutadora de Anacleto: veía los ojos de su padre en todas partes, en lo alto de la techumbre y en las colgaduras del mosquitero. Los ojos terribles, muy abiertos, grandes, lo perseguían como una sombra de la idea de beber. Y nació en su corazón un odio invencible hacia las botellas, en cuyo fondo, como la última gota de ron, parpadeaban dos ojos, que eran como los ojos de su padre; dos obstinadas pupilas que rodaban lentamente por las paredes de vidrio hacia el estómago. Y odió el ron, las botellas y los vasos; odió todas las vasijas donde había visto un poco de alcohol. Para beber agua utilizaba una jícara. Y este odio duró muchos meses en su corazón. Cesó solamente cuando la inteligencia, algo restablecida, pudo mostrarle la realidad de las cosas. Entonces,



una orla de tristeza circundó sus ojos. Si reía, su risa no pasaba de la boca; si hablaba algo alegre, había en su voz un sutilísimo dejo de honda melancolía espontánea y corrosiva. Pero en tan pocas ocasiones plegaba los labios con una sonrisa, que su madre hubo de quejarse frecuentemente de la gravedad de su comportamiento en todos los instantes. Quería ella ver, en el rostro de su hijo, la alegría del corazón, el contento de la vida y la esperanza: ¡cosas imposibles que no volverían jamás a animar la existencia del vencido!

Miguel se entregó de nuevo a la meditación. Otra vez, el problema de su raza, el “¿qué harían?” para arrancar del alma el eterno sollozo que no asomaba a los labios, ocupó puesto preeminente en sus meditaciones. Quiso encararse a la realidad ambiente para observar si era posible un contrato que hiciera más humana la situación de los suyos. Ahondó, con los recuerdos, en los procesos de todos los servilismos, y la Historia, ese libro escrito para encomiar crímenes y oscurecer virtudes, acabó con su última esperanza.

—¡No hay una solución! —dijo un día. Y se propuso no pensar más en lo que era una consecuencia irrefragable de factores invencibles. Entonces derivó la atención de su pensamiento hacia su persona, hacia sus cosas íntimas. El espejo le dijo que algunas canas, intrusas y avizoras, matizaban su cabeza; que su rostro estaba marchito, y que las huellas del vicio a que se había entregado no desaparecerían jamás. Sin embargo, intentó reconstruirse, ser lo que había sido y dar a su cuerpo la hermosura varonil de los veinte años.

Una tarde, vestido con traje de paseo, se asomó a la puerta de la calle. Era una tarde de verano, luminosa, limpia. Se percibía, a ratos, la vibración sonora de la vida de las cosas.

Frente al panorama magnífico del mundo, el médico se preguntó, cuánto tiempo había vivido en la sombra, cuántos años habían desfilado sobre su vieja aldea, mientras él, luchando con la muerte, no pensaba en nada.

Echó a andar. Iba de prisa, emocionado, inquieto. Bayamo cambiaba rápidamente. Había casas nuevas, gente nueva, vida nueva; luz eléctrica, automóviles; más coches, más mujeres.

—¡Mujeres!

La evocación de la que él tanto amaba le contrajo el entrecejo y detuvo los pasos.

Fue un momento nada más. Repuesto, siguió, monopolizado en seguida por el espectáculo callejero. A trechos, se detenía para gozar la intensa emoción de sentirse libre. ¡Libre! Era la resurrección de su vida, del pasado, limpio de sombras y congojas; un retorno, con la experiencia de lo que es la muerte y la fría sensación de la sepultura, a la plenitud de las visiones de la esperanza.

Al doblar una esquina, encontró dos viejos conocidos: Aniceto Cadenas y Luisito Amado. Paseaban en coche.



—¿No decían que ese estaba loco? —preguntó Aniceto.

—Sí, lo decían.

Estas palabras quedaron vibrando en los oídos de Miguel como la primera campanada hostil del vasto campanario de la aldea. Y otra forma del pasado: la injuriosa, la intransigente, la perversa, surgió del fondo de la memoria para guindar un crespón oscuro en los cendales diáfanos de la tarde feliz del médico. Contrajo el rostro, le brillaron las pupilas y bajó la cabeza. Así, preocupado, rencoroso, siguió andando con paso lento. Ya, nada de alegría en los mirajes, nada de tintes sonrosados en los horizontes, nada de regocijantes consolaciones interiores. ¡La vida en toda su desnudez, la vida tal y como era: risa en unos; lágrimas en otros; omnipotencia en los menos y humilde servilismo, en los más!

—¿Habrá optimistas —dijo— que se forjen la justicia sin un puñal tinto en sangre y una fría indiferencia al sollozo? ¿La vida no se alimenta de la vida?

Este razonamiento predispuso su ánimo a la congoja, e instintivamente fue apartándose del centro de la ciudad, como si huyera. Se detuvo ante el mostrador de una tienda.

—Dame ron —dijo a un dependiente.

Levantó el vaso, lo acercó a la boca, brilló en sus ojos el ancestro de la raza... ¿Bebería?

—¡No...!

Salió. Caminaba sin rumbo, gesticulando, hablando en voz baja. Súbitamente se encontró frente a la puerta del cementerio, y retrocedió asustado.

—No, —dijo otra vez.

Regresó a su casa, tiró la puerta tras de sí y se refugió en la cama presa de un temblor febril.

## CAPÍTULO XXVII

Tomasa y Anacleto se alarmaron.

—¿Qué es, hijo?

—¿Qué te han hecho por ahí?

Miguel se echó una almohada sobre la cabeza.

—¿Te sientes enfermo? —insistió Tomasa.

—No, —repuso Miguel.

—Pues levántate. Vamos a comer.

—No quiero.

Los ancianos guardaron silencio, esperando una explicación que su hijo no quiso darles. Protestó Tomasa:

—No sé qué fuiste a buscar a la calle. ¡Tan bien como estabas!

—No me ha sucedido nada. ¿Ves?

Se incorporó para que su madre lo viera.

Al otro día halló ridículo y pueril lo que había hecho. ¿Huir? ¿A quién? ¿Por qué? Y mientras así pensaba, se vestía para volver a la calle. Lo atraían el sol y el movimiento del arroyo, el ir y venir de la gente. Parado en la acera, dispuesto a caminar en cualquiera dirección temió encontrarse con Aniceto Cadenas u otro de sus enemigos. Para evitar esta posibilidad tomó por el callejón de Tienda Larga,<sup>84</sup> hasta el río.

En un remanso, semiculto por el follaje de un guayabal, bañábase un grupo de mujeres. Eran las “señoritas” del pueblo. Iban al río, mujeres ya, como habían ido siendo niñas. Antes, algunos años antes, no había acueducto ni duchas en Bayamo. Cuando se instalaron las duchas, las mujeres continuaron yendo al río. Era la costumbre. Al río fueron sus padres. ¡Natural que las duchas no pasaran de ser, para ellas, un “lujo” más en los hogares! Eran diez o doce muchachas, rubias en su mayoría. Intentaban cubrirse el cuerpo o disimular su desnudez con un camisón blanco y transparente. Algunas enseñaban los senos, las piernas, la corona de los hombros. A todas se les descubría la línea de las caderas y los muslos.

---

<sup>84</sup>Calle Tristán de Jesús Medina.



—¡Un hombre! —exclamó una de las muchachas.

Hubo un pequeño pánico. Corrieron, zambulleron, se ocultaron detrás de los ramajes.

Miguel, apenado, apresuró el paso; pero tuvo que volver la vista varias veces, provocado por las “señoritas”.

—¡Las mujeres! —murmuró, acercándose a un joven que pescaba con una caña de bambú. ¡Hasta en aquellos apartados parajes lo seguía el motivo fundamental de sus tristezas.

—¡Las mujeres!

El pescador levantó la vara con una biajaca prendida del anzuelo.

—¿Ha pescado mucho? —quiso saber el médico.

—Quince, con ésta.

Miguel se arrellanó sobre una piedra atraído por el espectáculo, y a los veinte minutos, ya tenía la vara en las manos, dispuesto a realizar el aprendizaje de pescador.

Sacó una biajaca pintada de negro.

—¿Me deja pescar otra? —preguntó alegremente.

—¿Cuántas quiere usted?

Estuvo pescando hasta muy tarde del día. Regresó a su casa con el propósito de volver a la mañana siguiente provisto de una caña y anzuelos.

Fue su oficio desde entonces. Se levantaba a las cinco y volvía a su hogar después de las tres de la tarde.

Una mañana sufrió una contrariedad grandísima. Llovía, y las aguas turbias inundaron las riberas del río. Imposible pescar ni aproximarse a los barrancos, que la corriente impetuosa socavaba a grandes trozos.

A la crecida sucedió una llovizna pertinaz y lenta que duró una semana. Miguel tuvo que encerrarse y esperar. Y encerrado, le asediaba la nostalgia del sol, del canto de los pájaros y de la verdura de las márgenes del río. Sintió otra vez deseos de beber, e instintivamente, por un resurgimiento atávico, sus manos buscaban algo debajo de las almohadas, en el mismo lugar donde acostumbraba a esconder la botella. Repetía el registro con una frecuencia inusitada, y al cabo de algunas horas de inútiles pesquisas o de esperar la realización de lo que no iba a suceder, encolerizábase, daba puñetazos a la cama o apretaba las mandíbulas, fieramente. Una tarde, este malhumor se transformó en tristeza profunda: ¡no había un trozo de pan para comer en su casa!

—¡No tenemos nada, hijo mío!, —le informó Tomasa.

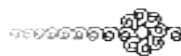
Y seguía lloviendo, y las calles estaban llenas de agua y fango, y el cielo cubierto de nubes. Miguel sintió como un animalucho, un extraño animalucho de alas de murciélago, de cráneo blanco, de esqueleto blanco y largo, se agrandaba del umbral hacia adentro. Era el animalucho que va por los hogares sin pan, diciendo: “Yo soy el hambre, yo soy el hambre”. ¡Hambre! Sus padres tenían hambre. Los tristes ancia-





nos, que tanto trabajaron para que él se hiciera médico, no tenían qué comer. ¡Qué espantosa la vida, qué crueldad la de vivir, la de pensar, la de ir por el mundo como un galeote irredimible! Miguel se dirigió a la puerta de su cuarto. En la sala, sus padres, sentados en dos balances, le miraron unos segundos, como si le interrogaran. ¿Qué descubrió en la mirada de los ancianos? ¡Tenían hambre! Y tener hambre a los setenta años, en un día sin sol, en una tierra encharcada, en un país donde ser negro constituía un oprobio, y negro inteligente un delito, era sentir ya, sobre las sienes, el vaho helado de la muerte. Y sus padres ¿morirían de hambre? Las ramificaciones venosas de los ojos de Miguel adquirieron un tinte rojizo, y la frente se le cubrió de un sudor finísimo y frío. Echó a andar por la casa con paso lento. Sentada en una silla, cerca de Tomasa, Sofía meditaba sin mover los ojos. En la cocina, la frialdad de aquella tarde angustiosa era más intensa. Dos pequeñas ratas roían un carboncito untado de grasa. Miguel volvió a la cama. Meditando lo sorprendió la noche, una noche muy húmeda y muy oscura. Cuando todo desapareció en la sombra, el silencio dentro de su casa era tan grande que se impresionó. Sobresaltado hizo luz y se dirigió a la sala. Sus padres y la muchacha dormían. Un silencio de paz sepulcral se enseñoreaba de unos a otros extremos de las habitaciones. Tomasa, con la cabeza inclinada sobre el pecho y las manos en forma de cruz encima de las piernas, apenas si respiraba. Anacleto, apoyado en el respaldo, con la boca abierta, parecía un cadáver. Sofía estaba en el suelo y reclinaba la cabeza sobre el antebrazo izquierdo. El fósforo se apagó, y Miguel, sumido en una tiniebla impenetrable, predispuesta su sensibilidad a las percepciones del mundo que escapa al dominio de los sentidos, sintió que allí, dentro, en ronda macabra por los ángulos de la casa, aleteaba el animalucho de las alas de murciélago, de cráneo blanco y de esqueleto blanco; el animalucho que iba diciendo: “Yo soy el hambre, yo soy el hambre”. Y vio que las alas del fantasma, más grande siempre, rozaban las frentes de sus padres, y con una boca de infinitas vejigas y de infinitos dienteccillos chupaba la sangre de Sofía, de la huérfana escapada de las garras de la miseria y la prostitución. Vio que la pavorosa visión seguía agrandándose, llenando la casa, invadiéndolo todo. La sintió encima, sobre su frente y su corazón. Asustado, hizo luz nuevamente. ¡La misma realidad de antes! Sus padres dormidos y hambrientos. Pero... ¿era cierto que sus padres no habían comido? Dudoso, quiso comprobarlo por segunda vez, y fue a la cocina. Registró la fiambarrera, las ollas, la despensa. ¡Nada! Pero ¿no lo había asegurado su madre? Acaso ¿podía mentir ella? Presa de emoción, se encaminó al gabinete, abrió el escaparate de los instrumentos de cirugía y cogió el microscopio. Miguel andaba en mangas de camisa, y así se lanzó al arroyo. Caminó cinco cuadras por la calle García. Frente a la tienda El Suizo<sup>85</sup> se detuvo. Estaba completamente empapado. Miró en torno, y su vista no pudo des-

<sup>85</sup>Propiedad de Joaquín Sabaté Vendell. Estaba ubicado en la calle General García, No. 28 y giraba en el ramo de tienda mixta. Se inauguró el 15 de febrero de 1899.



cubrir más que agua y sombras. A trecho, en las esquinas, las bombillas eléctricas iluminaban un círculo brumoso. De vez en vez, resonaba un trueno, muy lejos; un trueno retumbante, profundo, cuya repercusión, en aquella noche indescriptible, hacía pensar en el poder incontrastable de la naturaleza, en el secreto designio de las fuerzas infinitas del Universo. Miguel tiritaba y sentía vergüenza. Faltábale valor para entrar en la tienda y proponer en venta el microscopio. ¡Y eran las ocho, y los dependientes dormitaban, de espaldas al armatoste. Dos horas más, y los establecimientos cerrarían las puertas! Pensó en sus padres, y entró. Cuando la mirada del dueño de la tienda le escudriñaba desconfiadamente, el médico tuvo ganas de echar a correr, de alejarse en una vertiginosa carrera hacia un sitio donde encontrara la muerte. Callado, observaba. Una voz medrosa le preguntó:

—¿Qué quiere?

El médico no sabía qué responder, pero repuso:

—¿Está el dueño?

—Sí, —contestó un hombre gordo, apoplético, medio calvo, joven. —Yo soy el dueño. ¿Qué desea usted?

Miguel quiso acercarse, para hablar en voz baja; pero el hombre, desconfiado, retrocedió hasta el escaparate agrandando la distancia que le separaba del desconocido.

—Deseo hablar con usted —dijo Miguel a media voz.

—Hable.

Los dependientes se acercaron. El médico los miró y propuso al dueño:

—¿No podríamos hablar solos?

—No. Estos muchachos son de mi entera confianza.

—Es que ellos no pueden oír lo que yo he de decirle a usted.

—Pues no diga nada.

Miguel miró a los dependientes, al dueño, y salió. El agua volvió a caerle, copiosa y densa; pero no sentía ya frío. Una marea de sangre ardiente le inundaba el cuerpo. Estaba transformado. Según avanzaba, calle abajo, era más firme la resolución de llevar comida a su casa. Entró en otra tienda, resuelto y ágil, y dijo al dependiente que le quedaba más cerca, mostrando el microscopio:

—¿Quieres comprar ésto?

El aspecto de Miguel era estafalario. Más que un pacífico inofensivo, parecía un engendro facineroso de la tormenta, a cuyo amparo recorriera las casas para degollar niños y violar doncellas. El dependiente, sorprendido, contestó:

—No compramos nada.

—Es un microscopio, joven: un instrumento valioso.

—No nos conviene.

Miguel guardó el aparato debajo de la camisa y volvió a la calle. ¡La misma soledad de antes! Del cielo abajo, en aquella noche siniestra y tenebrosa, no había ni un



alma que chapoteara en el fango del arroyo; no había más alma que la suya, triste y enferma, y vista a distancia hubiérase dicho que las cosas del infierno vagaban por el mundo. De esto se dio cuenta Miguel y detuvo sus pasos. ¿Qué haría? Si de todas partes lo rechazaban había para dudar del fin de su empresa. Pero ¿y sus padres, y el compromiso consigo mismo? Echó a andar despacio, lento, meditativo, huraño. De pronto se le ocurrió una idea y aceleró la marcha. En la esquina de Sol, frente al parque, le asaltó otra vez la indecisión. Tenía, a la derecha, el café El Louvre, y a la izquierda, el establecimiento de víveres La Aurora.<sup>86</sup> Cuatro hombres bebían cerveza en una mesa del café. Un coche esperaba en la esquina. Dentro del establecimiento de víveres paseaba una mujer, la esposa del amo de la casa. Miguel contempló unos segundos uno y otro establecimiento y se decidió por El Louvre. Avanzó hacia una de sus puertas. Desde la acera, Miguel reconoció a Cadenas, acodado sobre el mostrador, y retrocedió hasta el centro de la calle. Frente al dilema de escoger entre la presencia odiosa de Cadenas y la vergüenza de enterar a una mujer de sus miserias, optó por lo último. Era preciso. Apremiaba el tiempo y el recuerdo de sus padres. Entró. Vino a su encuentro un hombre delgado, canoso, tuerto, de cuarenta años.

—Yo soy el doctor Miguel Valdés Baldoquín —dijo el médico para atenuar cualquiera sospecha que determinara su figura.

—¡El loco! —murmuró el tuerto al oído de su esposa.

—¿No me reconoce usted? —insistió Miguel.

—Sí —repuso el tuerto sonriendo burlescamente.

Miguel se inclinó y dijo en voz baja:

—Mis padres no han almorzado hoy, y le agradecería mucho a usted que tuviera la bondad de empeñarme este microscopio para adquirir un poco de comida.

—¡Un microscopio! ¿Y para qué sirve eso?

—¿No lo sabe usted?

—No: explíquemelo.

—Este instrumento —comenzó Miguel— no debe faltar en ningún laboratorio químico. Si usted lo adquiere, ganará unos cuantos pesos, ven...

El tuerto le interrumpió:

—¿Y por qué no se gana usted esa cantidad?

—¿Yo? ¡Ya usted ve! Lo empeño para llevarles comida a mis padres.

—¿Están en ayunas?

—Sí, señor.

—¡Coincidencia rara: yo también soy devoto del ayuno!

Miguel miró al tuerto como para saltarle al cuello, y añadió:

—Bueno: ¿cuánto me da usted?

---

<sup>86</sup>Propiedad de Elpidio Vergara Reyes. Estaba ubicado en la calle Tienda Larga, (Tristán de Jesús Medina) S/N y giraba en el ramo de víveres. Inició sus servicios el 24 de junio de 1915.



—Antes de contestar deseo que usted, que es médico, me diga ¿qué tiempo puede vivir un hombre sin comer ni beber?

—Cinco o seis días.

—Pues oiga mi consejo: váyase, y dentro de cinco días pase por aquí para que le lleve comida a sus padres. Cinco días después, vuelva; repita la jornada en otro plazo igual, y así, de cinco en cinco días, dará de comer a sus padres.

No pudo contenerse el médico y arrojó el microscopio contra la cara del insolente.

El “proyectil” pasó por encima de la cabeza del tuerto e hizo añicos unas cuantas botellas de vino.

—¡Bandido! —rugió Miguel. Y, despacio, como si no le preocupara lo que acababa de hacer, se dirigió a El Louvre.

Pidió coñac.

—¿Una carta?

—No. Un vaso grande y bien lleno.

Bebió y se fue.

Cuando el mozo quiso cobrarle ya iba lejos, pisando fuerte y con la cabeza levantada.

—¡Era una sombra más de la noche!

## CAPÍTULO XXVIII

—Miguel, Miguel, —decía Tomasa, moviendo a su hijo para que despertara.

—Levántate. Ya está el almuerzo —insistía la viejecita.

Eran las doce. El tiempo amainaba despacio, y al interior de la casa sólo trascendía el rumor monótono de las lloviznas, golpeando los tejados. Miguel se incorporó. Le dolía la cabeza. El coñac bebido la noche anterior se había adueñado de su organismo, restándole decisión para moverse. No obstante, fue a la mesa; pero no pudo comer. El presentimiento de que sus padres habrían sufrido una humillación para pedir ¡tal vez! aquel almuerzo que le brindaban, le anudó el esófago y volvió a la cama.

Tirado de espaldas, pensó en el incidente que había tenido con el tuerto. “Loco”. Sí. Había oído bien. Primero, racista, después, asesino; ahora, loco. Y como el tuerto, pensaría la totalidad de los bayameses. Para el pueblo, el doctor Miguel Valdés Baldoquín formaba en el montón de los que yacen en la penumbra de la vida. ¡Doloroso razonamiento que lo sumió horas y horas, en una quietud meditativa!

A las cinco de la tarde, invitado otra vez a comer, saltó de la cama preguntándose de dónde saldría aquella comida; qué clase de limosna habrían recibido sus padres para prolongar la vida y, con ella, el dolor de vivirla. Atormentado por estos pensamientos se negó a ir a la mesa y dejó la casa. Rondando por las calles, el deseo de aturdirse lo llevaba a las puertas de las bodegas, decidido a pedir un poco de ron. ¿Lo pediría? Le faltó valor para tanto y, de regreso a su hogar, se inyectó una pequeña dosis de morfina.

¡Era la primera!

Al día siguiente, no había nubes en el cielo. El rodar de los coches y las voces de los vendedores ambulantes llegaron a los oídos de Miguel diciéndole que la vida era lucha, movimiento, choque de fuerzas y concurrencia despiadada. Medio adormido aún por los efectos de la morfina advirtió que eran más de las dos de la



tarde y que no lo habían llamado para almorzar. Lo que nunca le había sucedido, sintió hambre. ¿Acaso, su madre, para no molestarlo, esperaba que despertara? ¿No habría nada que comer? Se incorporó. Permaneció inmóvil, con el oído atento. ¡Profundo silencio! Entonces hizo ruido... ¡Nada! En la calle crujía la tierra fangosa debajo de la llanta de una carreta; sonaban pasos por las aceras, el galope de un caballo. Todos los ruidos, todas las sensaciones de vida activa se producían de muros afuera.

Animado por un impulso momentáneo de valentía se propuso averiguar las causas de tanta quietud hogareña. Abandonó la cama, dio unos cuantos pasos; pero no llegó a la puerta. Temía a la realidad, al fondo de acusación que habría en las pupilas cansadas de sus padres. Imaginaba un cuadro, cuyas figuras salientes serían dos viejecitos que lo dieron todo para que su hijo estudiara una carrera, y pobres, y enfermos, e inútiles, convencidos de que se sacrificaron infructuosamente, esperaban, resignados, el momento de morir. A medida que transcurrían los minutos, la imagen vitanda se agrandaba, se agrandaba en tales proporciones que Miguel cerró los ojos intentando transfigurarla en otra realidad más en armonía con la justicia, la religión de Cristo y el dogma evangélico de los santos predicadores, que llenó de esperanzas el corazón de los infortunados.

¡Cómo se engaña el corazón cuando quiere ser engañado!

¡Cómo es asequible la pesadumbre a la ilusión que miente queriendo consolar!

A esta situación de ánimo llegó Miguel antes de abrir la puerta. El hambre que sentía, sus negros pensamientos, la miseria de su casa, eran solamente falso maquinar de un cerebro de loco, del “loco”.

Avanzó.

¡Qué angustia al contemplar a los dos ancianos!

Sentados en un viejo sofá, muy juntos, prestábanse mutuo calor, como si temieran a la invasión del frío de la muerte.

—¡Mi hijo! ¿Cómo estás? —exclamó Tomasa.

—¿Yo, mamá? —repuso Miguel, sorprendido de que su madre hablara. Y añadió:

—Usted ¿ha comido?

—Sí, hijo mío. ¿Tienes hambre?

—Sí, sí tengo —repuso Miguel con algo de ferocidad en la entonación de la voz.

Tomasa se levantó y fue a la cocina; simuló que trasteaba como buscando alguna cosa. Registró gavetas, jabs y escaparates. Delante de una pequeña alacena, donde solía guardar el pan, se llevó las manos a la cara y empezó a llorar. Mas, en seguida, con esa resignación heroica que sólo conocen las madres, enjugó el llanto y quiso ir a la calle por comida para su hijo. Pediría para su hijo lo que no había pedido para ella.



—¿Adónde va usted, mamá? —le preguntó Miguel.

—Espérate. Vuelvo inmediatamente. Nos comimos tu almuerzo.

—No digas mentira, Tomasa —replicó Anacleto. Y, dirigiéndose a Miguel, añadió:

—No hemos almorzado. Tu madre te engaña.

—Mentira, Miguel —contestó Tomasa, deseosa de arrancar a su hijo la pena que le causara el convencimiento de la verdad, a trueque de enojar al compañero de su vida. —Nosotros hemos almorzado —insistió valerosa. —Mira... Tenemos algunos reales. Y sonó las llaves y el rosario que llevaba en el bolsillo de la falda. —Déjame ir a la tienda.

—Tomasa —exclamó Anacleto, acercándose a su esposa. Me has desmentido por primera vez, y cuando ya somos viejos, para no disgustar a quien no ha sabido agradecer el sacrificio que hemos hecho para darle una carrera.

—¡Papá...!

—No, no repliques nada. ¡Lo dicho! Me he pasado la vida trabajando para hacerte hombre, y cuando lo consigo, a costa de la seguridad de mis últimos años, no quieres ni darnos de comer.

Un acceso de tos le cortó la palabra, aplastándole sobre un taburete, arrepentido ya del gesto enérgico que le había encarado a Miguel.

Rectificó:

—No me hagas caso, hijo mío. Tu madre tiene razón. Me enfadé con esta enfermedad que padezco y, no pudiendo vengarme en ella, me desahugué contigo. No me hagas caso.

Volvió a toser con más violencia, e insistió al cabo, mintiendo también:

—Anda, Tomasa; busca un poco de comida para nuestro hijo. ¿Tienes hambre, hijo mío? ¿Verdad que sí? Ven. Siéntate aquí, a mi lado.

Miguel, conmovido, no pudo articular una palabra. No. Todo, menos hablar. Su padre tenía razón. Se había sacrificado para ponerlo en condiciones de concurrir ventajosamente a la lucha por la vida. Y tanto sacrificio, abnegación tan constante ¿no daba más frutos que el hambre para todos, cuando la muerte rondaba cerca? Considerándose culpable, el único culpable de la desgracia de sus padres, resolvió rectificar. Arrostraría todas las humillaciones del mundo, todos los ultrajes con tal de hacer llevadera la vida a quienes se la habían dado a él. Y con este propósito volvió al cuarto, se afeitó, se dio un baño y púsose el mejor traje que tenía.

Cerraba la noche. Algunas personas salían de sus casas para dirigirse al parque en busca de resarcimiento a los días de encerrona impuestos por el temporal. Miguel, completamente transformado, casi elegantemente vestido, como en los tiempos de su regreso de los Estados Unidos, iba García abajo. Su andar era resuelto y firme. De su estado de ánimo sólo los ojos tenían una expresión denunciadora.



Llegó a la calle de Saco. Una botica,<sup>87</sup> una tienda de víveres<sup>88</sup> y dos<sup>89</sup> casas<sup>90</sup> particulares, formaban las cuatro esquinas de la calle. Miguel paró en la acera de la botica. Sudaba. La caminata y el calor con que había decidido actuar, le abrieron los poros. Sentía surgir una nueva esperanza del fondo de sus osarios de ilusiones, ante la perspectiva de hablar con el alcalde y exponerle toda la verdad. El alcalde, que era un buen padre de familia, le ayudaría a vencer todas las dificultades.

Dio unos cuantos pasos en dirección a una puerta de caoba artísticamente labrada y apretó un botón eléctrico.

—Pase —dijo alguien desde el interior de la casa mientras un muchacho abría la puerta.

Miguel avanzó hasta el centro del salón tenuemente iluminado.

—Pase —mandó otra vez la misma persona que había hablado antes. Y, en seguida, detrás de una mampara de cristales azules, asomó la cabeza del “señor alcalde”.

—Pase, pase para acá —insistió el alcalde tomando el sombrero de Miguel.

Me marcho pronto, señor. Vengo únicamente a pedirle una pequeña ayuda.

—¡Ah...! Si es el doctor Valdés —exclamó el alcalde, sonriendo maliciosamente. ¿Qué hay?

—Deseo que usted me preste su ayuda.

—¿En qué puedo servirle? Veamos eso.

Usted sabe mi historia —dijo Miguel un poco emocionado. —No es necesario que yo repita a usted lo que es muy conocido de Bayamo. Usted habrá visto cómo todos los medios de subsistencia se me han ido acabando. Hace mucho tiempo que nadie me considera médico y no hay una sola persona que utilice mis servicios. Y yo tengo necesidad de ganar dinero, si no para mí, para mis padres. En mi casa no hay que comer. Hoy, yo ni mi madre hemos almorzado. Y no es justo que mis padres mueran de hambre. Yo deseo trabajar, aunque sea de peón. Ayúdeme usted.

El alcalde sonreía. Era una sonrisa incrédula. Le parecieron lógicas las palabras y hasta el razonar del médico. Pero pensó que los locos dicen, a ratos, cosas de cuerdos. Tuvo la intención de pasar un rato oyendo al “enajenado”, prometerle lo

<sup>87</sup>El Oriente. Propiedad de Manuel Plana Rodríguez del Rey. Estaba ubicado en la calle General García, esquina a José Antonio Saco y giraba en el ramo de farmacia. Inició sus servicios el 27 de noviembre de 1900.

<sup>88</sup>El Siglo. Propiedad de Pedro Zulueta Anduiza. Estaba ubicado en la calle General García, esquina a José Antonio Saco y giraba en el ramo de ferretería. Inició sus servicios el 7 de febrero de 1914.

<sup>89</sup>La casa tuvo tres propietarios en el período que se desarrolla la novela: desde 1893 era de Manuel Plana y Rodríguez del Rey; en 1906 se transfiere a Liduvina López Santisteban, quien en 1919 la vende a The Royal Bank of Canadá.

<sup>90</sup>El otro local lo ocupaba el establecimiento comercial Las Novedades, propiedad de Rafael Borges. Estaba ubicado en la calle General García, esquina a José Antonio Saco y giraba en el ramo de tienda mixta. Inició sus servicios el 5 de abril de 1913.





que deseaba. Mas, en seguida supuso que sería constantemente molestado, y replicó enérgico y serio:

—No puedo ayudarle. Vaya a ver a otro.

Miguel, sorprendido, tuvo impulsos de marcharse; pero el recuerdo de la escena desarrollada en su casa le dio nuevas energías, mayor dosis de abnegación y rogó:

—Señor alcalde, ¿es que mi madre tiene hambre!

—No siga hablando —replicó el alcalde. —Váyase y no vuelva más.

—¡Señor alcalde —sollozó Miguel— mi madre se muere de hambre!

—¡Largo de aquí! Váyase por donde mismo vino. ¡Largo!

Y como Miguel, asombrado, no se moviera, el “Mayor” lo empujó hasta la calle. Cerró la puerta y dijo a su esposa:

—Si el loco ese vuelve, lo mandaré a Mazorra.<sup>91</sup>

Cuando Miguel pudo darse cuenta de lo sucedido, ya estaba en la calle, ya la puerta se había cerrado a su espalda. Y, de pie, en la acera, con el sombrero en las manos y la indignación devorándole las entrañas, no acertó a resolver nada. Tenía deseos de matar, de correr como un loco y embestir a cabezazos una pared; de destrozarse el cráneo, y, aun vivo, ver en el muro partículas calientes de su masa encefálica.

Se sintió medio atontado, como herido por un mazazo. Miró en torno, y las gentes que pasaban le parecían sombras, sombras de crueldad y dolor, que reían de su pena, que le empujaban a huir, a no detenerse en ningún sitio, a caminar, a caminar mucho, errante y solo por montes y sabanas.

Una voz, desde el medio de la calle, articulaba su nombre. ¿Quién lo llamaba?

—Ven —oyó repetir.

¡Eran sus amigos!: Rafael Also y Edmundo Casanova. Le sorprendió que alguien lo llamara, que todas las voces que sonasen en sus oídos no tuvieran la brutal sensación que produce una coz. Subió a un coche maquinalmente. Se sentó entre sus dos amigos sin comprender nada. Fue necesario que le interrogaran con insistencia, que le preguntaran adónde había estado tanto tiempo, qué había hecho, cuál era su vida, para que confesara a medias su pena.

Acostumbrado a la burla y al desprecio, receló también de sus amigos, y les habló de su tristeza, pero no les dijo nada de las causas que la motivaban.

Llegaron a El Louvre.

¡Con qué ansia de aturdirse, de perder la noción de la vida, de no pensar bebió Miguel uno y otro vaso de coñac! ¡Cómo agradecía, desde el fondo del corazón, a sus compañeros, que le hubieran invitado a beber, a beber sin tasa ni medida, hasta emborracharse! Y según bebía, y el alcohol iba apoderándose de su inteligencia, de

---

<sup>91</sup>En 1857 se funda el hospital con el nombre de Casa General de Dementes de la Isla de Cuba, escogiéndose el Potrero Ferro, propiedad de José Mazorra, por su fácil comunicación, extensión y abundante agua.



sus nervios, de su sensibilidad, se le *desataba* la lengua. Sus primeras palabras fueron feroces anatemas contra la organización injusta de la sociedad. Después, cuando los ojos no podían fijar largamente la mirada, su voz torpe, gorgoroteada, sin ruido, con sordo exterior de agonía, confesó renunciamientos y humillaciones. Habló de la muerte de sus esperanzas, del “canibalismo” circunspecto de los blancos, de sus luchas inútiles y de la miseria de sus padres.

Al evocar el cuadro que había contemplado en su casa, se puso frenético y abandonó el café.

Una idea fija le arrastraba hacia donde hubiera mucha gente. Atravesó la calle, llegó al parque y, encarándose a un grupo de mujeres, le dijo:

—Yo soy médico.

Lo empujaron. Dio unos cuantos traspies, masculló una blasfemia y fue a parar frente a otras dos mujeres.

—Oigan, —repitió. —Yo soy médico.

Las muchachas retrocedieron. Miguel sujetó a una por un brazo.

—Yo soy médico —le dijo vociferadamente, apretándola con fuerza.

Quiso huir la perseguida, y cayó, de espaldas, arrastrando a Miguel sobre su cuerpo.

—¡Socorro! —exclamó la muchacha.

—Yo soy médico.

Las voces de auxilio se multiplicaron. Corrió la gente. Las mujeres huyeron. Los hombres se agruparon en el lugar del suceso. Creció la confusión, el escándalo, el tropel. En tanto, el borracho, murmuraba:

—Yo soy médico.

De pronto, una voz anónima, una de esas voces, que, en todos los tumultos surgen, para darle carácter particular, pregonó que un negro quería violar a una mujer blanca.

—¡Los negros! —repitió el ancestro.

—¡Fuera del parque, los negros!

Sonó un tiro. Se oyó el choque de un bastón al golpear una cabeza. Rugió la fiera humana. Y la acción irresponsable de un borracho, adquirió las proporciones de una reyerta tumultuaria entre negros y blancos; una batalla feroz, intensificada a cada segundo por la intervención de nuevos campeones de las razas. De vez en vez se oía el “¡ay, mi madre!” de algún herido, o la blasfemia soez de una regresión atávica, ¡hasta que los negros, dominados por el número, abandonaron el parque!

Miguel salió ileso de la refriega. Rafael y Edmundo aprovecharon la confusión de los primeros momentos, y lo arrastraron a un coche que ocupaba don Epicuro.

—¡A escape, cochero —mandó enérgicamente Edmundo sin preocuparse del Registrador.

El caballo, fustigado con furia, echó a correr a lo largo de la calle de Sol, hacia las afueras de la ciudad.



—¿Qué ha pasado? —preguntaba nervioso don Epicuro.

—Perdónenos —contestó Edmundo. —Ayúdeme a salvar a Miguel. Está borracho. El pueblo lo quería linchar porque sujetó a una señorita de un brazo.

—¿Adónde vamos? —preguntó el cochero, frente a la Entrada de Holguín.

—Para.

Edmundo, creyéndose fuera de peligro inmediato, contó a don Epicuro cómo se había iniciado el tumulto, y repitió la confesión que Miguel le hiciera antes de dirigirse al parque.

—¡Tremendo dilema, don Epicuro, para un hombre que no está muerto!

—Y ¿será cierto que sus padres no han almorzado hoy?

—No le engaño.

—Cochero, a la casa del Dr. Valdés Baldoquín —ordenó don Epicuro, conmovido por la narración de Edmundo.

El Registrador quedó asombrado frente al espectáculo que ofrecía el hogar del médico. Los dos viejecitos, llorosos y macilentos, se habían resignado ya a morir de inanición.

—Pero ¿es posible que estas cosas sucedan en Bayamo? —protestó don Epicuro.

—¡No podemos trabajar! —murmuró Tomasa.

—¿Y su hijo?

—¡Mi hijo! ¡Ya usted ve cómo viene! ¡Hace muchos años que vive así!

A lo lejos se oían detonaciones, tropel de caballos a la carrera, gritos estentóreos. Don Epicuro entregó cuarenta pesos a la anciana, y le dijo, dirigiéndose al coche:

—Ya volveré.

Saltó, dio una orden enérgica y el coche, arrastrado con ímpetu de carroza romana, marcó un surco a través de la multitud que huía. En la esquina de La Municipalidad<sup>92</sup> le adelantó un escuadrón de guardias rurales; más abajo, un policía intentó detenerlo.

—Soy yo —dijo don Epicuro levantando el busto.

—Perdóneme —se excusó el policía. —No lo reconocí a tiempo, coronel.

Cuando el coche llegó al parque, ¡todo había terminado! Los guardias rurales, machete en mano, dirigían la conducción de los heridos al hospital...

¡Gran casualidad, la casualidad de la mayoría de los tumultos de raza en Cuba: los heridos de bala eran negros!

Don Epicuro encontró El Liceo lleno de gente. Doscientos hombres, encolerizados y feroces, pedían, a gritos, que ningún negro volviera al parque.

—No queremos más negros, —vociferaban.

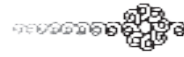
—Para África.

—Fuera de Cuba.

Don Epicuro trató de hablar, para pedir serenidad, y el tumulto le cerró la boca.

---

<sup>92</sup>Calle Luz Vázquez Moreno.



—No queremos predicadores.

—Fuera.

Y acordaron, por aclamación, prohibir a los negros pasear por el parque.

¡Era lo mismo que habían hecho otras ciudades de Cuba!

## CAPÍTULO XXIX

Siguieron días de efervescencias pasionales y de rencores exaltados. La primera noche, después del suceso, el parque se llenó de hombres blancos; grupos de quince o veinte individuos, con los revólver ocultos debajo del saco, estacionados en las entradas de la vieja plaza, esperaban una oportunidad para cumplir el acuerdo del día anterior. El Liceo, cuartel general de la cruzada, estaba atestado de hombres. Jovencitos inconscientes y exaltados racistas incitaban al linchamiento del primer negro que asomara la cabeza, por aquellos contornos.

Durante muchos días la amenaza estuvo suspendida sobre las testas negras. Se fraguaron complots, agresiones conjuntas, venganzas criminales. La prudencia de los esclavos evitó el choque. De haberse producido habrían llevado la peor parte, como otras veces, como la llevan siempre los débiles que defienden la razón. Acobardados por la experiencia, evitaron pasar por las calles próximas al parque, se alejaron del centro de la ciudad y volviéronse más humildes que de costumbre.

El conflicto terminó cuando los últimos heridos fueron dados de alta.

¡La justicia es así!

Sin embargo, hubo negros que aplaudieron la actitud de los blancos. Andrés Pérez señaló a Miguel como el único causante de la tragedia, y no tuvo escrúpulos en pedir a varios de sus amigos que le acompañaran a solicitar del alcalde la expulsión del “pernicioso”.

—Nosotros —dijo— no debemos hacernos solidarios de la conducta de un hombre que sólo hace valer su condición de negro cuando quiere explotarnos. Si Miguel no hubiera ido al parque, fingiéndose borracho, para enamorar a las blancas, no habría pasado nada. Los únicos conflictos que se han suscitado entre negros y blancos, en Bayamo, los debemos a él. Su conducta nos ha ido creando dificultades de tal naturaleza que se impone una medida radical por parte nuestra que ponga término al constante peligro que nos amenaza.

En el fondo de la conciencia de cada uno de los negros que se adherían al propósito de Andrés Pérez, removíase una protesta espontánea contra el proceder de



todos; pero estaban acobardados; temían que los blancos llevaran a cabo una agresión colectiva, que cumplieran el pronóstico de linchar en masa a la población negra. Y, por miedo a la muerte o por resurgimiento atávico del servilismo a que había estado sometida la raza, durante tantos siglos, llevaron hasta la iniquidad sus demostraciones de reprobación a lo hecho por Miguel.

Una mañana, Pepe Jerez, Pedro León, Anselmo Batista y Anastasio Méndez, capitaneados por Andrés Pérez, pidieron audiencia al alcalde de la ciudad.

—Nosotros —dijo Andrés Pérez— venimos aquí, comisionados por la mayoría de la raza de color de Bayamo, a pedirle a usted, para bien de la confraternidad que siempre ha reinado entre blancos y negros, que ordene la reclusión, en un manicomio, del loco Miguel Valdés. Nosotros protestamos enérgicamente del atropello y del escándalo realizados por algunos hombres de color, y estamos dispuestos a evitar la repetición de tales actos bochornosos y anticivilizados.

—Me alegro mucho —contestó el alcalde— que ustedes hayan acordado un procedimiento tan justo y oportuno. Hace unas cuantas semanas que tengo el propósito de enviar al pobre Valdés a un manicomio. Retardaba la medida por no lastimar susceptibilidades y porque no se fuera a creer que era un acto de evidente hostilidad a ustedes; pero ya que así me lo piden, lo haré.

—Eso es lo que nosotros queremos —añadió Andrés Pérez—, para que renazca la cordialidad entre los bayameses. Usted sabe que no todos los negros son iguales; y para que no se nos confunda con la canalla soez que nos ha avergonzado con sus irreverencias, damos este paso.

El alcalde obsequió a los “comisionados” con una copita de Llopart,<sup>93</sup> y los acompañó hasta la puerta de la calle, con los brazos echados sobre los hombros de Pepe Jerez y Andrés Pérez.

Por la tarde, *El Demócrata* publicó, en primera plana, la siguiente nota oficiosa:

“Los negros sensatos y conscientes de Bayamo han protestado ante nuestra primera autoridad municipal, del atropello de que fue víctima una virtuosa señorita de la mejor sociedad, por un sátiro salvaje.

“La comisión que se entrevistara con el señor Alcalde, solicitó la reclusión del sátiro en un manicomio, por haberse comprobado que tiene perturbadas las facultades mentales.

“Felicitamos a los negros de Bayamo por tan alta demostración de cultura”.

Esta noticia produjo profunda indignación a la mayoría de los hombres de color, pero no la desmintió, y presa de esa timidez instintiva de la raza, frente a los desmanes de sus esclavistas, felicitaba a Pepe Jerez y Andrés Pérez por la “actitud dignísima que habían tomado”.

<sup>93</sup>Vino espumoso elaborado en España, según el método champañés francés. La tradición vitícola de la familia Llopart se remonta a 1385. En 1887 se producen las primeras botellas de cava Llopart.



La protesta, sin embargo, se alzó en el corazón de Edmundo Casanova. La primera impresión que le produjo la noticia fue de tristeza y de abatimiento. Todo lo consideró como lógica inevitable del estado especial en que vivía la sociedad cubana; pero, repuesto su ánimo, reconsideradas las causas que habían ido precipitando a Miguel en la desgracia y en el odio del pueblo de Bayamo, no halló justa la medida anunciada por el alcalde. El médico no estaba loco. ¡Bien recordaba las últimas confesiones del triste enfermo del corazón! La locura de su amigo no era de las que privan al hombre de sus facultades mentales. ¡Su locura era del alma! ¡Era esa enfermedad que se echa encima de los que se convencen de lo inútil de la lucha! ¿Cuántos, como su amigo no iban así por el mundo; cuántos, cansados de la vida, con el cadáver de sus ilusiones en el corazón, se tiraban en un lugar apartado a morir callados, a vivir, con las últimas vibraciones de la materia, sus tristezas y sus nostalgias inconfesadas?

—No —dijo; —Miguel no irá a un manicomio. No permitiré que se realice el deseo de los negros serviles. Utilizaré todos los medios para evitarlo.

Eran las ocho de la noche. Y a las ocho y veinticinco minutos, acompañado de Rafael Also y Suitberto Escalante, Edmundo llegaba a la casa de Miguel.

Tomasa sollozaba, en un balance, junto a su hijo. El anciano oía, quieto, al alcalde, que había llegado unos minutos antes que Edmundo, para decirles a los viejecitos que el médico sería recluido en un manicomio.

Miguel, sentado en una silla, tenía los ojos fijos en la cara del alcalde. Había oído “manicomio”, “comisionados”, “locura”, “necesidad pública” y... ¡comprendió en seguida! Y al comprender, al darse cuenta del abismo que le esperaba para sepultarle en vida, se anonadó. No pudo hablar ni intentar otra cosa que tender la mirada hacia el rostro del alcalde.

Edmundo se acercó a Miguel para estrecharle una mano. Tomasa, al ver al amigo de su hijo, sollozó más fuerte. Púsose en pie y abrazó a Miguel inundándole la cara de besos y lágrimas.

—Tú no estás loco, hijo mío —decía. —¿Verdad, Edmundo, que no está loco? Y desesperada se arrodilló ante el alcalde, rogándole que no se llevara a su hijo.

—Se morirá mi pobre hijito. Me moriré yo sin verlo ni abrazarlo. No se lo lleve, señor alcalde.

Conmovióse ¡al fin! la primera autoridad municipal del pueblo y, por cortesía, para consolar a la madre infeliz, dijo:

—Pierda cuidado, Tomasa; no me lo llevaré.

—Sí —ratificó Edmundo; —no se lo llevará. —Miguel no está loco. No conseguirán, tampoco, sus enemigos, que pierda la razón. Señor alcalde, es una canallada lo que ha hecho Andrés Pérez. Que venga un médico a reconocer a Miguel y usted verá que no es locura lo que tiene. Yo le suplico, en nombre de estos viejecitos que tanto han sufrido, no tome ninguna resolución antes de comprobar si Miguel está o no loco.



—Esto es un asunto resuelto ya —repuso el alcalde, dirigiéndose a la calle; — pero intenten hacer algo para que lo pongan en distinción en Mazorra.

Las últimas palabras las dijo desde la acera, alejándose.

Edmundo no se amilanó por la respuesta del alcalde. Consoló a los viejecitos, asegurándoles que no se cumpliría el deseo de Andrés Pérez, y abandonó la casa en compañía de sus amigos. Tomaron por la calle de García. Edmundo caminaba nerviosamente y sin hablar. A ratos movía los labios, como si monologara. Sus amigos no le preguntaron adónde iba. Lo siguieron. Edmundo llegó a los portales de El Liceo y preguntó por don Epicuro.

Don Enrique Reyes, Armando, Cadenas, Urquiaga y otros, sentados en grandes balances, miraron a Edmundo como se mira a un vendedor de periódicos molesto, y no contestaron. En otro momento, Edmundo hubiera vuelto la espalda con el mismo desprecio que le habían oído aquellos hombres de “superior condición étnica y moral”; pero estaba dispuesto a sufrir cualquier ultraje, a cambio de la consecución de su empeño; y, con voz de esclavo que suplica, humildemente, agregó:

—Señores, ¿ustedes me harían el favor de informarme si don Epicuro está dentro?

Otra vez, “los hombres superiores”, volvieron a mirarlo como antes. Luego, miráronse entre sí, y don Enrique dijo al conserje:

—Atiende a ese hombre.

—¿Qué desea usted? —le preguntó el conserje.

—Quiero ver a don Epicuro.

—¿Qué desea usted de él?

—Verlo.

Instantes después salía don Epicuro del salón de juego, dándole vueltas a una varilla de carey y mirando avizoramente a todas partes.

—¡Don Epicuro...! —le dijo Edmundo.

—¿Qué hay? ¿Tú eres quien me buscas? ¿Qué te pasa?

—Deseo hablarle de un asunto que me interesa.

—Sí, hombre. Ven. Entra.

Edmundo informó al Registrador de la proposición de Andrés Pérez, de las intenciones del alcalde y añadió:

—Usted, señor Espinosa, que tantas cosas buenas ha realizado en el mundo, que ha aliviado tantas penas, que ha reparado tantas desventuras, es el único que puede evitar lo que se intenta con Miguel. Mi amigo no está loco. Su enfermedad es la misma que yo tengo, pero sentida más intensamente. Lo que él siente está en razón directa a la magnitud de su talento, de su sensibilidad. En él, el dolor estalla y se manifiesta en irreflexivas resoluciones de coraje o de suicida, pero nada más. No es que quiera ofender, tampoco que intente ultrajar. Hace lo que ha hecho y lo que hará siempre, del mismo modo que el esclavo busca su libertad y el presidiario horada los muros de





su celda, respondiendo a un estado de conciencia permanente, determinado por las fuerzas que concurren a exigirle a su inteligencia y a su vida, la subordinación de ideales íntimos y ensueños adorados a la conveniencia del criterio social establecido. Hay quien se conforma con la esclavitud, quien se resigna a guardar su pensamiento, para vivir; mi amigo quisiera también hacer lo mismo, no hablar, no pensar, ir por la vida sin ruido e invisible, y cuando más empeño pone en esto, cuando su decisión es más firme, la misma energía que acumula para dominarse, estalla en esas “irreverencias” a la “sociedad” y a las “buenas costumbres”, que han dado motivo a que se le califique de loco. El no está loco, y como no lo está, he venido a rogar a usted, invocando el nombre de sus ancianos padres, que no permita que lo lleven a Mazorra. Hace media hora que el alcalde estuvo en la casa de mi amigo, a decirle a Anacleto que había acordado recluir a Miguel en un manicomio. Usted, que ha hecho tantos favores, puede hacer este gran bien: impida que se lleven a mi amigo a Mazorra.

—Y tú ¿tienes la seguridad de que Miguel no está loco? —interrogó don Epicuro, moviendo aceleradamente la mandíbula inferior.

—Segurísimo, licenciado; segurísimo. En días, la desesperación le acorrala, y la idea de que sus padres puedan morir de hambre, lo empuja a la realización de esos actos que han degenerado en escándalo. Pero que tuviera donde trabajar, que ganara algún dinero, y ya vería usted ¿cual otra sería la conducta de mi amigo! ¡El hambre y el dolor son consejeros horribles! Usted, don Epicuro ¿quiere ayudarme a buscar, para Miguel, una modesta colocación?

Como don Epicuro quedara pensativo largos segundos, sin articular una palabra, Edmundo agregó:

—Piense usted de qué cosa no es capaz un hijo viendo a sus padres morir de miseria; represéntese ese cuadro vivido por usted; hágalo suyo; vea a sus padres, ya ancianos, blancas las cabezas, extenuados, consumirse lentamente por falta de pan, ahonde en esta realidad brutal, y cuénteme el dolor de su corazón, dígame qué clase de agradecimiento sentiría usted por la persona que le tendiera la mano y le ayudara a consolar el estómago de sus mayores.

La mandíbula movable de don Epicuro temblaba de una manera anormal y se le oía el castañeteo de los molares, como el ruido de una matraca, movida vertiginosamente.

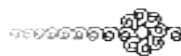
—Bueno, bueno; pero esas cosas no se piensan, —murmuró poniéndose en pie, nervioso, impresionado por la visión que le sugiriera Edmundo.

—¿Me ayudará usted, don Epicuro?

—Sí, te ayudaré en todo lo que tú quieras.

El rostro de Edmundo cambió de expresión. Sonrió con la primera sonrisa del corazón durante aquella noche.

—Dile a Anacleto —agregó don Epicuro— que Miguel no irá a Mazorra, que tú y yo le buscaremos trabajo y toma, llévale esto.



Puso en las manos de Edmundo cinco billetes de a diez pesos.

Se despidieron. Edmundo, con un regocijo incontenible pintado en el semblante, corrió hacia el banco del parque donde esperaban sus amigos. Su alegría era tanta que no esperó ni llegar junto a ellos, para decirles, en alta voz, el resultado de su entrevista “con el más grande corazón del mundo”.

—Sí, todavía hay justicia, todavía hay hombres y corazones y almas magnánimas —iba diciendo camino de la casa de Miguel. Y su agradecimiento a don Epicuro estalló en lágrimas de alegría al abrazar a Anacleto y a Tomasa, al ponerles en las manos los billetes salvadores, y en el corazón, la seguridad de que Miguel no iría a Mazorra.

## CAPÍTULO XXX

Miguel, como hacía siempre, después de una de sus grandes crisis de infortunio, permaneció mucho tiempo encerrado. La tempestad de pasiones que se cerniera sobre su cabeza, como bandada de buitres en acecho, le impresionó hondamente. Vio, con lucidez de sonámbulo que vegeta al margen de la vida y de las cosas de la vida, qué el egoísmo y el propio instinto de conservación de los hombres de su raza, consignaban airada protesta, señalándolo como la única piedra de escándalo. Había como una predestinación en torno suyo diciéndole: “Ese debe ser el sacrificado para saciar el rencor de los blancos; ese debe ser el tributo que el servilismo de la raza esclava ofrende al orgullo de los escogidos por el privilegio”. Y más que nunca sintió gravitando sobre su existencia, por lo menos sobre las cenizas de sus esperanzas de visionario, de enamorado de un “más allá” indefinido, la sentencia ineludible del destino.

—Nada ni nadie— murmuraba a veces en la soledad de la alta noche —podrá torcer el rumbo de este cauce que me arrastra. Mi ruta es la de todos los vencidos. Es el sendero que han seguido todos los razonadores de las razas predestinadas a la extinción. Por esa senda despiertan, de tarde en tarde, los ecos sonoros de los pasos de Hatuey. Las voces de los Incas aún tienen resonancia de lúgubre agonía en los recodos del camino. ¡Ese es mi camino, el de mi raza! Inconscientemente, los míos me precipitan a la sepultura. Ellos irán detrás; y vendrán otras razas y otros hombres; y todos seguirán mis huellas, quizás menos tristes, pero el rumbo será el mismo.

Este monologar de suicidio lento, solo lo interrumpía la charla comunicativa y falsamente optimista de Edmundo. El amigo lo visitaba todos los días. “Hoy he visto a don Epicuro” —decíale, o —“nos han prometido una plaza de escribiente” —o —“ya está casi resuelto tu problema”. “Y verás” —agregaba. —“Deja que comiences a trabajar, que ganes dinero, que vuelvan a verte en la calle, que se fijen en tí, y adviertan que sigues siendo el hombre de talento que todos hemos admirado, que el pueblo entero conoce. Ya verás, ya verás qué cambio ha de operarse en la opinión.



¡Hasta *ella* ha de volver a tí!”.

—¡Ella! —suspiró el vencido con inflexión nostálgica.

Y este recuerdo, la evocación amada, llevaba a los labios de Edmundo un silencio que se hacía pensativo en el claroscuro de los rincones. Y sus pupilas quietas, como rarificadas, buscaban en el pensamiento el perfil de la mujer que tanto amaba su amigo. La veía, como la había visto antes, cuando Miguel no era triste incurable... cuando la romanza de los veinte años era blanca y sutil como el pétalo y el perfume de las azucenas. ¡Antes, el pasado, lo que se ha ido!

—¿No has vuelto a saber de Gabriela, Miguel? — se respondió más que preguntaba Edmundo.

—No, nunca más.

—¿Hace mucho tiempo?

—¡Hace muchos años!

—¿Y si la vieras ahora?

—¿Ahora?

—Sí, Miguel. ¿Si la vieras de pie, en el umbral?

Miguel estaba echado en la cama, sobre el flanco derecho, y levantó la cabeza; se incorporó lentamente; fijó los ojos en la puerta y, al cabo de un minuto, murmuró:

—Ella no vendrá.

—Y ¿si volviera, Miguel?

—¡Si volviera!

Así hablaban siempre, arrancándole al pasado todo lo que había sido ilusión y esperanza, y dibujando en el porvenir débil quimera engañosa. Mas, el último diálogo dejó en el corazón de Miguel un tenue presentimiento de confusas posibilidades. ¿Sabía algo su amigo? ¿Había encontrado a Gabriela en la calle? ¿Se habría casado ya Gabriela? ¡Sí: ella lo anunciaba en su última y primera carta! “Mis padres desean casarme”. ¡Sí; se habría casado; tendría hijos, amor, felicidad y nombre respetable! ¿Cómo dudar de esta solución al cabo de tantos años de olvido... de ausencia y de penar? Sin embargo, no había convencimiento en este logismo del atormentado. Y, cuando, después de muchos meses de encierro, decidió ver la calle, la presencia del jardín amado le conmovió tan hondamente, los recuerdos despertaron tan espontáneos, que se figuró que los años y lo que había vivido no eran más que breves paréntesis dolorosos que pronto cerrarían.

Fue una sensación de sol, de luz y libertad. Al día siguiente, el jardín no provocó en su ánimo las mismas emociones. ¡Ya no había flores en él! Los bejucos, las zarzas y la ortiga enlazaban sus hojas y ramajes en matojos densos e impenetrables. En las paredes del viejo hogar crecía una capa de musgo húmedo y oscuro. Las telarañas colgaban de los corredores. Muchos naranjos habían muerto, y el esqueleto de sus ramajes se iba rompiendo y amontonándose sobre la podredumbre de las hojas caí-



das en los inviernos de otros años. No: el jardín, los árboles y la casa eran tumbas olvidadas, sin amigos y sin amores. ¡Qué triste la muerte de lo que se ha amado!

Miguel no quiso ver otra vez el jardín. Aquellas flores, como Gabriela y sus sueños, habían muerto. De “aquello”, de lo que él había sido algo o todo, no quedaba más que la sombra en el recuerdo, una pena aguda y devoradora en el corazón y la vida para sentirla extinguirse en una agonía de muchos años.

Y para no ver el jardín ignoró que existía en su casa una puerta que daba a la calle de García; y cuando deseaba tomar el sol, contemplar los campos y las lejanas montañas, íbase por la portería; tomaba por el callejón de Tienda Larga en dirección al noroeste y, en plena sabana, echábase sobre la pajilla.

Una tarde, después de haber recibido la cotidiana visita e invariable promesa de sus amigos, no sintió deseos de ir a las sabanas. Desde las primeras horas de aquel día experimentaba, a ratos, una inquietud inexplicable. Tan pronto lo agobiaba la pesadumbre como se sentía alegre y contento. Ya eran ansias de beber ron, ya un deseo irresistible de tirarse en la cama, como de llorar inconsolablemente. Cuando más sosegado le parecía estar imaginaba oír su nombre. Sobresaltado, volvíase, daba unos pasos y la sonrisa, una sonrisa de nervio enfermo, acudía a su boca. Instantes después, el corazón amenazaba romperle el pecho, o se quedaba quieto centésimas de segundo, como si fuera a paralizarse para siempre: era una inquietud insoportable, que aumentaba a medida que la noche iba acercándose. Presa de alucinaciones, salió a la calle. De pie en la portería, miró avizoramente a lo largo del arroyo. Hacia abajo traqueaba una carreta tirada por cuatro bueyes. Sobre el pértigo, el carretero, sucio y haraposo, comía un pedazo de chicharrón envuelto en pan. En el extremo opuesto de la calle, una gallina escarbaba un estercolero, rodeada de una bandada de pollitos. Más lejos, dos negritos, descalzos, jugaban a la pelota; y, destacándose del fondo azul de las montañas y el firmamento, el viejo campanario del cementerio, del cementerio que empezó a murmurar en el corazón de Miguel la historia de lo que había vivido sobre las tumbas silenciosas. La evocación fascinó al enfermo, lo atrajo poco a poco. Miguel echó a andar. Iba despacio, distraído. A ratos se detenía, inmovilizado por el pensamiento o para contemplar una fachada o un trozo de cielo. Así, guiado por un sonambulismo lúcido, llegó a la puerta de la necrópolis. Mestro Angulo, como la esfinge eterna de la muerte, ocupaba el mismo lugar que, a aquella hora, había ocupado siempre. Encorvado, con una pierna cruzada sobre la otra, el labio inferior colgando, saludó a Miguel.

—¿Cómo está usted, Maestro?

El negro levantó la cabeza, y al reconocer al visitante, púsose rápidamente en pie.

—¡Ah...! —murmuró. —Perdóneme, doctor: no le había conocido. ¡Cuánto tiempo sin venir por aquí! ¿Estaba enfermo?

—No... Y usted, Maestro ¿qué tal?



—Aquí, doctor. ¡Ya ve usted! Me voy quedando muy solo. ¡Ya no se muere la gente! Dicen que esto es obra de la república. ¡Valiente república que mata de hambre a los sepultureros! Esto está más desierto todos los días. Hace meses que ningún amigo me visita. ¡Ni usted venía ya por aquí! ¿Y la señorita Gabriela?

—¡Ah... no sé, no sé! —contestó casi distraídamente Miguel.

—Hace muchos años que no la veo, doctor. ¿Es verdad que se casó? Me parece que he oído algo de esto. ¿Se casó con usted, doctor?

—No; conmigo, no, Maestro. No sé, —dijo temblorosamente Miguel, presa el corazón de una angustia infinita. Y como tuvo miedo a que Mestro Angulo, enterado de la verdad, la expusiera francamente, se dirigió al interior del cementerio. ¡Qué cambiada la “ciudad del silencio”! Había más cruces, más mármoles y más yerbas. Habían desaparecido algunas inscripciones, algunos recuerdos. No vio la tumba de “Mi hija”.

—Ya no existe —le informó el sepulturero. —Hace más de un año que murió la mujer que la cuidaba. Yo tuve necesidad de ocupar ese sitio para enterrar otro muerto.

—¿Quiere indicarme donde estaba, Maestro?

—Aquí —dijo Mestro Angulo, señalando un montón de tierra cubierto de bledos y malvas.

¡Un montón de tierra nada más: ni una cruz, ni una flor, nada!

—¡Pobre madre! —murmuró Miguel, y se alejó. Tenía el corazón oprimido, y las lágrimas pugnaban por asomarse a los ojos. Para no llorar quiso distraer el pensamiento con algo que fuese ajeno a la muerte y al dolor, y creyó que lo conseguiría sentándose en el banco de piedra que había ocupado tantas veces al lado de Gabriela. Y... entonces fue Gabriela, ¡oh, la amada imposible...! la que vino a abrumarlo con su recuerdo. A poco le pareció que allí, a su vera, como antes, estaba ella, ¡ella, besándole, abrazándole, musitándole tenuemente al oído!

—¡Gabriela! —sollozó. Cruzó los brazos sobre las rodillas, hundió la frente entre las manos y dejó que la pena lo venciera.

Eran cerca de las seis de la tarde. Ya no había sol en el cielo; ya los pájaros volvían a sus nidos; ya la campana del Ángelus invitaba a la oración, y Mestro Angulo daba las últimas vueltas para marcharse, cuando una mujer apareció en el umbral del campanario. Vestía un traje oscuro. Era alta y esbelta. Cubríase la cabeza con un sombrero azul-negro, y la cara con un velillo del mismo color. Se paró ante el sepulturero.

Mestro Angulo la miró inquisitivamente y pudo observar que le temblaba el labio inferior y que la emoción le subía a los ojos.

—¿Qué desea usted, señora? —la preguntó el zacatecas.

La desconocida miró en torno, buscando un pretexto que la relevara del compromiso de contestar, temiendo a la explosión de los sollozos, y respondió a la vez que mordía su pañuelo:



—¿Hay alguien dentro, Maestro?

—Sí, señora: el doctor Valdés.

La desconocida apretó con más fuerza el pañuelo, y dio unos cuantos pasos hacia el interior.

—No siga usted, señora: voy a cerrar —la dijo Mestro Angulo cortándole el paso.

La mujer se detuvo, contempló algunos segundos al sepulturero y repuso:

—No me ha reconocido usted, Maestro Angulo.

La miró él fijamente y, moviendo la cabeza de izquierda a derecha, respondió:

—No me acuerdo de usted, señora.

La desconocida puso un billete de diez pesos en las manos del sepulturero y agregó:

—Ya sabrá usted quién soy. Ahora necesito pasar.

Y siguió. Frente a la calle principal del cementerio se detuvo. Miró en torno. Osciló su cuerpo como si fuera a desplomarse. Dominada, volvió a mirar, y sus pupilas contemplaron la cabeza del hombre que lloraba. Otra vez las fuerzas quisieron abandonarla. Hizo un gesto voluntarioso, pero no pudo avanzar un paso. Un sollozo de Miguel llegó distinto a sus oídos. Fue como una corriente eléctrica que la tocara, como algo sobrenatural que la infundiera alientos inextinguibles. Sí: aquél era su Miguel. Y al oírlo llorar, al verlo tan solo, tan triste, tan abatido, el llanto explotó en su corazón, y fue acercándose, llamándolo con voz que parecía surgir del fondo del olvido, como si todo el pasado: su infancia, su juventud de veinte años, su alegría y su vida, resucitaran:

—¡Miguel mío! —exclamó estrechándolo entre sus brazos.

Y se oyó un solo sollozo, uno solo, largo, hondo, inmenso: ¡un solo sollozo!

## CAPÍTULO XXXI

¡Pasó mucho tiempo: era de noche!

Miguel levantó lentamente el tronco, la cabeza caída sobre el pecho, la vista fija en un punto de las sombras. Después, quieto, con los brazos colgando entre las piernas, sin sombrero, alucinado, dejó pasar los minutos. ¿Qué pensaba? ¿Qué mundo, qué ilusiones, qué cosas veían sus ojos?

Un brazo de Gabriela le rodeó el cuello, y en sus labios dibujóse una sonrisa.

Una mano de Gabriela sobre su mejilla derecha, le volvió el rostro. Se besaron. Miguel sonreía.

Se estrecharon. Uniéronse las cabezas, y Miguel continuaba sonriendo.

¿Se habría vuelto loco? ¿Qué? ¿Era así la justicia de Dios? Al comenzar la dicha ¿moría la razón? Gabriela sintió angustias de muerte y violentamente rechazó a su amado para exclamar llena de temor:

—¡Miguel, Miguel mío!

Miguel levantó las manos, cogió la cabeza de Gabriela, atrájola sobre su pecho y dijo muy paso:

—No hables: cállate. No digas nada. Déjame vivir toda la vida en este momento.

¡Gabriela! ¡Responde. Déjame verte! ¡Gabriela!

—¡Qué! ¿Me oyes?

—Ya... No digas nada.

¡Y no hablaron!

Gabriela fue rodando la cabeza hasta las piernas de Miguel. Miguel se inclinó y puso su mejilla derecha en la mejilla izquierda de ella. Y su llanto, al deslizarse hacia abajo, iba dejando una huella brillante en el rostro de su amada. Y mientras se sentía vivir así cerca, tan unidos, tan uno de otro, sin más palabras que el diálogo de los corazones, la noche, más densa, los ocultaba en su regazo de inmensidad, como una madre cariñosa. En medio del silencio de los muertos, rodeados de cruces, de cosas de más allá... de la vida, Gabriela y Miguel no pensaban en las sepulturas, ni en las





fosforescencias verdosas de los fuegos fatuos; no oían los chillidos de dos murciélagos, ni la agorería de las lechuzas, ni el son monótono y largo de una campana doblando fúnebremente. Más allá de ellos, de sus corazones, de su mundo de los sentimientos y sensaciones, no había nada.

Mestro Angulo, rondaba; su figura de esqueleto andante, destacábase en medio de las sombras como una enorme hoz invertida. Iba, por el pasaje central hasta cerca de los osarios. Volvía. Parábase. Daba vueltas en un mismo sitio y esforzábase por oír lo que hablaban los dos enamorados. A lo lejos, la campana de un reloj vibró nueve veces.

—*Ahorita* es media noche —murmuró Mestro Angulo, y con paso nervioso fue acercándose al banco donde Gabriela y Miguel soñaban... Vio un bulto Mestro Angulo, un solo bulto, compacto, sin contornos humanos, y... retrocedió, avergonzado, al pensar que el amor profanaba la inviolabilidad de la muerte. Decidido a impedir tan afrentoso sacrilegio avanzó resuelto hasta colocarse a dos metros de los amantes.

¡Se había equivocado Mestro Angulo! Gabriela y Miguel o sollozaban o dormían soñando. Entonces, el sepulturero sintió inundarse su pecho de una ternura fraternal y protectora, y veló largo rato el sueño o la pena de los tristes.

A las diez se dirigió a Miguel y le dijo:

—Doctor, necesito irme: son las diez ya.

Gabriela se incorporó y repuso vehementemente:

—Maestro, déjenos aquí. Queremos estar juntos algunas horas. ¡Han pasado tantos años desde que no nos veíamos!

Mestro Angulo hizo un gesto de contrariedad y replicó:

—¿Y si me castigan por infringir el reglamento?

—No piense en esto, Maestro. ¿Quién ha de saber que nosotros hemos estado aquí? ¿Usted me ha reconocido?

—Sí, señorita Gabriela, y estoy muy contento de verla.

—Entonces, por qué no nos deja. Váyase. Junte la puerta, que nosotros la cerraremos bien cuando salgamos.

Obedeció de muy mala gana Mestro Angulo. Se alejó de la pareja con paso lento e irregular. En el campanario todavía pensó volverse y rogarle a Gabriela que no lo comprometiera tan gravemente. Estuvo pensando la decisión unos cuantos minutos. Al cabo, moviendo la cabeza echó a andar y se alejó.

Gabriela y Miguel empezaban a hablar. Ella, ya sonreía, y a cada raptó de amor besaba en los ojos y en los labios al amado. Y vinieron las confidencias, las añoranzas, los recuerdos, y se desbordó el caudal de las confesiones contenidas. Todo el pasado vibró en la entonación de la voz, lenta a veces, a veces apasionada, o melancólica, como la queja de un ruiseñor en la cumbre de las montañas y en lo denso de los bosques oscuros. Ella era quien más hablaba, quien más reía, quien más lloraba. Su historia de tristezas y de nostalgias, su desesperación de enamorada, su coraje de



prisionera fueron cayendo en los oídos de Miguel con ese ruido profundo que expande, en la noche, el lejano torrente desprendido de una catarata.

—Mis padres, la sociedad, el nombre, el prestigio, la raza —iba diciendo con entonación enérgica Gabriela—; todo eso que es un blasón de la herencia, de la costumbre, de lo que ha sido siempre, se me ha repetido por la mañana, se me ha recordado por la tarde, se me ha obligado a confesar por la noche. La tiranía se ha cebado en mi pobre corazón. “Este debe ser tu esposo” —me dijo mi padre un día, presentándome a un hombre. Era alto, rubio, joven, médico, rico, sportman. “No me gusta”, respondí. “Pues éste”, volvió a requerirme mi padre otro día. Era otro hombre, trigueño, de treinticinco años, bigotudo, atleta, banquero. “No me agrada”, dije. Después fue uno chiquito, regordete, colorado, comerciante, rico, blanco. Después otro, y otros, y muchos. Y el mío, mi hombre, no es como eran aquellos: es un corazón, son unos ojos, es una frente, es una boca que yo no he visto más que en tí. Los otros son hombres, tú eres un corazón, ¡mi corazón! Y yo me decía cada vez que me presentaban un nuevo candidato: “Bueno: me caso con este hombre; me quedo sola con él en la alcoba. Ha de venir a abrazarme, me ha de querer besar. He de verlo tenderse en la cama junto a mí, y después...” Y mis labios, mi cuerpo, mis ojos, esto que yo soy, iba a ser tocado, manoseado, ultrajado, poseído por aquel hombre. Y después... ¿yo podía seguir viviendo, yo podía seguir sintiendo? Pero ¿es posible algo semejante en el mundo? ¡Y yo que había cultivado todo esto para tí, para tus besos, para tu abrazo! ¡Para tí, corazón, era Gabriela!

.....

—Me encaré un día a mi padre y le dije: “Su condición de progenitor no le da derecho a sacrificarme. Soy yo la única dueña de mi cuerpo y mi corazón, y no quiero ni consiento que mi persona sea objeto de contrato, venta o especulación por prejuicios intolerables”. Tuve toda la rudeza de mi raza revolucionaria y guerrera, y mi padre sufrió un nuevo ataque de parálisis, que solo le permite hablar, mover algunos dedos y el ojo derecho.

.....

—Últimamente, mi vida languidecía en un constante sollozo, en una congoja interminable. No quise salir más, no quise recibir a nadie, no hablaba; olvidé el piano, los libros y el mar. Tendida en la cama, comiendo poco, pasaba mis días largos, mis noches inmensas. Mi madre, mi pobre madre —que sabe leer en mi corazón —junto a mi lecho intentaba consolarme. Un día, su amor llegó a decirme: “Ten esperanza; quizás, quizás, hija mía”. Pero las cartas que yo te enviaba, las devolvía el correo de Bayamo con esta desconsoladora nota: “Se ha mudado sin dejar dirección”. Y yo estaba muy delgada, muy enferma, muy sola.

.....

—Una tarde, mi padre recibió una carta donde se le decía que tú habías desaparecido. Dos meses después, el mismo comunicante le ratificó la noticia. “Ha muerto o se



ha ido” debió haber pensado mi padre, y admitió que se le hablara de Bayamo. Y mamá, con esa sutileza incomparable de las madres, hablaba, algunas noches, de su casa, de sus fincas, de sus cosas de Bayamo; y la idea del retorno parpadeaba a veces en el único ojo vivo de mi padre. Pero desconfiado siempre, receloso de una coartada, volvió a preguntar por tí. “Sus padres viven. Del hijo no se sabe nada”, dijeronle por tercera vez en carta confidencial, y decidió el viaje. Mi madre pudo convencerlo, por sugerencias mías, de que me dejara venir primero para preparar la casa. Me acompaña un criado en quien mi padre confía ciegamente. Con toda seguridad que, en estos momentos, debe andar buscándome por el pueblo. Nos hospedamos en el hotel París.<sup>94</sup> Pocos o nadie sabe que estoy en Bayamo. En un coche me dirigí a tu casa. Pregunté por tí, y díjome tu madre: “Anda por la calle. Quizá esté en el cementerio”. ¡Qué suerte! Si las cartas dirigidas a mi padre hubieran dicho verdad, yo no viviría hace algunas horas.

.....  
Eran las doce de la noche. Un frío húmedo iba calando la ropa de los enamorados. Callaron. Estaban pensativos. De pronto, Gabriela murmuró:

—Tengo frío.

—Y yo —repuso Miguel.

Gabriela se frotó las manos y dióselas a Miguel para que se las estrechara. Pasó un minuto. ¿Qué pensaban, quietos, silenciosos, oyendo el palpitar de los corazones? Se besaron. Fue un beso largo, tibio, ¡largo! Gabriela respiraba sofocadamente. Dejó de sentir frío.

Sonaron unas campanas anunciando una hora de la madrugada. Miguel intentó levantarse. Dijo:

—Vámonos: es muy tarde.

—No —repuso Gabriela, atrayéndolo sobre sí. Lo sentó en sus piernas. Se abrazaron. Volvieron a besarse, con un beso que no, era igual a los que se habían dado antes: un beso que duró mucho tiempo...

Graznó una lechuza. La agorería del ave de la noche se hizo fecunda en el abrazo de los amantes. Entre las cruces, en lo alto del campanario los murciélagos seguían revoloteando. Y, al claroscuro de la hora, en el augusto silencio del cementerio, se vio un cuerpo de mujer inclinándose sobre el banco, ceder al peso de la caricia varonil que la devoraba; se oyó como un sollozo, o como una queja, o como un suspiro, y el beso aquel, “que no era igual a los otros besos”, que quiso hacerse eterno, fundió en una, dos vidas paralelas, dos corazones y dos tristezas.

.....  
La lechuza, en un vuelo más bajo, volvió a graznar. Eran las tres de la mañana. Gabriela se incorporó.

---

<sup>94</sup>Propiedad de Evaristo Corpión Mencahechavarría. Estaba ubicado en la calle Sol, (Canducha Figueredo) S/N. Inició sus servicios el 18 de septiembre de 1917.



—Recógeme el sombrero —dijo— mientras se arreglaba el pelo.

—Y ¿ahora...? —interrogó Miguel.

—¿Ahora...? ¡Ya está hecho! Ahora... los dos juntos, por donde el destino quiera llevarnos.

Miguel, pensativo, preguntó otra vez:

—Y ¿qué hacemos?

—Vámonos.

—¿Adónde?

—A tu casa.

—No. Te encontrarían enseguida. Es mejor que vayamos a la casa de Edmundo.

¿Quieres?

—Voy.

—Dejaron el cementerio. A las cuatro de la mañana, Miguel tocaba a la puerta de su amigo.

Ni Edmundo ni su anciana madre reconocieron, de pronto, a la extraña pareja.

—¿Qué! ¿No hay hospitalidad para nosotros?

—¿Miguel! ¿Gabriela? —exclamó Edmundo al oír la voz de su amigo.

—Los mismos. Vengo a pedirte asilo para Gabriela —dijo Miguel. Y expuso en breves palabras los últimos sucesos.

—¿Sí...! —repuso filosóficamente Edmundo. —¿Qué puede suceder? ¿Qué nos linchen? Y, dirigiéndose enfáticamente a Gabriela: —¿Está usted dispuesta a morir linchada?

—Es lo mismo.

Miguel se despidió, después de recibir una carta de Gabriela dirigida a su criado, dándole cuenta de la resolución que había tomado.

## CAPÍTULO XXXII

Miguel no pudo conciliar el sueño. Estaba echado en la cama, de espaldas, con los ojos abiertos en medio de la oscuridad de la alcoba, y la imaginación vagando a través de presentimientos de ideales nunca concebidos. En esta actitud le sorprendió el nuevo día. Las claridades de la aurora filtráronse por las rendijas como un aviso de vida nueva. Miguel se incorporó. Quiso coordinar ideas, recordar bien, presentir el mañana. Los últimos acontecimientos se habían desarrollado de tal manera, tan inesperadamente; era tan “absurda” la realidad vivida hasta una hora antes, que no acertaba a definir la situación. Sí... Estaba contento. La vida le sonreía una vez. Una vez, al menos, la tragedia no se le encaraba amenazadora. La seguridad de este paréntesis en su dolor le hizo sonreír. Sonriendo le pareció que las cosas que le rodeaban se transformaban, y vio, en un horizonte blanco y rosa, la imagen adorada como la consagración de la dicha y el amor.

Echó a andar por la habitación. Se asomó por la ventana y contempló el panorama mañanero. Volvió junto a la cama, y entonces percibió el reverso de la aventura que había comenzado a vivir al toque del Ángelus: La cara de Armando Reyes, flemático y apacible; los ojos de Cadenas, brillantes e hipócritas; el gesto de Andrés Pérez, solemne y cobarde, dibujáronse en otro horizonte donde la tonalidad blanca no existía. Y *El Demócrata*, con su saña implacable; y aquellos gritos de “un negro ha ultrajado una blanca, está loco, hay que recluirlo en Mazorra”, fueron tomando, en su imaginación, las proporciones trágicas que siempre habían tenido para su vida; y sintió miedo, no ya por sí mismo, no tanto por la existencia que había despreciado mucho, si no, por Gabriela. El recuerdo de la adorada, al cruzar por el cerebro, transformó sus ideas. ¡Nada de pesimismo, ni de tragedia, ni de dolor! El dolor y la amargura de vivir eran cosas de ayer, de otros días tristes y lejanos. Con Gabriela, el mundo cambiaba de aspecto.

A las nueve de la mañana llegó a la casa de Edmundo.

—Gabriela duerme —le dijo su amigo.



Miguel contó su aventura. Repitió parte de las confesiones de Gabriela. Habló de su alegría, de su inmenso regocijo, y el porvenir fue tema propicio de su imaginación exaltada en aquel momento.

—El mañana debe reservarte grandes cosas —agregó Edmundo.

—Yo lo creo así.

—Pero es necesario una rectificación, Miguel. Tienes que rectificar completamente.

—Sí: estoy decidido a ello, y a trabajar, y a vencer cuantos obstáculos se presenten.

—Por de pronto —dijo Edmundo— voy a entrevistarme con don Epicuro para resolver de una vez... tu situación. Tú sabes que él me ha prometido buscarte trabajo. ¡Cualesquiera cosa!: una plaza en un escritorio comercial o en una oficina del Estado; algo que te permita vivir hasta que estés en condiciones de ejercer tu carrera. Y... voy ahora mismo, antes de que sea más tarde.

—No digas nada de Gabriela, Edmundo —le recomendó Miguel.

—Ni lo pienses. Me valdré de mis medios para interesar urgentemente a don Epicuro, sin que advierta ni sospeche nada. Bueno... Si quieres puedes pasar al cuarto de Gabriela. Está sola.

.....

A las diez y media entró Edmundo en el despacho del Registrador. Don Epicuro vestía una pijama color crema. Inclinado sobre la carpeta del escritorio, revisaba unos documentos. En torno, en pequeñas mesas de caoba, en las butacas, en los estantes giratorios, había montones de libros, periódicos, escrituras. De las paredes colgaban cuadros de pintores jóvenes, protegidos por don Epicuro. Retratos de mujeres llenaban parte del escritorio. ¡Eran las conquistas del don Juan bayamés! “Para mi amado”. “A Epicuro”. “Piensa que no te olvido”. “Tuya hasta la muerte” afirmaban algunas dedicatorias. Un busto de Napoleón en lo alto de una columna de mármol parecía mirar obstinadamente la cabeza de su dueño...

Don Epicuro recibió solícito y cortés, como siempre, a Edmundo.

—¿Qué te trae por aquí?

—Un asunto que usted y yo tenemos pendiente.

—¡Caramba!, sí —repuso, recordando su promesa; —pero, nada todavía.

—Usted cree, don Epicuro, que sea muy difícil conseguir ese puesto que...

—No. Para mí no es difícil, —se apresuró a responder el Registrador; —pero... ¡en verdad! no me había ocupado.

—¡Ah... ya me lo figuraba!, a pesar de que alguien me aseguró que usted no tenía influencias suficientes para colocar a Miguel.

El Registrador se puso nervioso. Abandonó la butaca con un gesto de omnipotencia y dijo:

—El que sostenga eso... no me conoce. ¿Qué me propondré que no alcance?



Tú verás. Espérate. Dentro de una hora estará todo resuelto.

Empujó una mampara y, quince minutos después, reapareció en el despacho, perfumado, empolvado, luciendo un grueso brillante en el nudo de la corbata y una leontina de oro en el chaleco.<sup>95</sup>

—Vamos —dijo a Edmundo. —Miguel tendrá en seguida su colocación.

Tomaron un coche.

—A la casa particular del alcalde —ordenó don Epicuro.

Estrechó el alcalde la “mano ilustre” de don Epicuro y se ofreció a servirle incondicionalmente.

—Es un pequeño favor nada más lo que quiero.

—Veinte... ¡mi querido!

—Necesito un puesto en el Ayuntamiento, para el doctor Valdés.

—¿Para el doctor Valdés?

—Sí. Tengo empeño en colocarlo.

—Pero... ¡si está loco! Tú sabes que no lo he enviado a Mazorra por recomendación tuya.

—La locura de Valdés es un cuento —arguyó don Epicuro. —Y si lo estuviera ¿qué? ¡De locos está lleno el mundo! Además, es un asunto mío, y necesito un puesto para él.

—¿Y si no hubiera ese puesto? —repuso, bromeando, el alcalde.

—Invéntalo. Yo lo necesito.

—Es que positivamente no lo hay.

—Invéntalo, te he dicho.

—¿Quieres que deje cesante a uno de tus recomendados y ponga en su lugar a Miguel?

—¡Ah, no; eso, no! Quedaríamos en las mismas condiciones.

—Es la solución. Ya ves cuántos deseos tengo de servirte.

—Sí. Comprendo. Pero... ¡Bueno: lo llevaré a Sanidad!

En Sanidad no había vacantes tampoco. No las encontró en ningún departamento de la administración del Estado.

—¡Caramba! —murmuró don Epicuro de regreso de las oficinas públicas. —No había tenido en cuenta tantas dificultades. —Pero esto se arregla metiéndolo en un escritorio. ¿Qué te parece, Edmundo?

—Muy bien.

Llegaron al establecimiento La Aurora. El tuerto saltó el mostrador para complimentar al “ilustre licenciado”.

—Mi casa se honra con su visita —dijo estrechando efusivamente la diestra del coronel.

—Traigo un empeño.

—Todo lo mío está a su disposición, licenciado.

---

<sup>95</sup>La Leontina de Oro con Dije de brillante valía \$150,00 moneda nacional.



—Necesito colocar un muchacho de escribiente o cosa parecida.

—Con mucho gusto. Ayer despedí al tenedor de libros, y quiero sustituirlo con un muchacho joven e inteligente. ¿Es de Bayamo su recomendado, don Epicuro?

—Sí: el doctor Valdés.

El tuerto contrajo los músculos de la cara. ¿El loco en su casa? ¿Ignoraría don Epicuro el estado mental del médico?

—¿Qué, no le conviene? —insistió el Registrador un tanto pesimista.

—Le diré... don Epicuro. Según mis noticias, ese señor está loco.

—¡Loco! ¿Pero a quién le ha dado la locura de propalar tal mentira?

—La gente lo dice, don Epicuro. Y ¡oiga! yo mismo he tenido oportunidad de comprobarlo. ¿Se acuerda usted del último gran temporal?

—Sí que me acuerdo, ¡Como que se me ahogaron más de cien toros!

—¡Me alegro! No de que perdiera usted las reses, sino de que recuerde el temporal, porque una de las noches que más llovía se me apareció Valdés, delirante y furioso, y me tiró un microscopio a la cabeza. Si no ando listo, me mata.

—Veo que tú también te has dejado impresionar por lo que se dice. El Dr. Valdés no está loco, no lo ha estado nunca, y es un hombre inteligente, honrado y trabajador: un perfecto caballero.

—Sí, está bien cuanto usted afirma, —replicó el tuerto, pasándose una mano por la cara; —pero— agregó, bajando la voz para que Edmundo no lo oyera, —yo no puedo meter un mulato en mí escritorio.

—¡Oh... esas son pamplinas! Si yo tuviera una vacante en mi bufete lo colocaría, ¡mira como es la cosa!

—Usted sí puede hacerlo, don Epicuro. Pero si yo meto a ese señor aquí, los marchantes me abandonarán. Sería mi ruina.

—De modo... ¿que no puede ser?

—Considere usted, don Epicuro. Usted sabe con cuanto pesar me veo en la necesidad de no complacerle. Pídame otra cosa, don Epicuro. ¿Desea usted que bote la dependencia y ponga recomendados suyos? Es que yo tengo empeño en servirle a usted. Mándeme lo que usted quiera, pero comprenda mi situación.

—No hay que apenarse —dijo don Epicuro. —Veré si en otro lugar hallo lo que busco.

El Registrador recorrió cinco o seis casas más, y en todas rechazaron a Miguel.

—¡Caramba, caramba! —repitió don Epicuro, encaminándose a una ferretería.

—... usted no sabe cuánto lamentamos la imposibilidad de servirle, don Epicuro, terminó su larga disculpa el ferretero, estrechando la mano del “grande amigo”.

Don Epicuro, sudando, nervioso, violento a veces, con los ojos brillantes, iba de uno a otro lado; exponía razones, necesidades, conveniencias. ¡Inútil todo!

A las tres de la tarde se tiró en un sofá de su despacho, aplastado bajo el peso de la derrota.





—“¡Un negro, don Epicuro; un mulato; un loco. No podemos. Nos es imposible, don Epicuro”. En todas partes me han dicho esto. ¡Qué estúpida gente, qué bárbaros!

Desabrochóse el chaleco; tiró el sombrero en una silla y, pensativo, movía la mandíbula inferior, como si blasfemara.

Sentíase herido en su amor propio, en lo más sensible de su vanidad. Derrotado él, rechazado por aquellos mismos a quienes había favorecido con sus influencias, con su dinero, con su popularidad. Púsose en pie y encarándose a Edmundo le dijo:

—Ven mañana a las ocho. ¡Si habrán olvidado los bayameses quién soy yo! ¿Sabes, Edmundo? A las ocho en punto, aquí.

Edmundo regresó a su casa presa de un gran pesimismo. Estaba convencido que toda la influencia del rico y poderoso abogado no lograría romper la barrera que la gente oponía a Miguel. ¡Imposible! ¡Un mulato! Edmundo había visto el asombro de los blancos cuando sonaba el nombre del médico. Los había visto abrir los ojos, cambiar de color, reponerse y firmemente manifestar sus escrúpulos.

—¡Oh, cómo te hemos esperado para almorzar! —exclamó Miguel, saliéndole al paso.

—Almorcé con don Epicuro. He pasado un día delicioso.

—Y nosotros —dijo Gabriela.

—¡Un día de encanto! —agregó Miguel.

Edmundo se sentó cerca de los amantes y les informó de que estaba casi solucionado el asunto que le había retenido fuera.

Luego hablaron de los padres de Gabriela, de los comentarios que harían los bayameses cuando se enteraran de la aventura de los enamorados. Edmundo hablaba de prisa, con una precipitación a veces que le trastrocaba las palabras. ¡Y la perspicacia de Miguel adivinó el fracaso de las gestiones de su amigo! Ocultó, sin embargo, su íntima convicción, y esperó a que Gabriela los dejara solos para preguntar:

—¿Y qué?

—A tí no te voy a engañar —le dijo Edmundo. — Don Epicuro ha hecho lo que yo no esperaba. ¿Sabes lo que le han contestado en todas partes?

—Sí... No lo digas. ¡Que soy negro! Lo sabía, lo sé hace mucho tiempo; pero ahora no quiero darme cuenta de nada. Si me detuviera a pensar un momento, me suicidaría, y no quiero, no. Ven. Ponme una inyección de morfina.

—No.

—La necesito.

—No.

—Me volveré loco.

Edmundo obedeció.

—Ahora, óyeme —dijo— Miguel: no creo que sean muchos mis días, y tengo miedo de encontrarme solo con mi pensamiento. Cuando me veas pensativo no me



abandones. Mientras Gabriela esté a mi lado, que será muy poco tiempo, el tiempo que tarden los blancos en arrebátarmela y asesinarme, quiero gozar mi triste dicha inmensa. ¡Cuídame como a un hermano pequeño!

—Haré lo que tú quieras —contestó con forzada energía Edmundo. —Pero, ahora no pienses en nada que te entristezca. Tenemos una esperanza: Don Epicuro me aseguró que si no hallaba donde colocarte, hará un hueco en su bufete para ti.

—Sí: está bien, Edmundo. No digas nada a Gabriela.

Pero Gabriela comprendió que algo anormal sucedía. ¡Cómo se le iba a ocultar a ella la pena que vivía en el fondo de las pupilas de su amado! Y para aturdirlo, para no dejarlo pensar, lo asió por un brazo, lo condujo a la alcoba y lo durmió con besos y caricias.

Y cuando la morfina y el *haschich* de los brazos adorados lo hundieron en lo profundo del sueño, Gabriela, desde el borde de la cama, murmuró:

—Queremos engañarnos con una alegría que no existe: ¡los condenados a muerte no ríen jamás!

## CAPÍTULO XXXIII

Eran las ocho de la mañana.

—Ya estamos —dijo don Epicuro, mirándose por última vez, en el espejo de la sombrera.

—¿Tendremos más suerte hoy, don Epicuro? —interrogó Edmundo.

—No. Esto no es cuestión de suerte. Todos los habitantes de Bayamo me deben algún favor, y están obligados a complacerme. Hoy colocaré a Miguel, porque sí.

La decisión de don Epicuro fortaleció el ánimo de Edmundo. Era inmensa la influencia del Registrador, inmenso su poder de gran cacique y de filántropo oportuno. Su historia de revolucionario, de jefe de estado mayor de un cuerpo de ejército; sus riquezas, su vida fastuosa, su “elegancia refinada” y las conquistas amorosas pesaban decisivamente en cuanto asunto tomara parte. Y acostumbrado a saberse obedecido en sus deseos, en sus caprichos, en la más nimia trivialidad de su vida, le parecía un sacrilegio la actitud de las personas que se habían negado a admitir a Miguel. Un sentimiento rencoroso le obligó a confeccionar una lista con los nombres de las personas que había visitado, “para tenerlas en cuenta en la primera oportunidad que se presentara”. Sin embargo... a las ocho de la noche de aquel segundo día de ir y venir, de interceder y suplicar, los nombres de la lista pasaban de cien. Pronto todo el pueblo de Bayamo iba a figurar en ella. El pueblo entero, su pueblo, el que él había amado y “engrandecido” con su nombre y sus obras y su prestigio, le negaba el único favor que le pedía.

Enfadado, violento, ¡sin bañarse! fue a El Liceo, y reunió en torno a don Enrique, Cadenas, Urquiaga, Armando, don Pancho, a todos sus “amigos” y protegidos, para lamentarse de lo que le había pasado.

—Yo, que he hecho tantos favores —dijo; —que he ayudado a tantos pobres comerciantes, hoy enriquecidos; que he repartido tanto dinero, tanto bien, no hallo quien me complazca con un pequeño favor. Es una ingratitude inolvidable de mi pueblo. Mi experiencia de estos últimos días es más grande que la que me enseñaron cuarenta años de existencia.



Exasperado con el recuerdo de las jornadas infructuosas que había rendido, añadió:  
—Según el criterio de los bayameses, yo debo dar; ellos pueden exigirme; pero yo no tengo derecho a la más insignificante compensación. ¡Está bien!

—Es imposible lo que pretendes, Epicuro —repuso Armando. —¿En qué época y en qué país has visto tú, un negro al frente de un escritorio? ¡Y qué negro!: un racista, borracho, malo, encanallado, violador de mujeres blancas. ¡Tenedor de libros! ¿Cuándo se ha visto eso? ¿En qué lugar del mundo un negro ha ocupado puestos de esa naturaleza? Los negros y los mulatos sirven para criados, cocheros, pinches; pero ¡escribientes, abogados, médicos! Pero ¡qué absurdo! Ahí tienes el resultado con tu protegido. Le ayudaste a hacerse médico. Tu influencia le consiguió el título, porque de medicina no entiende ni una palabra. Las consecuencias no han podido ser más desastrosas; mató a una infeliz mujer, envenenó a don Antonio y, ahora, fracasado, loco, borracho ¡quiere ser tenedor de libros! Pero ¿habrá gentes que no se convenzan de que el negro es un ser inferior, que le falta seso, inteligencia, sentido común? Pero ¿cuándo esta verdad podrá ser incrustada en cerebros como el tuyo?

—Así se habla —dijo don Enrique cruzando las piernas.

—*Tenei rason*, muchacho —agregó don Pancho.

—Sí: los negros están incapacitados.

—Efectivamente.

Don Epicuro oyó impasible las “razones” del ingeniero; pero veíasele, por el movimiento de la mandíbula inferior, que se iba violentando poco a poco, tanto que, poniéndose en pie, replicó de mal modo:

—Tú, Armando, no eres un hombre honrado.

—Eso merece una explicación —repuso el ingeniero abandonando la mecedora, para encararse a don Epicuro.

—Sí, la tiene —respondió el Registrador. —Y como a mí me importan muy poca cosa las circunspecciones sociales, los prejuicios de raza y eso que tú llamas superioridad étnica, colocaré a Miguel en mi bufete, para que tú, muy blanco, muy culto, muy... ¡lo que tú quieras! te veas obligado a tratar al “negro”.

—Buscaremos otro Registrador.

—Los bayameses no tienen influencia para tanto. Tengo tres cicatrices en el cuerpo, de tres heridas que sufrí para conquistar el derecho de ser libre, pensar a mi antojo y hacer mi voluntad. Yo soy un libertador de mi pensamiento, de mi palabra, de mi patria y de los beneficios que hoy disfrutan los cubanos. Si quieres más explicaciones, estoy a tus órdenes.

—No, no; que se acabe eso —dijo Cadenas conciliador.

—¡Don Epicuro!

—¡Parece mentira!



—Aquí mando yo —agregó don Pancho. —Epicuro, siéntate, y tú, Armando, al balance también.

No esperó que le obedecieran. Cogió a don Epicuro por un brazo y lo condujo a un sillón.

—Aquí mando yo, he dicho, —empujando al ingeniero sobre una silla. —Estas terquedades tienen su solución en el fondo de las copas. ¡Conserje, trae champán!

Media hora después el incidente estaba olvidado. Entre una y otra copa, se habló de lo mismo que siempre se había hablado en el círculo de la “aristocracia bayamesa”: de las mujeres, de los chismes de la aldea.

Bostezó don Pancho.

—Voy a dormir —dijo don Enrique.

Deshízose el corro.

Don Epicuro fue a la mesa de “póker” y perdió doscientos pesos. A la una de la noche se dirigió a su casa.

Muy temprano, al día siguiente, llamó a los criados y les dijo:

—No recibo a nadie. Si viene Edmundo Casanova, no lo dejen pasar.

Y Edmundo fue.

—No está don Epicuro —le informó el portero, a las ocho de aquel día.

A las doce:

—Marchó al campo.

A las tres:

—No ha regresado.

Edmundo, comprendiendo que lo engañaban, se obstinó en vigilar la puerta del Registrador. Sentado en la acera de enfrente, encendió un cigarro, un tabaco, otro cigarro; cansado de esperar, a las nueve de la noche, se alejó, monologando:

—Esto no tiene remedio. La última esperanza se esfuma.

Miguel lo esperaba en la sala. No había querido acostarse hasta saber el resultado de las gestiones de su amigo. Al verle la cara murmuró:

—Sí... ¡lo de siempre! No te esfuerces más, Edmundo. Hay enfermedades incurables, como el cáncer y la tuberculosis. Nosotros somos enfermos, y el bacilo de Koch va cumpliendo su destino. ¿Comprendes?

Edmundo bajó la cabeza, abrumado por el peso de su derrota. Después preguntó por su madre.

—Duerme.

—¿Y Gabriela?

—Duerme también. Gabriela presiente algo de lo que pasa, pero no dice nada. Mejor. Esto ha de terminar pronto. Dentro de tres días llegará don Antonio. ¡Piensa en la tragedia que se acerca! Me echará el pueblo y la policía. Me arrastrarán por las calles. ¡Mejor! Tarde o temprano ha de suceder lo mismo. Pero como tú no eres



cómplice de mi delito, mañana nos marcharemos Gabriela y yo. Ya tengo una casa preparada.

—No te irás de aquí, Miguel.

—Edmundo, yo sé lo que hago. ¡Ni una palabra más!

Bastó el tono imperativo de Miguel. Los dos amigos, pensativos, guardaron silencio durante largos minutos. ¿Qué panorama de sangre, de tristezas y de vencimiento columbraban sus meditaciones? Miguel fue el primero en moverse. Levantó la cabeza, dijo algo que Edmundo no pudo comprender y agregó:

—Ponme una inyección.

—Pero ¿tú quieres morir como un animal, Miguel?

—Para vivir como un perro que el mundo patea, es preferible cualesquiera clase de muerte. Vamos, coge la jeringuilla.

Edmundo le puso la inyección.

—Otra, —mandó el médico.

—Puedes envenenarte.

—No. Quiero dormir. Veinticinco centígramos no logran cerrarme los párpados. ¡Y me hace falta soñar, soñar mucho!

Y la aguja volvió a romper la piel para dejar en la sanare la dosis de veneno.

Miguel durmió profundamente hasta las doce del otro día. Al despertar vino a su memoria la peligrosa aventura que vivía, y pensó en Edmundo. ¿Por qué comprometerlo? Se separarían inmediatamente. Sí.

Intentó incorporarse y no pudo levantar la cabeza.

—¿Te sientes enfermo? —le preguntó Gabriela, sentándolo.

—No. Es que he dormido mucho. Dame un poco de café.

A las cinco de la tarde, restablecido, abandonó, en compañía de Gabriela, el hogar de Edmundo.

El contento de sentirse solo con su amada, en la casa de los dos, lo amargó la certeza de que no podrían disfrutarlo mucho tiempo. El encanto terminaría con la llegada de don Antonio, cuarentiocho horas después de aquel momento. Y presintiendo la muerte, encariñado al cuerpo de Gabriela, se abrazó a él, como para no separarse más, como para morir, así, juntos, en uno solo e indivisible montón de corazones rotos.

## CAPÍTULO XXXIV

Gabriela y Miguel se hallaron tan bien, sin más compañeros ni amigos que ellos mismos; les pareció tan amable la vida, al despertar, solos, en su lecho de amantes, que la huella del pasado no pudo vivir, ni un segundo, en sus pensamientos.

—Así, solos, quietos, escondidos —dijo Gabriela, —¡qué más para nosotros! Si mi padre olvidara mi nombre; si tus enemigos no pudieran recordar tu existencia, y, como dos extraños al mundo, lográsemos el aislamiento en nuestra casa ¡qué felicidad!

Miguel la besó en la boca, mientras su imaginación huroneaba el porvenir, buscando la fórmula de un posible convenio con el mundo que le permitiera vivir su dicha del momento; prolongar la vida tal y como la había vivido unas horas; curarse del corazón y del cuerpo; ir relacionándose otra vez: ¡trabajar! ¿Por qué no? Con humildad, con la cabeza baja por la calle, para que nadie pudiera sentirse ofendido, sin dirigir la palabra más que a quien lo solicitara ¿era posible el venturoso ensueño?

Dominado durante el día por estos pensamientos, decidió consultar a Edmundo.

Edmundo, queriendo engañarse también, y sostenida, tal vez, su esperanza por la promesa de don Epicuro, halló realizable el proyecto de Miguel.

—Creo que sea posible —añadió. —Por de pronto, don Epicuro te colocará en su bufete, si de hoy a mañana no encuentra otra cosa para tí.

Convinieron en que Edmundo visitara al Registrador.

Miguel volvió a su casa rebotando contento.

A las ocho de la noche, impaciente por saber el resultado de la misión de Edmundo, fue a visitarlo. A las once, Edmundo no había regresado.

Miguel se dirigió a su casa. Al acostarse murmuró:

—Será mañana.

Se levantó temprano y volvió a la casa de Edmundo.

—Ha salido —le dijo la madre de su amigo. —Creo que fue a ver a don Epicuro. ¿Por qué no se llega un momentito allá?

Sí, iría.



El Registrador no estaba en su casa. Invitado Miguel a esperarlo, ocupó una butaca del recibidor.

La estancia estaba amueblada sencillamente: seis sillas, dos balances y un sofá. De las paredes pendían un retrato de Napoleón y una copia de la Gioconda. Entre los dos balances, había una mesita con periódicos. Miguel contempló las pupilas enérgicas de Napoleón, hojeó una revista y quiso penetrar la significación misteriosa de la sonrisa que Leonardo da Vinci puso en la boca de Monna Lisa.

Después de una hora de quietud expectante, advirtió que crecía, en su ánimo, una insinuación de inconformidad, que lo llevaba a pensar otra vez, en el problema palpitante de su vida. Mientras más ahondaba el pensamiento en este análisis, más disgusto sentía. La misma tardanza de don Epicuro y su amigo le demostraba que lo que había pensado la noche anterior carecía de fundamento: porque, si algo cambiaba en torno suyo, no eran los factores permanentes que le habían ido precipitando en la miseria, si no sus ideas. Sus ideas, invariables hasta la llegada de Gabriela, empezaron a flaquear desde que ella se le entregó en el cementerio. Pero libertado de la sugestión que lo “imprevisto” de la feliz... aventura había ejercido en sus sentimientos y en su inteligencia, el problema de siempre continuaba irresoluble, y amenazador, y agravándose a cada momento. ¿No llegaría don Antonio dentro de unas horas? ¿No habría llegado ya? ¿Le había sido posible a Edmundo encontrar, por medio de don Epicuro, un insignificante destino donde poder ganar cincuenta o sesenta pesos? ¿No era una realidad la miseria de sus ancianos padres? Al concluir esta sucesión de razonamientos, su entrecejo estaba contraído, era vaga su mirada y el cuerpo le pedía morfina.

Llamó su atención un coche que acababa de pararse frente a la puerta. Oyó los pasos de alguien que atravesaba el zaguán y se dirigía al interior de la casa. Espió.

Era don Epicuro seguido de Edmundo. El Registrador estaba pálido. Tiró el sombrero y el bastón sobre una silla. La mandíbula inferior le temblaba más que nunca y en los ojos se le descubría un disgusto profundo.

—¡Ya usted lo ha visto! —dijo— parándose frente a Edmundo: —¡imposible! ¡Imposible luchar con lo imposible! Lo que sucede ¡me lo explico tan bien ahora! Los negros no han sido más que esclavos, criados, mandaderos; de hecho, no han pasado de bestias de carga. ¡No sirven para otra cosa, según la ideología de los blancos! A esta gente no le cabe en los sesos que un negro sea tenedor de libros, médico, abogado; fino, culto, artista. Todo esto, que es esencialmente de la inteligencia y del espíritu, lo consideran los hombres de nuestro tiempo como incompatible con el color oscuro de la piel. ¡Y extirpe usted tal prejuicio! ¡Convenza usted a los que así piensan! Bueno... ¡usted lo ha visto! ¿No he puesto todo cuanto yo valgo en favor de Miguel?

—Sí, señor; don Epicuro. Yo estoy agradecidísimo.

—He sufrido la más grande decepción de mi vida —murmuró apesadumbrado.





—¡Como si el color incapacitara a los hombres para las funciones de la inteligencia!

Tiró de las solapas, miró furtivamente el brillante que llevaba en la mano izquierda y se volvió con un gesto que quería decir: “Hemos terminado, amigo”. “Yo no hago nada más”.

Clara y concisa la idea de don Epicuro. No obstante, Edmundo intentó un nuevo esfuerzo y dijo tímidamente:

—Usted ¿no podría darle un puesto en su bufete?

Don Epicuro, rápido, cual si respondiera a un latigazo en pleno rostro, repuso:

—Pero ¿cómo se le ocurre a usted que yo meta en el Registro a un hombre de color?

Mas, dándose cuenta en seguida de lo inoportuno de su espontaneidad, agregó:

—Bueno... Le diré... no es que yo no quiera que un negro trabaje conmigo, ¡nunca! Yo no puedo confundirme con la caterva de preocupados que todo lo hacen cuestión de raza. Ocurre que no tengo ninguna vacante. Si la tuviera, yo le demostraría a los bayameses cómo se es demócrata.

—Y ¿no se le fue un empleado hace dos días, don Epicuro?

—Sí, pero... —tartamudeó el Registrador; —es que no pienso cubrir esa vacante. Hay ahora muy poco trabajo en el Registro y mis gastos son enormes.

—Tiene usted razón, don Epicuro. Usted ha hecho cuanto humanamente podía... hacerse y, por todo, por las molestias y disgustos que le he ocasionado, le pido perdón, y cónstele que estoy muy agradecido de usted. Así se lo diré a Miguel. Buenas tardes, don Epicuro.

Edmundo se dirigió a la puerta, después de estrechar las manos del Registrador; pero cuando estaba ya en la acera, oyó que le llamaba y volvió.

—Te he llamado —le dijo don Epicuro— para que le entregues estos quinientos pesos a Miguel, y dile que todos los días últimos le enviaré cincuenta pesos.

—Le repito las gracias en nombre de mi amigo y cumpliré su recomendación.

Edmundo se alejó emocionado y triste.

Cuando don Epicuro, satisfecho de su obra, atravesó la sala del archivo,<sup>96</sup> el recibidor, el despacho y, empujando mamparas y puertas, hallóse en sus habitaciones privadas, llenas de armarios, de cómodas, de espejos, saturadas de un tenue perfume de “mariposas”; en uno de los balances del recibidor, hundida la frente entre las rodillas, Miguel sollozaba el derrumbe de la última esperanza concebida. Las palabras de don Epicuro “¿cómo a usted se le ocurre que yo meta en el Registro a un hombre de color?”, fueron como gotas de plomo que hubieran ido cayendo en lo íntimo de su vida. ¡Qué revelación, qué abismo, qué enorme la sima que lo había separado siempre de sus aspiraciones! ¿Cómo luchar contra una mentalidad conformada por veinte siglos de esclavitud? Su dolor era tan grande que no vio a don Epicuro al

<sup>96</sup>La oficina y archivo del Registro de la Propiedad estaba en la calle José Antonio Saco, No. 43.



atravesar la pequeña saleta. ¡No vio nada! ¡No quiso tampoco saber de nada! ¿Para qué? ¿Qué esperar ya de la vida, de los hombres y de la humanidad?

Cogió el sombrero y se puso en pie. Con paso lento e inseguro, como quien camina hacia el suplicio, atravesó las mismas habitaciones que había cruzado al entrar.

—¿Ha visto usted a don Epicuro? —le preguntó el portero.

Miguel se volvió, miró profundamente a los ojos del criado y siguió andando sin pronunciar una palabra.

Era de tarde. Los bayameses, vistiendo trajes de paseo, invadían las calles. Caminaban despacio, en grupos, contentos de sí mismos, sonrientes.

Miguel advirtió a poco de haberse alejado de la casa de don Epicuro que la gente lo miraba con más curiosidad que nunca.

—¿Por qué? —se preguntó.

En el cruce de las calles de García y Saco, un hombre de edad madura lo señaló con el dedo y, dirigiéndose a unos cuantos viejos que le rodeaban, dijo:

—¡Mírenlo... Ya va borracho!

—No acierto a comprender —agregó uno del grupo— cómo una señorita blanca, rica y distinguida pueda enamorarse de un perdido.

—¡Capricho de mujeres! —repuso un “filósofo”.

—Me parece que la gozará muy poco. Tengo entendido que se la quitarán.

—Indudablemente. Ese hombre... está incapacitado para vivir con una mujer.

El médico oyó de una manera vaga las murmuraciones callejeras. Era algo indefinido, como una repercusión continua de tormenta lejana, ¡Se inmutó! ¿Qué pasaba? La gente ¿habría descubierto la presencia de Gabriela en Bayamo? ¿Sabrían los bayameses que la “mujer blanca” había huido con el “perro negro”?

Su inquietud, por la suerte de Gabriela, adquirió mayores proporciones al oír, en otra esquina y a otros hombres:

—¡Mírenlo: ahí va!

Lo señalaban, lo miraban, lo seguían con la vista.

Miguel aceleró el paso. Quería llegar a la casa de Edmundo. Quería saber algo más de lo que había oído. Presentía una nueva acechanza del egoísmo de los hombres. Imaginaba a Gabriela presa de las turbas, arrastrada por las calles como castigo a su traición de mujer blanca. ¡Su Gabriela! Anduvo más de prisa, olvidado ya de la escena vivida en la casa de don Epicuro; olvidado también de su pena, del calvario que vivía. Cuanto fuera suyo lo habían profanado los hombres. ¿Intentarían ahora ultrajar a Gabriela?

Empujó la puerta de la casa de Edmundo con precipitación de perseguido. Edmundo le esperaba con *El Demócrata* en las manos.

—Lee —le dijo.

—No —contestó Miguel, retrocediendo instintivamente.



—Es preciso, Miguel; entérate.

El médico obedeció.

“Sensacional secuestro —decía el título, a seis columnas, de la primera plana del periódico. —El negro Miguel Valdés ha secuestrado a la señorita Gabriela Estrada y Céspedes. —La trajo engañada desde la Habana. —Lo que nos dijeron sus padres al llegar a ésta”.

Miguel no quiso leer más, puso el periódico en una mesa y, completamente transformado, exclamó:

—Edmundo...: me matarán, pero moriré matando.

—¿Qué piensas?

—Ya lo sabrás. Déjame. ¿Gabriela ha leído el periódico?

—No sé. Acabo de llegar de la casa de don Epicuro y me dio para tí quini...

—Sí, estoy enterado —dijo Miguel interrumpiendo a su amigo. —Dame un poco de ese dinero.

Salió. Transfigurado por el vigor de la idea que había concebido súbitamente, caminaba por la calle de Martí, con la vista fija hacia adelante y los puños apretados. De pronto se detuvo. Estaba frente a un establecimiento de víveres y ferretería.<sup>97</sup> Sus ojos recorrieron de una mirada los escaparates de la tienda, y un amago de sonrisa se insinuó en sus labios al descubrir unos cuantos revólveres dentro de una vitrina. Entró. Pidió ron. Mientras bebía fue acercándose a las armas. Unas piedras falsas, montadas en aros de cobre, le sirvieron para iniciar conversación con el dueño de la casa. ¡Estaba muy bien surtido el establecimiento! Había de todo. Viéndolo nada más se daba cuenta cualquiera de la capacidad comercial de quien lo administraba. ¡Verdadero comerciante, sí!

—¡Hasta revólver vende su casa! —exclamó Miguel, ganando la confianza del tendero.

—Es necesario tener de todo para evitar que los marchantes se vayan a otra parte.

—Y son *colts*, —insistió Miguel, simulando profunda admiración.

—¡Magníficos, amigo mío, magníficos! Un triunfo me ha costado adquiriros. Son del último modelo. Hechos expresamente para el ejército americano.

—Si no anduviera de prisa, dijo Miguel —le compraría uno para regalarlo.

El comerciante sacó un revólver de la vidriera y, ponderando sus condiciones de seguridad y puntería, agregó:

—Pues si usted no lo adquiere ahora, mañana sería tarde, porque los tengo medio en trato.

Se decidió Miguel, como cediendo a la sugestión del comerciante. Y con “su” revólver en la cintura y cincuenta balas en los bolsillos, abandonó la tienda. Sonreía.

---

<sup>97</sup>El Siglo XIX, propiedad de Primo Iglesias Quirós, era el único establecimiento ubicado en la calle Martí autorizado a vender armas de fuego, y giraba en el ramo de tienda mixta. Inició sus servicios el 4 de mayo de 1900.



Era una sonrisa diabólica, de tragedia y enconada resolución criminal. Tomó un coche.

—Calle de García, hasta la carretera —ordenó al auriga.

Y, arrellanado, con los pies en el asiento delantero y el ala del “pajita” echada sobre las cejas, miró torvamente frontispicios, luces y transeúntes. ¡Sus ojos buscaban un hombre! Había en sus pupilas avidez de sangre y venganza, proyectándose, acechadora, en el resplandor de las bombillas eléctricas.

—Al paso, —mandó, reconociendo a media cuadra de distancia los muros de su casa paterna.

Inclinó el tronco sobre las rodillas.

La puerta de su hogar estaba cerrada. Por los resquicios y rendijas no filtraba la luz del interior. ¡Tal vez ni petróleo tendrían los tristes ancianos!

Sonó un golpe a la derecha, como el que produce una caja pesada al caer, y volvió la vista.

—Para, cochero.

En el corredor de la vieja mansión de Gabriela, se movían unos cuantos hombres, ajetreados en la descarga de baúles, muebles y efectos de viaje. Los criados sacudían el polvo y preparaban las habitaciones interiores. A través de una ventana, Miguel pudo distinguir el pelo blanco de doña Carmen. Mirándola, sintió decaer el ánimo, que resurgían los recuerdos del fondo de la memoria, entristeciéndole el corazón. ¡Era el pasado, sus diez años de infancia precoz, feliz y tranquilo, destacándose en el claroscuro de la noche, en forma de mortaja!

—¡Arrea, cochero! —dijo.

Trotó el caballo. La tralla del auriga onduló traqueteante por encima de las cabezas y Miguel se abandonó sobre los cojines.

El pesar, hondamente sentido, amenazaba destruir su propósito de venganza. Era como un calambre momificador de la energía, que, en avances tenues, iba de la sangre a los nervios y del corazón al cerebro.

—No, —repuso, rebelado contra su misma pena. ¡No!

Y afirmó esta resolución con un vaso de coñac.

El alcohol le hizo sonreír con la diabólica tenacidad de una hora antes.

—Así, con la risa en los labios, —murmuró, —el puñal en la diestra y el odio en el pecho se andan todos los caminos de la vida y de la muerte.

El coche rodaba por la carretera, alejándose del pueblo. Croaban las ranas en el agua viscosa de las cunetas y oíanse aleteos de pájaros en fuga en el follaje de los árboles.

Miguel no pestañeaba ni se movía, mirando a una o a otra estrella y con el pensamiento fijo en lo que esperaba realizar.

Regresó a las nueve y media de la noche y despidió el cochero. A las diez, medio borracho, camino de la casa particular del director de *El Demócrata*, cargó el revólver.

Iluminado Pantoja vivía en la calle de Mármol, en una casa contigua a la redac-



ción del periódico. Miguel se detuvo en la acera de enfrente y empuñó el revólver. Semi-oculto por la penumbra que proyectaban los edificios, podía observar a todo el que entrara o saliera de aquel pedazo de calle. En la casa del periodista sólo estaba su esposa con un niño de meses sobre las piernas y una niña de dos o tres años dormida en un sofá.

—Sola, —dijo el médico. —Mejor: él regresará pronto.

Durante quince minutos no pasó nadie por la calle, no se oyó ningún ruido y la quietud de las cosas era completa. A las once apareció un coche por el parque Maceo Osario. Miguel se adhirió a la pared, puso el índice de la mano derecha en el disparador del revólver y esperó. El coche se acercaba, al trote del caballo. El auriga, un viejo encorvado, medio dormido, apenas podía sostener abiertos los ojos. Pasó el carruaje; siguió calle arriba. Dentro, bajo la penumbra del tapacete, un hombre y una mujer, abrazados, se besaban.

—Es el amor que pasa —pensó Miguel.

A las once y media, la esposa del periodista acostó a sus hijos y volvió a la sala para asomarse a la puerta de la calle.

—¡Cómo tarda! —exclamó.

Regresó a las habitaciones de los pequeños. Se arrodilló ante una imagen de la virgen Santísima y oró por sus hijos y su esposo. A las doce, cansada de esperar, cerró la puerta.

—Ahora, sí; —dijo Miguel, dando unos cuantos pasos a lo largo de la acera.

Hacía frío. Un denso “sereno” iba empapando las cosas, y la calma de la noche aldeana intensificábase, llena de silencio y de misterio. ¡Propicia la hora para la realización del crimen, para la emboscada y la impunidad! Miguel, nervioso, impaciente, no lograba quietud. Si cantaba un gallo, a lo lejos, estremecíase; si sonaban pasos, a larga distancia, apretaba el cabo del revólver; si el maullido de un gato, en lo alto de los tejados, turbaba el silencio nocturno, miraba en torno, sobresaltado.

Cerca de la una de la madrugada pasó un hombre por la acera del periódico. ¿Era Pantoja? Miguel, determinado, avanzó hasta el centro de la calle.

¡Era un obrero de la planta eléctrica!

Permaneció más de media hora parado en el centro del arroyo, inmóvil, frío, enconado. De pronto dilató las pupilas en dirección a la esquina izquierda, y de un salto se puso en la acera: un hombre, con un tabaco en la boca, se paseaba a cortos pasos.

—Algún enamorado —pensó Miguel.

Pero no lo perdió de vista, movido por un vago presentimiento. ¿Sería Pantoja? El hombre descendió a la calle. Avanzó. Se acercaba a Miguel.

—¿Será ese canalla? —se preguntaba el médico, sobresaltado.

Se le parecía. Cuanto más avanzaba más grande era el parecido.

Se estremeció.



—Sí: era Pantoja.

—¡¡Blanco!!

Levantó el revólver a la altura de los ojos, apuntó serenamente y sonó el tiro, estremeciendo los senos de la noche.

Y los ojos de Miguel vieron el cuerpo de su víctima tambalearse, dar dos pasos y caer desplomado sobre el polvo de la calle.

A los cinco segundos el silencio era profundo: un silencio de muerte eterna. En la densa bruma de la noche no se distinguía otra cosa que el humo de la pólvora ascendiendo lentamente y el cadáver tendido boca abajo. Miguel, despacio, sin miedo, tranquilo, se alejó. Pero al llegar a su casa sintióse atemorizado. ¿Le habrían visto? ¿No descubrirían al criminal? Y con pánico en la mirada, como si se viese perseguido, corrió al patio y arrojó el revólver y las balas al fondo del “escusado”. Después, para no pensar ni sentir, se puso dos inyecciones de morfina, y se acostó.

## CAPÍTULO XXXV

Eran las doce del día. Gabriela, con un número de *El Demócrata* en las manos, inquieta e intensamente pálida, iba de unas a otras habitaciones de la casa, recorriéndolas todas, o, sentándose un momento, fijaba la vista en las columnas del periódico, para monologar en seguida un discurso de condenación y protesta, o se acercaba a la alcoba donde dormía Miguel repitiendo:

—¿Cuándo despertará?

Iba a la cocina, al patio; regresaba, quedábase parada, con los ojos fijos en las letras del párrafo que tantas veces leyera y repetía.

—Es preciso que le despierte. Hay que aclarar esto.

Dominada por la impaciencia, resuelta a no esperar más, se acercó a la cama:

—Miguel, Miguel... Tengo que hablarte.

El médico, aletargado por la morfina, tartamudeó una palabra y volvió la espalda.

—Miguel. Despierta: no puedes dormir más, —insistía Gabriela sacudiéndole un brazo.

Volvió a moverse Miguel. Abrió los ojos un instante, y su mirada de idiota quiso descubrir algo en torno. No vio nada.

Gabriela, más decidida, le levantó la cabeza.

—Vamos: son las doce.

—¿Qué? —preguntó Miguel.

—Mira. Lee el periódico. Mis padres han llegado y me buscan. Te acusan de secuestrador, y Edmundo ha aparecido muerto en la calle, frente a la casa de *El Demócrata*.

La última noticia reavivó un poco la inteligencia del morfinomaniaco y quiso comprender lo que oía.

Interrogó:

—¿Qué me dijiste? ¿Qué le ha pasado a Edmundo?

—Lo mataron anoche. No se sabe quién fue; pero eso no es, lo más importante. Lo que verdaderamente nos interesa es lo otro. *El Demócrata* pide que te linchen,



y tenemos que imponernos a la situación. Vamos a jugar la última partida: pero ¡levántate!

Miguel hacía esfuerzos por coordinar ideas, por diafanizar el pensamiento y ver claro a través de la bruma que le envolvía el cerebro. “¿Edmundo?” “¿Muerto?” ¿Qué cosa era, qué? Se frotó los ojos, se golpeó la cabeza. Desnudo, se tiró de la cama. Quiso caminar, raciocinar, distinguir. ¿Qué había pasado, qué? ¿Estaba loco? ¿Iba a volverse loco ya? ¿Qué le impedía comprender, qué marasmo le ocultaba las cosas y la verdad? Impotente para recordar, pero presa de un instintivo terror a algo trágico y horrendo, se tiró sobre la cama, como pudiera haberlo hecho al fondo de un pozo.

—No... —repuso Gabriela, indomable de energía. —Tienes que ver a mi padre y decirle que tú no me has secuestrado, y sí que yo me fui contigo, y que es preciso que dé su autorización para nuestro matrimonio, y que impida los desafueros e injurias de la prensa. Vamos: es indispensable, es el único recurso que nos queda. Vamos. Levántate.

Miguel hizo un esfuerzo y se sentó.

—Dame café, Gabriela.

Con el último trago en la boca cayó sobre la almohada, incapaz de sostener en alto la cabeza.

—¡No puedo, Gabriela; no puedo!

—Pues, sí; tienes que “poder”. ¿Estás enfermo?

—No; pero la cabeza se me cae.

—¡Será posible! —exclamó Gabriela exaltada. —Y hay que aprovechar el tiempo, Miguel. En cuanto se enteren de que vivimos aquí vendrá la policía a detenernos.

—¿La policía? —tartamudeo Miguel, sentándose otra vez, con los ojos abiertos y la visión de su crimen ante las pupilas. —¡La policía, Gabriela! ¿Qué quiere la policía?

—Nada. ¿Qué te pasa? La policía vendrá tan pronto sepa que vivimos en esta casa. Vamos: un esfuerzo, Miguel. Levántate. Es necesario que veas a mi padre. ¿Quieres más café?

—Sí. Trae todo el que haya, y bien caliente.

Bebió y, al cabo de algunos minutos, las brumas que envolvían el cerebro comenzaron a ceder.

Se le ensombreció el rostro. Preocupado, medio distinto en la memoria el recuerdo de la realidad, oyó una voz interior que le gritaba:

—¡Asesino!

Gabriela lo vestía.

A las dos de la tarde, olvidado del almuerzo, sin hambre, sin sed, sin que el cuerpo le pidiera otra cosa que un descanso eterno, sentóse en un balance; y mientras Gabriela le hablaba de sus inquietudes y de lo que debían hacer, la visión del hombre desplomándose sobre el polvo de la calle, no se le quitaba del pensamiento.





—Toma: lee —dijo Gabriela, dándole *El Demócrata*.

Leyó:

“En la mañana de hoy y frente a la redacción de este periódico, ha sido encontrado el cadáver del joven Edmundo Casanova, de veinticinco años, soltero, mulato y dentista de profesión. Tenía el pecho atravesado de un balazo...”

Miguel abrió la boca, aspiró intensamente, como recogiendo aire para lanzar un grito y dejó caer la cabeza sobre el pecho, los brazos a lo largo del cuerpo y lloró silenciosamente.

Gabriela, alarmada, lo llamó, lo agitó, le inundó la cara de lágrimas, y Miguel no hizo el más leve movimiento. Parecía no enterarse de nada, no oír, no pensar. Sin moverse, sin pestañear, el llanto le corría por las mejillas. A ratos abría los ojos como si fueran a saltar de las órbitas. ¡La locura rondaba! La realidad era tan monstruosa, había tanta sevicia en el destino, en la mano oculta que movía los hilos de la tragedia, que Miguel sintió flaquear su razón, que su vida se rompía!

A las cuatro de la tarde, obedeciendo a un impulso interior, se lanzó a la calle. Caminó sin rumbo, hablando solo o sonriendo. A intervalos salvaba una distancia de trescientos metros en un minuto. Casi corría. O, lentamente, muy lentamente, sin que sus pasos se oyeran a diez varas, iba por las aceras, apretando y abriendo las manos, hablando bajito, mirando, con pupilas de alucinado, a los hombres y a las cosas.

De pronto, al desembocar, por un callejón, a la calle Martí, se enfrentó, a una muchedumbre enlutada y silenciosa.

¡Un cortejo fúnebre!

La evidencia le obligó a razonar.

El crimen, otra vez en el pensamiento, se destacó trágico, horrendo. ¡Su crimen! Espantado; sintiéndose perseguido; viendo incorporarse del ataúd que conducían cuatro hombres, el cuerpo de su amigo para caer nuevamente, como lo había visto desplomarse en la madrugada de aquel día, con el corazón atravesado por el plomo, imaginó oír voces tumultuarias, gritándole:

“Ese es el asesino; ese lo mató: criminal, malvado, negro”.

La acusación, así erguida desde lo hondo de la conciencia, le acosó, conminándolo a la fuga. Y fue retrocediendo, como el condenado a muerte ante la horca, hasta el mostrador de una bodega.

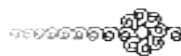
—¡Ron! —gaturó sordamente.

El mozo le llenó un vaso.

—Quiero una botella; pero pronto ¡pronto!

Volvió a la calle, con el veneno debajo del saco.

A las siete de la noche salía del cementerio. Había llorado sobre la tumba de su amigo. Le había pedido perdón y prometido venganza.



El llanto y el alcohol, en consorcio aniquilante, atenuaron las vibraciones de remordimiento que roían las entrañas del enfermo y logró pensar en las últimas palabras de Gabriela.

—Sí, es preciso que yo lo vea —monologaba, caminando con paso vacilante y mirada nebulosa. —El tiene la culpa, él; él nada más.

Y al hablar así, sin coherencia aparente, destrozados los sentimientos por la “pena horrible” de la desaparición de su amigo, asesinado por sus manos, iba acercándose a la casa de don Antonio. Y lo hacía a impulsos de una sentimentalidad de culpable que quiere confesar, que anhela un alivio descargando la conciencia. Lo diría todo, todo: su crimen, su tristeza, su dolor, sus ilusiones y, de rodillas, como ante su madre, pediría compasión para lo que era ya un despojo de su vida.

—¡Yo quiero un poco de olvido nada más, al lado de Gabriela! —decía muy cerca de la casa de don Antonio; —un poco de piedad, del amor que se le tiene a los perros que no han mordido a nadie, que han sido buenos. ¡Qué más castigo que la muerte de Edmundo! Me prenderán, iré a presidio, moriré. Una semana, un mes, un año; cuando más, un año, ¡y todo habrá concluido!

Caminando, concentrada la atención en lo íntimo de sus pensamientos, hallóse ante la reja de la casa de don Antonio. Al reconocer la entrada del viejo hogar de Gabriela, sufrió una sacudida nerviosa y la botella que llevaba debajo del saco se hizo pedacitos en la acera. Salieron un criado y doña Carmen. La viejecita estaba más vieja, más triste, más cerca de la tumba. Vio a Miguel y se detuvo vacilante. Fue a hablar y las lágrimas la empaparon las mejillas.

—¿Y mi hija, Miguel? —preguntó. —¿Dónde está mi hijita?

Miguel bajó la cabeza. La voz de doña Carmen, la angustia de su rostro, su vejez prematura, ¡Doña Carmen!, la madre de Gabriela, la amiga de su madre, de su adorada viejecita, le torturaron el corazón, y preguntó a su vez:

—¿Y mamá?

¿Sabría ella que allí, a veinte pasos de distancia, estaba su hijo, enfermo, vencido, condenado a presidio o a morir, y señalado, por la conciencia, como un criminal?

—¿Y mi hijita, Miguel? ¿Dónde está mi Gabriela? —volvió a preguntar doña Carmen sin poder ahogar los sollozos. —¿Dónde, Miguel?

—¿Gabriela, doña Carmen? ¡No llore, no lloremos más! Gabriela está bien. Vengo en nombre de ella. Estoy aquí porque moriré pronto. ¡No llore más! Levante la vista. Míreme. ¿No parezco ya un muerto? Porque me siento morir he venido. Gabriela quiere que le hable a don Antonio. Es preciso. El tiene la culpa.

—¡Oh...! —exclamó doña Carmen, en voz baja, haciéndose cómplice de Gabriela y Miguel. —No, no.

—Sí —repuso el médico. —Es “preciso”. Gabriela lo quiere y yo también. Yo quiero hablar con don Antonio.



Avanzó. Tambaleándose, con el sombrero en una mano y la vista extraviada, llegó al salón.

Allí, en una silla de ruedas, inmóvil, rodeado de cuatro o cinco personas, don Antonio movía los párpados con expresión de cólera. Al distinguir a Miguel, las pupilas abrigantáronsele.

—¿Qué buscas aquí? —dijo con voz fuerte y acusadora.

Los hombres que rodeaban al paralítico dirigieron las miradas a Miguel y la expectación impuso su imperio.

—¡Ah... perro negro!

—Vengo a hablar con usted —dijo Miguel sin inmutarse.

Don Antonio intentó un gesto como de agresión.

—¡Maldito!

—Usted tiene la culpa —repuso Miguel.

—Canalla.

—Usted, sí.

—¿Yo, ladrón; yo? Vete de aquí en seguida.

—No puedo irme sin hablar.

—No quiero oír nada, mulato. Fuera de aquí, fuera.

—Gabriela me envía.

Y el nombre de la hija adorada acabó con la falsa energía del paralítico. Le temblaron los labios y sollozó:

—¡Mi hija, mi hijita Gabriela!

Miguel apenas lograba estarse en pie. La borrachera le obligaba a retroceder, avanzar, ir de uno a otro lado; pero, las lágrimas del anciano, lograron mantenerlo firme, durante unos segundos.

—Yo también he llorado mucho —dijo. —Por eso vengo, por eso estoy aquí. Es la última vez que nos veremos. Mañana, esta noche, quizás dentro de una hora estaré muerto o en la cárcel.

—Habla —murmuró don Antonio.

—¿Aquí?

—No. Hablaremos en la biblioteca.

Un criado empujó la silla del paralítico.

Miguel y don Antonio quedaron solos, a distancia, mirándose, como si trataran de reconocerse.

—¡La biblioteca! —musitó Miguel, reparando en el pequeño mundo que le rodeaba.

Y sus ojos, llenos de admiración, contemplaron los anaqueles, las cortinillas de seda crema y el polvo que los años habían acumulado sobre las mesas y escaparates. Allí estaba la silla de Gabriela; allí estaban los libros de su preferencia; la mesa donde,



inocentes y felices, ¡niños los dos! estudiaban y reían; allí las ilusiones de la infancia. ¡Cosas de otro tiempo y de otro mundo!

Extático, silencioso, como si el presente hubiera perdido su significación de crueldad, Miguel llenaba el alma de recuerdos.

—¡Aquí jugábamos ella y yo! —dijo respondiendo a sus meditaciones.

Y sus ojos, más inundados de tristeza, miraban los libros y la carpeta de Gabriela, las paredes y los estantes: el pasado. ¡Lo mejor y más bello de su existencia! Y, más conmovido, como si no reparara en don Antonio, agregó:

—“Yo soy negro y tú eres blanca, Gabriela, te dije un día. ¡Y lloraste tú, y lloré yo. Aquellas fueron nuestras primeras lágrimas de infortunio. Cómo hemos llorado después. Cómo me han atormentado los hombres. Cómo he sufrido!”.

Según hablaba la cabeza le iba cayendo encima del pecho, vencido por la borrachera y el dolor.

—¡Oh, quince años míos!

Cerró los ojos para no ver nada más de aquello que evocaba a su corazón la felicidad perdida. Se sentó.

—¡El tiene la culpa! —dijo aun con sordo rencor en la voz, apoyando la frente en una mano.

—Habla —le mandó don Antonio.

Miguel levantó la cabeza y miró al paralítico interrogativamente.

—¿Has venido a mirarme o a hablar? —replicó don Antonio.

A las dos cosas.

—Pues, habla.

—¿No le dicen nada mi borrachera y el desastre que me acompaña, don Antonio? ¿Habrá, acaso, un discurso más elocuente?

—Tú lo has querido. Tú quisiste mi ruina y la tuya. ¿Por qué me robaste mi hija; por qué me la llevaste, si era todo mi amor, lo que yo amaba en el mundo? ¡Mi hija, mi hija!

Y el viejo sollozaba, y quería incorporarse, rabioso y conmovido, para coger entre sus manos la cabeza del “ladrón”, del “negro ladrón”, y destrozarla, y verla hecha sangre y piltrafa.

—Ni el agradecimiento —continuó—; ni lo que me debes, ni lo que hice por educarte, por hacer de ti un hombre, detuvo tu instinto criminal. Tú no ignorabas que la deshonra más grande que podía caer sobre mi nombre era que mi hija se casara con un negro. ¡Y ni esto te detuvo! Has robado mi hija. Te la has llevado como un ladrón. ¡Ladrón, ladrón!

Miguel se paró, acercóse cuanto pudo al paralítico y repuso:

—Más ladrón es usted, que robó mi ignorancia. Más criminal es usted, que me enseñó a distinguir entre el bien y el mal, para que sufriera intensamente la



desventura de mi raza. Usted sabía que los negros eran odiados y vejados. Usted era el primero en rechazar la sociabilidad de los hombres de mi raza. Usted se daba cuenta de la injusticia que se practica por los blancos con nosotros, impidiéndonos ganar la vida y vivir por los medios que ustedes lo hacen. Estaba usted enterado de que era imposible convencer a los suyos de que el cerebro del negro es igual al de los blancos; que tenemos el mismo corazón, los mismos sentimientos, igual concepto de la belleza, de las bienandanzas de la fortuna; que son más sentimentales los negros, porque la tristeza de la esclavitud les ha hablado más al corazón que a la inteligencia. Usted lo sabía todo, y, sin embargo, ¡criminal, ladrón!, mal me dijo: “Ven, niño negro; te voy a enseñar lo que no sabes”; y, sin conciencia, sin corazón, —¡porque es preciso no tener corazón para hacerlo!— me dio dinero y me envió a un colegio. Y mis cartas, aquellas cartas donde yo le decía: “me botaron del colegio “A”, por negro; me expulsaron del colegio “B”, por el mismo motivo; aquellas cartas no le conmovieron las entrañas, no le revelaron que era un crimen sacarme de la ignorancia en que vivía, para que, instruido, culto, sabio, comprendiera que estaba condenado a ser esclavo, a sufrir siempre el desprecio, la oposición y la fuerza avasalladora e injusta de los blancos.

—¡Cállate! —gritó don Antonio desesperado de impotencia. —¡Cállate, ingrato!

—No, no callaré —repuso vehementemente Miguel. Quiero decirlo todo. Quiero desahogar mi corazón. Quiero que usted sepa cuánto mal me ha hecho, cómo hay crimen en su obra. ¡Si no me hubiera enseñado nada; si me hubiera dejado bruto, como son mis padres, como son casi todos los míos, yo ignoraría que el “derecho” no existe para nosotros, que la “justicia” es un privilegio de los blancos, que mi raza está condenada a la extinción, que se nos odia, que se nos desprecia, que se nos considera inferiores. Yo seguiría siendo un bruto más, sin ideales, sin otras ilusiones que tener dos o tres queridas, un traje nuevo, un peso para emborracharme y el convencimiento de la superioridad de los blancos. Pero usted me...!

—¡Cállate, ladrón, o pido auxilio, —vociferó don Antonio con un temblor de todo el cuerpo.

—Pida auxilio —respondió impertérrito Miguel. —¡Qué más da: enfermo, borracho, asesino, muerta el alma en lo más hondo de mi cuerpo, qué puede sucederme! ¿Qué me maten? ¡Bueno: si es lo que yo quiero! Pero, mientras viva, mientras esté aquí he de hablar, he de decirle que usted, un día, me mandó: “Analiza, ahonda, estudia, educa tu facultad crítica”. ¡Y me hice analista, y me eduqué, y me instruí!; y, ya crítico, ya razonador, ya erudito, me sale al paso usted, ¡usted, criminal!, y, encarándose a mis ansias de progreso, a mis aspiraciones, a mis esperanzas idealistas, me dice: “Si, Miguel; existe todo eso que tú ves, pero “eso” no puedes obtenerlo tú. Tú eres negro, y “eso” es para los blancos. Tienes que conformarte con verlo, con saber que existe; pero no para tí ni para los tuyos. “Eso” es el privilegio de los



blancos”. Y para hablarme así, me educó usted. Para que supiera que mi esclavitud era eterna, me instruyó usted. Y usted ¿es un hombre bueno, y usted es blanco, y usted es honrado, usted? ¡Criminal, blanco, blanco! Ahora, después que mis gustos artísticos han sido cultivados; que mi espíritu se inclina, por educación y por instinto, hacia las cosas bellas, hacia la perfección ideal, ahora me dice usted: “Mi hija, blanca y bella, no puede ser para tí; es para un blanco”. Pero ¿qué crimen puede compararse a éste, qué hay en el mundo tan monstruoso como su delito? Y yo, que amo lo bello, que sé amarlo, que tengo alma como todos los hombres, que soy más educado que la mayoría, que no se me puede confundir con el crecido número de patanes, groseros; embrutecidos por la depravación, que tienen la piel blanca; yo, que soy un idealista, un refinado ¿he de renunciar a lo que me pertenece, a lo que es mío, a lo que viene a mí?, diciéndome: “Oye, corazón, voy contigo, te amo, soy tuya”. Y yo, porque el color de mi piel es oscuro, ¿he de renunciar a Gabriela? Mi alma de artista ¿no ha de beber en los labios de mi adorada la dicha de nuestro amor, porque tú, ¡sí, tú!, hombre blanco, hombre malo, no quieras? ¿he de renunciar al único goce que he tenido porque tú deseas tu hija para “uno” que no ama ni amará jamás? ¿Y tú eres bueno; tú me has hecho algún bien; te debo algo? ¿Yo... tu víctima?; yo... tengo algo que agradecerte, hombre blanco; yo... ¡criminal, blanco, blanco!

Don Antonio tenía los ojos como desorbitados. Saltones, rojos, querían devorar al acusador.

—¿No me ves? —dijo Miguel, acercándose más al paralítico. —¿No ves? ¡Mira tu obra: soy un asesino; maté a mi amigo, y lo maté por tí, por tí, blanco!

—¡Ladrón! —rugió don Antonio, parándose casi en la silla.

—¡Blanco! —maldijo Miguel.

—¡Negro! —contestó la agonía fulminante del anciano, desplomándose sin vida sobre el pavimento.

Cayó de espaldas, con los ojos abiertos y fijos en la techumbre de la habitación, como buscando más allá... de los hombres la “justicia” que le negaba la tierra.

—¡Blanco, blanco! —dijo aun el vengativo, bajando la cabeza hasta tocar con su frente las tibias livideces del cadáver.

—¡¡Blanco!! —repitió, alejándose a través de la sala.

Al franquear la verja del jardín, sonaron nueve campanadas.

¡Las nueve de la noche!

## CAPÍTULO XXXVI

La oscuridad de la calle era densa y fría.

¡Frío del corazón y frío de la noche!

Miguel detuvo los pasos a corta distancia de la casa y quedó quieto. De toda su persona no se distinguía más que el brillo de los ojos: dos puntos fosforescentes, irradiando en la sombra una macabra agorería de muerte y tragedia. Mirándolo de cerca, su rostro hubiera hecho pensar en las súbitas locuras que asaltan el cerebro del hombre y transforman la cara en máscara de terror o en mueca compasiva. Y era que el infeliz tenía en el desequilibrio de la mente la imagen del cuerpo de don Antonio, irguiéndose en un arranque de suplicio agresivo, para caer herido de muerte, hecho un montón de escoria humana. Pero... ¿era cadáver ya don Antonio?

Miguel no pudo afirmarlo. Su estado de ánimo, la misma borrachera, el trastorno que sufrían sus células deliberantes, no le dejaban ver claro en torno.

Lo restituyó a la verdad circunstancial un hombre que corría por los portales de la casa de don Antonio. Oyó como un tropel de gente que huye, gritos, voces de auxilio, jadeo de ataques epilépticos. El interior del vasto edificio se conmovía como agitado por una explosión revolucionaria o por el choque de fuerzas humanas en sangriento duelo. Se llenaba la casa de curiosos. Los hombres afluían de la calle y de las casas vecinas. Sonaron voces de mujeres histéricas, lamentos de sexagenarios afligidos, sollozos apagados.

—Acaba de fallecer don Antonio —dijo uno a otro hombre, cerca de Miguel.

—Se cree que haya sido un asesinato —agregó una mujer informando a las que llegaban.

Y una voz de la noche, grave y lenta como una sentencia, condenó:

—Hace diez minutos que el mulato Valdés hablaba con don Antonio en la biblioteca. Valdés quería dinero, y como no lo obtuvo estranguló al anciano.

—Y ¿dónde está ese asesino?

—Huyó.

Miguel se puso las manos en el pecho y exclamó:



—¿Yo... yo lo he asesinado?

E instintivamente, con los ojos fulgurantes de pavor, retrocedió hacia sitios más oscuros. El instinto le decía: “Huye, escóndete, corre. La gente dirá que tú le apretaste el cuello, para heredarlo. Evita que te descubran. Huye, corre”. Y espantado, ante la revelación horrenda, huyó como un asesino. Lo que no sintiera al ver desplomarse al supuesto Iluminado Pantoja, le ocurría ahora. El temor a la venganza de los blancos lo acosó, lo persiguió a través de las calles y, huyendo, dejó el pueblo, caminó mucho, sin rumbo, atontado; y, cuando, anheloso, rendido de fatiga, paró la carrera, estaba frente a una cantina en la calzada de Bayamo a Manzanillo. Pidió ron. Bebió con la esperanza de aturdirse. Estaba seguro de que reventaría con un litro de alcohol. Cuando paladeaba la última gota que había escurrido desde el fondo de la botella, volvió a la carretera. Con tino aún, aún dándose cuenta de que vivía, quiso beber más y trató de encontrar la cantina. ¿Dónde estaba la cantina? La buscó inútilmente. Buscándola, se acercó a Bayamo. Llegó a la entrada del pueblo a las doce de la noche. En las calles, alumbradas en las esquinas, no había nadie. Tomó por Aguilera.<sup>98</sup> Frente a los escombros del convento de Santo Domingo,<sup>99</sup> cayó. Una piedra le produjo una herida en la cabeza y la sangre le enrojeció la mejilla derecha.

—Yo lo maté, —dijo, tratando de levantarse.

Se sentó lanzando gemidos. Sentado, los nombres de su madre y Gabriela sollozaron débilmente en sus labios.

—Yo lo maté —repitió al cabo de algunos minutos y andando nuevamente.

De pronto, cerca de su casa, volvió a llorar. Y las lágrimas se le mezclaron a la sangre coagulada en las mejillas, abriendo surcos que semejaban otras heridas a filo de navaja. Y sus sollozos eran largos, sollozos de criatura abandonada y rendida de llorar.

—Yo lo maté —murmuraba a veces tambaleándose.

Y las fauces sedientas le obligaban a beber de sus lágrimas ensangrentadas.

Zigzagueando, enredándose los pies a cada momento, inclinábase a la derecha o a la izquierda, y caía. El cuerpo sonaba pesadamente al chocar con las piedras y la tierra, agregando una contusión u otra herida a las que señalaban la sangre en los brazos, en las manos y en la cara. La sangría lo debilitaba. Y los coágulos, más grandes siempre, le daban a la ropa cierta apariencia de piel de pantera enlodada.

El borracho ya no sentía dolor. Su insensibilidad era absoluta; pero repetía:

—Yo lo maté.

A media cuadra de su casa, un grupo de hombres le salió al paso.

—Yo lo maté —dijo con voz más alta, fijando un momento la vista en los hombres.

—Sí, yo lo maté.

<sup>98</sup>Calle Francisco Vicente Aguilera Tamayo. Por la intersección con la calle José Martí se llegaba directamente a los escombros del convento Santo Domingo.

<sup>99</sup>Calle José Martí, frente a la escuela José Antonio Saco.





Y quiso echarse encima de ellos.

Los hombres retrocedieron.

—No huyas, Armando. ¡Yo lo maté! Armando, eres un cobarde. Asesino.

—¡Ah, es Miguel! —observó Armando,

—¿Nos habrá reconocido? —preguntó Cadenas.

Luisito Amado advirtió que Miguel estaba completamente borracho.

Los hombres se miraron unos a otros.

—Armando, yo lo maté; pero tú eres más asesino que yo. ¡Cobarde!

—Sí, tú lo mataste; sinvergüenza.

—Vamos a detenerlo, —propuso Cadenas.

Y como si tales palabras hubieran sido una consigna, se acercaron a Miguel con los revólvers en las manos.

—Date preso —le dijo Cadenas.

El borracho, guiado por el instinto, seguía hacia su casa, murmurando:

—Yo lo maté.

—Asesino, —le increpó Armando.

Lo sujetó por un brazo y después lo tiró sobre las piedras de la calle.

—Yo lo maté —exclamó Miguel, como si se lamentara.

—Y es tan cínico, —arguyó Armando— que confiesa su crimen.

—Levántate, criminal —le mandó Cadenas, obligándolo a ponerse en pie.

Otra herida en la frente le bañó los ojos de sangre. Sollozó:

—¡Mamá!

Los hombres volvieron a mirarse, con mirada sombría y, en seguida, de acuerdo, comenzaron a golpear al enfermo.

Miguel no se defendía. Gritaba. Un bastonazo, en mitad del cráneo, dado con toda la fuerza que desplegó el ingeniero, derribó al borracho.

Los hombres echaron a correr. Los gritos de la tragedia resonaron a lo largo de las calles silenciosas y se abrió una puerta. Gabriela, casi desnuda, con una bata de dormir echada sobre un hombro, corrió hacia su amado. Había oído los gritos de auxilio. Y, al reconocer la voz de Miguel, sintióse dominada por un impulso de venganza, adivinando la escena que se desarrollaba en la calle.

Miguel estaba tendido de espaldas, con la boca abierta y la cabeza sobre un charco de sangre.

Gabriela, desconcertada durante unos segundos, permaneció inmóvil, palpitante de angustia, ahogada por los sollozos que le subían a la garganta.

—¡Miguel! —exclamó, al fin, abrazándose a las heridas de su amante.

¿La reconoció el herido? ¿Pudo advertir que eran los labios de Gabriela los que se posaban sobre sus mejillas enrojecidas? Movi6 la cabeza. Y sus ojos, casi sin brillo y como moribundos, vieron algo.



—¡Gabriela! —gimió.

La amante, enloquecida, gritó, pidió auxilio. Sus gritos, agudos y largos, se expandieron en las sombras, con múltiples ecos de agonía lejana, sin más respuesta que el lamento del herido.

—¡Me muero, Gabriela!

—¡Socorro... Auxilio! —clamó el dolor de la enamorada, fija la vista en el cielo.

Como en la tierra, respondieron el silencio de las alturas y la queja del amado.

—¡Mamá... me muero!

—¡Solos! —sollozó también Gabriela.

Fue su último lamento. Ya que ni en los hombres ni en Dios hallaba amparo, se dispuso a realizar un supremo esfuerzo para socorrer a Miguel, y lo arrastró hasta la casa.

—Yo lo maté —dijo Miguel, en la cama, mientras Gabriela le lavaba las heridas.

¡Y no supo nada más!

## CAPÍTULO XXXVII

El pueblo de Bayamo vivía un momento anormal y desconcertante. *El Demócrata* publicaba extensas informaciones, dando cuenta del “misterio” que rodeaba la muerte de Edmundo Casanova. Ni la policía, ni el juez, ni los improvisados “detectives” habían podido descubrir la más insignificante huella del criminal. “El asesinato se realizó en la sombra y en las sombras se esconde el asesino” —comentaba el periódico. —“Pero lo que está claro y no puede negarse es la identificación del estrangulador de don Antonio Estrada y Céspedes”. Los hechos quedan reconstruidos en esta forma: “Miguel Valdés llegó a la casa; le manifestó a don Antonio que necesitaba hablarle; lo condujo a la biblioteca; le exigió la herencia de Gabriela y, como el padre, ofendido, se negara a entregar su fortuna y su hija, el mulato, obedeciendo a sus atavismos, le apretó el cuello”.

“Como todo criminal, al darse cuenta de su hazaña, huyó. Estaba ebrio. El miedo y la borrachera lo desequilibraron momentáneamente: cayó; volvió a caer; produjo unas cuantas heridas, y ¡eso es todo! Lo otro, lo que el asesino dice, de que unos hombres lo golpearon, es un embuste muy burdo, que nadie creará”.

En el mismo número, *El Demócrata* publicaba la noticia “oficial” de la Secretaría de Gobernación, confirmando el “levantamiento” de los negros, en las provincias de Oriente y Las Villas.<sup>100</sup> “Más de diez mil negros —decía— al mando de los cabecillas Estenoz<sup>101</sup> e Ivonet,<sup>102</sup> marchan sobre Guantánamo y La Maya para degollar a los blancos”.

---

<sup>100</sup>El 7 de agosto de 1908 funda la Agrupación Independiente de Color con el objetivo de “responder a las necesidades que impone un mayor desenvolvimiento de progreso y civilización del elemento de color, aspiración que no han podido satisfacer en los partidos políticos en que hasta ahora han militado”. El gobierno de José Miguel Gómez cierra las puertas a la participación política. La Enmienda Morúa prohíbe la formación de partidos por razas y la realización de mítines. El 20 de mayo de 1912 en Santiago de Cuba los independientes acuerdan el inicio de la fase militar. Los principales alzamientos ocurren en la provincia de Oriente.

<sup>101</sup>Evaristo Estenoz, integró las tropas del Ejército Libertador en la guerra de 1895. Funda la Agrupación Independiente de Color.

<sup>102</sup>Pedro Ivonnet Echavarría, integró las tropas del Ejército Libertador en la guerra de 1895. En 1909 se separa del Partido Conservador y se integra al Partido Independiente de Color.



“Según rumores, que hemos podido confirmar, el cabecilla de los negros en Bayamo, es el asesino Miguel Valdés”.

“El ejército no debe andar con chiquitas. Si los negros quieren concluir con los blancos, acabemos nosotros con ellos. Esta es la oportunidad, y se resuelve para siempre la amenaza del “peligro negro”. ¿Qué piensa el comandante militar de la plaza que no ha detenido ya a Miguel Valdés, señalado por los mismos negros como el jefe de la conspiración en esta ciudad? ¿Qué hace el juez de instrucción, que no ha condenado a ese criminal, evidente autor del asesinato de don Antonio Estrada? ¿Qué espera, qué más pruebas necesita?” “¿Qué hacen los blancos de Bayamo, que no se arman y, en avalancha, asaltan la casa donde se esconde ese maldito mulato?” “¿Que no se puede mover de la cama, que está gravemente herido?” Eso es mentira, una nueva burla. Ya verán los blancos como el criminal y agitador se escapará. Cuando esté por los campos degollando niños; cuando incendie los pueblos y envenene las aguas de los ríos; cuando asalte a los caminantes y a las ciudades, al frente de sus hordas bárbaras y antropófagas, se acordarán de lo que decimos. ¿Para cuándo esperan?”

Y el pánico cundía como densa neblina de invierno. La imaginación de los bayameses, exaltada por los relatos de la prensa, por el laborantismo de los alarmistas, veía, en las calles, en las sabanas vecinas, en los montes cercanos, grandes núcleos de “negros forajidos” organizando el asalto a la ciudad. Para defenderla, se movilizaron los blancos. Un general de la “Guerra de Independencia”,<sup>103</sup> de procedimientos prusianos, armó las “milicias” nombró “jefes” y “oficiales” y un “brillante estado mayor”. El ingeniero Reyes, ostentando las barras de capitán, mandaba una compañía. Era su segundo, el “teniente” Cadenas. Luisito Amado se incorporó a la escolta del general como “ayudante”.

Bayamo, convertido en un inmenso campamento, se transformaba en pocos días. A la semana de iniciada la “revolución”, en las montañas de Songo y La Maya, los negros habían desaparecido de las calles de Bayamo. Huían, perseguidos hasta en el mismo lecho del hogar a altas horas de la noche. *El Demócrata*, consecuente con su historia, hiperbolizaba los hechos y acontecimientos, profundizando el odio segador de los blancos.

Una mañana, cerca de las diez, el libelo lanzó a la calle un suplemento, con estos titulares:

“Las hordas de Estenez e Ivonet han incendiado a La Maya.<sup>104</sup> —Centenares de mujeres blancas violadas por los negros. —Los asesinos, enfurecidos, marchan ahora sobre Guantánamo. —Pánico en Santiago de Cuba.

“Es urgente —agregaba—, de vida o exterminio, decretar la degollación de todos los negros. Los negros están acabando con los blancos. La civilización exige,

<sup>103</sup> Mayor general José Manuel Capote Sosa.

<sup>104</sup> El 1 de junio de 1912 las tropas de los independientes de color atacan La Maya, el poblado es incendiado y las familias se internan en los campos. Esta acción provocó discrepancias. Estenez la criticó e Ivonnet la defendía.



y nuestra existencia nos lo manda imperativamente, el exterminio de los negros. ¡Exterminémoslos!”.

Esta alocución brutal de *El Demócrata*, exacerbó los ánimos. Casi todos los blancos creyeron en la necesidad de acabar con los negros. Y éstos, que veían el avance de la tormenta, que conocían el número de los suyos colgados de los árboles, perdieron la serenidad, y para salvarse, celebraron una reunión, que presidió Andrés Pérez, acordando “condenar públicamente el salvajismo de los negros de Estenoz e Ivonet”, apoyar al Gobierno en sus deseos de restablecer la paz y la armonía entre los componentes de la sociedad cubana y ofrecer apoyo personal, material y moral al “comandante de la plaza” para ir a “combatir a los revolucionarios”.

Pero no seguros con ésto, creyendo que cuanto hicieran sería poco para defender sus vidas, Pepe Jerez, Andrés Pérez y Anastasio Méndez denunciaron a Miguel Valdés como el jefe de los racistas de Bayamo.

—Hace ya algún tiempo —dijo Andrés Pérez— el médico nos invitó para una asamblea secreta a la cual nos negamos a asistir porque sabíamos lo que se iba a tratar en ella; y como los blancos han sido siempre nuestros hermanos, y todo lo que somos lo debemos a ustedes, venimos aquí a ponernos a las órdenes del Gobierno y dispuestos a combatir contra los salvajes que quieren hacer de Cuba un pedazo de África. La civilización exige un escarmiento con esos salvajes, y queremos ser nosotros los encargados de ejecutar ese gran acto de justicia.

El “comandante militar” de la plaza oyó el mensaje de adhesión de los negros bayameses, y les dijo que no se les perseguiría más. Inmediatamente ordenó a Armando Reyes que detuviera a Miguel Valdés.

—Y dígame al jefe del “estado mayor” —terminó— que nombre en seguida un consejo de guerra para fusilar sumariamente a ese bandido.

El “capitán” Reyes, acompañado de “cuatro soldados” se trasladó a la morada del médico. Al “¿Quién es?” de Gabriela, respondió:

—Un oficial del ejército.

Gabriela abrió la puerta. Vestía de negro, y sus ojos azules, cansados de llorar, miraron interrogativos a las pupilas de Armando.

Había enflaquecido mucho Gabriela. Pálida, marchito el rostro, hollada la frente por pena recóndita, tenía esa candidez inocente y augusta de las mujeres que sacrifican las bienandanzas de la fortuna al ensueño de un amor.

—¿Qué desea usted? —preguntó.

—Vengo, en nombre de la República, a llevar a la cárcel al mulato Valdés, a ese... que vive contigo. Mañana lo fusilaremos.

Se agitó como una sombra en el fondo de los ojos de Gabriela, para transformarse inmediatamente en fúlgida brillantez de rencor, y dijo:

—¿Nada más?



—Y ¿le parece poco, señooooora; o desea usted que colguemos a su marido?

Armando sonreía.

Se acentuaba la palidez en las mejillas de Gabriela; desaparecía el rosa de sus labios y, rebosándole, en el corazón, el odio profundo, repuso:

—No pudiste asesinarlo aquella noche, y te amparas, ahora, en un estado de revolución para lograr tu venganza. Pues... tienes que matarme a mi primero. Anda... Pasa... Allí está él, en la cama, inválido. No repelerá tu agresión. Anda... asesino.

Y Gabriela, fieramente conmovida, dio un paso atrás, para que Armando avanzara.

—Está usted ofendiéndole al ejército de la República.

—¡Cobarde! Lo has perseguido como a un asesino. Conjuraste contra él todo el pueblo de Bayamo; lo sitiaste por hambre; lo empujaste al suicidio, y, cuando lo ves enfermo, medio loco, incapacitado para luchar, lo acusas de asesino de mi padre, lo velas una noche y le caes a palos. Ahí está. Anda, pasa ¡asesino!; acaba de matarlo.

Armando volvió a sonreír.

—¿Crees, acaso —continuó medio enloquecida Gabriela; —crees que eliminado él te querré? ¿Piensas en eso, maldito? —Mira —agregó, —levantando las ropas y enseñándole el pubis: —Esto, ¡míralo bien!; esto, primero lo entrego a un perro que a tí.

Y dio un grito, agudo y silbante, mientras se lanzaba al rostro del ingeniero con ímpetu de fiera.

Armando la rechazó y ordenó a sus subalternos:

—Detengan esta mujer.

Y los soldados, como en tiempos de los vándalos, se echaron sobre Gabriela. Lucharon con ella, gozosos al palpar sus senos, sus caderas, sus redondeces delicadas. De bruces sobre el pavimento, un soldado le apretó el pecho con una rodilla; otro, la cerró la boca; un tercero, la ató las manos. No la vendaron para que sufriera el suplicio de contemplar a Armando, en actitud de vencedor omnipotente, dirigirse a la habitación del enfermo.

Miguel, tendido en la cama, envuelta en vendas la cabeza, el pecho y un brazo, no podía moverse, y apenas si percibió un pequeño rumor de lo que sucedía en torno suyo.

—Ha llegado la tuya, perro mulato —le dijo el oficial, tirándole de un brazo.

—¡Ay...! —se quejó el enfermo.

—Estás detenido y mañana te ahorcaremos.

Volvió a quejarse Miguel, al mismo tiempo que se le abrían las heridas del pecho, enrojeciendo los vendajes.

—Te haces el muerto, bandido —le increpó el “capitán”, tirándole del brazo con más violencia.

—¡Ay...!



La cabeza y la mitad del cuerpo del herido colgaron del borde de la cama, y la sangre empezó a correrle por las mejillas.

El estado de gravedad del enfermo calmó los furores del “capitán”, decidiendo aplazar el cumplimiento de la orden recibida para cuando Miguel estuviera en condiciones de ser trasladado a la cárcel. Mientras, activaría la formación del consejo de guerra para proceder con la mayor rapidez en el “exterminio de los revolucionarios racistas”.

Ordenó a los soldados que soltaran a Gabriela.

—Contigo —agregó, dirigiéndose a ella— tengo unas cuentas pendientes.

Un automóvil lo condujo a presencia del “comandante de la plaza”.

—El mulato Valdés no puede moverse de la cama —le dijo. —Cogió una de sus borracheras hace días y se hirió todo. Dígame usted qué hago.

—¿Está constituido el consejo de guerra?

—Se constituirá en seguida.

Y salió a cumplir la orden del “general”.

Armando vivía un momento de fiebre rencorosa, exacerbada por el coñac y la lentitud natural de las formalidades inherentes a la constitución de un consejo de guerra. Quería rapidez, prescindir de todo formulismo y llegar al fin de un salto. Su sangre y su odio no se calmarían hasta que sonaran las detonaciones del fusilamiento.

Era su venganza. Como un nuevo “tetrarca” de los tiempos de Herodes,<sup>105</sup> cercenaría la cabeza de su san Juan Bautista, y en una bandeja de ónix, la llevaría a la mesa de Gabriela, para acompañarla al más macabro de los banquetes del despecho.

—“Come: es un manjar de dioses”, la diría.

Presa de esta anormal alucinación, montó a caballo y se dispuso a recorrer las avanzadas de guardia.

En la Entrada de Holguín encontró a un centinela de espaldas a 1a manigua, hablando con otro soldado. Desenvainó el sable y, antes de que el pobre hombre tuviera tiempo de hablar o defenderse, lo derribó a planazos.

—Desarmen a ese... y métenlo en el calabozo, —mandó.

Esta hazaña le produjo un grato bienestar y prosiguió más sosegado. En el último puesto de guardia, cerca del ferrocarril,<sup>106</sup> encontró a Cadenas, sentado sobre el mostrador de una cantina, con una botella de ojén en las manos.

—Desmóntate y tomarás una copa.

Desmontó.

—Sí, —dijo, llevándose la botella a los labios; —me hace falta un buche.

—Tienes los ojos colorados —observó Cadenas.

---

<sup>105</sup>Rey de los judíos a fines del siglo I a.n.e., se dice que durante su reinado nació Jesús.

<sup>106</sup>El primer trazado de ferrocarril, inaugurado en 1910, une a Bayamo-Manzanillo. El segundo une a Martí-Bayamo-Manzanillo-San Luis y se inaugura en 1911.



—¡Si fueran los ojos nada más! Tengo un día de perros.

—Pues yo me siento perfectamente, Armando.

—¡Natural! Tú no tienes preocupaciones.

—¡Quita, hombre, quita! ¿Acaso amas a Cuba más que yo?

—¡Cuba! A mí, ¿qué me importa Cuba? ¡Como si se hunde! Trae más ojén, muchacho.

Bebió.

Oscurecía.

—Déjame sentar por ahí —dijo Armando, borracho ya.

De pronto sonaron algunos tiros en dirección a Santa Isabel.<sup>107</sup>

—¡Los negros!

Sonó una descarga.

Cadenas, amedrentado, miraba a su amigo y “superior” como preguntándole adónde podían esconderse.

—Vamos —ordenó Armando.

Montaron a caballo. La carrera de los dos jinetes a lo largo de la carretera fue seguida de un “cierra-puertas” en las casas que dejaban atrás.

—Pica duro ese caballo —ordenó Armando, advirtiendo que el “teniente” se rezagaba.

Pararon la carrera en la Barranca de La Luz.

—¿Qué hacemos? —volvió a preguntar Cadenas.

—El fuego es en la orilla del río. Vamos.

Cadenas no se movió.

—¿No vienes?

—¿Y si nos matan?

—¡Ah...! ¿Le tienes miedo a las balas?

—No, pero...

—Avanza —le ordenó Armando, autoritariamente.

Bajaron, pero antes de llegar al río, la “batalla” había concluido.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Armando al jefe de la avanzada.

—Nos atacaron.

—¿Quién?

—No sé. El centinela disparó y yo ordené repeler el ataque.

—Pero ¿adónde está el enemigo? Llame al centinela.

El “miliciano” había visto un bulto que se acercaba cautelosamente y le hizo fuego.

—¿Y era el enemigo? —preguntó Armando.

—No sé, capitán; pero yo creo que sí.

<sup>107</sup>La finca Santa Isabel estaba ubicada a un kilómetro de la ciudad de Bayamo, en la margen occidental del río.





El “reconocimiento” ordenado por Armando puso en claro la imaginaria agresión. Apareció el cadáver de un buey acribillado a balazos. ¡No había más negros en todos los contornos!

—Se han lucido esos zoquetes —exclamó Armando, de regreso a la ciudad.

—Esa es gente pendeja, Armando —añadió viva y enfáticamente Cadenas, ya bravucón y estirado sobre los estribos.

Los caballos, al paso, iban triscando en la yerba del camino; y los jinetes olvidaron pronto la alharaca de los fusiles para pensar en sus eternos motivos de charla: alcohol, mujeres y oro.

Inesperadamente, de los labios de Armando saltó el nombre de Gabriela, como un conjuro diabólico.

—¡Cómo me ha gustado siempre esa mujer! —dijo Cadenas.

—No me hables —repuso Armando, con un gesto de contrariedad. —Ha sido mi pesadilla. Pero no valía la pena pensar tanto en ella. Ahí tienes lo que hizo: se fue con un mulato. Hoy, desfachatada, me enseñó el sexo.

—¿Y qué hiciste tú?

—Me fue arriba como una fiera. Sin embargo, se entrega a un negro.

—¡Cómo son caprichosas las mujeres!

—No lo creas. Esa... no es caprichosa; es una... Vio al negro, el negro fue el primero en decirle lo que ella quería que le dijeran y ¡ya está!

—Pero de cualquier modo: es una real hembra, Armando.

—No te equivocas. Y eso que tú no le has visto los muslos.

Guardaron silencio. El recuerdo y el nombre de Gabriela les embargó el pensamiento, y veíanla desnuda, blanca, bella, de cuerpo ondulante y recio; cuerpo para las batallas laboriosas del amor.

Llegaron al centro del pueblo. Los caballos, con las riendas sueltas sobre la crin, caminaban con más lentitud. Sus pasos sonaban apagados al hundirse los cascos en el polvo.

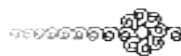
Las calles, oscuras y solas, daban la sensación de una ciudad sin habitantes y sin vida. Los bayameses, amedrentados por el tiroteo, se habían escondido y velaban de puertas adentro. En algunos edificios, se distinguía luz a través de las rendijas de las ventanas; pero el silencio solo era turbado, a ratos, por los pasos de una patrulla o el lejano murmullo de las aguas del río en los rápidos de La Mendoza.<sup>108</sup>

El silencio, el recuerdo de la mujer tanto tiempo deseada, la impunidad de que podía gozar, hablaron sugerentemente al alma del ingeniero, y detuvo el caballo.

—Oye —dijo a Cadenas; —he pensado que se puede hacer algo con Gabriela. Vamos a verla.

---

<sup>108</sup>La barranca de La Mendoza era una de las tres entradas a la ciudad por el oeste, cruzando el río. Una tarja conmemorativa dice que por allí entró Carlos Manuel de Céspedes para tomar Bayamo, en octubre de 1868.



—¿Ahora?

—Este es el momento mejor. Yo sé que después de media noche recibe a sus “marchantes”.

—Pero ¿tú crees, Armando, que...?

—¡Bah...! Me estás pareciendo el gran memo. ¿Tú también dudas de que la niña es una fletera? Piensa de lo que será capaz una señora... que para tener macho, se “aplaza” con un negro como Miguel.

Echaron al trote los caballos por la calle Céspedes, hasta Sol. Entre Estrada Palma<sup>109</sup> y Martí, se apearon.

—Camina cautelosamente, Aniceto.

Había luz en la casa. Los pasos de Gabriela, leves y lentos, llegaron a los oídos de los militares.

—¿Qué hay? —interrogó Armando. —¿Hablabas yo por gusto? Ahí la tienes esperando a quien la pague.

Gabriela acababa de curar a Miguel. Lo había curado la noche que lo encontró en la calle y seguía curándolo porque no se atrevía a llamar a un médico. ¡La horro- rizaban los médicos por el sólo hecho de ser blancos!

Este horror tomaba proporciones invencibles en el ánimo de la generosa amante en los momentos en que Miguel deliraba, o cuando alguna mano amiga... empujaba, por debajo de la puerta, *El Demócrata*, lleno de odio, implacable en la persecución y en la calumnia. *El Demócrata*, la muerte de don Antonio, la maligna tenacidad de Armando, el convencimiento de que Miguel moriría pronto, en la cárcel, o a manos del encono de sus enemigos, la tenían desesperada.

—¿Me volveré loca, Señor? —exclamó, dejándose caer en un balance, rendida de cansancio.

Armando tocó. Eran unos golpecitos casi imperceptibles, como de quien pretende no hacer ruido.

—¡Quizá sea Tomasa! —dijo Gabriela acercándose a la puerta.

Armando volvió a tocar.

—Abre, Gabriela, —musitó suavemente.

—Sí, es Tomasa —repuso en voz baja Gabriela. Abrió.

Sorprendida, saltó los ojos por el asombro, lanzó una exclamación y se tiró con todo el cuerpo a cerrar la puerta.

Armando había pasado, y con acento de mansedumbre la dijo:

—Vengo en misión de paz y de amor.

Gabriela lo miraba, sobrecogida, inmóvil, silenciosa.

—No me temas, Gabriela: desde hoy seré tu ángel bueno.

---

<sup>109</sup> Calle Miguel Enrique Capote, llamada *Capotico*.



Y como Gabriela no cesara de mirarlo, avanzó hasta el centro de la sala, añadiendo:

—Tengo que hablarte. Ven, siéntate.

Y se sentó él.

—Ven, Gabriela —dijo con voz conmovida. —Escúchame un poco. Cuando lo hayas hecho, me darás tu mano amiga.

—¿Yo?

—¡Sí, tú!; ¡Ya verás! ¿Has olvidado que fuimos amigos en la edad del candor y la inocencia? Tú sabes cómo te he querido siempre, cómo te distinguía y recordaba en mis cartas desde los Estados Unidos. Comienzo por evocar el pasado, seguro de vencer tu prevención: es necesario para que me oigas con calma. Siéntate. Lo que hice a pocas horas fue bajo un raptó de locura e impulsado por la borrachera.

—¡Ah...! ¿Tú, te emborrachas también? —replicó acusadoramente Gabriela.

—Sí, primita mía. Y sólo borracho pude haber venido aquí cumpliendo una orden de mis superiores. Mi remordimiento es tan intenso que vuelvo para pedirte perdón. Pero... ven, siéntate.

La voz de Armando, melosa, suplicante, contrita, ahondó un poco en la ingenuidad de Gabriela. ¿Estaría arrepentido el eterno calumniador de Miguel?

—Es el amigo de la infancia —insistió— quien viene a verte: un hermano que desea hacer tuyas tus penas y congojas, para consolarte. ¿Aún dudas? Ven.

Gabriela, oyéndolo, sentía cómo algo del corazón, amplio en generosidad, la mandaba a oír y a perdonar. Pensó que ¡tal vez! aquel amigo de la infancia venía en auxilio de su desgracia, para ayudarle, y se sentó.

—Así... No me temas. Yo no soy malo. Si lo he parecido algunas veces ¡Dios sabe qué locura de amor era la mía! ¿Qué no hubieras hecho tú por Miguel?

Gabriela no contestó, pero sus ojos expresaron agradecimiento conmovedor.

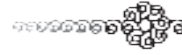
—Así... como tú amas a Miguel, te amaba yo. ¿Qué no perdonársele a quien tanto te ha amado?

Los ojos de Armando fijaron su mirada brillante en la abertura del corpiño que dejaba descubierto el nacimiento de los senos de la joven. Para disimular los deseos que le provocaba la piel blanca de la “que tanto había amado”, preguntó:

—¿Y Miguel?

—No puede moverse del lecho —dijo Gabriela emocionada, con ganas de arrojarse y pedir un poco de piedad para su amor, para su amado, para la tristeza de su vida. La contuvo otra mirada lasciva de Armando.

Sintió miedo. Los ojos del oficial tenían una fosforescencia de ferocidad lujuriosa. ¿Qué quería Armando? ¿A qué había venido? ¿Era un amigo que trataba de ayudarla o feroz simulador, asomándose al borde de la sepultura misma, en su saña persecutoria? ¿Y si era lo último, lo que había sido siempre, desde niño? Inquieta, deseosa de acabar pronto, púsose en pie.



—Bueno... ¿A qué ha venido usted? —preguntó.

—¡Ah! Pero ¿me tienes miedo? ¿Huyes de mí, de tu amigo, de tu primo? Sí, tu primo. Estamos emparentados. Tu padre y el mío eran primos segundos. Ven. No huyas.

Se levantó también y quiso asir una de las manos de Gabriela.

—No, no tiene necesidad de tocarme, para que le escuche.

Retrocedió.

—No huyas. ¡Si no te he de comer, primita! —dijo Armando, siguiéndola.

—No avances más, —repuso en voz alta Gabriela.

—¿Tratas así a quien tanto te ha querido, Gabriela? —y la agarró por un brazo.

—Suéltame, Armando, o grito.

Intentó soltarse, huir.

—¿Por qué tantos escrúpulos, primita encantadora? Acaso ¿no valgo más que un negro?

La abrazó, la besó en la nuca.

—¡Socorro!

Cadenas apareció en la puerta.

—Ampáreme, señor —suplicó Gabriela, tratando de reunirse a Cadenas.

—Ciérrale la boca —dijo el teniente por toda respuesta.

—¡Cállate! —la mandó Armando. —Traigo dinero.

Te daré todo el que quieras. ¿No duermes con otros para mantener a tu negro?

Gabriela, viéndose perdida, recurrió a los dientes y se los clavó en el cogote al sátiro.

—¡Perra!

Los dientes de la desesperada siguieron apretando.

—Suelta, ¡puta! Aniceto, rómpele la cabeza de un sablazo —rugió Armando al mismo tiempo que la golpeaba en la espalda y en las mejillas.

Gabriela apretó con más fuerzas y arrancó un trozo de carne. Quiso morder otra vez, y Armando la derribó de un puñetazo. Cayó sobre las nalgas. Entre los dientes, el pedazo de carne sangraba gota a gota. Armando no sentía dolor. Enloquecido por el deseo se le tiró encima, mientras Cadenas la sujetaba por las manos. La abatieron sobre el piso.

—¡Auxilio... auxilio!

Cadenas le tapó la boca con un pañuelo, le puso una rodilla sobre la cara, la inmovilizó del tronco arriba.

Armando la poseía ya. Con brutalidad de hombre primitivo, saciaba su deseo frenético.

Gabriela, vencida por la fuerza, sintió que unas manos la palpaban el sexo, que el cuerpo ágil del violador la abría los muslos, que empezaba a poseerla, que sus entrañas iban cediendo a la penetración violenta del macho enfurecido, y el dolor la aniquiló, perdió el conocimiento, dejó de sentir.



—Ahora, tú —dijo Armando, dirigiéndose a Cadenas, mientras se abotonaba la bragueta.

Cadenas se lanzó furioso y enardecido sobre el cuerpo inerte de la desdichada. Empezaba a poseerla cuando Armando dijo, desde la puerta:

—Huyamos. Ahí viene gente.

Corrieron hacia los caballos. Dos minutos después, Armando le ordenaba al centinela de la casa de campaña donde dormía el “comandante de la plaza”, que diera la voz de alarma. El general despertó.

—Un complot, general —le dijo Armando. —Acabo de descubrir que los negros tirotearon las avanzadas de la orilla del río para atraer en esa dirección todas las fuerzas y llevarse al mulato Valdés.

—¿Se lo llevaron?

—No. Pero repetirán el golpe de mano.

—A la cárcel con él, en seguida, —ordenó el general.

Media hora después, Armando, acompañado de diez hombres, volvió a la casa de Miguel.

—Derriben la puerta —le dijo a los soldados.

Y las culatas de los fusiles abrieron paso a la furia del “capitán”.

Gabriela se echó sobre los soldados, con los brazos abiertos, como si intentara detenerlos.

Un culatazo en el pecho la quitó de en medio. Ni gritar pudo. El golpe la dejó con la boca abierta, inmóvil en mitad de la sala.

—Vengan —mandó a los soldados Armando, señalando a Miguel. —Conduzcan ese a la cárcel.

Un soldado lo cogió por los pies; otros, por la cabeza y los brazos, y lo sacaron de la cama. Miguel se quejaba, atormentado por el dolor de las heridas abiertas.

Su conducción por las calles, en el silencio de la noche, parecía el entierro de un cadáver infeccioso. De trecho en trecho lanzaba un gemido, mientras la sangre le corría por los vendajes.

—¡Mamá! —murmuró cuando lo echaron sobre las baldosas del calabozo de la cárcel.

¡Fue su último lamento de aquella noche!

En tanto, Armando había ordenado un registro en la casa, y como no encontrara ningún documento revelador, inventó una carta.

—Aquí está —dijo agitando en la mano un papel. —¡Me querían asesinar!

—Hay que concluir con todo esto, —ordenó, hundiendo el sable en los colchones de la cama. —¡Rómpanlo todo!

A los quince minutos, los pedazos de espejos, de escaparates, almohadas y muebles formaban un montón de ruinas en toda la casa.



—¡Ay! —exclamó Gabriela, recuperando el conocimiento.

—Lleven a esa a la casa de su madre.

Cuatro soldados cargaron con Gabriela. Detrás, Armando lanzaba al aire el humo de un tabaco.

.....

Al día siguiente, el pueblo de Bayamo leyó en *El Demócrata*: “La audacia de los negros ha llegado a tal extremo que, anoche, mientras una partida sostenía fuego con las avanzadas de Santa Isabel, otra, haciendo su entrada en el pueblo, por el Este, intentó dar un golpe de mano y llevarse al mulato Valdés, el asesino de don Antonio Estrada y jefe de los racistas de este pueblo.

“El celo del pundonoroso capitán, el ilustre ingeniero Armando Reyes, frustró la acometida de los negros, y en la misma casa donde se refugiaba el asesino Valdés, los soldados de la República y la partida revolucionaria sostuvieron una lucha cuerpo a cuerpo, que felizmente terminó con la huida de los alzados y la prisión de Valdés.

“Felicitamos al valiente capitán de estado mayor, Armando Reyes, así como a los soldados que tan importante servicio prestaron a la civilización y a la causa de la justicia”.

## CAPÍTULO XXXVIII

¡Y pasó el tiempo!

¡Murieron Estenez e Ivonet: murieron muchos negros!<sup>110</sup>

En lo intrincado de los bosques, los cazadores encuentran, a veces, una calavera que blanquea en la hojarasca, o una tibia que pulimenta el agua de un arroyo: es el vestigio de la carnicería.

Se acabaron los estados mayores, los ejércitos milicianos, y del crimen, ¡del gran crimen! sólo quedó el dolor de los huérfanos, de las viudas y de los padres: luto en el corazón, tonos oscuros en los vestidos y, en lo profundo de los calabozos, algunos centenares de negros, olvidados... y tristes.

A las calles de Bayamo no trascendía el rumiar de la muerte en los huesos y en el cerebro de Miguel: preso, en la celda donde fue arrojado, mucho tiempo antes, por el odio de un hombre blanco.

¡Allí estaría hasta el fin!

—Es conveniente que siga en la prisión —dijo un “grande” de Bayamo a las personas que gestionaban la libertad de Miguel.

Y cuando los espíritus serenáronse, a larga distancia ya de la catástrofe; cuando la paz restituyó a los pueblos y a las ciudades su normal existencia de progreso y trabajo, los “notables” de la ciudad “heroica”, tomaron el siguiente acuerdo:

“Es necesario que doña Carmen Céspedes, viuda de Estrada, venda sus propiedades y, en unión de Gabriela, fije su residencia en Europa, para evitar que cuando el mulato Valdés salga de la cárcel, presenciemos el espectáculo, denigrante para la sociedad bayamesa, de que una de sus mujeres más bellas, perteneciente a una familia ilustre, de noble abolengo, viva y sea la esposa

---

<sup>110</sup>El 27 de junio de 1912 fue asesinado en las proximidades de El Jíbaro, Alto Songo, Evaristo Estenez, y el 18 de julio de 1912 en Altos de Rodeo, El Caney, Pedro Ivonet. La cifra de fallecidos es incierta: unos la sitúan en menos de 500 y otros en más de 5 000. Lo cierto es que los independientes fueron masacrados en forma indiscriminada.



o la querida de un negro y, precisamente, de un negro racista, que quiso el exterminio de los blancos”.

Una mañana, dos mujeres enlutadas tomaron el tren para la capital de la República. No fue nadie a despedirlas. Sólo, *El Demócrata*, en su próxima edición, dijo:

“En el tren de la mañana de ayer tomó pasaje para la Habana, la respetable señora Carmen Céspedes viuda de Estrada, en unión su hija, Gabriela.

“La señora Céspedes se dirige a Bélgica, donde fijará su residencia”.

El periódico, con la noticia breve y lacónica, llegó al calabozo donde Miguel se iba muriendo lentamente hacía más de un año. ¿Quién había llevado hasta allí *El Demócrata*? ¿Por qué? ¡Ni esta pregunta pudo hacerse al enfermo!

Miguel apenas si se daba cuenta de las cosas. Las heridas y los golpes recibidos en la cabeza, le dejaron medio loco, muy débil y como muerto, en el corazón, todo sentimiento.

A este estado contribuían sus enemigos, emborrachándolo todos los días. Miguel encontraba, al levantarse, por las mañanas y junto a la reja, una botella de ron, que vaciaba en el estómago antes de las diez.

La consecuencia de este régimen alcohólico no tardó en evidenciarse: se le hincharon los párpados, le temblaban las manos, sentía estremecimientos calofríos.

Así, precipitado por el odio y la venganza, descendía a una imbecilidad de bruto, a la muerte de la razón y de las sensaciones afectivas.

Su embrutecimiento pudo comprobarse una tarde, al recibir una carta, ¿Qué era una carta? ¿Lo sabía él?

—Es de tu familia —le dijo el guardián de la celda. ¿Familia?

Miguel miró la carta con fijeza de tonto y la guardó en un bolsillo.

—Es una carta de Sofía, la muchacha que recogiste hace algunos años —insistió el carcelero. —Ábrela.

El rostro de Miguel, inexpresivo e hinchado, no alteró su expresión de bruto.

La carta era, para él, lo mismo que las colillas de cigarros, las piedrecitas o los pedazos de papel que se echaba en las faltriqueras: una cosa insignificante y sin valor. A los tres días de haberla recibido, la tiró por la reja.

El escolta lo obligó a que oyera la lectura de la carta. La muchacha le daba cuenta de la muerte de Tomasa, de lo que había sufrido la pobre anciana durante la larga enfermedad que la arrancara la vida, y del traslado, al hospital, de Anacleto, enfermo y próximo también a morir. “Estoy sola otra vez —terminaba— y me voy por ahí. . . ¡Dios ha de permitir que usted y yo nos veamos algún día!”.

¿Comprendió Miguel? El carcelero no pudo averiguarlo. El enfermo permaneció junto a la reja más de una hora, con las mejillas apretadas a los barrotes. Después se echó sobre el camastro donde dormía, hasta que el sueño le cerró los ojos.

Desde aquel momento, habló menos, durmió más y hubo que obligarlo a comer.

—Tu padre ha muerto en el hospital —le dijo el alcalde de la cárcel, una mañana.





Miguel miró atentamente al jefe de la prisión, como si una chispa de idea hubiera iluminado las tinieblas de su cerebro, y bebió de una vez todo el veneno que contenía la botella que encontraba cotidianamente junto a la reja.

Una noche crujieron los goznes de la puerta del calabozo y alguien, desde el umbral, gritó:

—Miguel Valdés, en libertad.

El enfermo, echado sobre el camastro, no movió un dedo. Había visto entrar a un hombre, lo había oído hablar y... ¡nada más! ¿En libertad? Cerró los párpados.

—Arriba, Miguel —insistió el carcelero. —Estás en libertad.

Por la costumbre de obedecer, púsose en pie y se dejó conducir hasta la calle.

¡¡Libre!!

En el reloj del ayuntamiento sonaron once campanadas.

La presencia de las calles, de las luces, de los árboles del parque; la majestad del ancho espacio, dilatado en torno, como una prolongación del infinito, ¿movilizaron el pensamiento en el cerebro del enfermo? ¿Comprendió que ya era libre, que dejaba a la espalda los muros húmedos de “su” celda, que podía correr, gritar, ir por los caminos sin que nadie lo vigilara? Sus ojos permanecieron inexpresivos. Sentóse en la acera, cruzó las piernas y dejó pasar el tiempo. De pronto, como obedeciendo a una súbita resolución, echó a andar aceleradamente. ¿Adónde iba? ¿Recordaba algún nombre o episodio del pasado? ¿A dos cuerdas de distancia de la cárcel, su paso era lento y fatigoso, imbécil su mirada, estúpida su actitud!

Así, embrutecido, errante, envuelto en la noche de su locura, recorrió algunas calles, hasta que el frío y la humedad lo echaron sobre el quicio de una puerta.

El nuevo día lo sorprendió dormido. Roncaba cuando la puntera de un zapato comenzó a golpearle las costillas.

¡Era la bota de Armando Reyes!

El enfermo había caído junto a la puerta del ingeniero. La mano invisible que traza todos los rumbos humanos quiso que, por última vez, la venganza racista, saciara su encono en la más infeliz de sus víctimas.

Miguel se puso en pie.

—Asqueroso, —le dijo el ex-capitán, empujándolo de la acera.

El enfermo cayó de flanco en medio de la calle y no se movió. Al cabo de algunos minutos, empujado por el automatismo de la costumbre que lo guiaba al sitio donde encontrara siempre la botella de ron, dio algunos pasos, se detuvo, miró en torno y, tocándose las costillas golpeadas, tomó rumbo hacia el suroeste de la ciudad.

Una hora después, tenía el rostro contraído, como si la idea aleteara dentro del cerebro. ¡Tal vez el aire libre de la noche o la abstención alcohólica que sufría desde que abandonara la cárcel, movilizaban un vislumbre de su inteligencia! Apresuró el andar, llegó a la casa de sus padres y se detuvo. ¡Algo ocurrió en el alma del enfermo cuando sus ojos contemplaron los viejos muros de lo que fue su hogar!



De sus padres, de lo que ellos habían amado, de sus recuerdos, no quedaba, allí, más que unas vigas destrozadas por el agua y el sol, unos muros enhiestos y solos, algunos trastos inútiles: el esqueleto de una cama, una cuna, un zapato viejo de mujer: reliquias de amor y de tristeza, entre las cuales una madre infeliz lloró hasta secar las fuentes de su llanto.

Miguel franqueó los muros, apartó las zarzas y los bejucos que llenaban el patio y ambuló por los rincones como si buscara un brillante perdido. ¡Nada: allí no había más que ruinas y miseria! ¡Tal todo como su vida, como su cuerpo, como su razón: flácido pingajo dando los últimos tumbos antes de caer en la fosa!

Era más de la una de la tarde cuando volvió a la calle y sus ojos buscaron el jardín de Gabriela.

¡Cómo hubiera sufrido ante la transformación del paraje que le rodeaba!

Allí, donde él había regado las azucenas de su amor, levantábase ahora un edificio nuevo, de cemento y amplios ventanales yanquis. Miró las paredes grisáceas de la moderna edificación y, después, como si el pensamiento bullera en su cerebro, se alejó, murmurando:

—¡Gabriela, mamá!

Ambuló por las calles durante el resto del día, y la gente, al verlo pasar, comentaba:

—¡Es un borracho!

—¡Un loco, un loco! —gritaban los muchachos.

Y el loco, con pesadumbre de perro que conoce a los hombres, tiró de sí mismo, arrastrándose de uno a otro lado, hasta que el cansancio, el hambre y la noche lo arrojaron sobre el césped del parque Maceo Osorio.

A las cinco de la mañana, empapado, tiritando de frío y hambriento, pidió comida al primer mañanero que distinguieron sus ojos.

—Tengo hambre —repitió a una jovencita que se dirigía a la iglesia.

El enfermo recibió una peseta de la compasiva joven, pero no compró pan, no fue a una fonda por leche o sopa. En una tienda adquirió una botella de ron.

Sonriente, invadido de una alegría un tanto imbécil, quizá infantil, se dirigió a los matorrales de un solar, y agotó la provisión alcohólica. Borracho, regresó a la calle. Un traspie lo lanzó sobre una acera. No intentó incorporarse. De espalda a los ladrillos, la cabeza vuelta a la derecha, las piernas colgando encima de la cuneta y los brazos abiertos en cruz, quedó dormido. El sol reverberante de mediodía le daba en la cara. Un enjambre de moscas le llenaba los ojos, la boca y la nariz. De su cuerpo trascendía una fetidez de urinario público.

A ratos, algún transeúnte lo contemplaba un instante, y seguía su camino.

Despertó a las cuatro de la tarde.

Pasó la noche. Pasó otro día. Una nueva borrachera de “hombre libre” volvió a abatir al enfermo sobre otro lugar de las calles. Después... ¡las borracheras fueron diarias!

Pronto se hizo popular el borracho.

—¡Es Miguel Valdés! —decía la gente con naturalidad ingenua, cuando encontraba el pingajo humano roncando sus hartazgos de alcohol.



Una mañana amaneció tendido en uno de los paseos del parque Céspedes. El jardinero, al barrer, como tenía costumbre, pasó la escoba alrededor del borracho, y no lo molestó. ¡Tantas veces había hecho lo mismo!

Pero a las doce, Miguel no había despertado, y la fetidez de su cuerpo extendiéndose a veinte metros en torno. El enjambre de moscas, que siempre le acompañaba, era más numeroso.

¡Había muerto!

La noticia impresionó a los bayameses. ¿Por qué? ¿Compasión? ¿Remordimiento?

El pueblo en masa se manifestó partidario de unos grandes funerales. Una colecta pública, en la que tomaron parte blancos y negros, produjo una crecida cantidad. Se le compró un pedazo de tierra en el cementerio. Los músicos ofrecieron para el acompañamiento fúnebre. Hubo coronas, dedicatorias, flores naturales y un sarcófago de caoba con incrustaciones de bronce.

Y en la mañana del día siguiente, el pueblo de Bayamo rindió su último tributo de amor y admiración al hombre que, en vida, se había llamado Miguel Valdés Baldoquín, doctor en medicina, graduado en una de las “mejores” universidades de los Estados Unidos.

Y el deseo del pueblo designó al ingeniero Armando Reyes para que pronunciara la oración fúnebre:

“Señores, —dijo Armando: —la Parca Impía y el Destino Fatal han hecho una nueva víctima. Parece que el Acaso se complace en arrebatarnos de la tierra, en ir precipitando en la ruina, a los mejores y más capacitados. Porque el doctor Miguel Valdés Baldoquín, dio pruebas, antes de caer en la desgracia que le acompañó hasta los postrimeros días de su vida, de un gran talento y de una no muy común habilidad en el ministerio de devolver la salud a los enfermos. Fue un infortunio para Bayamo, que la más alta representación intelectual de los hombres de color de esta tierra, se extraviara cuando tanto esperábamos de él. Todos teníamos puesta nuestra esperanza en su inteligencia y amor a la verdad científica. Yo, que fui su condiscípulo, su amigo; que lo alenté desde niño, sé cuánto hemos perdido los bayameses. ¡Conformidad con el Destino! ¡Qué Dios acoja su alma en el seno de la Gloria son nuestros deseos!”.

—¡Muy bien! —exclamó Cadenas, felicitando al orador.

\*\*\*

Hoy, el viajero, cuando visita la necrópolis bayamesa,<sup>111</sup> lee, en una lápida, este epitafio: “Aquí yace el ilustre galeno, doctor Miguel Valdés Baldoquín, gloria malograda de la medicina cubana.

Homenaje de los bayameses”.

Bayamo, 16 de Diciembre de 1913.

---

<sup>111</sup> Antiguo cementerio San Juan.





### Agradecimientos

A Margiolys Caridad Rodríguez Menoya de la Biblioteca Elvira Cape de Santiago de Cuba, Dra. Aida Liliana Morales Tejeda de la Oficina del Conservador de Santiago de Cuba, Janet Céspedes Rodríguez del Instituto de Literatura y Lingüística y Antonio de Marcos Ramírez Matos de la Dirección provincial de Justicia en Granma, por las facilidades brindadas para la terminación de esta obra.



## ÍNDICE

*LA RAZA TRISTE: INTERPRETACIÓN DESDE BAYAMO*

Ludín B. Fonseca García / 7

*LA RAZA TRISTE O LA AVENTURA PRECURSORA DE JESUS MASDEU*

Arsenio J. Rosales Morales / 11

Palabras / 17

Capítulo I / 19

Capítulo II / 24

Capítulo III / 30

Capítulo IV / 36

Capítulo V / 42

Capítulo VI / 45

Capítulo VII / 52

Capítulo VIII / 57

Capítulo IX / 63

Capítulo X / 66

Capítulo XI / 70

Capítulo XII / 77

Capítulo XIII / 81

Capítulo XIV / 85

Capítulo XV / 94

Capítulo XVI / 101

Capítulo XVII / 107

Capítulo XVIII / 114

Capítulo XIX / 121

Capítulo XX / 127

Capítulo XXI / 132

Capítulo XXII / 136

Capítulo XXIII / 143

Capítulo XXIV / 148

Capítulo XXV / 155

Capítulo XXVI / 159

Capítulo XXVII / 166

Capítulo XXVIII / 172

Capítulo XXIX / 180

Capítulo XXX / 186

Capítulo XXXI / 191



Capítulo XXXII /	196
Capítulo XXXIII /	202
Capítulo XXXIV /	206
Capítulo XXXV /	214
Capítulo XXXVI /	222
Capítulo XXXVII /	226
Capítulo XXXVIII /	238
Agradecimientos /	245



LA RAZA TRISTE  
Novela de Jesús MASDEU  
CONSTA DE 1 000 EJEMPLARES